

NOCIONES

DE

ARTE MILITAR

POR

Salvador García Dacarrete

PRÓLOGO DEL TENIENTE CORONEL DE ESTADO MAYOR

D. Francisco Martín Llorente

(ARMANDO GUERRA)

OBRA DECLARADA DE TEXTO PARA LA ACADEMIA
DE INTENDENCIA POR R. O. DE 25 DE ENERO DE
1922 (D. O. NÚM. 21.)



AVILA-1922

TIP. Y ENC. DE SENÉN MARTÍN, TOMÁS PÉREZ, 14

NOCIONES
DE
ARTE MILITAR

NOÇÕES
DE
ARTE MILITAR



R.107273

NOCIONES

DE

ARTE MILITAR

POR

Salvador García Dacarrete

Teniente Coronel de Intendencia, exprofesor de esta asignatura en la Academia de su Cuerpo, Observador de Aeroplano, Delegado Regio provincial de Bellas Artes de Avila con categoría de Jefe Superior de Administración Civil, Académico correspondiente de las Reales Academias de Bellas Artes y Ciencias históricas de Toledo y de la Hispano-Americana de Ciencias y Artes de Cádiz, Profesor honorario del Colegio de Santa Teresa de Jesús de Avila, Presidente honorario del Turismo provincial y local de Avila, autor de varias obras científicas y literarias, condecorado con numerosas cruces militares, de marina y civiles nacionales y extranjeras, por méritos en paz y en campaña, etcétera, etc.

PRÓLOGO DEL TENIENTE CORONEL DE ESTADO MA-
YOR, EX PROFESOR DE LA ESCUELA SUPERIOR DE
GUERRA DON FRANCISCO MARTÍN LLO-
RENTE (ARMANDO GUERRA)

OBRA DECLARADA DE TEXTO PARA LA ACADEMIA
DE INTENDENCIA POR R. O. DE 25 DE ENERO DE
1922 (D. O. NÚM. 21.)

Es propiedad del autor,
quien ha hecho el depósi-
to de ejemplares que de-
termina la ley y se reser-
va todos los derechos
que la misma le concede.

PRÓLOGO

El Arte militar, como todas las artes, como todas las Ciencias, como todo, en fin, se transforma en el curso de los años; y, en los últimos, aquel Arte ha sufrido modificaciones tales, que hasta los que todavía ceñimos espada y, aunque algo lejanos, recordamos nuestros tiempos escolares, nos encontramos con novedades tantas en ese arte, que de no haberlas seguido paso a paso, nos hallaríamos muchos tan ayunos de ellas como el que no hubiera saludado en su vida un libro de Arte militar.

Es, por otra parte, este Arte tan complejo, tan vario, que para formarse cabal idea del mismo, se necesita leer voluminosos tomos.

Acertar en un reducido compendio a encerrar los principios esenciales del Arte militar, mostrando, siquiera sea a la ligera, los últimos progresos del mismo, es lo que ha conseguido el Teniente Coronel de Intendencia, D. Salvador García Dacarrete en esta obra, en la que aparezco como prologuista, no por mis merecimientos, sino por el afecto que me profesa el autor.

Si ese mismo afecto no me hubiera impedido negarme a la cariñosa solicitud del amigo y del compañero, no fuera yo ciertamente quien escribiera este prólogo que, razones que no son del caso, han hecho que aborrezca el meterme en ciertos libros de caballerías y, o mucho me engaño, o este

divagar por los campos del Arte militar, tiene mucha semejanza con aquellos libros.

*Quiéralo o no, el cariño al amigo me hace enris-
trar la pluma para embestir contra las blancas
cuartillas.*

*Si mi pluma la trocara en incensario (y podría
sin que por ello pecara de adulador), creería el lec-
tor que era la amistad, y no el mérito de la obra, la
que me impulsaba a alabar ésta. No tiene necesidad
de mis alabanzas el autor, sobradamente conocido en
el mundo de las letras, y el que hojee este libro, mi-
litar o paisano (y no harán mal muchos de estos úl-
timos en hojearla para, sin fatiga, conocer los rudi-
mentos del Arte militar que hoy a tantos interesa)
tendrán que exclamar con el poeta:*

*«Esto, Inés, ello se alaba;
no es menester alaballo.»*

*Concisión, método, sabrosas consideraciones, ati-
nados y sabios consejos; definiciones precisas... Eso
y mucho más encontrará el lector en este libro. De
la variedad de las cuestiones que trata da una clara
idea el índice...*

*Huyendo de alabar veo que alabo... Tenía que
ser así. La placa fotográfica acusa la imagen que se
coloca ante el objetivo y de placa fotográfica actúo.
Reflejo lo que veo, sin retoques, sin alifios.*

*¿Qué ha pretendido García Dacarrete con este
libro? Imagino que ha apuntado a facilitar a los
alumnos de la Academia de Intendencia el conoci-
miento de los fundamentos del Arte Militar. Digno
de aplauso es el propósito, y si el del autor fué el
que yo le atribuyo, habrá de reconocer que lo ha lo-
grado por completo.*

*Suele ser costumbre que el escritor se cale el bi-
rrrete de doctor y con lenguaje campanudo y enre-
vesado (cuanto más enrevesado mejor para la fama
del autor), escriba páginas y páginas, que las inteli-
gencias juveniles tienen que apropiarse. El volumen
de la obra suelen estimarlo muchos como prueba*

de suficiencia del que la escribió. ¡Qué error! ¡A más volumen más talento! ¡Y así se han escrito obras de Arte militar que su valor es sólo al peso!

García Dacarrete ha huído, con gran acierto, del lenguaje enrévesado y del tomo voluminoso. No solamente el poeta, según el duque de Rivas, necesita «hablar claro». La claridad es condición esencial de las obras didácticas, aunque en la mayoría de ellas brilla por su ausencia.

No sucede esto en esta obra. En los primeros renglones de la misma se tropieza con el primer acierto, al hablar el autor de lo necesario que es para el oficial el conocimiento del corazón humano. La inmensa mayoría de los tratadistas militares hablan del soldado como de un muñeco de trapo, olvidando que, hace siglos, ya el mariscal de Sajonia, que se sabía su oficio, decía «que todo estaba en el corazón». Cuando se percaten de ello los que de ello deben percatarse, se dará en las Academias militares más importancia de la que hasta ahora se le dió al estudio de las humanidades y un poco menos al de cálculos que ¡ay! suelen servir las más de las veces para muy poca casa.

Otro acierto del autor es, al hablar de las guerras irregulares, bosquejar las características, (con breves y afortunadas pinceladas) de la que sostenemos en el Norte de Africa. Si muchos oficiales hubieran tenido al pisar el africano suelo una noción de como era el enemigo a quien habían de combatir y la clase de guerra que tenían que hacer, quizá nos hubiéramos ahorrado muchos dolores.

Sencillo es el Arte militar; sencillo como pocos. Lo difícil, según Napoleón, es aplicarlo. Recomendaba este genial caudillo a todos los militares que leyeran y releyeran las campañas de Alejandro, de César, de Aníbal, ...que cantera es la Historia de donde salió el Arte Militar y de donde se extraen saludables enseñanzas.

No tienen los alumnos de las Academias milita

res tiempo sobrado para esparcir su ánimo por los campos de la Historia. Cuando el tiempo les sobre bien harán en no echar en olvido las palabras de uno de los genios más ilustres de la guerra, pero en tanto permítanme un consejo. Parodiando a Napoleón he de decirles: lean y releen esta obra que amén de que así adquirirán los conocimientos que por hoy necesitan, ella les servirá de fundamento, de guía, de base y de base sólida para el completo dominio del Arte militar y de la Pronoética en campaña.

Maquiavelo ha dicho que en la vida los errores pueden enmendarse, pero en la guerra no, «por lo inmediato de la pena», y ¡ay! sabido es que estos errores, aparte de que se pagan con sangre humana, suelen a veces acarrear el deshonor y la ruina de una nación. Obligados estamos, pues, los militares a conocer nuestro oficio al dedillo y no sé que tal se pueda lograr sin que todos, sin salirnos de nuestro círculo, tengamos siquiera un conocimiento pleno de los rudimentos del Arte militar; y si los alumnos de las Academias militares tienen en cuenta que la guerra mundial, que poco há terminó, hizo que la humanidad entera tuviera fijos sus ojos en los campos de batalla y que ella trajo como secuela el despertar en todos el deseo de conocer, siquiera fuera a la ligera, las líneas generales de este Arte, en que son pocos los Velazquez y muchos los Orbanejas, comprenderán que están obligados, para evitar que el sonrojo de la ignorancia tiña su rostro alguna vez como consecuencia de alguna pregunta, a leer y releer este libro que si nó les dará la suficiencia de doctores en Arte Militar (que tal no pretendió el autor) los pondrá en camino de doctorarse.

Poco quise decir, porque si es grande mi voluntad, es contado el tiempo de que dispongo, y sobrado he dicho. Si la literatura y el Arte militar tienen motivos para torcer el ceño, por estos deshulvanados renglones que han salido de mi pluma, la culpa de

tal desaguado es del autor de la obra, por haber recurrido a mi insuficiencia.

Siga el lector adelante; olvide mi pecado y tendrá ocasión de convencerse de que bajo la mala capa de un prólogo se oculta un buen bebedor de Arte Militar.

Francisco Martín Lorenzo

TTE. CORONEL DE E. M.

(Armando Guerra)

CAPÍTULO PRIMERO

Principios fundamentales

Sumario: Arte militar, su concepto.—Razón de la existencia de los Ejércitos.—Bases del Arte militar.—Sus fuentes de conocimiento.—La guerra: su definición y clasificaciones.—División del Arte militar.—Arte militar propiamente dicho; su concepto.—Su importancia.—Partes que comprende el Arte militar.—Intervención de la política en la guerra.—Alianzas.—Estrategia; su objeto.—Táctica: su fin.—Logística: su definición.—Elementos que constituyen la potencialidad militar de un país.—Organización militar: su base: El Ejército; su definición y constitución.

Arte Militar. Su concepto.—*Se llama arte militar, en general, al conjunto de conocimientos referentes a la guerra aplicables para vencer, destruir o inutilizar las fuerzas de cualquier poder social enemigo; y sostener los derechos y satisfacciones que se consideren legítimos.*

Razón de la existencia de los Ejércitos.—De esta definición se deduce que el Arte militar abarca cuanto concierne a la preparación de las naciones para la guerra, o sea a la creación, mantenimiento y funcionamiento de los Ejércitos; que, dotados de los medios necesarios, son la representación del poder y fuerza del Estado a que cada uno pertenece.

El Estado, tiene, como el hombre, la facultad de querer, aunque no siempre tenga fuerza suficiente para ejecutar lo que quiere; tiene voluntad indefinida que sólo se detiene ante otra voluntad; es decir: que goza de vida real cuyo fin es la protección de los hombres que lo constituyen y de sus propiedades, ejerciendo la justicia, dando leyes y reglas que sustituyan al ca-

pricho y a la libertad natural, para imponer la voluntad general a la individual, y conseguir la conservación, la protección y el progreso social. Para ello necesita una fuerza propia que le sirva de escudo y brazo armado.

A la vez el Estado está sujeto a la ley general de la modificación y de la descomposición que unas cosas ejercen sobre otras en el universo, puesta de manifiesto en la tendencia de los demás Estados a la expansibilidad, a la absorción, a la dominación, y mal podría conservar su vida y realizar su perfeccionamiento si no contase con una fuerza defensiva propia y suficiente, pues si ésta le falta, parece brutal, estrepitosamente, y si es pequeña se destruye poco a poco.

El Ejército es esta fuerza defensiva que el Estado tiene, sometida a la inteligencia y fundada en la moral, para sostener su grandeza, ser el escudo de su vida y conservar y transmitir la civilización.

El Ejército es, pues, necesario para proteger la nacionalidad de un país, para asegurar la pacífica posesión de sus bienes y para defender su existencia contra las naciones extranjeras.

Bases del Arte Militar.— El Arte militar tiene como fundamento dos conocimientos, muy diferentes, pero que se complementan de tal modo, que no se puede parar la atención en uno sin dedicarla al otro; son, uno el conocimiento del corazón humano, del factor hombre, y el otro, el del Arte de la guerra, o sea, el modo de ejecutar las órdenes del mando.

Si el oficial ha de merecer este nombre, necesita estar siempre pendiente del soldado, estudiarlo sin cesar en todos los momentos favorables o adversos, y dedicarse a fundamentar su autoridad en el resultado de esta observación.

En efecto: al soldado se le exige vida de sacrificio, de abnegación; se le obliga a hacer dejación de su voluntad, de su familia, de sus costumbres, y es preciso corresponderle dándole ejemplo, sacrificando el oficial su vida en caso necesario, ocupando los lugares de más peligro, animándole con oportunidad, tocando los resortes que despierten su amor propio, su furor, su amor a la Patria, que lo pongan en condiciones de ser un héroe o un sacrificado con la admirable abnegación que produce un arenga, una palabra, un *viva* o una imprecación unida a una actitud enérgica y decidida. Todo esto lo consigue el que manda cuando está penetrado de las costumbres y espí-

ritu de su tropa, cuando sabe inspirarle confianza, valor, por haberle enseñado con paciencia y oportunidad a no dudar y a lanzarse llena de ardimiento ciego a donde le mande.

Fuentes de conocimiento del Arte Militar.— Los conocimientos y reglas del Arte militar tienen su fuente natural en la Historia y en la Geografía. Estudiando y analizando los hechos de armas pretéritos y los lugares en que se desarrollaron y que tanto influyen en los resultados, se han llegado a establecer reglas inmutables que no deben aplicarse sino adaptadas a las circunstancias por el talento y la inspiración de quien dirija en cada caso, pues sería absurdo querer hacer de ellas el mismo uso en todas las ocasiones por la variabilidad de los factores que entran en acción, conmutabilidad que apreciada y conocida con rapidez y exactitud por los grandes Capitanes, ha sido origen de sus triunfos sorprendentes y pedestal de su gloria.

La guerra.— Su definición y clasificación.— *Guerra es la lucha armada entre dos razas, pueblos o partidos organizados, a la que son arrastrados por sus rivalidades, pasiones o intereses opuestos, o bien por la conservación o preponderancia de sus ideales.*

La guerra es indispensable para el desarrollo moral de la humanidad, puesto que vigoriza a las naciones que la paz ha enervado, consolida los Estados, experimenta las razas, da el imperio a los más dignos. La historia de la humanidad es una cadena de guerras sin solución de continuidad; cada principio religioso, político o civil ha originado una guerra para imponerse y anular otro principio menos justo o legal; la libertad ha sostenido encarnizadas luchas contra la tiranía, el derecho contra la arbitrariedad, la verdad contra el error, la luz de la razón contra el fanatismo, y sólo por la guerra se han abierto paso la perfección, la felicidad, el bienestar y la justicia en la humanidad. La guerra es una relación violenta entre cosas, seres o colectividades que están en oposición, es potencia y resistencia, ataque y defensa, y equivaldría a negar el poder de Dios y su previsión si creyésemos que, siendo quien ha originado la formación de las grandes colectividades humanas, no las había dotado de medios propios para luchar, progresar y obtener el bien general a que aspiran naturalmente.

Si volvemos la vista a la naturaleza observamos que la guerra es ley universal, ley de vida; todo cuanto existe maté-

rialmente se renueva, se traslada y tranforma por la lucha. Las piedras en lucha con el viento y el agua que corroen su superficie tendiendo a desmoronarlas, como el calor y otros agentes: el mar azotando con sus olas a la tierra y robándole sus orillas; los ríos destruyendo su cauce y los obstáculos opuestos a su corriente; los seres inferiores guerreando por el alimento y destruyéndose para vivir los más fuertes a costa de los más débiles, todo, en fin, revela que la vida es sólo encuentro de fuerzas, de aspiraciones, de necesidades impuestas, precisas, convenientes, a las que el hombre no escapa y por las que está sometido, como todo lo creado, a la guerra.

La guerra es un duelo entre dos naciones o grupos de ellas, es la destrucción de los campos y poblaciones por donde transitan los beligerantes; es la paralización o muerte del comercio, de la industria, el luto de los habitantes, la ruina material para el que la pierde y aun para quien la gana: y, sin embargo, la guerra despierta y eleva el espíritu nacional y el honor patrio; es necesaria en tanto no exista un tribunal capacitado para imponer el respeto entre las naciones y el cumplimiento de sus tratados.

La guerra tiene por objeto imponer, como ley, la voluntad del vencedor; demostrar al vencido su impotencia; resolver por el derecho de la fuerza lo que no puede arreglar la fuerza del derecho.

Toda guerra debe ser metódica, tener un objeto racional, ser dirigida con arreglo a los principios y reglas del arte militar; y debe hacerse con fuerzas proporcionadas a los obstáculos [previstos y conocidos así como probables que se puedan calcular.

Las guerras reciben diferentes nombres según el punto de vista desde que se consideren. Para quien combate no hay más que guerra *ofensiva* si, una vez asegurada la existencia del Ejército propio, se busca y persigue al del contrario para destruirlo; y *defensiva* si la inferioridad numérica o moral del propio, impone la necesidad de esperar al del enemigo, sin perjuicio de tomar la ofensiva en cuantas ocasiones favorables se presenten.

Solo tomando la ofensiva un Ejército puede vencer; el hecho de mantenerse a la defensiva manifiesta inferioridad, de cualquier clase que sea; y es absurdo pensar que quien se sien-

te inferior, pueda obligar a nada al Ejército que considera superior, ni menos vencerlo.

Atendiendo a que las guerras pueden tener lugar en tierra, en el mar o en el aire, se denominan respectivamente *terrestres, navales o marítimas y aéreas*.

Las terrestres, desde el punto de vista militar, se clasifican en *campales y de sitios*, según se atienda más a las operaciones en campo abierto o a la toma y rendición de plazas fuertes; pues en realidad no hay guerra alguna que sea exclusivamente de una de estas clases. Las perfeccionadas trincheras y obras subterráneas empleadas en la gran contienda europea ha dado un nuevo carácter a la guerra que podríamos llamar *de atrincheramientos permanentes* y deben considerarse como una variedad de la de sitios en la que ambos Ejércitos desempeñan simultáneamente los papeles de sitiados y sitiadores.

Las guerras terrestres, aparte de la clasificación militar, se denominan:

Interiores cuando tienen lugar dentro del país propio, interviniendo ejércitos de dos o más naciones; como en la nuestra de la independencia. No deben confundirse con las *civiles* que son la lucha entre dos partidos distintos de la misma nación, como nuestras guerras carlistas.

Exteriores se llaman cuando el Ejército propio combate en otra nación, como en nuestras guerras de Africa, Tampoco deben confundirse las guerras exteriores con las *coloniales* que, como dice su nombre, se llevan a cabo en las colonias de los países beligerantes; y son, además de un mal síntoma para la metrópoli, porque casi siempre envuelven la idea de emancipación de la colonia, muy perjudiciales, porque la distancia a que suelen encontrarse las colonias ocasiona muchos gastos en los transportes marítimos de la tropa y material necesarios.

Por los motivos políticos y sociales que pueden ocasionarlas se llaman:

De conquista, cuando su objeto es apoderarse y retener el todo o parte del país enemigo. Casi siempre son injustas y origen de guerras posteriores de *reconquista* en las que el expropiado trata de recobrar lo que le fué arrebatado.

Nacionales, en el caso de que todo un pueblo se levanta contra el invasor para defender su independencia; rara vez

ocurren y son muy costosas al invasor que solo es dueño del terreno que pisa, encuentra obstáculos y enemigos por todas partes y suele acabar por evacuar el país después de arruinarse y arruinarlo.

En estas guerras tendrá el invasor grandes obstáculos que vencer, cuando el país invadido cuenta con Ejército organizado; pero no es sólo esta barrera lo que habrá de temer, porque el pueblo levantado en masa contra el enemigo común, y donde los ancianos, los niños y las mujeres guerrearán cada uno como puede, causándole el mayor daño que sus fuerzas e inteligencia les consienten, que espían sus movimientos, que establecen con él falsas relaciones para averiguar sus planes, que los jovencuelos forman guerrillas que aparecen y desaparecen cuando les conviene y se baten sin orden, pero con indomable valor pagado con la vida muchas veces, que los Oficiales y Jefes del Ejército propio son guiados lealmente por parajes recónditos y sendas desconocidas del contrario, en tanto que éste carece de espías y guías, de noticias y recursos, de seguridad en todas partes, sin más apoyo que sus propias fuerzas, podrá ganar batallas, ocupar todo el país, pero no dominará y acabará por sucumbir. Difícil es indicar medios al invasor para conseguir la victoria; pero acaso la rectitud, la justicia, la prudencia y una política benévola, de atracción, juntamente con un poderoso Ejército bien disciplinado, que se extienda por todo el territorio oponiendo a la exaltación de los naturales un recto y humanitario proceder sin molestias ni vejaciones, acabe por conseguir el éxito.

De propaganda, para extender las ideas políticas, religiosas o filosóficas; son crueles y sangrientas porque suponen el choque de dos fanatismos; pero en sus consecuencias son benéficas porque renuevan ideas e introducen el progreso en los pueblos atrasados. Ejemplo de ellas son las Cruzadas.

De intervención, cuando, en lucha dos beligerantes, se pone al lado de uno de ellos otra nación. Si interviene en los asuntos interiores del Estado es injusta su actuación, porque cada nación es libre para proceder como juzgue mejor a sus intereses, siempre que no haya perjuicio con ello para otros Estados. La intervención para asuntos exteriores puede fundamentarse en hacer cumplir un tratado, en defender al débil contra el fuerte, etc.

De utilidad, cuando una nación trata de situar factorías o crear establecimientos mercantiles en otra, obligarle a tratados comerciales, a ceder la explotación de minas o yacimientos de materias de importancia comercial o industrial.

De honor, si se reducen a vengar un insulto a la bandera, a un súbdito o a un representante oficial. Se suelen evitar dando satisfacciones oficiales o abonando a la familia de los ultrajados una indemnización en metálico. Pocas veces llegan a declararse y, si se llevan a efecto, son cortas; duran sólo el tiempo necesario para dar una batalla en que quede a salvo el honor de la nación insultada.

Doble, cuando una nación se ve forzada a sostenerla contra otras dos independientes entre sí. Son ruinosas para la nación, por obligar a sostener ejércitos y medios en dos teatros de guerra distintos, y deben evitarse por medio de alianzas acertadas.

De secesión, en el caso de que uno de varios estados federados, trata de separarse de los otros.

De hegemonía, si uno de varios estados federados se propone dominar a los demás.

Civiles, cuando, dentro de un mismo estado, chocan dos partidos políticos de ideales opuestos. Estas guerras fratricidas sólo males producen, todo se destruye, la disciplina del ejército sufre mucho, y con pretexto de la guerra, se cometen venganzas y crímenes de todas clases.

División del Arte Militar. El Ejército, brazo armado de la Patria, representante genuino de su energía y vitalidad, *necesita organizarse para la guerra; y ya organizado, debe ejecutar la guerra;* la primera de estas fases se llama propiamente *Arte militar;* la segunda, *Arte de la guerra.*

Arte militar propiamente dicho; su concepto.—El Arte militar, esto es, la preparación para la guerra, comprende todo lo relativo a la creación y organización del ejército en cuanto a personal, ganado y material apropiado para todos sus fines, ocupándose de la instrucción militar y de estudiar y preparar los medios más rápidos y eficaces para pasar de la paz a la guerra.

La única causa de la existencia del ejército es el combate; para él se organiza, se instruye, se sostiene; en él ha de comprobar que aprovecha la instrucción y preparación recibidas,

que no son inútiles los cuantiosos sacrificios que su nación se ha impuesto para formarlos y mantenerlos; que su honor, su patriotismo, lealtad y demás virtudes militares, le obligan a sacrificarse orgulloso, sin dudar, por el bien de su pueblo antes que tolerar la más ligera ofensa para su nación.

Importancia del Arte Militar.—Lo dicho basta para poner de manifiesto la importancia y extensión del Arte militar, pues la preparación del Ejército *en tiempo de paz* comprende todo lo que sigue: reclutar el personal, instruirlo, organizarlo, administrarlo, educarlo, civil y militarmente, dotarlo de ganado, armamento, municiones, carruajes, víveres, puentes, material de aeronáutica, equipajes, cuarteles, campos de tiro e instrucción, fábricas, parques, fortificaciones, abrigos, vestido, material sanitario, etc.

También, aunque se realicen *en tiempo de guerra*, caen bajo el dominio del arte militar la *movilización* que sirve para completar los elementos de todas las unidades que se han de enviar a la guerra o ponerse sobre las armas; y la *concentración* que consiste en transportarlas al punto donde empiezan las operaciones.

Partes que comprende el Arte Militar.—En general son cuatro: *la política de la guerra, la estrategia, la táctica y la logística.*

Intervención de la política en la guerra.—La política influye en la guerra desde su preparación hasta su desenlace, porque en ella siempre se persigue un fin político. No se concibe un Estado sin fines políticos que cumplir; y como a veces los de un Estado se oponen a los de otros, y ninguno se aviene a ceder mediante argumentos pacíficos, se origina la guerra.

Ahora bien; esta falta de armonía entre los ideales de los diferentes Estados es frecuente y resulta natural que con anticipación se preparen para la lucha; pero sería imposible que cada uno se preparase contra cualquiera de los demás ni contra todos, porque son variadísimas las condiciones de cada uno; y es más racional referir y adecuar esta preparación guerrera a aquel que estando más próximo tenga más probabilidades de ser el futuro enemigo por sus aspiraciones o intereses encontrados.

Estas aspiraciones pueden ser muy varias; la conquista, la separación de un territorio, la introducción o expansión de nuevas ideas y otras que originen guerras de distinta finalidad, co-

mo acabamos de exponer, y es evidente que, de la importancia que uno y otro Estado atribuyan al fin que las motiva, dependerá la clase y cuantía de los medios que pongan en acción, siendo probable que cada cual desde su punto de vista lo aprecie con distinto valor y por tanto, que empleen diferente energía y tenacidad para lograrlo.

Así evaluado por cada Estado el objeto político, no pondrá en juego más elementos para lograrlo que aquellos que juzgue necesarios y convenientes.

Por consiguiente, la política de la guerra, antes de llegar ésta, señala el efectivo del Ejército en pie de paz y a lo que puede llegar en caso de guerra, el material que debe y puede adquirirse, las obras de defensa que deben existir y todo lo que sea determinar la medida y desarrollo de *la potencia militar del país*.

Alianzas.— Pero puede suceder que con los medios propios no se sume la fuerza necesaria, y entonces sólo cabe renunciar al objetivo deseado, o buscar auxilios extraños, llamados *alianzas*, para conseguirlo.

Estos auxilios no se obtienen desinteresadamente, aunque una política hábil puede disminuir su coste y hasta proporcionarlos gratuitos, porque puede haber una o más naciones a quienes convenga la anulación o derrota de nuestro enemigo por iguales o por diferentes motivos que a nosotros y que, por lo mismo, se consideren pagadas al conseguirlo; o bien que al favorecernos con su ayuda esperen resarcirse de ella a costa del enemigo luego que sea vencido; o acaso pueda suceder que por su situación o producción nos resulte más barato su servicio que adquirir o producir los elementos que nos proporcionen.

Las alianzas son uno de tantos recursos de que se echa mano para asegurar la salvación de los grandes intereses que se ventilan en la guerra y no es preciso demostrar su importancia en todos los tiempos.

Lo expuesto revela que uno de los fundamentos principales de las alianzas es la identidad de intereses y de fines políticos que empiezan por ser base de amistosas relaciones y con el tiempo terminan en un *tratado de alianza*, que es el *pacto o convenio establecido entre dos o más naciones para*

aunar sus intereses, juntar sus fuerzas y obtener mayores resultados (1).

Lo primero que debe entrar en una alianza y lo que generalmente se excluye de ellas es la buena fe. Por tanto, ha de estudiarse despacio y con gran sagacidad cómo, con quién y en qué condiciones se hacen. Las mejores son las firmadas entre Estados limítrofes de fuerza y extensión aproximadamente iguales, con idénticos intereses e ideales. Si estos últimos son encontrados, pueden originar la guerra; si se hacen con un Estado muy poderoso pueden acarrear la desaparición del débil o su desmembración.

La diplomacia debe puntualizar con gran claridad todos los extremos que abarquen; porque es frecuente que falte unidad de criterio en las operaciones militares, que los generales no se traten ni auxilien como debieran y hasta que se pierda una guerra por los antagonismos que surgen entre ellos; también podría suceder que uno de los aliados hiciese la paz sin contar con el otro, o que rompiese el tratado, por mala fé, sin motivo aparente.

Pueden ser las alianzas *temporales* si se estipulan para una guerra determinada, o *perpétuas* si se hacen por mucho tiempo; *ofensivas* o *defensivas* según sirvan para atacar las aliadas a otra nación o para defenderse de su acometida; *completas* o *restringidas* si el auxilio es de cada aliado al otro con todo su Ejército o con una porción determinada de él, o con su escuadra, con dinero, o bien dejando pasar las fuerzas de uno por el territorio de otro, prestándole material de guerra, de ferrocarriles, etc.

La política, una vez declarada la guerra, señala el objetivo de ella, el sistema a seguir, la región en que ha de tener lugar de tal modo que la política inicia, encauza y dirige la guerra, inspirándola mientras dura y deteniéndola cuando juzga que el momento es oportuno para recoger el fruto de las victorias en una paz conveniente o para atenuar los efectos de las derrotas.

Igualmente incumbe a la política fortificar el territorio propio para proteger las vías de invasión y los puntos débiles

(1) Almirante.

fronterizos, robusteciéndolos y creando apoyos para el Ejército, vías de comunicación, depósitos para recursos de todas clases con arreglo al poder del enemigo y al esfuerzo que hayamos de oponerle.

Pero lo que seguramente reclama de la política la más cuidadosa preparación es el hombre, el ciudadano, que es el primer elemento de guerra o contra la guerra, según que ayude o se oponga a ella; y este modo de comportarse depende de la preparación a que se le somete desde la escuela, tanto en lo físico, como en lo moral y en lo intelectual, que tiene un natural complemento con la preparación esencialmente militar que adquiere, en las filas del ejército. Bien encauzadas y ponderadas estas enseñanzas por la política dan por resultado el ciudadano patriota, disciplinado, dispuesto al sacrificio en cuanto ocurre tener que resolver cualquier asunto que toca a la honra nacional, para lo que todos se unen, se levantan y se prestan como un solo hombre, oponiendo al enemigo una inquebrantable fuerza moral y la idea indestructible de vencer. Entonces es el espíritu, el amor patrio, la moral, quien resuelve la guerra, más que el número de hombres y de bocas de fuego.

Todavía interviene más la política en la preparación de la guerra observando las variaciones que experimentan la potencia nacional y la del probable enemigo; las amistades internacionales; la ilustración, la riqueza o el poderío de una o varias naciones amigas, enemigas o indiferentes, los mismos fines políticos; y en vista de todos estos cambios, que debe apreciar claramente y al día, la política deberá tomar las medidas oportunas para buscar nuevos aliados reforzar el ejército, etc.

Por último, cuando se vislumbra la proximidad de la guerra, la política toma las últimas medidas, multiplicando el espionaje acerca de ciertos puntos militares, se completan las defensas propias disponiéndolas en condiciones de prestar su servicio; se procura por todos los medios, especialmente por la Prensa, convencer a la opinión pública de que están de nuestra parte la razón y la justicia; y se dibuja en general el plan de guerra, determinando el objetivo decisivo, que resuelva la contienda una vez conseguido por nosotros, obligando al contrario a conformarse con que realicemos nuestro fin político.

El objetivo decisivo y el fin político pueden ser la misma cosa, pero en general serán diferentes. Para aclarar estas ideas supongamos que a nosotros nos conviniera la posesión de un cierto territorio en Africa, y que otra nación tuviera el mismo ideal; éste sería el fin político común que podría originar una guerra; pero el conflicto podría arreglarse sin lucha si diplomáticamente se llegase al acuerdo de que nosotros nos quedásemos con la colonia apetecida, dando una cierta cantidad en metálico o bien cediendo a la otra nación otro territorio nuestro que le conviniese. Pero podría suceder que ni uno ni otro Estado cesase en sus pretensiones y vendría necesariamente la guerra; entonces nuestra política señalaría como objetivo decisivo para nosotros, la toma de la capital de ese Estado por nuestro Ejército; y como el adversario da más importancia a la posesión de su capital que a la del territorio causante del litigio, ofrecerá una paz en la que, a cambio de que evacuemos aquella población y la parte ocupada de su país, se comprometerá a renunciar a sus pretensiones sobre la colonia africana, dejándonos en libertad de posesionarnos de ella.

La elección del objetivo es cosa de importancia, tanto que muchas guerras han fracasado por el desacierto en este punto.

El acierto en la elección no consiste en que conseguido el objetivo se obtenga la victoria, porque si así fuera se perseguiría siempre la destrucción completa del contrario; depende de que el objetivo baste para obtener la victoria sin exigirnos mayor esfuerzo del que podamos realizar costándonos lo menos que se pueda.

Todo esto no es fácil que lo prepare ni consiga el profano en cuestiones militares; por tanto es preciso que los estadistas que gobiernan las naciones tengan conocimientos de arte militar, sin los cuales no podrán apreciar en su justo valor las fuerzas morales y materiales propias y del contrario, la preparación militar del país, etc.

En cuanto se declara e inicia la lucha, es de la mayor importancia que el gobierno se dedique a demostrar que el culpable de la contienda y de los desastres, a que pueda conducir es el enemigo. De los dos beligerantes, el más astuto para demostrar este punto y llevar al ánimo de los demás la convicción en el sentido que se propone, tiene mucho adelantado

para conseguir el éxito de la campaña, porque en su país despertará el patriotismo y fácilmente conseguirá los hombres y todo el apoyo que sea necesario; en las demás naciones obtendrá simpatías y hasta auxilio a veces; y en el país enemigo será origen de discusión y hasta de falta de confianza en su gobierno.

La diplomacia para con el elemento oficial y la prensa para formar la opinión pública, serán los dos resortes utilizables por el gobierno a este objeto, así como para propalar noticias verosímiles acerca del precario estado moral, la deficiente administración, la falta de apoyo de los poderes públicos en el Estado contrario, exagerar sus pérdidas y desaciertos y tratar de todo cuanto contribuya al desprestigio de los hombres que dirigen, no del pueblo que dentro de más o menos tiempo volverá a ser amigo y no conviene sembrar rencores que difícilmente se borran.

Otro punto a tratar por la prensa son las probabilidades de éxito; bien organizada esta propaganda es indudable que influye poderosamente en el fin de la guerra, porque los hombres no siempre son partidarios de quien tiene razón, sino de quien tiene más probabilidad de vencer y más cuando vence. Para que la propaganda llegue a interesar en los países neutrales y aún en el enemigo es necesario talento, circunspección por parte de quien la dirige y oportunidad y acierto para circular las noticias del modo más atractivo para conseguir el efecto de simpatía para quien las da, a la vez que desprecios y odio para el contrario y sus directores.

Mas han influido contra Alemania las noticias de las deportaciones y devastación de Bélgica que las balas de todas las divisiones de los países aliados juntas.

Todos estos medios son elementos de ayuda en la elevada misión del general en jefe, en quien la política no debe influir de otro modo que proporcionándole los datos y auxilio que necesite, pero dejándole en la más absoluta libertad para proceder sin traba ni cortapisa de nadie,

En el fin de la guerra la política recobra el primer lugar para proceder y representar a su país, aceptando o escuchando las proposiciones de paz del contrario, directamente o por intermedio de alguna nación neutral, o bien realizando ella, respecto del enemigo, estas gestiones: proponiendo o aceptan-

do un armisticio o tregua que debe estudiarse detenidamente antes de realizarlo porque siempre con él gana la situación de uno de los beligerantes, que puede ocupar mejores posiciones, dar descanso a sus tropas, reorganizarlas, aprovisionarlas o elevar su moral, por lo que puede hacer variar los términos al reemprender la lucha o al concertar la paz.

Cuando vaya vislumbrándose la posibilidad de ganar la guerra y cuando el enemigo pida la paz es misión importante y eficaz de la política propalar por medio del periódico, del folleto, del libro, cuáles eran las pretensiones del contrario si hubiese obtenido la victoria, la cuantía de la contribución que pensaba exigir, los territorios que pensaba anexionarse, la dureza con que había previsto tratar a quien ahora es vencedor; todo con el objeto de que no llamen la atención ni se tachen de exageradas las condiciones que éste imponga para la paz y para su seguridad en lo porvenir.

La *estrategia* enseña a dirigir los ejércitos del modo más conveniente para alcanzar el objeto propuesto; para ello establece los planes de campaña, da reglas para el empleo de las fuerzas, determina la marcha de las operaciones militares. Todo el que manda fuerza aplica principios estratégicos en relación con la fuerza a sus órdenes, al terreno en que ha de operar y a la operación que va a ejecutar. Por eso se ha dicho que es la ciencia del mando. Para poseerla bien, se necesita genio apoyado por una profunda instrucción.

Táctica es el arte de disponer, emplear y mover las tropas del modo más ventajoso en relación con sus armas. La táctica debe proporcionar los medios de trasladar a un determinado sitio el mayor número de tropas con rapidez y seguridad; los de colocar las fuerzas a la ofensiva o la defensiva sin que el enemigo pueda evitarlo; los de ocupar un terreno del modo más ventajoso para el fin deseado. Para conseguir todo esto debe estar la táctica en armonía con el carácter e idiosincrasia de los habitantes del país.

No debe confundirse la estrategia con la táctica; la primera combina y dirige, la táctica ejecuta; aquella en sus concepciones abarca una extensa superficie de terreno, ésta ejecuta sus evoluciones en limitado espacio; la estrategia requiere tiempo para madurar sus planes; la táctica los ejecuta en pocas horas; aquélla distribuye y reúne en el campo de guerra

las tropas; ésta las lanza contra el enemigo; por ello la estrategia puede triunfar sin combatir, en tanto que la táctica sólo vence combatiendo.

Logística es el arte de regular el movimiento y reposo de las tropas en condiciones de seguridad,

La dirección u objetivo de una columna de tropas en marcha ha de obedecer al pensamiento estratégico; en tanto que la organización de la columna ha de subordinarse a la probabilidad de un encuentro con el enemigo, es decir, o las reglas tácticas.

Elementos que constituyen la potencialidad militar de un país.— Todos los medios aplicables para atacar o resistir en la guerra, que existan en un país, constituyen su potencia militar. La lucha y su resultado dependen de la acertada preparación y aprovechamiento de ellos; por tanto, es necesario disponerlos en forma de que den el máximo rendimiento posible en las mejores condiciones de tiempo y lugar,

A esta preparación y disposición se llama *organización militar del país*, que comprende todos los elementos susceptibles de empleo en la guerra terrestre, aérea o marítima. Los medios fundamentales para conseguirla son el *ejército*, el *material* y el *terreno*.

Organización militar: su base.— Se llama, pues, organización militar *el arte de disponer y preparar los pueblos para la guerra y de formar soldados, ejércitos activos, y que los complementen, manteniéndolos en toda su fuerza.*

Organizar un ejército es reunir un cierto número de tropas de diferentes armas o cuerpos, con sus elementos de guerra, todo en una razonable proporción; pero más que esto es formar soldados. Si en vez de éstos se reúnen hombres cualesquiera, con ellos se constituirán cuerpos que pueden ser dotados de material, pero si con estas unidades se quiere componer un ejército, no se conseguirá. Resultará un conglomerado un rebaño heterogéneo imposible de unificar, más embarazoso que aprovechable. Lo primero es hacer soldados, hombres con espíritu militar, es decir, capaces de amoldarse a los trabajos de la guerra.

Se afirma por algunos estadistas que existen pueblos o clases sociales de condiciones innatas para ser militares, pero no es así; lo que hay es mejor *disposición o preparación adqui-*

rida en ciertos pueblos o clases para la guerra, dependiente del carácter, espíritu, situación política y geográfica del país, de los ideales que sustente, de los tiempos y otras circunstancias.

Es indudable que los mejores ciudadanos son los más aptos para ser los mejores militares.

Los romanos, desde el nacimiento, preparaban a sus hijos para las costumbres y ejercicios de la vida militar; así los trabajos, las cargas, la templanza, la frugalidad, las marchas, la esgrima, la carrera, saltos y otros ejercicios físicos ejecutados en condiciones desfavorables, a la vez que los ideales de honor, amor a la Patria, religioso, de civismo, de cumplimiento en sus promesas, eran los jalones que determinaban el desarrollo físico y moral de los que dominaron el mundo entonces conocido.

La historia romana nos enseña cómo los cónsules formaban sus legionarios con los hombres libres, en el pleno disfrute de sus derechos civiles; y si las circunstancias les obligaron a reforzar las filas, careciendo de éstos, llegaron a echar mano de los proletarios y hasta de los esclavos, pero después de decretar su libertad, de inspirarles el sentimiento de su propia valía y personalidad, la idea de dignidad y de ambición honrada de mejora y prosperidad.

Otro tanto puede decirse de los griegos y antes de los persas.

Vemos, pues, que la libertad ha sido y sigue siendo gran resorte para formar militares, especialmente si se une al fanatismo, a la predestinación, a la religión, al orgullo y otras pasiones y motivos de exaltación apropiados al país, época y circunstancias en que se trata de llevar a los hombres al combate.

Con ser todo esto cierto, no es menos axiomático que los soldados buenos fueron, son y serán los acostumbrados desde la infancia a vivir dentro de la ley, a obedecerla sin violencia y amarla, así como a su país, los que tienen por ideal el trabajo honrado, la familia, los amigos, son activos, industriosos, civilizados, con capacidad bastante para abrazar un oficio nuevo sin que les ocasione dificultades graves, que sepan evitar el peligro, o de lo contrario desafiarle y afrontarle serenamente, reunir valor, audacia, constancia, deseo de honores y mención.

CAPÍTULO II

Organización del Ejército

Sumario: Principios generales orgánicos.—Elementos constitutivos del Ejército; Ejército nacional y profesional.—El Ejército permanente; su necesidad y modo de formarlo.—Cualidades que debe reunir el buen soldado.—Homogeneidad en el Ejército.—Contingente anual y fuerza del Ejército.—Mando y dirección del Ejército en tiempo de paz.—Importancia de la unidad de mando.—Cualidades que debe reunir el mando en sus diversas jerarquías.—Compenetración del mando con la tropa por la instrucción y la disciplina.—Organización táctica de los Ejércitos.

Principios generales orgánicos.—El fundamento de toda organización militar es que llene el objeto que se propone y se adapte a las exigencias de la política exterior del Estado para hacer frente a las contingencias del porvenir en relación con el estado social del país; por tanto, la mejor organización militar será la que sepa hermanar el estado social con las necesidades técnicas de la guerra. Ahora bien; la vida social interior del Estado es opuesta a cuanto signifique gasto no reproductivo o quebranto colectivo o individual; en tanto que las necesidades técnicas requieren que preferentemente se atienda a satisfacerlas para conseguir el mejor resultado de los medios militares.

Como se vé son dos términos opuestos, antitéticos, que el organizador ha de poner de acuerdo; y si las necesidades del Ejército han de atenderse con especial cariño, también merecen solícito cuidado las económicas y políticas y las costumbres del país, pues no basta crear un organismo con el nombre de militar, falto de arraigo en el país y de armonía con la masa social de que ha de proceder y en que ha de sostenerse; porque

si de esta se halla divorciado, su fuerza aparente y su debilidad real le harán caer fácilmente, arrastrando a la sociedad que debió ser su base única y su sostén seguro.

Elementos constitutivos del Ejército.—La primera cuestión que surge del principio fundamental expuesto, es si el Ejército ha de ser *nacional* formado por grandes masas, o *profesional* constituido por hombres dedicados al ejercicio de las armas.

Se llama nacional al Ejército compuesto con ciudadanos libres, llamados y congregados por el deber, sostenidos por el honor y guiados por el amor a la Patria y a la gloria.

Es profesional el Ejército cuando se forma con mercenarios nacionales o extranjeros que tienen por oficio ser soldados, contratados o reclutados por dinero, sostenidos por el temor y halagados por dádivas y recompensas materiales.

Mucho se ha discutido acerca de la conveniencia de uno u otro sistema para constituir el Ejército. Los partidarios de que sea nacional se fundan, para sostener sus ideas, en la importancia y fuerza del número demostrada en todas las guerras modernas, siempre que no se trate de una gran agrupación falta de instrucción, porque en este caso no formará un Ejército, será un rebaño de hombres, carne de cañón y de hospital, sin cohesión, sin disciplina, sin moral, sin resistencia, sin preparación que, incapaces de resistir al enemigo, por falta de virtudes militares, causarán la ruina y la decepción más espantosa a su país.

Ahora bien: si el Ejército nacional reúne estas buenas condiciones, si puede dotársele de armamento y material de guerra es indiscutible que este sistema es que debe adoptarse para seguir el ejemplo de las demás naciones, para marchar al compás de ellas, para poder oponer desde el primer momento fuerzas importantes que es imposible crear ni improvisar en caso de guerra; solo el Ejército nacional es capaz de tener preparadas e instruidas grandes masas.

Para mandar y dirigir a este Ejército bastan pocos oficiales el ardimiento y el entusiasmo de los ciudadanos se despiertan, guían y templan con la justicia y simpatía nacional de la causa que se defiende.

Los partidarios del Ejército profesional lo defienden apoyándose en que por ser pequeño ocasiona poco gasto, se maneja fácilmente, los hombres dedicados mucho tiempo a adies-

trarse en los ejercicios de la guerra son superiores y entusiasmados de su oficio, en tanto que los traídos a los cuarteles por reclutamiento nacional obligatorio lo hacen contra su voluntad, con indiferencia y falta de interés; en el corto tiempo que manejan las armas no adquieren tanta aptitud ni cariño a la vida militar, en tanto que el profesional hará frente al peligro ventajosamente sobre aquél, con entereza de ánimo y la esperanza de ascenso o mejora en su carrera, que no es despreciable acicate.

En resumen: no tiene duda que hoy, tal como están organizados todos los Ejércitos de las naciones cultas se impone el Ejército nacional, que cuesta mucho, es cierto pero tiene la innegable ventaja de que, por el sistema de reclutamiento obligatorio, interesa a toda la nación en la lucha cuando llega la guerra y compenetra con él al país que le da sus hijos, formando una masa que a todos afecta e iguala. Por último, es natural que los ciudadanos de un país tienen el derecho y el deber inquestionable de defenderlo; en tanto que los soldados de oficio nada ganan con triunfar y nada pierden con ser vencidos.

El Ejército profesional será sólo aceptable y tendrá innegables ventajas cuando todas las naciones reduzcan sus Ejércitos de tal manera que el de cada una no signifique un peligro constante para las demás; o el día en que su misión se reduzca a la de policía interior, porque un tribunal internacional exista con fuerza y autoridad bastantes para resolver, sin apelación, los conflictos que hasta hoy han decidido las armas, pero creemos que ese día no está tan próximo como parece, porque falta mucho para que los fundamentos sociales sean la cultura, la buena fe y la justicia.

El Ejército, cualquiera que sea el modo de formarlo, debe estar constituido por *soldados*, es decir, por hombres aptos para la defensa nacional, instruidos y con los elementos necesarios para su alta misión. Debe marchar, en su desenvolvimiento, en armonía con la sociedad de que es una parte, progresar por evolución, sin detenerse ni improvisarse, porque el atraso o la improvisación son origen seguro de debilidad y desastres.

El Ejército permanente: Su necesidad y modo de formarlo.—El Ejército permanente es necesario, en primer lugar, para mantener la paz y el orden interior precisos a fin de contrarrestar las luchas sociales avivadas por ideas disolventes que se extien-

den en todas las naciones actualmente con gran intensidad; después para servir de escuela donde se inculquen a los ciudadanos ideas de orden y conocimientos que les den actitud y consciencia de su deber, a la vez que los oficiales y clases adquieren costumbre y aptitudes del mando y dirección militares; por último, el Ejército permanente tiene por misión resistir el primer ímpetu, iniciar las primeras operaciones al declararse la guerra, en tanto que se ponen en acción todos los elementos que necesitan cierto tiempo para reunirse y ponerse en marcha, por muy estudiado y preparado que se tenga su empleo.

Es evidente que con los formidables armamentos y medios de guerra modernos, el Ejército que consiga romper o destruir la resistencia inicial del Ejército enemigo, empezará a guerrear con la superioridad de dirigir las operaciones en la forma que a sus planes convenga; entonces podrá decirse que tiene mucho adelantado para imponer su voluntad en el curso de las operaciones y para llegar a la victoria.

Para constituir un Ejército nacional permanente, deben alistarse anualmente todos los hombres de edad y resistencia suficiente para el manejo de las armas, pero sin que hayan llegado todavía a formar una familia; esta edad es los 20 o los 21 años en nuestro país; a los útiles se les obligará a nutrir las filas militares donde recibirán la instrucción que corresponda al arma o cuerpo a que sean destinados y se les inculcará el espíritu de subordinación y de obediencia necesarios en el Ejército.

Este reclutamiento puede efectuarse: 1.º, haciendo pasar por las filas a todos los hombres útiles, sistema que se llama *servicio general personal obligatorio*; 2.º, tomando del contingente total de cada año, *por sorteo*, un cierto número o cupo de hombres útiles, y 3.º, haciendo que *ingresen todos* para adquirir en corto plazo la instrucción y hábitos militares, y volviendo luego a sus hogares, excepto un cierto número, que siguen por más tiempo en los cuerpos, constituyendo el Ejército permanente.

Cualidades que debe reunir el buen soldado.—Las cualidades que distinguen al buen soldado las resume así Vejecio: prefiere a los hombres de países septentrionales a los del Mediodía y dice que los mejores son los de las zonas templadas; quiere

hombres del campo mejor que mozos de la ciudad; encuentra más a propósito para las fatigas de la guerra la juventud acostumbrada al trabajo, a las inclemencias, que resiste el sol, que no busca la sombra y el baño, que no conoce los deleites, sencilla de corazón, que con poco se contenta, cuyos miembros endurecidos por la fatiga, están acostumbrados a abrir un foso, manejar el hierro y transportar una pesada carga.

Exige además que tengan ojos vivos y animados, blancos los dientes, los labios rojos, respiración dulce, ancho pecho, cabeza elevada, las espaldas tersas y fornidas, los brazos largos y nervudos, la muñeca gruesa, la mano fuerte, los músculos pronunciados, el talle recto, el vientre poco abultado, piernas y pies firmes, con menos carnes que nervios.

Quiere asimismo que se tengan muy presentes sus oficios; estima poco a los sastres, confiteros, etc. y a los que desempeñan trabajos propios de mujer; pero mucho a los aserradores, forjadores, carpinteros y en general, cuantos oficios desarrollan las fuerzas y el valor.

Hoy, tal como están constituidos los Ejércitos, todos los hombres, aún los que padecen ciertos defectos físicos, son utilizables especialmente en tiempo de guerra, pues siendo tantos los oficios que deben llenarse, lo que se necesita es *clasificar* a los soldados y aplicarlos para aquello que sea su especialidad o indiquen sus aptitudes. Así los defectuosos podrán desempeñar servicios interiores del cuartel o del cuerpo (limpiadores, rancheros, zapateros, sastres, escribientes, fotógrafos, telegrafistas, telefonistas, etc.), y dejar a los útiles para el manejo de las armas y otros servicios especiales.

Homogeneidad en el Ejército.—Para que todos los soldados que forman cada unidad militar tengan iguales condiciones físicas y morales, lo que constituye la *homogeneidad* del Ejército, se divide éste en tres grandes porciones, según la edad de aquellos, formándose el *Ejército permanente o activo* con los más jóvenes; el de *segunda línea o de reserva* con los que acaban de pasar por aquél, hasta cierta edad; y el *territorial* con los que, después de pertenecer varios años al de reserva, siguen en ésta hasta cumplir el máximo tiempo de estar sujetos a las armas.

El tiempo de permanencia en el Ejército activo es asunto muy debatido; creemos, huyendo de la discusión, que dos

años son suficientes, en general, para que el soldado adquiera hábitos y virtudes militares, práctica de su oficio y aptitud para la guerra; el soldado que desee ascender debe continuar más tiempo en filas, si ha de ser una buena clase de tropa; a este objeto se establecen enganches y reenganches para éstas y aun para los mismos soldados, sobre todo si se trata de cuerpos o institutos que, como los de Caballería, Carabineros, Guardia civil, etc., necesitan gran práctica de su misión y dotes especiales para su peculiar servicio.

Cuando llega la guerra no es suficiente la existencia del Ejército activo, del de segunda línea y del territorial, porque desde el primer momento y más desde que ocurre el primer choque con el enemigo, todos los núcleos, grandes o pequeños, sufren pérdidas, bajas, que en el acto han de reponerse, si han de continuar rindiendo el efecto debido; para esta reposición de hombres se crean unidades de depósito desde tiempo de paz, donde son destinados todos los sobrantes del contingente anual, que solo adquieren instrucción militar durante un corto período de filas, algunos meses, y los que por varias causas previstas en la Ley de Reclutamiento, no llegan a adquirir dicha instrucción. Rotas las hostilidades se termina la enseñanza de estos hombres en los depósitos y van a completar las unidades activas o de segunda línea a que pertenecen.

Contingente anual y fuerza del Ejército.—Así establecida la organización militar del país, fácil es contar con un ejército homogéneo y apto para su defensa, pudiéndose calcular que el número de hombres que cada año cumplen la edad ya dicha para venir a filas es aproximadamente un *uno por ciento* de la población total, pero descontando la mitad por inútiles, exentos, prófugos, etc., queda un medio por ciento para el contingente anual. Esta cifra, multiplicada por el número de años que los individuos permanecen sujetos al servicio de las armas, da un producto llamado *fuerza nominal del Ejército*.

Descontando una quinta parte por los que fallecen, continúan en filas (oficiales y reenganchados), los que son sentenciados, desertores, enfermos, etc., queda la *fuerza efectiva* que se aproxima a *un tres por ciento de la masa total de población*.

En caso de guerra se podrá contar con solo una mitad

de esta cifra para *fuerza movilizable*, porque habrá que rebajar todos los hombres que por sus condiciones legales deben quedar en el país para constituir el Ejército territorial.

Mando y dirección del Ejército en tiempo de paz.—Para que exista la debida armonía entre todos los elementos que integran el Ejército, y para atender a su constante preparación, progreso y eficacia, se necesita una dirección, un mando en tiempo de paz, que varía según las costumbres y organización de cada país.

En general, el Jefe superior, en todos los Ejércitos, es el Jefe del Estado, que delega el mando directo en el Ministro de la Guerra y en el Estado Mayor Central o Gran Estado Mayor.

El Ministro de la Guerra ejerce funciones administrativas y cuida de que se conserve la organización adoptada, representa al Ejército en el Gobierno y ante las Cortes y a la aprobación de éstas somete el presupuesto necesario para sostenerlo.

El Estado Mayor Central cuida de la preparación y dirección del organismo armado, de su perfeccionamiento en relación con el progreso nacional y de otros Ejércitos; y evita que los Ministros de la Guerra, por razón del cambio de personas a que da lugar la política, impongan sus ideas personales, distintas, que ocasionaría más bien alteraciones costosas e inconvenientes que mejoras contrastadas por la experiencia y que son los caracteres distintivos de aquél.

Pero no bastan estos órganos de mando y dirección para tener siempre preparados los variados y numerosos elementos militares. Se necesita dividir el territorio en regiones diferentes, con una autoridad superior cada una, delegada del mando central, que cuida de la organización, dentro del territorio de su cargo, de todas las fuerzas y organismos que forman aquél cuerpo de ejército; y aun dentro de la región y del cuerpo de ejército se divide el mando en otras partes llamadas circunscripciones de división, de brigada y de gobierno militar, cuyos jefes tienen mando propio, determinado y a veces independiente.

Importancia de la unidad de mando.—La primera y más necesaria condición del mando es la unidad; es decir, que sus órdenes deben ser indiscutibles y obedecidas sin pérdida de tiempo y a toda costa, con entera sumisión por todos sus subordinados.



Si falta esta obediencia total, si el mandado cree que padece su amor propio, que la misión que le confían por una orden es poco airosa o en armonía con sus aspiraciones o aptitudes, serán desastrosas las consecuencias, para la dirección que manda.

La base de armonía y bondad de un ejército, corporación, establecimiento o fuerza militar, solo depende de la unidad del mando y de la subordinación a él, aunque sea malo, porque si se equivoca se pueden corregir sus errores y habrá un responsable de ellos, el que manda; en tanto que si cada subordinado procede con criterio propio, diferente de los demás, sin obedecer estrictamente lo mandado, se llegará al caos, a la desorganización más lastimosa y lo que es peor, a la falta del hábito de la obediencia y del cumplimiento de los deberes individuales, indispensables si el ejército ha de servir para cumplir su fin.

En las naciones monárquicas, el Jefe del Estado por sus prestigios, por su permanencia en el cargo, por su nacimiento goza de respeto constante, que la costumbre y su posición social sostienen; el Ministro de la Guerra, elegido por el Soberano, que resuelve en su nombre, goza también de respeto y consideración, de prestigios personales que hacen fácil su mando aunque su contacto político con elementos de otros partidos llegue con el tiempo a gastar su autoridad y hasta hacerle abandonar el cargo; en este caso la obediencia se resiente por las luchas y las disensiones políticas que se vé obligado a sostener, el mando padece y por ello es necesario el Estado Mayor Central, constituido con personal de extraordinarias aptitudes, aplicación, serenidad de juicio, ajeno a la política, solo atento a la marcha y necesidades del ejército, con un jefe estable, acostumbrado a manejarlo, conocedor hasta de sus más insignificantes detalles, que sepa los resortes del mando y dirija con facilidad y seguridad.

Las personas que hayan de desempeñar altos cargos directivos deben ser prestigiosas, respetables por su historia, por su recto proceder constante en asuntos de la índole de los que se les confían.

Con esta base desde tiempo de paz, que debe ser la escuela del mando y de la subordinación, se conseguirá la unidad de aquel con toda la importancia que debe tener.

Cualidades que debe reunir el mando en sus diversas Jeraquías.

—Teniendo en cuenta las grandes masas de soldados y el inmenso material que componen los ejércitos modernos, el mando debe estar inteligentemente preparado para ser el guía del ejército, su dirección. Aunque lo asume el generalísimo, necesita en primer lugar, armonizar todos los elementos de que dispone, estableciendo la obediencia a los jefes superiores, a la vez que una libertad de proceder para cada caso, en relación con las circunstancias que se presenten.

Aunque esta obediencia y libertad simultáneas parecen antagónicas, debe entenderse que la libertad debe existir dentro de la unidad de doctrina y de un solo criterio. que, en cada caso especial, hará a cada uno resolver como si se lo ordenase el superior si conociese las circunstancias de aquel momento, resultando que esta libertad será eficaz auxiliar de la armonía de los hechos tal cual los conciba y relacione el mando.

Por, tanto, es necesario que para todas las categorías del mando exista esa unidad de doctrina, que cada uno desarrollará en su esfera de acción asegurando entre todos el armónico enlace y la combinación prevista de todos los elementos militares.

Las personas que ejercen el mando deben reunir condiciones muy especiales tanto físicas como morales e intelectuales, entre ellas conocimiento profesional profundo, voluntad y carácter firmes y energías físicas bastantes para sostener las cualidades anteriores y en relación con la jerarquía y fin especial de cada uno. De las condiciones que reuna el mando depende el valor del ejército; por eso los generales han de llegar a serlo por su prestigio y valía, acrecentando sus brillantes cualidades en el desempeño de sus cargos por el conocimiento en la paz del mecanismo que se les entrega para manejar en la guerra; y este conocimiento no lo adquirirán sino dirigiendo constantemente las fuerzas u organismos que manden y estando con ellos en íntima relación siempre.

Los jefes y oficiales han de hacerse acreedores a la más alta consideración y respeto por el elemento militar y por el civil, observando una conducta modelo, excediéndose en el cumplimiento de sus deberes; estudiando con asiduidad la profesión militar para no tener que recurrir al indispensable subordinado, de quien deben ser en toda ocasión jefes, guías y maestros. Solo así reconocerán los inferiores la superioridad y obedecer-

rán sus órdenes convencidos de que ordena y manda quien puede y sabe.

Las clases de tropa deben elegirse con gran cuidado e instruirse de modo que el soldado vea la justicia y el acierto en la elección, las considere su ejemplo viviente para cumplir su servicio y modelo digno de imitar dentro y fuera del ejército.

Compenetración del mando con la tropa por la instrucción y la disciplina.— Los grandes efectivos que hoy componen los ejércitos deben prepararse para la guerra compenetrando el mando con la tropa mediante la instrucción y la disciplina.

El soldado actual, sacado forzosamente de su hogar, donde abandona por el tiempo de su servicio a la familia, sus ocupaciones y todos sus afectos, no lleva a las filas las ideas de lucro, de ascenso, de botín, que en otros tiempos fueron incentivo poderoso de la tropa mercenaria. Hoy entra en el cuartel empujado por el sentimiento del deber, sabiendo que la Patria le exige el sacrificio de su vida sin proporcionarle otra compensación que la satisfacción y la honra que sienten los buenos ciudadanos al aumentar su historia con esta página de brillo y de desinterés.

Pero el hombre por instinto siente despego por estos deberes duros, que suponen dejación de su voluntad y subordinación al superior; y para que sin temor, sin miedo, sin hacerse violencia acepte este nuevo género de vida y lo soporte llegando a sentirse orgulloso de haberla abrazado, solo hay una fuerza: la obediencia y la compenetración con el mando, practicada de tal modo que el soldado llegue a ver en su oficial al superior en todos los órdenes, que le salvará en el momento de peligro, que reúne todos sus ideales y que le ha dado una instrucción origen de recíproca confianza, de superioridad del mando, de unión de éste con la tropa.

Organización táctica de los Ejércitos.— En la formación del Ejército se clasifican los hombres en dos grandes grupos; uno destinado a combatir; otro encargado de proporcionar a aquellos elementos que necesita para el combate y para subsistir. El primer grupo se denomina *tropas combatientes*; el segundo *cuerpos auxiliares*.

Las tropas del primer grupo combaten con medios y en formas diferentes; de aquí que se subdividan en: Infantería, Caballería y Artillería que son las tres armas de combate; los

Ingenieros también combaten en algunas ocasiones aunque su misión es auxiliar con sus servicios y obras la labor de dichas armas.

La infantería está formada por hombres a pie que luchan, a distancia, con el fusil y la ametralladora; y, de cerca, con cuchillo-bayoneta y granadas de mano.

La Caballería está constituida por hombres montados a caballo, que emplean como arma éste y su velocidad, y la lanza o sable para llegar al choque brusco y rápido con el enemigo. A distancia usa el fusil o carabina por excepción, y la ametralladora.

La Artillería se compone de hombres que lanzan proyectiles a largas distancias mediante el empleo de cañones, morteros, obuses, etc., de muy varias formas, dimensiones y objetos, por lo que se subdivide en *artillería de plaza* y *de costa*, según que sus blancos sean fuerzas sitiadoras o barcos enemigos; y *de campaña* que a la vez toma distintas denominaciones: de campaña propiamente dicha, de montaña, anti-aérea, a caballo, de sitio y de posición, según el objeto y poder de sus piezas y modo de transportarlas.

Las tropas de Ingenieros, aunque combaten a veces, en general llenan otras funciones en campaña, y por ellas reciben los nombres de zapadores, minadores, ferrocarriles, pontoneros, telégrafos, etc.

Todas estas tropas se agrupan formando unidades o fracciones al mando de un solo jefe.

En Infantería la unidad de combate es la compañía, formada por unos doscientos hombres en pie de guerra, que pueden ser manejados y administrados por un capitán. La compañía se divide en secciones, al mando de oficiales; cada sección, en pelotones, mandados por sargentos, y cada pelotón en escuadras mandadas por cabos.

Varias compañías, de cuatro a ocho, componen un batallón de mil hombres aproximadamente; y dos, tres, o más batallones forman un regimiento, al que ordinariamente se llama *cuervo*, por ser la unidad administrativa por excelencia, al mando de un coronel.

Aunque el regimiento se considera unidad principal, en realidad las unidades de combate son los batallones.

CAPÍTULO III

Moral Militar

Sumario: Derecho de gentes. —Del Deber en general. —Responsabilidad militar. —Poder y autoridad. —Deferencia y obediencia. —Del mando. —Valor —Honor. —Honradez. —De la disciplina. —Espíritu militar. —Espíritu de Cuerpo. —Compañerismo. —Castigos. —Instrucción de la tropa.

Derecho de Gentes. —La creación y perfeccionamiento del derecho de gentes tal y como hoy existe ha costado muchos siglos, lágrimas, ruinas y sangre. Desde la moral militar de griegos, romanos y cartagineses que proclamaba como superiores aquellas razas y naciones, considerando como de inferior calidad a cuantos llamaban bárbaros, apoyando en esta base el derecho a inutilizar, esclavizar y disponer de la vida y hacienda de los vencidos, hasta las leyes y usos de la guerra que rigen en la actualidad para todos los pueblos civilizados, media un abismo. En efecto, hoy son leyes fundamentales de la guerra la defensa y respeto al débil, a la propiedad privada, al vencido, a los usos, costumbres, prisioneros, heridos, niños y mujeres: no se debe causar más daño que el puramente preciso para alcanzar la victoria; no se destruyen los campos, poblados, cosechas y vidas por gozar en su destrucción, sino por necesidad, conveniencia o justicia; una sola gota de sangre vertida sin necesidad, una vida sacrificada sin ser preciso, constituye un delito; no se llega a la guerra sin haber tratado por todos los medios de evitarla, y no se empieza sin hacer una formal declaración de ella.

Sin embargo, no debe creerse que el honor militar, el respeto y la dignidad, que son los inspiradores de estas leyes, degeneran en debilidad; porque la mala fe, la falta de humani-

dad, el desprecio a los tratados, el espionaje, la deserción, se castigan con dureza y justicia; al que hace la guerra sin ser militar puede dársele muerte; pero entiéndase bien que castigar no es tomar represalias porque enconan las pasiones, despiertan el odio y los hombres dejan de ser seres conscientes para convertirse en fieras; el mejor castigo y la única represalia justa es vencer e imponer el ideal propio, como ley, al sometido.

Una tropa que no tiene siempre en cuenta las leyes de la guerra y las virtudes militares, que es inexorable y se excede en el castigo al vencido, que no observa la más exacta disciplina, que usa mal de su armamento, no merece el nombre de militar ni pertenecer a esa religión de hombres honrados, como llamó Calderón a la milicia. Por tanto, vamos a enumerar, aunque ligeramente, esas virtudes que sirven de cimiento a los ejércitos, y el modo de despertarlas o inculcarlas en todo el que viste el honroso uniforme militar.

Del deber en general.— Para que en el Ejército cada cual esté colocado en su sitio, esto es, para que no asuma una indebida responsabilidad jerárquica, es preciso que conozca qué es todo lo que debe serle concedido y todo lo que debe exigir.

El soldado no puede realizar cosa alguna sin que intervenga la voluntad de su Jefe y ésta al mismo tiempo está regulada por reglamentos o leyes o por otra del Jefe superior, siempre que no se trate del mando absoluto. Pero siempre las órdenes o exigencias para con el inferior han de ser posibles, razonables, según sus fuerzas, salud, estado moral, etc., y sobre todo no han de herir su dignidad ni rebajarle a la vista de los demás.

Todo el que, dentro del Ejército, asciende un empleo aumenta sus deberes para conseguir la obediencia de sus subordinados y el servicio de todos hasta el soldado; tiene a su cargo su tutela y protección, debe cuidar de su alimentación sana, nutritiva y abundante, del alojamiento higiénico, de la sanidad de los hombres, de sus recreos y ejercicios regulares, de sus buenas costumbres e instrucción, de corregir; aconsejar y amonestar, siendo tan justo como severo en el castigo, excluyendo con el mayor cuidado el personalismo.

Todos estos deberes aumentan y adquieren más fuerza en

tiempo de guerra para los Oficiales, que antes de pensar en hacerse obedecer deben procurar merecer ser obedecidos.

En campaña se hará querer y obedecer el Oficial si él es el último que se retira a su tienda o casa, si no omite medios para satisfacer a todas las necesidades de su tropa, si en todo momento y situación le dá ejemplo de prudencia, moderación y paciencia, si la cuida, la salva en cuanto pueda, recoge los restos en el campo de batalla, vela por su seguridad, es su amigo, compañero y defensor, le propone y consigue las recompensas justas, si, en una palabra, hace con sus soldados comunes los bienes y los males y su decente conducta y desinteresado proceder sirve de norma a sus subordinados.

Ahora bien: para adoptar la más adecuada conducta y el más oportuno proceder, es necesario adquirir costumbre de las sanas y buenas prácticas sociales y reprimir las malas inclinaciones, o lo que es igual, hacer aquello que está bien visto y es decente, decoroso, digno, habituarse a la benevolencia justa y firme.

La dignidad se sostiene practicando ciertos actos y huyendo de otros; regulando las palabras, los gestos, los ademanes con tanto cuidado como la conducta y la producción social; diciendo, al hablar, lo necesario, solo lo necesario y todo lo necesario, sin ampulósidades ni vulgaridad, con términos apropiados a la condición y alcance de la persona con quien se habla; pensar antes de hablar y no hablar sino en tono y continente mesurado; dar las órdenes con actitud firme, reveladora de que se han madurado los pensamientos que encierran; que no sobra ni falta palabra en ellas y que nada hay que hacer observar para cumplirlas.

La firmeza es deber de todo el que manda; pero ha de cuidarse de no confundir esta virtud militar con la terquedad; esta nace de la ignorancia y suple a la falta de firmeza precisamente; la falta de razón, el carácter irascible, malo, inadecuado producen la terquedad; en tanto que la firmeza es hija del estudio, de la convicción, de la educación y preparación apropiadas a la categoría del que manda, por eso la firmeza no es incompatible con declarar que se ignora lo que no se sabe, aceptar una observación, regla o conocimiento de los que saben, consultarlos y honrarlos acudiendo a su consejo, antes que dejarse arrastrar al ridículo por creerse autoridad en lo

que se ignora o conoce incompletamente. Otro deber de quien manda o tiene autoridad es dar la razón a quien la tenga. Nada hay tan pernicioso como proceder de otro modo, porque su autoridad o mando se menosprecia, al disgusto suma descontento y sus decisiones serán ya en lo sucesivo recibidas con desconfianza.

Responsabilidad Militar.—Para asegurar la subordinación son dos palancas poderosas la determinación de los deberes y el espíritu de cuerpo; pero supera a estas en eficacia la responsabilidad.

Indudablemente en otros tiempos se exigía esta con una severidad que hoy se ha olvidado; sin embargo es preciso hacerla efectiva ascendiendo en intensidad de los grados inferiores a los superiores de la milicia; es decir, que los jefes deben ser declarados responsables de los actos buenos o malos de sus subordinados. Este principio de derecho militar es, quizá, la base fundamental de la disciplina, aceptado desde los tiempos más antiguos y repetido en todas las ordenanzas militares y reglamentos de guerra. La responsabilidad es el medio seguro de que exista la subordinación. El Jefe que está expuesto a sufrir correcciones por faltas que otros cometan es muy enérgico para mandar a estos y exigir el más exacto cumplimiento de sus órdenes.

El poder y la autoridad que frecuentemente se confunden, son dos conceptos diferentes, fáciles de distinguir. En todas las jerarquías sociales, el derecho de cada persona o escalón es el deber de otro jerarca; y una de las cosas más necesarias es que la extensión de los derechos y deberes estén bien precisados y conocidos mediante reglas que determinen su ejercicio.

Ejerce poder quien procede en virtud de su fuerza propia; ejerce autoridad quien obra fundado en la razón, la costumbre o en nombre de la ley. Así al practicar el mando militar un jefe, ejerce poder; cuando condena un juez, ejerce autoridad.

Deferencia y obediencia.—Deferencia y obediencia son dos cosas bien distintas que el militar debe conocer exactamente para exigirlas o practicarlas sin confundirlas, para no dar lugar a que la disciplina se relaje.

Cada militar tiene un jefe directo, único; y muchos superiores de su mismo o diferente cuerpo, arma o unidad.

Al jefe directo se le debe por sus subordinados obediencia

pasiva, ciega, incondicional en cuestiones de mando que no permiten ni la discusión, ni dilaciones, interpretaciones ni alteraciones en lo mandado.

A los superiores se les guardan deferencias, se les atiende en cuanto no se oponga a las órdenes de los jefes, se les pueden hacer observaciones, preguntas respetuosas.

Al representante del jefe o del superior se le debe la obediencia o la deferencia que aquellos merecen.

Para hacerse obedecer es necesario que el mandato sea preciso, claro, inteligible, en relación con la necesidad que llena y con las atribuciones de quien lo dá, con prudencia, moderación, firmeza y dignidad.

El que manda necesita conocer sus deberes y los de los subordinados a quienes manda.

Saber mandar no es cosa fácil; pero lo verdaderamente difícil es saber obedecer. El mando se funda en el conocimiento del talento, la energía y la oportunidad; la obediencia tiene por base la humildad, la abnegación, la dejación de la personalidad y criterio propios para convertirse en instrumento dócil de quien manda.

Por eso quien obedece por convicción, poniendo a contribución toda su voluntad para cumplir el mandato recibido, contrae un mérito; debe ser imitado, porque es ejemplo vivo de disciplina.

Del Mando.— Se dice que un jefe posee *dotes de mando* cuando al ordenar no abusa de su poder, ni es débil en sostenerlo.

Tan importante es no traspasar los límites de lo justo en un sentido como en el otro. En efecto: quien abusa de su situación, abusando del mal carácter y de la destemplanza, se hace odioso de sus subordinados, que le obedecen a la fuerza, convencidos de la injusticia en el mandato y de la falta de criterio y sobre de arbitrariedad en su jefe a quien se critica en mal sentido y se le pierde el respeto por sus inferiores entre los cuales siembra el descontento y llega a producir la desconfianza y hasta la desorganización.

En cambio otros jefes, buscando la simpatía de sus subordinados, que les llama *buenos*, consiguen, a fuerza de dispensar defectos y faltas en el servicio, de más o menos entidad, que se les pierda el respeto y llegue a prescindirse de ellos, que

la falta de corrección oportuna produzca el desprecio hacia ellos, así como la inmoralidad y malas costumbres que con facilidad arraigan entre las tropas.

Es, pues, necesario que quien manda se inspire constantemente en la justicia, en la necesidad, en la imparcialidad y en la cortesía, para obrar con dignidad y sin hacérsela perder al mandado, porque la dignidad es patrimonio de todo el que viste uniforme militar, sea soldado o general. Si hay que corregir, se corrige con oportunidad y tino, sintiendo tener que aplicar un castigo, no gozándose en imponerlo; graduándolo en relación con la clase, empleo, ilustración y demas circunstancias del corregido, de tal modo que este sea el primer convencido de que es justo, paternal, necesario.

El que manda debe recordar que todos sus subordinados, observan sus actos, palabras, gestos y hasta tratan de adivinar sus intenciones, comentan cuanto a él atañe, desmenuzando y analizando las palabras u obras más insignificantes de su vida oficial y particular; y que el juicio favorable o adverso resultante, servirá de norma, a cuantos subordinados tenga, para graduar la subordinación, el respeto y el afecto que le deben.

Debe pensar igualmente que es de su deber ensalzar a quien lo merezca, proponer para recompensas y defender con el mayor afán los derechos que tengan o a que se hagan acreedores sus subordinados, procurando aquilatar el mérito ajeno que realzará el suyo: este proceder no es el más corriente, por la falta de frialdad y justicia al apreciar la valía de los demás. Es, por desgracia, más corriente que los celos y el amor propio conduzcan a los jefes a separar de sí a los hombres de talento, que juzgan capaces de anularlos, y a rodearse en cambio de medianías, para sobresalir ellos, sin tener en cuenta que quien manda asume la gloria o la responsabilidad de cuanto ocurra a su alrededor.

Otra clase de debilidad es frecuente descubrir en algunos jefes y oficiales del Ejército en su trato con los de cuerpos o armas distintos del suyo. Desde luego no nos referimos a esas concesiones y flexibilidad a que obligan la cortesía y el compañerismo, sin faltar por ello al mas riguroso cumplimiento del deber; a esta conducta de atracción, de suavidad, de anti-fricción, estamos todos obligados y las ordenanzas lo recomiendan.

Hablamos de los casos en que un jefe u oficial solicita, de otro de cuerpo diferente, algo personal, que, siendo justo, no está taxativamente dispuesto en los reglamentos o legislación vigente. En estos casos es frecuente que el solicitado no solo considere como que le honra la petición y la forma amistosa, dulce, de hacerla, sino que se desviva por satisfacer a su nuevo amigo, creyendo en su eterno agradecimiento. Nada mas lejos de la realidad que esta suposición, porque tal amigo no solo es posible que jamás vuelva a dirigirle la palabra, sino que el haber conseguido su objeto acaso sea motivo bastante para ello, porque pensará que él no hubiera procedido así y que no debe conceder su amistad a quien no ha cumplido su obligación. Lo digno, si llega esta ocasión, es que el solicitado, con toda la claridad, valor y corrección apropiados al caso, se niegue a complacer a quien lo solicite, quienquiera que sea, que éste se encargará de proclamar después, o por lo menos de pensar, que la negativa es dignidad, es austeridad, es honradez.

Valor.— Se llama valor a la virtud de arrostrar un peligro con la tranquilidad y frialdad proporcionadas a su clase y magnitud.

Estos peligros pueden ser muy distintos y cada uno requiere una clase y una cantidad de valor diferentes. En efecto: son peligros: la probabilidad de perder la salud, o de morir, o de empobrecerse, o de perder la honra, o las amistades, de ser maltratado, y otros muchos hechos morales y materiales y se comprende que cada uno debe esperarse, recibirse y soportarse, si se realiza, de distinto modo; la lucha con un hombre requiere medios de preparación distintos de los que se emplearían contra una fiera, contra una tempestad, o una enfermedad y, aun dentro de cada caso de éstos, la cantidad de valor diferirá según el *valor* o la importancia del contrario, de la fiera, de la tormenta, etc.

Nosotros sólo nos referimos al valor militar que será el necesario para soportar friamente las vicisitudes de la guerra, cualesquiera que sean sus circunstancias, y para vencer. Este valor se caracteriza por la serenidad y preparación con que son acogidas las manifestaciones guerreras (fuego en las líneas de combate, emboscadas, falta de alimentación, de reposo, fatiga, persecuciones, etc.); por el olvido o menosprecio de la idea de la muerte ante una trinchera, fortificación o reducto

que deba tomarse; por tener como norma el honor propio y la conveniencia de los compañeros para afrontar el paso de un puente o desfiladero, conduciendo un convoy, con las municiones de guerra o boca que el combatiente necesita para mantenerse en su puesto y avanzar; desvelándose día y noche, sin descanso, hasta preparar en el taller o la fábrica o la oficina cuanto sea preciso para la vida de las tropas que confían en esta labor armónica con sus marchas y combates.

No debe confundirse el valor con la temeridad, con la nerviosidad, con el amor propio y hasta con la cobardía que, a veces, sin dejar lugar a la reflexión, al cálculo ni a la medida del obstáculo a vencer, empujan al que inconsciente se lanza a la pelea, sin tener en cuenta que juega y pierde su vida y la de sus subordinados sin provecho ni resultado práctico.

El valor militar puede ser individual y colectivo; tiene valor personal quien en los casos citados procede sin aceleramiento, viendo las cosas con claridad, disponiendo lo acertado, necesario y conveniente, quien piensa despacio; aprecia bien el peligro y lo acomete, si es necesario, como cualquier otra obra, con naturalidad, inalterable.

El valor colectivo es consecuencia del individual; y se manifiesta donde la disciplina es firme, donde impera el espíritu militar y el de cuerpo, porque cada cual se considera socorrido y reforzado por todos sus compañeros, alentado y obligado en la misma obra por sus jefes, y sostenido por el honor y prestigio de su cuerpo que lo mira, lo observa, y al fin le castigará o premiará, en justicia, según su comportamiento.

Se afirma por muchos que el valor no es innato, sino adquirido, infiltrado en los hombres, porque el espíritu de conservación se opone presentado el miedo en su lugar, que es propio, natural en las personas. No discutiremos si es el valor o el miedo lo natural, pero sí afirmamos que el valor militar no es el temor a las leyes, al ridículo, al castigo si se retrocede o no se avanza, ni es la ceguera que encubre al miedo, ni es la violenta impetuosidad arrolladora que acaba en un sacrificio estéril, de quien acaso desprestigiado, humillado por algo indecoroso, busca una bala que lave con sangre su deshonra. Todo esto es suicidio, y jamás se ha calificado de valientes a los suicidas,

Con lo dicho no afirmamos que todos los militares sean

valientes por el hecho de ser militares, y se prueba observando que hay quien inutiliza su caballo poniéndole una piedra bajo la silla o un clavo mal clavado en el casco, hay quien se deja matar, quien tira sin apuntar, quien se entretiene y queda atrás con el pretexto de atender a los heridos, quien se causa heridas en los pies que justifiquen su no asistencia a una operación, quien se echa al suelo, quien, en fin, llega a no poder disimular el miedo, a pesar de sus esfuerzos para conseguirlo.

Entre los oficiales son poco frecuentes estos casos, porque la educación militar, la obligación de ser ejemplo vivo de la tropa, hacen nacer en ellos esa virtud que vence al miedo.

El militar debe ser valiente para llegar hasta donde haga falta, incluso a dar su vida satisfecho, *si de ello hay necesidad*, pero entre tanto es su deber reservarla para defender a su patria, a quien se la tiene prometida sin poder, por tanto, disponer libremente de ella.

El honor.— Es una cualidad moral que nos empuja al más severo cumplimiento de nuestros deberes respecto a nosotros mismos y a los demás. Es un sentimiento esencial sin el que no puede vivir el hombre civilizado, ni las colectividades ni las naciones. El honor iguala a ricos y a pobres; ennoblece la posición modesta, da brillo a la riqueza y engrandece la prosperidad.

Este sentimiento es innato en el hombre, es un don divino que se encuentra en todos los países, en todas partes; y hace avergonzarse de sí mismo a quien recuerda una mala acción suya aunque la haya cometido en el mayor secreto.

Es como limpiísimo espejo que la menor mancha lo empaña; es juez de jueces y ley superior a todas las leyes humanas, porque éstas no llegan a castigar la mentira, la ingratitud, el libertinaje y otros defectos y acciones que el honor, propio o ajeno, condenan y los hombres de honor constituidos en tribunal corrigen y castigan con sus fallos.

Nada hay tan grande, tan digno de respeto, como un pueblo, una corporación o un hombre cuando viven guiados por las inspiraciones del honor, no sujeto a leyes ordinarias; los legisladores han concedido a la dignidad de la naturaleza humana, el mayor homenaje al no legislar acerca del honor; así, el hombre, no tiene respecto al honor otro juez ni otro censor que él mismo y la opinión de los demás; y esto es suficiente

para que la inmensa mayoría de ellos se mantenga dentro de la barrera que le imponen los deberes sociales.

Precisamente por ser libre el hombre es por lo que puede aumentar su honor con buenas acciones y por ello son tan estimados y considerados los que lo poseen. Asimismo difícilmente es atacado un hombre de honor; le basta el bagaje de su proceder recto y caballeroso de toda la vida como prueba de su honorabilidad y de su valer, sin necesidad de armas ni de defensores, para hacer frente a quienes pudieran motejarle.

Por esta inmensa valía que ha alcanzado el honor es por lo que ha llegado a ser la religión de los ejércitos; por eso se exige al militar, como al sacerdote la santidad.

El honor tiene por pedestal la conciencia recta y pura, la exaltación hasta el más alto grado de la estimación de cada uno para sí mismo y el deseo anheloso de la estimación de los demás.

El hombre de honor debe saber sacrificar todo siempre a la justicia y a la verdad.

Se sacrifica todo a la justicia dando a cada cual lo que le corresponde, considerando sagrados la vida y los derechos de los demás, siendo fiel a las promesas, reconocido a quien nos hace bien, respetando a quien sea digno de ser respetado.

Se sacrifica todo a la verdad buscándola con sinceridad, escuchándola con calma, aunque sea contra nosotros, defendiéndola entre los demás cuando sea útil, no ocultándola jamás por el propio interés. Los mayores enemigos del honor son la injusticia y la falsedad.

La frase «ha mentido Ud.» es la mayor injuria que se puede dirigir a un militar, que es hombre de honor. La costumbre de mentir hace que poco a poco se pierda uno a sí mismo la estimación y cuando tal ocurre nada tiene de particular que se llegue al desprecio de los demás. Cualquier falta puede perdonarse porque puede cometerse hasta por ignorancia, pero una mentira, una falsedad, no se comete sin previa reflexión; por eso una sola basta para hacer despreciable para siempre a su autor. Por eso decir a uno: *Ud. ha mentido* equivale a la frase *Ud. ha faltado al honor*.

El honor militar es más delicado y exigente que cualquier otro; esencialmente consiste en la rectitud, la abnegación, el

desinterés, el sacrificio, la consagración a la patria y por último en que sea sin miedo y sin tacha.

Por eso sostener religiosamente el juramento o la promesa, tener la ambición de prestar grandes servicios y de correr graves peligros, buscar el merecer galardón antes de obtenerlo, respetar la propiedad y la desgracia, permanecer sereno ante el peligro, desafiarlo cuando le interese a la patria y saber morir, si es necesario, por la gloria y la salud de todos, son los deberes del militar con relación al honor.

El honor hace fáciles todos los deberes militares, fortalece al soldado en sus trabajos, fatigas y privaciones, le engrandece en todas las circunstancias difíciles, le eleva a la altura de los obstáculos y le da valor para vencerlos.

El militar debe temer más a la infamia que al peligro; debe saber morir para sostener su honor, porque se debe a su familia, a su patria, a su rey; por grande que sea el peligro jamás debe abandonar a sus compañeros, a sus jefes ni a su bandera.

Dice Almirante: «el honor exige al soldado más que al suicida y al mártir: le exige que obre, que luche, que venza. El honor militar no se aplaca con estériles deseos, ni con estériles sacrificios; impone hasta más allá de lo imposible: al que se acobarda le empuja hacia adelante, al moribundo todavía le obliga a combatir».

De la honradez.—La honradez no es solamente un deber, es un medio cómodo de vivir, porque no se puede tener tranquilidad y bienestar sin ella. Para disfrutar de ventura es preciso sacrificarlo todo a la estimación y a la satisfacción que cada cual debe tener de sí mismo.

Las riquezas pueden proporcionar placeres, pero no bastan para dar esa satisfacción de sí mismo que es el fundamento de la honradez. En cambio el pobre puede carecer de placeres pero puede proporcionarse aquella estimación propia; para ello le basta con ser hombre honrado.

Quizá se juzgue desgraciado alguna vez el hombre de bien, pero no lo será en realidad, porque no estará descontento de sí mismo.

Para ser honrado un hombre debe observar las siguientes reglas:

No consentir jamás una mala acción a sabiendas, ni aún en secreto; porque la propia conciencia es un testigo inexora-

ble que reprochará sin cesar la falta y que impedirá estar contento y dormir con tranquilidad.

Cometida una falta es causa de otro mal: el que la cometió, si se le presenta nueva ocasión, será más débil para evitarla que la primera vez; caerá más fácilmente.

Una vez perdida la tranquilidad de conciencia y la satisfacción de sí mismo, de poco valen las riquezas; no sólo son una pesadilla, sino que no satisfacen si son mal adquiridas.

A quien no procede honradamente, le parece que siempre le falta algo importante y echa de menos la tranquilidad necesaria para hacer bien y a tiempo las cosas; porque está disgustado de sí mismo, le arguye su dignidad ultrajada. Por eso, quien se deshonor busca la soledad y la sombra para vivir, se separa de las personas y círculos gobernados por la decencia y se apoderan de él la indiferencia y la tibieza para el cumplimiento de todos sus deberes.

Por el contrario, el hombre probo, por modesta que sea su posición, tiene esa satisfacción que siente de sí mismo que le fortalece para sobreponerse a todas las dificultades de la vida, porque la probidad da un valor que jamás se agota.

El militar valiente y honrado, si además cuenta con la instrucción que corresponda, reúne las más grandes cualidades del hombre civilizado.

Si a pesar de las inspiraciones de la justicia y de la rectitud, si no obstante las llamadas e insinuaciones de la conciencia llegase un momento en que las tentaciones turbasen el conocimiento hasta hacer dudar entre el bien y el mal, basta pensar en las venerables canas del padre y de la madre ancianos, en el cariño de la esposa y en el porvenir de los hijos, cuyo nombre se condenaría a la deshonra, a la vergüenza, y a ellos al sufrimiento sin culpa; basta recordar a los amigos dignos, que harían el vacío y volverían con razón la espalda; basta pensar en la expulsión de todo centro, colectividad y reunión, para seguir el camino del bien.

Todas las citadas personas, que comparten vuestro cariño os parecerá que os aconsejan, aunque estén ausentes, que procedais bien siempre; quien es buen hijo, hermano, esposo, padre o amigo no puede ser un hombre deshonorado. Por el contrario, quien no es honrado es hipócrita, falso, indigno de confianza y estimación.

Generalmente se aplica la calificación de hombre honrado a quien no mata a un semejante ni se apodera de lo ajeno, pero esto es poco; la idea de honradez es mucho más estrecha y abarca muchos más conceptos. No es honrado quien acude tarde a su obligación o la elude en cuanto tiene un pretexto, quien no procede con buena fe y miras elevadas en cuantos asuntos debe tratar y conocer; quien no hace cuanto puede excediéndose en los deberes reglamentarios; quien siendo jefe no obliga y enseña a sus subordinados a cumplir voluntariamente, satisfechos, con sus obligaciones; quien no ahorra al Estado cuanto puede considerando con tanto interés al erario público como a los bienes propios; quien no antepone el bien común al particular, quien no se sacrifica constante y calladamente para alcanzar en cambio la satisfacción del deber cumplido, que es la mayor y más legítima recompensa. La honradez no es una palabra vana, hueca; la mejor prueba de su prestigio y valor es lo que la usan y respetan todos los hombres, más generalmente los que no merecen llamarse honrados, con la particularidad de que todos, pero éstos más, consideran como uno de los mayores insultos el ser acusados de falta de honradez. Todas las personas saben recordar sus pocas o muchas acciones dignas para presentarlas como testimonio de su probidad, si les es necesario; esto prueba la alta estimación de la honradez y lo que eleva a todas las personas en consideración social.

De la disciplina. — Es la práctica de todas las virtudes y buenas costumbres militares; es la educación militar puesta en acción; es la ejecución de todo cuanto constituye deber, procurando la exactitud y la bondad pero no es la obediencia pasiva a manera de máquina; si así fuese, el Ejército se convertiría en un rebaño de hombres.

La disciplina considera a cada hombre, jefe, oficial, soldado, como un ser consciente, con voluntad y discernimiento propios, pero subordinados a la idea del conjunto o unidad de que cada uno forma parte, y colaborador de quien manda; así el resultado será del mayor efecto útil; la iniciativa individual es un sumando en la guerra moderna.

De lo expuesto se deduce cuán necesaria es la disciplina para la vida del Ejército; las exterioridades, por las que muchos juzgan que existe donde acaso se desconoce, el automatismo,

la precisión en los movimientos, en los saludos, en el manejo de las armas, no son disciplina, son uniformidad, conveniente, muy útil para efectos de visualidad y orden y para obtener del soldado tosco, poco capaz, el principio de la subordinación y del respeto hacia sus superiores.

Se pone de manifiesto la disciplina respetando todo lo que sea superior, cumpliendo y haciendo a los inferiores cumplir las leyes y disposiciones vigentes; ejecutando cada persona lo que sea de su obligación como si su Jefe estuviese presente y procurando, con el mayor celo, salvar cuantas dificultades surjan por los procedimientos que el superior emplearía.

Por eso la verdadera disciplina se siente, llega al alma, es norma de conducta individual y colectiva,

Esta virtud nace de la confianza que inspira el mando por sus altas dotes, por su labor en pro del soldado a quien puede llegar a moldear, si tiene capacidad para ello, de tal modo que su honor le conduzca a realizar hechos meritorios a que sólo la disciplina pueda conducir.

La disciplina es hija de la satisfacción individual fundamentada en la igualdad, en la severidad y la equidad. Sin esta base no se concibe el Ejército ni colectividad alguna; la disciplina la practica cada uno por convicción, nunca por imposición; por ella cada individuo se sacrifica por la colectividad, la labor individual debe ser espejo para todos los demás que deben tender a perfeccionarla y completarla. Fundamento de la disciplina militar son la confianza en el valor, ciencia, bondad y justicia de los superiores, el amor a la patria, al orden y a la legalidad, las creencias religiosas, el entusiasmo por el Jefe del Estado, justiciero y magnánimo; la ambición de gloria, el *siempre adelante* en la senda de la honradez, todos estos sentimientos despiertos, cultivados con cariño y tenacidad, hábilmente tocados y combinados, crean cualidades que a su tiempo sirven para acometer los actos más heróicos y sublimes hasta por los que jamás se conceptuaron capaces de nada extraordinario.

Una vez creada la disciplina se mantiene con la justicia inflexible y oportuna, conservando a cada individuo en su puesto sin distinciones ni parcialidades, subviniendo a sus necesidades materiales y sobre todo alimentando sus ideales que deben ser los de la nación.

No se relaja la disciplina militar porque el soldado sufra

privaciones en paz o en la guerra, si no está bien alimentado, calzado o vestido, si no le pagan, etc., siempre que esté convencido de que *si no le proporcionan cuanto le corresponde es porque los encargados de ello no pueden por ningún medio conseguirlo*. Pero basta que observe el militar (de cualquier cuerpo y categoría) que no se le atiende, que sus haberes o devengos no se administran con la exculpabilidad debida, que no se le conceden las consideraciones que merece, para que sienta disgusto, despego por la profesión, que vea empequeñecidos a aquellos que no quieren o no saben proceder bien, que cumpla sus obligaciones con indiferencia, con desamor, que tema comunicar sus ideas al compañero, de quien desconfía, y que la suma de disgustos individuales se convierta en disgusto colectivo; de aquí al desorden, al motín, a la sedición hay cortísima distancia; así se da al traste con la disciplina; y cuerpo, colectividad o Ejército donde una vez se pierde tarde o nunca se restablece.

La disciplina se inculca en los inferiores con el ejemplo de los superiores; sólo siendo estos disciplinados conseguirán la confianza y el sacrificio de sus subordinados.

Y no se entienda que la disciplina se impone con miradas foscas, cara dura y modales descorteses del superior mientras el subordinado permanece como una estátua frente a él o detrás de él y dándole el tratamiento que oficialmente le corresponde. Así se consigue que a esos tonos y actitudes agrios del jefe conteste el subordinado cuando luego se halla entre sus compañeros, con frases despectivas, motes denigrantes y chascarrillos en que suele figurar el jefe grotescamente o rebajado en su dignidad por algún suceso poco edificante de su vida particular que se repasa, sin otro objeto que disminuir su prestigio y respetabilidad.

El mando bien ejercido y la más exacta y puntual obediencia son, hasta cierto punto la disciplina; y decimos hasta cierto punto porque en el Ejército, no siempre hay un jefe que manda, sino que los deberes se cumplen voluntariamente, por convicción, como ya hemos dicho; por tanto puede también afirmarse que *las leyes bien observadas constituyen la disciplina*.

A veces se escucha que unos cuerpos están más disciplinados que otros, y esto, que es cierto, consiste en las condiciones per

sonales de sus jefes. El hombre enérgico, de instrucción superior, naturalmente virtuoso, afable, cortés, tiene mucho adelantado para hacerse notar entre sus iguales y para ser respetado por sus inferiores. La facultad del entendimiento es base de mando y autoridad.

De nada sirve a algunas personas colocarse en idénticas circunstancias que otras; no conseguirán lo mismo por mucho que se esfuercen, porque su naturaleza y modo de ser no lo consienten. Pero todo el que desee inculcar y sostener la disciplina en sus subordinados necesita saber dirigirse a sí mismo y a los demás; conocer y exponerles con método y claridad todos sus deberes; fundarse siempre en la razón y el derecho para proceder; crear, excitar, sostener y dirigir el espíritu de cuerpo bien entendido, ser justo e inflexible, ver en sus inferiores solo subordinados sin mirar clases sociales. Cuando sobre estas bases se funda la obediencia, los oficiales cumplen su deber sin distingos y la tropa es dócil, nadie siente el deseo de rebelión; en una palabra: se respira disciplina, que sirve en la guerra para obtener constancia en los que la realizan, paciencia en quienes la sufren y orden y concierto en la ejecución de las concepciones del mando.

Espíritu militar.—Un ejército es bueno si sirve para salvaguardar a su nación, haciendo la guerra con ventaja hasta obtener la victoria poniendo a contribución todas sus buenas cualidades; es malo, no sirve, si no es capaz de este resultado. En la apreciación de un Ejército no caben más que estos dos extremos. Su eficiencia es la resultante de un conjunto de buenas condiciones entre las que merece especial lugar el espíritu militar, que los Jefes y oficiales de todas clases y cuerpos deben despertar y cultivar entre sí y en la tropa a sus órdenes. El espíritu militar es el legítimo orgullo del soldado fundado en ser el representante del orden, del poder, de la preponderancia de su patria, es la satisfacción que experimenta por la práctica de los principios de rectitud y austeridad que distinguen a la sociedad militar de la general, es la vanidad natural de quien ostenta condecoraciones y distintivos honradamente conquistados con el trabajo intelectual y material; es la ambición de ser más, haciendo méritos para ello; es la unión, el apoyo, el modo único de pensar y proceder por todos los militares, aun que cada uno se encuentre sólo; es el deseo de ser cada uno

protagonista de los grandes hechos que abren el templo de la gloria; es el considerarse cada militar superior, con fundamento, a los de otras naciones, es ser fríos y heroicos en la adversidad, e entusiastas y magnánimos en la victoria,

El espíritu militar lo adquieren los jefes y oficiales con la autoeducación que cada cual debe imponerse para su vida particular y oficial; y se impone a la tropa con el ejemplo, avivando sus pasiones honradas, enseñándole sus deberes y derechos cívicos, a que se sobreponga a lo pequeño y piense en el bienestar y progreso nacionales,

Esta virtud no se improvisa, se adquiere por un aprendizaje largo, persistente, tenaz; a la falta de inteligencia suplirán el trabajo y la voluntad, más apreciables que el talento dormido o mal empleado.

El modo de sostenerlo es alimentarlo con el estudio de asuntos nuevos de los infinitos en que debe bucear el oficial para fundamentar su instrucción y prestigio y para instruir y educar a su tropa,

El enemigo encarnizado del espíritu militar es la rutina.

El espíritu militar hace de los militares hombres superiores, valientes, rectos, con virtudes arraigadas profundamente en su espíritu y en el prestigio de la profesión.

Espíritu de cuerpo.—Los militares han querido siempre que el honor presida a todas sus acciones; todos los hombres han comprendido que las leyes son insuficientes para imponer la moral y el honor al ejecutar sus mandatos y las fundan en el *espíritu de cuerpo*.

Este espíritu de cuerpo se presta al abuso; los efectos del amor propio llegan al orgullo; las afecciones son de ordinario muy exclusivas; las pretensiones llegan a ser exageradas; sin embargo, de tales inconvenientes tiene grandes ventajas. Desarrolla las virtudes militares y cívicas, es origen de grandes acciones, es lazo de unión. Cuando un cuerpo ha ganado un nombre respetable, todos los que en lo sucesivo forman parte de él se honran con este nombre; si un arma se hace admirar por su probidad y ciencia, estas condiciones tendrán siempre como base de su ingreso en ella los que en lo sucesivo la compongan. Si un establecimiento llega a formarse con jefes y oficiales patriotas, valientes, honrados, siempre serán así los que vayan a sustituirlos. Siempre el honor del cuerpo será el de

los individuos que lo componen; el de estos será la salvaguardia de aquel; jamás ellos consentirán la menor mancha sobre éste y en cualquier ataque se hará por ellos rápida justicia, con más vigor y empuje que la haría la ley.

Por el espíritu de cuerpo se destierra la intriga, se premia el mérito verdadero, el que señala y ensalza el compañerismo; la ambición será honrada.

En la guerra asegura a cada uno la ayuda de todos y evita la rivalidad, que tantas desgracias ha causado. Los generales medirán y pesarán su proceder, no sacrificando vidas por el prurito egoísta de su gloria; nadie recabará dignidad ni recompensa que el compañerismo desaprobe.

Cuando en una corporación existe espíritu de cuerpo, se nota que unánimemente se glorifica, aplaude y eleva a los individuos de talento y laboriosidad, por que, sin duda, se piensa por todos en alcanzar estas dotes y el respeto y buen nombre que ellas suponen para totalidad.

Pero si los individuos más dignos son menospreciados, si muchos que poseen inteligencia, aplicación, cultura superior, tienen que dedicarse a alcanzar la gloria fuera de su cuerpo, perteneciendo a otros centros donde se les hace justicia, elevándolos sobre el pedestal que la conciencia ajena labra para ellos, ese cuerpo que probablemente eleva en cambio a otros indignos, está muy lejos de entender y practicar el espíritu de cuerpo, marcha por el camino de su descrédito, labra su ruina.

Las corporaciones o entidades dignas están constantemente estudiando a sus individuos, deseando descubrir el talento, la supremacía de uno para elevarle a los más altos destinos, seguras de que honrándole se honran, que su crédito y poder serán atribuidos a todos los de su cuerpo.

El espíritu de cuerpo une, acerca a los hombres, es uno de los resortes de la conciencia colectiva, uno de los medios más eficaces para sostener la disciplina.

Por todo lo expuesto, en vez de combatirlo, se debe crear, conservar, avivar, extender el espíritu de cuerpo siempre que se tengan en cuenta sus inconvenientes para corregirlos y sus ventajas, para ampliarlas.

No basta para crearlo y sostenerlo que el Gobierno con sus leyes y acciones y los jefes con sus órdenes y actos, traten de desarrollar sus vínculos y estrecharlos, y que se honre a los

compañeros que más han exaltado las virtudes en que se fundamenta; es preciso que la gloria, el nombre de los antepasados se recojan para imitarlos y sobrepasarlos; que el afán constante de cuantos formen la corporación sea éste; que la disciplina sea firme, hecha agradable por la justicia y la igualdad; que la instrucción se guíe y fundamente sobre principios fijos, para que cada cual, apto para adelantar y distinguirse contribuya a abrillantar la gloria del cuerpo; la policía y la justicia serán cuidadosamente ejercidas por todos en la seguridad de que alcanzarán lo que no conseguirían los jueces ni los jefes, porque el espíritu de cuerpo produce en este sentido verdaderos milagros, apartando de las colectividades a todos aquellos miembros incapaces de amoldarse a la disciplina moral que aquel crea, librándolas de la sombra funesta que ellos proyectan sobre el lugar que ocupan. Sin espíritu de cuerpo no se logrará gobernar al Ejército; es preciso para ello que los militares caminen impulsados por una única voluntad, a un solo fin, sin fricción, sin protesta, sin otra mira que el bien común, el auxilio recíproco, como hijos de una sola familia.

Si el ejército total o un cuerpo suyo estuviese constituido por individuos que viviesen en pugna, rivales, sin aspiración común, sin solidaridad corporativa, que considerasen la misión militar solo como medio de vivir, que tuviesen en poco los derechos del compañero, los deberes del compañerismo y el honor corporativo, sería lo más prudente suprimirlo, borrarlo, para reconstruirlo con nuevos materiales exentos de vicios y con probadas virtudes.

Compañerismo.— Es un afecto especial que obliga a todos los individuos del Ejército, particularmente a los que pertenecen al mismo Cuerpo o Arma y más estrechamente a los del mismo empleo dentro de cada Arma o Cuerpo, a un trato noble, de mútua protección y apoyo, de confianza desinteresada, en beneficio de las personas, de las colectividades militares y del Ejército en total.

El compañerismo es lazo que ata, es defensa de cada uno, que está acompañado por todos aunque se encuentre a larga distancia y materialmente sólo, y es, por tanto, deber de proceder siempre del modo más recto, más brillante, más caballeroso, porque si cada cual cuenta con la protección de los demás, a la vez los representa y debe comportarse como cada

uno de ellos y todos en conjunto se conducirían en su caso

Es por tanto el compañerismo no solo salvaguardia de los compañeros que cumplen y sienten honradamente, pundonorosamente, sino arma para separar de la colectividad al que falta a las leyes del honor y de la dignidad que son su base obligada. Por eso los compañeros, sin ser espías, sin degradarse, sin menoscabo para nadie, son vigilantes recíprocos, están al tanto de la vida y acciones que particular y oficialmente realiza cada compañero; y cuando uno se aparta de la senda estrecha pero decente, espinosa pero gloriosa, que debe recorrer para conservar y hacer más notorio su buen nombre y el de sus iguales, entre propios y extraños, se le llama la atención, se le obliga, por compañerismo, a rectificar y volver sobre sus pasos, si el hecho es de insignificante interés, o se le impone por tribunal de honor la separación de aquellos a quienes mancharía si continuase formando parte de su escala y vistiendo el propio uniforme. Resulta que el compañerismo es el elemento purificador de la colectividad militar cuando desgraciadamente existe en su seno algún individuo indigno de figurar en su escalafón. El compañerismo conserva íntegra, sin mancilla la honra, confiada por nuestros antecesores y por la Patria a cada corporación; él impone sacrificios sin cuento; él nos fortalece en el cumplimiento de nuestra misión colectiva e individual, es como los ojos de cada Arma o Cuerpo mirando a cada uno de sus individuos, y es el tamíz que aquilata todas sus acciones; despierta el cariño, la franqueza, la satisfacción; la verdadera amistad, la correspondencia entre todos, especialmente entre los que la suerte coloca en idénticas situaciones para compartir las fatigas o los premios, las circunstancias prósperas o adversas de la vida militar, entre los que tienen el mismo jefe, la misma bandera.

Castigos.— La ordenanza prescribe que el superior *castigará sin cólera y será comedido en sus palabras aun cuando reprenda*. Difícil será expresar mejor la actitud serena que debe observar quien se vea obligado a imponer un correctivo.

El castigo es la represión necesaria para sostener la disciplina en el Ejército, para obligar a cumplir sus deberes a quien falte a ellos, para dar ejemplo saludable a los demás.

Para que un castigo cumpla estos fines y corrija, es preciso que, ante todo, se considere necesario imponerlo, y además sea

equitativo, ejemplar y apropiado, es decir, proporcionado a la falta, de efecto saludable para el interesado y preventivo en los demás, y en relación con el empleo, cultura y circunstancias del castigado, porque no piensa igual ni contrae igual responsabilidad el soldado que abandona su servicio que un Capitán que realizase el mismo hecho. Indudablemente debe ser mayor la penalidad para este último.

Los castigos pueden ser de dos clases: morales y materiales o corporales. Son morales la reprensión privada o pública, la postergación, y otros que afectan al amor propio y que constituyen un modo de estimular, de educar y mejorar al castigado.

Cuando no producen efecto estos castigos hay que recurrir a los materiales, como la privación de libertad, y otros que deben aplicarse rara vez, porque si al hombre se le acostumbra al sufrimiento material, y llega a descender su moral de modo que pierda su dignidad, se envilece, se hace insensible y acaba, como los irracionales, por perder todas las disposiciones que el militar, el ciudadano, necesita para cumplir sus fines.

El superior ha de pensar despacio antes de imponer un castigo; una vez decidido, ha de aplicarlo sintiéndolo, paternalmente, pero con severidad. Nada perjudica tanto como levantar o acortar un castigo después de decretarlo, o no cuidar de que se cumpla puntualmente: vale más no imponerlo. También perjudica y desautoriza a quien castiga el descomponerse, emplear frases o ademanes descorteses o injuriosos, porque nada hace perder la razón y la autoridad tanto como la falta de juicio y serenidad en estos casos. La palabra correcta, enérgica, breve, produce la mayor corrección en quien es digno, y hasta puede hacer despertar los más nobles sentimientos en quien los tuviese adormecidos.

Instrucción a la tropa.—Descuidando la instrucción de los ciudadanos y de los soldados en nada se aventaja al ejército que algún día puede ser nuestro enemigo, porque en todas las naciones progresan estos en los conocimientos generales que aumentan el nivel moral del hombre, para suplir, con la mayor altura en ilustración, a la inferioridad numérica.

La disciplina gana mucho con que el soldado sea instruido como hombre; si además lo es como militar pueden confiársele misiones en paz y en guerra, cuyo cumplimiento tenga como base su ilustración; con ésta se desarrollará la iniciativa

en la esfera que le corresponde, puede proceder inteligentemente en un destacamento, en lugares aislados; descarga al oficial de ocuparse de muchas pequeñeces a la vez que le obliga a ser más instruído, justiciero y bueno.

Por otra parte, la ley abre las puertas del ascenso a oficiales de las escalas activa y de reserva, a los individuos y clases de tropa, a todos por igual, siempre que prueben poseer la instrucción necesaria; y sería injusto que este ofrecimiento no se cumpliese procurando esta instrucción en los cuarteles y centros de enseñanza militar.

Este es el fundamento de las escuelas regimientales en todos los Cuerpos y guarniciones para la instrucción del soldado que tiende a procurarle el conocimiento de la lectura, escritura, el de las operaciones y reglas elementales de Aritmética, más cierto perfeccionamiento del lenguaje español, muy necesario para que todos los individuos, cualquiera que sea la región de que procedan y su dialecto usual, conozcan bien el habla española que a todos nos une y entiendan las ordenanzas, lecturas de leyes penales, órdenes del cuerpo, voces de mando, etc.

Es del mayor interés dedicar gran atención a estas escuelas de ciudadanos, donde se puede moldear el alma nacional si los oficiales-maestros saben inculcar ideas de patriotismo, de honor, de honradez en sus discípulos.

También la escuela regimental prepara, con enseñanzas especiales de cada cuerpo o arma, a los que deseen ascender a cabos y otras clases, y a los que de éstos deseen continuar en filas.

Por último, en determinados centros (colegios preparatorios militares) adquieren las clases de tropa conocimientos para ingresar en las Academias militares y hacerse oficiales de las escalas activas.

CAPÍTULO IV

Pase del pie de paz al de guerra

Ejército reducido en tiempo de paz.—Movilización.—Medidas previas que requiere y condiciones que ha de reunir.—Concentración.—Su importancia y medios para efectuarla.—Condiciones que debe reunir la zona de concentración.—Disposición general a adoptar por el Ejército concentrado.—Vías utilizables para la concentración: ventajas e inconvenientes de cada una.

Ejército reducido en tiempo de paz.—Si en tiempo de paz hubieran de sostenerse los Ejércitos con el completo de hombres, ganado y material necesarios para hacer la guerra, serían costosísimos y ruinosos para las naciones; por este motivo lo que se hace es mantenerlos con efectivos reducidos que sirven de escuela en la paz y con una organización tal que permita el rápido paso del pie de paz al de la guerra.

Así se consigue instruir un gran número de hombres que sucesivamente van pasando por las unidades armadas y adquiriendo los conocimientos peculiares del cuerpo o arma a que son destinados; se va creando y conservando material que se aparca en condiciones convenientes; se van preparando las industrias y fábricas particulares para la sobreproducción que exige la guerra; y se consiguen cuadros de oficiales y clases de tropa que en todo momento se encuentran preparados para tomar el mando de los grandes contingentes de hombres que la guerra traerá a las filas, o desempeñar los múltiples cometidos que se les confían en caso de campaña.

Movilización.—Se llama así a la serie de operaciones de las que se obtiene, como resultado, completar los efectivos que tienen reducidos, las unidades militares, servicios y estableci-

mientos de tiempo de paz, tanto en hombres como en ganado y material con los que le son necesarios para entrar en guerra con el mayor orden y en el menor tiempo posible.

Puede ser total o parcial, según que alcance a todo o sólo a una parte del Ejército.

Medidas previas que requiere y condiciones que ha de reunir.— La movilización necesita ser preparada con largo estudio si cuando llegue el momento de verificarla se ha de realizar en buenas condiciones.

La más importante de estas condiciones es la *rapidez* para terminarla, que sólo se conseguirá cuando cada cuerpo, unidad e individuo sepan bien, de antemano, lo que deben hacer, donde y cuando deben emprender la marcha y donde han de trasladarse, los elementos que han de conducir y el orden que han de observar entre los demás. Es muy conveniente ensayar estas operaciones de marcha para que cada cual, unidad o individuo, aprendan a salvar las dificultades que sin duda se les presentarán en la práctica; sólo así se podrá contar con el acierto y seguridad necesarios para la rapidez y exactitud de estos movimientos, si cada uno conoce su función y la llena.

Para movilizar la tropa ha de tenerse en cuenta que los individuos de la reserva pertenecen a los cuerpos en que prestaron servicio activo y con una orden, dirigida a cada uno por medio de las autoridades de los pueblos en que residan, debe bastar para que aquellos se apresten a la marcha vestidos con el uniforme que conservarán, cuidando los alcaldes de facilitarles pasaporte con listas de embarque o la cartilla militar en la que irá expresado claramente el punto en que deben esperar el tren para trasladarse en él a donde resida su cuerpo en el más breve plazo posible cumpliendo las instrucciones que recibirán con la orden de incorporación.

Estos reservistas estarán, al llegar al cuerpo, en condiciones de recordar rápidamente sus obligaciones, manejo de armas y de su material, etc., y mezclados con los soldados del ejército activo, podrán los cuerpos marchar sin pérdida de tiempo a su destino.

Los reclutas que no hubieren recibido instrucción por cualquier causa, la adquirirán en los depósitos a que pertenezcan y otro tanto sucederá con los individuos de la reserva territorial

si la hubieran olvidado en el largo tiempo que llevan separados de filas.

Durante el tiempo que transcurra desde que circulen las órdenes a los reservistas hasta que se incorporen, deben los cuerpos extraer el armamento y municiones, carruajes y demás material necesarios de los parques, preparar el vestuario y equipo, sacar de los establecimientos de Intendencia las raciones de mochila y las que necesiten para el día, arreglar carruajes de todas clases, bastes, sillas, correajes, preparar repuestos, botiquines, paquetes individuales de curación, etc., para que, en cuanto lleguen, queden listos y en disposición de comenzar su servicio.

Los cuerpos deben conservar el armamento correspondiente a su fuerza durante la paz; el de las reservas lo tendrán los parques de Artillería, Las municiones las tendrán los cuerpos y los parques contadas y cerradas en sus cajas especiales, dispuestas para el transporte.

El vestuario y equipo, que hoy es de cuenta de los Cuerpos, su adquisición y conservación, constituye un servicio propio de la Intendencia; y este Cuerpo debe tenerlo hecho y preparado desde tiempo de paz para todas las fuerzas que se movi-licen.

En cuanto al material propio del Estado, son fáciles estas operaciones si se conserva en sus correspondientes depósitos bien clasificado y a cargo de personal habituado a su manejo y conocimiento. Para las entregas bastará que los cuerpos nombren comisiones que lo reciban con las formalidades debidas en tanto que las fábricas militares y militarizadas, fuerzan su producción para obtener el necesario a la reposición del que vaya precisándose e inutilizándose por las operaciones.

En cuanto al material de particulares, (carruajes, automóviles, de motor de sangre, caballos, mulos, etc.) no presentará grandes dificultades su requisición si con tiempo se han formado estadísticas precisas y registros detallados y bien clasificados, en los que, para beneficio de los dueños y del Estado, se llevará una tasación minuciosa de vehículos y animales, que se renovará cada año; se dividirá el país en zonas que se hayan estudiado bien, en las que se señale un punto central donde una comisión reciba de los particulares estos elementos, que ellos mismos conducirán en virtud de órdenes de los Alcaldes

respectivos, a quienes las autoridades militares se dirigirán para que se efectúe la movilización de este material y, una vez reunido, cuidará aquella comisión de enviarlo al punto o puntos que se le hayan designado, a cargo de receptores de los cuerpos que luego los utilicen.

Las Comandancias de Artillería e Ingenieros, así como los parques y establecimientos de éstos y de Intendencia y Sanidad proveerán a los cuerpos de su región del material que les corresponde, atendiendo además a proporcionarles el alojamiento, a comprar en el país o fuera de él ganado para consumo, carga, tiro y silla y los materiales necesarios para subsistir las tropas y establecer los depósitos de municiones, víveres, material de campamento, de cocinas rodadas, herramientas, medicamentos, etc. tanto en las bases y líneas de operaciones como en las plazas fuertes, líneas de etapas y demás que señale la autoridad militar.

Las plazas fuertes fronterizas y las próximas a esta zona deben estar siempre preparadas; tendrán organizados su plana mayor y el consejo de defensa; estudiado prolijamente un detallado plan de movilización de tropas y servicios, ejecutando de cuando en vez prácticamente sus detalles para limar dificultades y adiestrar a cada cual en su cometido.

Los víveres no es difícil almacenarlos en los puntos de concentración, pero sí lo es conservarlos en las enormes cantidades que supone la alimentación regular del Ejército.

Pueden evitarse los cuantiosos dispendios y pérdidas que tal sistema ocasionaría dando primas a ciertos comerciantes y productores porque siempre tengan en sus almacenes una existencia determinada de los elementos de que se componga la ración de tropa.

Igualmente pueden contratarse con productores, acaparadores y almacenistas nacionales o extranjeros que sitúen los víveres antes de empezar la concentración de las tropas en las zonas que a éstas se señalen para concentrarse o a la proximidad de ellas.

Según la preparación de los ejércitos, se considera tiempo suficiente para una movilización ordenada, unos diez días, de los cuales se debe procurar ahorrar cuantos sea posible, porque de la rapidez en esta fase de la guerra, depende en gran parte el éxito de las operaciones.

La distribución de este tiempo viene a ser: dos días para que llegue la orden a los Alcaldes de los pueblos, otro para que éstos la comuniquen a los reservistas, cuatro o cinco para que se incorporen a las Ciudades y plazas de su destino y otro para vestirles y equiparlos, alistarlos, etc., en los Cuerpos.

Expuesto en líneas generales cómo se lleva a cabo la movilización del Ejército activo o de primera línea, se aplicarán, aunque con más lentitud, las mismas reglas para efectuar la del de segunda línea o de reserva que debe procurarse se componga, maneje y funcione como aquel en cuanto sea factible, pues es su complemento y ha de funcionar a su lado, fuera de su país o siguiendo su huella.

De aquí la necesidad de dejar asegurado el orden interior y la defensa del país propio; movilizándolo a la vez el ejército territorial que, formado por hombres de la última reserva, costará más tiempo componerlo, porque ha de atenderse a lesionar lo menos que se pueda los intereses, familia, oficio y situación social de los llamados a prestar este servicio que se distingue por su carácter sedentario.

Concentración.—Otro acto preparatorio de la guerra es la concentración del ejército que tiene por objeto transportarlo y reunirlo en lugar apropiado sobre la frontera o en su proximidad, como punto de partida para avanzar en territorio enemigo, si se toma la ofensiva u oponerse al avance del ejército contrario, cuando el propio se mantiene a la defensiva.

Puede decirse que la concentración es el principio de una campaña, aunque a veces se lleva a cabo sin llegar a combatir, por lo que no pasa de ser un preliminar de la guerra, una medida de precaución para responder a eventualidades que puedan surgir.

La concentración es una operación muy distinta de la movilización y tiene lugar después de ésta, que puede verificarse sin que luego estalle la guerra; en tanto que el hecho de concentrar las fuerzas sobre la frontera está considerado como acto de hostilidad.

La concentración será rápida si ha sido rápida la movilización y para conseguirlo es necesario que todo el plan y sus detalles se tengan muy bien estudiados y organizados desde tiempo de paz; y si algo falta, tal como medios de transporte, requisición de carruajes y ganado de todas clases, elección de

guías, ampliación de la industria nacional y su adaptación a las necesidades de la guerra, adquisición de víveres, vestuario, dinero, atalajes, preparación de material de alojamiento y otros elementos, se completan en este período preparatorio de la guerra.

Su importancia y medios para efectuarla.— Se comprende fácilmente que esta precaución es de gran importancia para no dejarse sorprender por el enemigo, para cubrir el territorio nacional por la zona probable de su invasión adelantándose a ésta si es posible, con la mayor rapidez y colocando una barrera militar capaz de hacerle frente.

La rapidez debe ser la característica de esta operación; si no existe una desigualdad notoria entre las fuerzas de uno y otro bando, resultará superior indudablemente el que primero se aperciba a la lucha reuniendo los elementos donde le convenga, para iniciar ventajosamente los primeros combates y tomar la ofensiva si le conviene, sin que pueda impedirselo el contrario.

La concentración puede prepararse y calcularse con toda exactitud en tiempo de paz, porque todos sus detalles y dificultades se pueden conocer y estudiar.

Este estudio debe tender en primer lugar a la preparación de vías férreas y ordinarias que desde los puntos de movilización conduzcan a los teatros probables de operaciones para transportar con desembarazo grandes masas de hombres y material en el menor espacio de tiempo, de tal modo que el enemigo disponga de menos medios de transporte o de menos facilidades para ellos.

Condiciones que debe reunir la zona de concentración.— Para determinar con acierto la frontera o parte próxima a ella, (pues generalmente en ésta se verificará la concentración) en que se reunirán las tropas, es preciso tener en cuenta el carácter ofensivo o defensivo que se piense imprimir a las operaciones, la situación y conveniencias políticas de ambos países y por fin, los medios para hacer la guerra con que cuenta cada uno.

Si se adopta la ofensiva, se elegirá el terreno que facilite la ocupación del objetivo propuesto, dirigiéndose sobre él del modo más rápido y directo; pero puede ocurrir que el enemigo mejor y más pronto dispuesto o bien causas imprevistas retarden la concentración, llegando hasta a obligar a tomar la de-

fensiva, y será medida prudente de precaución concentrar el ejército propio a alguna pequeña distancia hacia dentro de la frontera para prevenirlo contra un súbito ataque que hasta pudiera ocasionar su desorganización. Así colocado no se perjudica, antes bien, se favorece, si el terreno está bien elegido, el despliegue estratégico que facilita los tanteos y reconocimientos de las fuerzas enemigas que han de preceder a la acción enérgica contra ellas.

Cuando se resuelva mantenerse a la defensiva, se concentrará el ejército mas a retaguardia de la frontera que en el caso anterior, para que el enemigo tenga que invadir el territorio y poner de manifiesto su objeto, dando entre tanto tiempo para completar la preparación y reunión de medios para resistir, a la vez que se retrasa el momento del choque y se dispone en lugar conveniente al que se defiende.

La conveniencia política señalará la oportunidad o la necesidad de cubrir toda una frontera o con más intensidad en determinados puntos, concentrando el ejército de modo que un vecino aliado movilice y concentre el suyo protegido por aquel o para obligarle a resolverse a nuestro favor si se halla indeciso, o bien a que se mantenga neutral si se sospecha o se sabe que simpatiza o está obligado con el adversario.

Igualmente debe procurarse no dejar a disposición del enemigo parte alguna del territorio nacional, sin que esto quiera suponer que se concentren en ella tropas como para hacer la guerra, sino que basta concentrar el ejército de modo que sea una amenaza constante para el enemigo, quien no podrá dominar aquella parte aunque carezca de guarnición.

La mayor o menor abundancia de medios con que cada nación cuente y su calidad, serán causas de que se adopten una o varias zonas de concentración para formar uno o más ejércitos y asegurar su enlace y relación. Desde luego, en la ofensiva conviene contar con varios ejércitos si pueden ser fuertes que obliguen al contrario a diseminar su fuerza y debilitarla; en tanto que a quien adopta la defensiva le favorece concentrar todos sus elementos en un solo conjunto resistente, difícil de vencer.

La zona de concentración necesita reunir las siguientes condiciones: ser extensa en relación con las fuerzas que la ocupen; contar con caminos bastantes que permitan la movilidad

llegada y evacuación de tropas y material por muchos puntos diferentes; ofrecer suficiente seguridad para que el enemigo no pueda impedir la concentración y movimientos que en ella han de tener lugar; que en ella proporcione el terreno medios naturales de defensa o permita construirlos fácilmente en cuanto lleguen las tropas; que éstas puedan alojarse, descansar, alimentarse, curarse y proveerse de lo necesario; y que puedan estar en constante relación y en disposición de adoptar la ofensiva o la defensiva rápidamente, según se haya previsto o se haga indispensable.

Disposición general a adoptar por el ejército concentrado.— Al ir llegando las tropas y material a la zona de concentración se deben colocar, teniendo en cuenta su protección y seguridad, así como la fácil iniciación y desarrollo de las operaciones que hayan de ejecutar.

Desde tiempo de paz, se tienen en casi todos los ejércitos algunos cuerpos con su efectivo y material completos, para ser movilizados sin perder tiempo y marchar a constituir en la zona de concentración la vanguardia estratégica, suficiente para contener y entretener al enemigo mientras se moviliza y concentra el grueso del ejército. Dichas tropas se denominan *de protección y de frontera* y su misión se completa si se apoyan en fortificaciones fronterizas y en divisiones de caballería que con su movilidad se acercarán al enemigo por distintos puntos, estorbando, retardando y hasta desbaratando sus golpes y planes.

Debe pensarse en la posibilidad de que el adversario se concentre y ataque antes de la total concentración del ejército, y para oponerse a esta contingencia, es indispensable que las tropas vayan concentrándose de forma que se asegure, desde el primer momento, la más eficaz protección; para conseguirlo deben enviarse lo primero tropas combatientes, cuidando que no se confundan las de unidades superiores diferentes y que acantonen o vivaqueen en la disposición táctica necesaria para su más rápido despliegue; después se harán llegar y organizarse los parques de Intendencia, Artillería, Ingenieros y Sanidad, así como los convoyes y materiales de todas clases; y entre tanto las tropas vivirán de lo que conduzcan consigo y sobre el país que ocupen, o bien de pequeñas provisiones que a prevención las acompañen, aunque debe procu-

rarse que la Intendencia sitúe víveres, material de abrigo, etcétera, en toda esta zona durante el plazo que media entre la orden de movilización y la llegada de las primeras fuerzas, sin perjuicio de abarrotar de víveres las fortalezas en cuanto cunda la idea de la guerra y se confirme su proximidad.

También desde que se elija la zona de concentración debe dividirse en sectores que se asignarán a los cuerpos de ejército; y éstos en fajas o parcelas que ocuparán las divisiones, brigadas y establecimientos, de tal modo que todos los elementos de cada unidad sostengan el contacto y mutua protección.

Vías utilizables para la concentración: ventajas e inconvenientes de cada una.—Las vías férreas son el medio que permite mayor rapidez para las concentraciones, pero siendo indiscutible su gran utilidad, no son menos convenientes las vías ordinarias, las fluviales, lacustres, marítimas y como más nueva y rápida la aérea.

Al utilizar los ferrocarriles debe tenerse en cuenta si la vía es sencilla o doble, su perfil, obras de fábrica, pendiente máxima, el número de locomotoras y su poder, la cantidad de coches y vagones abiertos y cerrados, los locales disponibles y embarcaderos para ganado y material que existan en las estaciones y otras varias circunstancias; de su conjunto, se deducirá el rendimiento de la vía, esto es, el número de trenes ascendentes y descendentes que pueden circular por ella cada día, su composición y por tanto la cantidad de hombres, ganado y material de todas clases que puede cada uno conducir.

Estos estudios deben tenerse hechos desde tiempo de paz, con calma y minuciosidad, por comisiones de oficiales de Estado Mayor, Ingenieros e Intendencia, para que los datos citados puedan servir de base a itinerarios de trenes militares, y para utilizar las condiciones de las estaciones y sus locales propios o próximos en los servicios, almacenes, alojamientos para personal, ganado y material, cocinas para preparación de alimentos a personal transeunte, etc., bajo la inspección, dirección y ejecución de comisiones militares de estación, compuestas por un jefe de arma combatiente y oficiales de Intendencia e Ingenieros, ayudados por el personal de la compañía y por el de tropa que aconsejen las necesidades y amplitud de los servicios allí establecidos.

Son transportes fluviales y lacustres los que tienen lugar

por la navegación en ríos y canales navegables o por lagos que, en general, se utilizarán para conducir material y ganado por la Intendencia; dada su baratura, si están a distancia de los puntos de concentración no se necesitarán fuerzas de protección y serán preferibles a otros cuando estas vías atraviesan comarcas ricas y pobladas, que es el caso más general.

Cuando el país a que se lleva la guerra está separado del propio por el mar, es indispensable emplear la vía marítima; y aun en muchos casos es muy conveniente, aunque no medie aquella circunstancia, por la gran cantidad de hombres y material que cada barco puede conducir. Se ha calculado, como base para apreciar la capacidad de un barco, que puede transportar: por cada tonelada un hombre; por cada cuatro un caballo; por cada seis un carruaje ordinario, si los viajes no invierten muchos días; en este caso es necesario aumentar este cómputo para ganar en comodidad, como suele rebajarse en travesías cortas que las molestias serán pocas.

En estos viajes debe llevar cada barco una o varias unidades de tropa completas con su dotación y repuestos de todo, que le permitan subsistir y defenderse por algún tiempo al desembarcar, si es en país enemigo. Si éste carece de elementos de guerra navales la seguridad de las expediciones será completa, pero si los tiene es indispensable que la escolten algunos barcos de combate apropiados para la caza o destrucción de los del enemigo ya sean flotantes o submarinos, porque un barco cargado con tropas y material de guerra echado a pique supone una catástrofe y pérdidas enormes.

También es de gran interés que desde la paz se hayan hecho estudios del material de la marina mercante y su personal, respecto a capacidad, velocidad, elementos para carga, descarga y estiva de material militar, cocinas para la alimentación del pasaje militar, telegrafía sin hilos, material de salvamento, etcétera.

En las marchas a pie, rara vez se requisarán carruajes o bagajes para conducir la tropa, porque se necesitará un crecido número de unos y otros, que no siempre habrá disponibles en la región atravesada; sólo algunos cuerpos, entre ellos la Intendencia, requisarán estos medios para conducir sus convoyes eventuales o completar su dotación para los ordinarios.

Para los hombres, en muchos casos, la vía ordinaria será

la más práctica y acaso la que dé lugar a marchas más rápidas en la concentración.

En efecto; si varios cuerpos y unidades han de concentrarse en determinada zona, y su residencia se halla alejada de la vía férrea, tardarán varios días en llegar a las estaciones más próximas, y acaso otros más hasta que haya trenes en que puedan embarcarse; en tanto que yendo por vía ordinaria por el camino más corto, pueden marchar muchos cuerpos o unidades por el mismo o por varios próximos, ganando mucho tiempo, a la vez que dejan los ferrocarriles para tropas que se incorporen de puntos más lejanos, con lo que adelantará en tiempo y en intensidad la concentración. Tienen, en cambio, las marchas a pie el inconveniente del cansancio y consiguientes bajas que producen, máxime tratándose de la concentración, porque los cuerpos y unidades acabarán de completarse con reservistas, vestidos con uniformes nuevos y cargados con el equipo, que han perdido o no tienen hábito de andar ni de conducir peso por caminos polvorientos o encharcados, con sol o frío. Pero ésto no debe ser obstáculo para hacerlas, porque otro tanto, aumentado con las fatigas y peligros de las operaciones y del fuego enemigo, ocurrirá en cuanto llegue el contacto con el enemigo; y si durante la concentración hubo bajas en la marcha, resultó así una selección natural que quitó el estorbo de los débiles y dejó a los fuertes para resistir o empujar al enemigo.

Respecto a la vía aérea poco hemos de decir; es la más rápida, pero la de menor capacidad hasta hoy; los aeroplanos usados son para pocos pasajeros (desde uno a ocho o diez) y sólo se han empleado con éxito para el transporte de generales y jefes con rapidez y a largas distancias. Los dirigibles pueden prestar más amplio servicio en este sentido, pero los transportes con unos y otros son muy costosos.

Por tanto debe estudiarse detenidamente la clase de marcha que conviene para cada unidad, según el lugar en que se moviliza, su distancia al en que debe ir a concentrarse, el rendimiento de las vías, la clase de fuerzas, la urgencia de su incorporación y otras razones de menor entidad.

CAPÍTULO V

Ejércitos de operaciones

Su preparación desde tiempo de paz, necesaria para su práctica organización.—Conveniencia de dividir la masa total en otras parciales.—Proporción en que deben entrar en la composición de las unidades superiores sus diversos elementos integrantes.—Composición de las grandes unidades.—Mando supremo y sus auxiliares: cuarteles generales.—Iniciativa.

Su preparación desde tiempo de paz, necesaria para su práctica organización.—Si un ejército puede empezar la guerra en todo momento y se puede proveer del material que para ella necesita en muy pocos días, se puede considerar bien preparado para hacerla, siendo indispensable que reúna las siguientes condiciones:

1.^a Contar con fortificaciones en la frontera y en el territorio convenientemente colocadas y de condiciones para apoyar al Ejército propio y contener mucho tiempo al enemigo.

2.^a Tener fábricas de material militar que produzcan el preciso para las necesidades más urgentes.

3.^a Haber militarizado las industrias nacionales para que, transformadas y dotadas de máquinas y personal apropiados, complementen a las fábricas militares y den la sobreproducción que exija la guerra para contar con abundancia de material de todas clases.

4.^a Guardar en los parques el armamento y material necesario de condiciones iguales o mejores que el del enemigo, procurando superioridad y sigilo absoluto en cuanto al nuevo, cuyas experiencias hayan demostrado una mejora importante o un invento con que el adversario no cuente.

5.^a Estudiar los mercados nacional, extranjeros y especialmente del enemigo, para asegurar la alimentación y asistencia del Ejército propio y calcular con la mayor exactitud posible los recursos del contrario.

6.^a Llevar una estadística nacional detallada, precisa y convenientemente clasificada, del ganado y carruajes de todas clases, para su rápida requisición, así como del material para transportes marítimos, fluviales y aéreos con igual fin.

7.^a Tener en la paz el mayor número de soldados en filas, dándoles la más perfecta instrucción y sosteniéndolos bien disciplinados.

8.^a Contar con reservas para primera y segunda línea acostumbradas a maniobras y asambleas, para cubrir las bajas que ocasione el combate, formar el ejército de segunda línea y el territorial, sin que extrañen el paso de su casa al cuartel.

9.^a Que los medios y procedimientos para la movilización y concentración estén cuidadosamente elegidos y estudiados en todos sus detalles y practicados algunas veces.

10. Tener bien estudiados por oficiales escogidos los probables teatros de operaciones y la organización del enemigo, no escatimando medio para este conocimiento hasta en sus menores detalles.

Basta lo expuesto para comprender lo difícil que ha de ser organizar bien un Ejército y que precisa tiempo y aptitudes muy difíciles de reunir en el organizador, que debe, ante todo, procurar la identidad de la organización en paz y en guerra, sin más diferencia que el número de hombres, para que nada sorprenda ni sea imprevisto en el tránsito de aquella a ésta.

Conveniencia de dividir la masa total en otras parciales.— Los grandes efectivos de hombres, que se cuentan por millones, y las inmensas cantidades de material de todas clases que necesitan los Ejércitos modernos, son causa de que un hombre solo se vea imposibilitado de ejercer su acción de mando directo sobre todos ellos, conociendo todos los detalles del funcionamiento de tan complicada máquina. Se hace preciso, pues, dividir al Ejército total en ejércitos parciales, y grupos de ejércitos cada uno con su jefe. Este, con menor campo de acción, llegará mejor al conocimiento de sus tropas y cuanto les atañe; podrá vigilar el exacto cumplimiento de sus órdenes, emanadas del jefe superior o complementarias de ellas, ya que este

jefe por su posición solo puede dictar disposiciones muy generales para que haya un plan general armónico, de cuyos detalles y desarrollo han de cuidar aquellos otros jefes de ejércitos, cada cual en la parte que le corresponda.

Este mismo principio, el de la división del trabajo y la necesidad de vigorizar el mando, delegándolo en jefes inferiores, son el fundamento de que a la vez los grupos de Ejército y ejércitos parciales, se fraccionen en cuerpos de Ejército, éstos en divisiones, y por último las divisiones en brigadas.

Se discute por los tratadistas militares si deben organizarse los ejércitos en la paz en cuerpos de ejército o en divisiones, conservándolos así durante la guerra, ya que la organización debe ser siempre la misma en ambos casos. Y sin profundizar nosotros en esta cuestión, haremos notar que las naciones que sostienen grandes ejércitos los tienen divididos en cuerpos de ejército, en tanto que, las que los poseen menores, adoptan la organización divisionaria.

Sin que tácticamente tenga gran importancia uno u otro modo de fraccionarlos, indudablemente influyen varias causas en que se proceda en una u otra forma. Tales son:

1.^a Económicamente conviene, en los ejércitos grandes, fraccionarlos en pocas unidades, porque se necesitan menos jefes, dependencias y organismos superiores que, a la vez, siendo pocos, darán más unidad al mando y homogeneidad a las tropas. Los establecimientos de Artillería, Ingenieros, Intendencia, Sanidad (fábricas, parques, etc.,) se necesitarán en menor número por corresponder éste al de aquellas unidades, aunque estén dispuestos para ampliarse o fraccionarse al estallar la guerra.

2.^a Desde el punto de vista orgánico es también conveniente la división en cuerpos de ejército para las grandes potencias porque su territorio se fracciona en pocas y extensas regiones, una por cuerpo de ejército, y de ella obtiene éste cuantos recursos necesita en hombres, ganado y material. Por el contrario, los pequeños Estados forman pocas divisiones adscriptas a regiones menores donde encuentran cuanto precisan.

Proporción en que deben entrar en la composición de las unidades superiores, sus diversos elementos integrantes.—Es muy difícil determinar esta proporción que indudablemente está relacionada

con varias cuestiones, tales como el carácter ofensivo o defensivo de la guerra estudiada, la clase de terreno en que se ha de operar, los recursos en hombres, ganado y material que el país pueda proporcionar, la situación económica e industrial del mismo país, y hasta las causas de la guerra que puedan hacerla más o menos larga y más o menos simpática a la nación.

Se toma como base para el cálculo la Infantería, y se han aceptado, en general, las siguientes relaciones: la Caballería debe ser un décimo de aquélla; la Artillería se compondrá de cuatro piezas, al menos por cada mil hombres; los Ingenieros en número variable, según los servicios que se les confían, pero no deben escatimarse los zapadores, que pueden utilizarse como Infantería. En cuanto a Intendencia y Sanidad téngase presente que las necesidades del Ejército son cada vez mayores y más apremiantes; por tanto, sin fijar tampoco número, puede afirmarse que nada será excesivo, que se deben prodigar las fuerzas de estos cuerpos si han de atender al variadísimo material que se les confía, a los numerosos parques, establecimientos y columnas de aprovisionamiento, transportes de municiones de guerra y boca, de enfermos y heridos, etc., pues lo importante y verdaderamente difícil en la guerra moderna, es hacer vivir a millones de combatientes y no combatientes en estado de sanidad, porque más vale pocos hombres resistentes que una masa grande de hambrientos, enfermos o débiles, que perderán las fuerzas física y moral, y no producirán más efecto que estorbar; siendo origen las defectuosas organizaciones de estos dos importantísimos servicios de mayores desastres y más irremediables catástrofes que los más graves errores de los generales.

El Ejército de segunda línea admite una proporción entre sus componentes algo distinta de la anunciada, porque como es natural, los más importantes y valiosos elementos se adjudicarán al de primera línea, y para aquél escasearán los medios. Por igual razonamiento se comprende que el ejército territorial se formará con los recursos más indispensables, ya que al orden interior contribuirá más al patriotismo de los ciudadanos que la fuerza armada, por regla general.

Composición de las grandes unidades.—El Ejército en pie de guerra no tiene una composición fija, sino que varía según mu-

chas circunstancias, que son distintas en cada caso; pero, por regla general, se forma como sigue:

Infantería.—Un batallón tiene mil hombres en cuatro compañías de a tres o cuatro secciones, con varios carros cocinas, para municiones, víveres y material de distintas clases. Tres batallones forman un regimiento.

Artillería.—Una batería la componen de cuatro a seis piezas, mas varios carros de cocina, municiones, víveres y pienso. Tres o cuatro baterías componen un regimiento.

Una brigada de Infantería consta de dos regimientos siendo igual la composición de la de Caballería,

Una división, que es la unidad superior fundamental con elementos de todas las armas y cuerpos, se forma con dos brigadas de Infantería, un regimiento de Caballería, otro de Artillería, una compañía de Ingenieros, otra de Intendencia y otra de Sanidad.

Varias divisiones componen un cuerpo de ejército con cuantos elementos militares le son precisos para subsistir, tales como hospitales de campaña, columnas de municiones, trenes de puentes y otros.

Dos o más cuerpos de ejército forman un grupo de ejércitos.

En la guerra moderna han hecho aparecer la necesidad y la conveniencia una nueva unidad a la que se ha denominado *grupo de ejército* formada por varias divisiones de Infantería (tres, cuatro o más) y brigadas o regimientos de Artillería en número también variable que se reunían bajo un sólo mando, para un fin especial, en determinados momentos; y pasada su oportunidad o necesidad, se disgregaba el grupo, que siempre ha dado excelentes resultados porque su racional formación respondía en cada caso a alcanzar un objetivo ya estudiado, con elementos proporcionados a su importancia.

Al principio de esta guerra se notó que el cuerpo de ejército tenía varios y graves defectos, tales como su rigidez, el número excesivo o escaso de combatientes, según las fuerzas que se le oponían y su poca movilidad. Para aumentar esta condición, se le aumentó en gran número la dotación de tropas de Ingenieros (comunicaciones y zapadores) y se llegaron a duplicar las de Intendencia, para disminuir su dependencia de las bases. También aumentaron los elementos de Artillería,

mientras que con las tropas de Caballería se formaron unidades independientes por falta de aplicación muchas veces.

Mando supremo y sus auxiliares. — Ya hemos tratado de la unidad de mando y su importancia, debiendo ahora añadir que en paz, y más en campaña, son las características del mando la libertad, la firmeza y la rapidez en las órdenes y decisiones. Antes de elegir la persona que ha de desempeñar el mando supremo, han de aquilatarse sus méritos y condiciones para que sirvan de garantía del éxito; pero después de nombrada, ha de rodearse de los mayores prestigios y facilitarle su acción, de tal modo que su voluntad ante sus tropas sea absoluta, sus órdenes preceptos inmutables e indiscutibles; su autoridad plena; su derecho al mando, sin límites; por ello la responsabilidad es suya, solo suya, y para conservarla no puede admitir presiones, ni consejos, ni imposiciones de ninguna clase ni de nadie. Solo en estas condiciones puede formar planes y realizarlos sin vacilar ni perder tiempo, pues la indecisión es el mayor enemigo del mando, y antes de admitir cortapisas, modificación o insinuaciones respecto a sus proyectos es preferible que abandone su alto puesto.

Cuarteles generales. — Un cuartel general es el cerebro de la unidad que dirige; el mérito del general que lo manda está en saber elegir el personal que lo forme, que debe ser solo el preciso. Si en un cuartel general existe indecisión, desorden, ignorancia, falta de disciplina o de espíritu militar, de poco valdrá el valor, el heroísmo y todas las buenas cualidades del Ejército.

Los auxiliares del mando, especialmente el Jefe de Estado Mayor, que es el encargado de ayudar inmediatamente a la dirección, dando forma práctica a los planes del mando supremo, necesita tres condiciones indispensables: gozar de su absoluta confianza, estar compenetrado íntimamente con él y poseer una gran cultura profesional. Todo el personal de las diferentes armas y cuerpos que ocupa los primeros cargos en el Estado Mayor ha de ser de circunstancias análogas a las de dicho jefe; y deben, unos con otros, compenetrarse y complementarse, sin salir cada cual de su esfera propia, dando forma a las órdenes generales que reciban para secundar, facilitar y cumplir las concepciones del mando con oportunidad y precisión.

Este personal, que constituirá las planas mayores especiales debe poseer dotés brillantes de mando y competencia, para informar con seguridad en los asuntos de su especialidad, a la vez que para descargar al superior de detalles y asuntos secundarios que ellos deben solucionar, dejándole libre la atención para los más altos fines que supone la suprema dirección del Ejército,

Estos jefes superiores de los cuerpos y armas que forman parte de los cuarteles generales son *asesores técnicos* del general; pero en *orden táctico* éste no consultará más que a su honor militar y a su responsabilidad. Dichos jefes superiores son los transmisores de las órdenes del general.

Iniciativa.—Nada hay que perjudique tanto a la libertad del que manda como la mal entendida disciplina u obediencia exagerada de los que le rodean; porque esta obediencia ciega suele ser el manto encubridor de la ignorancia de quien blasona de obediente; entonces el mando ha de preocuparse necesariamente de minucias y pequeñeces, impropias de su jerarquía y posición que a la vez le gastan energías y tiempo y le hacen descender del ambiente y altura en que necesita discurrir, organizar y dirigir.

Por el contrario, aquellos jefes superiores y los que de ellos dependen han de tener iniciativa propia, adecuada a los medios de acción y al círculo de atribuciones que a cada cual le competen; pero entiéndase que el uso de esta iniciativa no es libertad para proceder, según el particular criterio de cada uno; porque tan útil es la iniciativa razonable inspirada en el fondo de las órdenes y en la identificación con el superior para hacer fructífera labor, como perjudicial es la iniciativa fundada en el deseo de sobresalir, en el amor propio, en el afán de novedad, que son más frecuentes de lo que puede creerse.

Cuando un ejército está acostumbrado a no hacer sino lo que se le manda, sus movimientos son intermitentes, por cada cosa imprevista que surja se paralizará esperando la orden del superior; mientras que la máquina ejército trabajará con la mayor rapidez y armonía cuando cada elemento sea activo por sí mismo, cuando los jefes subalternos tengan la necesaria *autonomía*.

El buen mando del Ejército solo se consigue cuando las ór-

denes y el impulso de arriba encuentran abajo el terreno abonado.

Los alemanes no admiten que sus oficiales se disculpen cuando cometen una omisión, diciendo que no han recibido la orden correspondiente; no admiten la obediencia pasiva, ni el estricto cumplimiento del deber, cuando se puede hacer más; el oficial que a ello se limita es considerado una mediocridad que no sabe sino incompletamente su misión.

La iniciativa es la autoridad de cada uno puesta en acción, con inteligencia para conseguir el objeto que un superior persigue.

La iniciativa tiene como enemigos: la rutina, la indiferencia, el miedo a la responsabilidad, la pereza con que la mayor parte de los hombres se dejan arrastrar por otros sin tomarse el trabajo, a veces sencillo, de discurrir por cuenta propia. Un ejército así constituido se maneja por cualquiera que mande, pero no sirve para empresas grandes; es un peligro más que un apoyo para su nación. Las citadas potencias negativas le imposibilitan para cualquier acción enérgica.

Acabar con la iniciativa en un ejército es cosa sencilla; lo difícil es hacerla renacer. La tropa necesita realizar alguna cosa en cualesquiera circunstancias en que se halle; si sabe que no va a ser censurada por sus superiores, procurará trabajar, será voluntaria para cualquier acto que considera útil o prestigioso. El que manda debe, por sistema, ser benévolo, condescendiente, para apreciar los hechos consumados con independencia por sus inferiores.

Estos, confiados, no rehuyen abordar lo arriesgado, sabiendo que han de encontrar el apoyo y aprobación de sus jefes; así se multiplica la fuerza y el valor del ejército.

No debe confundirse la iniciativa con la arbitrariedad; ésta es consecuencia del egoísmo y de la falta de tendencia a cumplir designios superiores; en tanto que aquella tiende al bien general.

Muchos oficiales viejos desconfían de la iniciativa y hasta la rechazan; otros demasiado jóvenes claman por conseguir iniciativa por considerarla el remedio de todos los males. Sostenida equidistante de la inercia y de la independencia pueden obtenerse de ella muy útiles resultados.

La iniciativa es la facultad de obrar sin orden y hasta opo-

niéndose a lo ordenado, aunque ha de ser con arreglo a los deseos del que manda.

Resulta, pues, que es función de dos condiciones: la distancia que media entre quien la toma y el que manda; y la rapidez de los medios de acción de la tropa que la adopta. Bien se comprende que no tendrá igual iniciativa la fuerza inmediata al jefe que la destacada o independiente,

Es indudable también que se asegurará la buena orientación de la iniciativa de los inferiores cuando el jefe los ponga, hasta donde pueda, en conocimiento de sus planes y concepciones, en relación con la parte de ellos que deban desempeñar. Esta será la brújula que les señale la dirección conveniente en cada caso.

Rara vez tiene en paz gran importancia esta cualidad militar; en cambio durante las azarosas vicisitudes de la guerra, en el campo de batalla, en el teatro de operaciones, donde imperan los instintos humanos sobre la razón, es donde una iniciativa hábil puede convertir una visible derrota en completa victoria.

La iniciativa puede ser modificación de una orden recibida; o un impulso que decide a proceder sin orden recibida. La primera supone gran responsabilidad que sólo el buen resultado puede justificar; para determinarse a proceder así, es necesario un exacto conocimiento del fin perseguido en la orden e inteligencia bastante para descubrir algo imprevisto, nuevo, que constituya motivo bastante para determinarse a modificar la orden en virtud de las circunstancias; porque pudo ser oportuna en el momento de darse y dejar de serlo en el de ir a ponerla en práctica y hasta resultar perjudicial y absurda por haber desaparecido su causa.

En muchas ocasiones el jefe sólo podrá indicar lo que desea, dejando a los ejecutores de sus órdenes la elección de los medios necesarios para conseguirlo. La conciencia que tenga dicho jefe de la inteligente iniciativa de sus subordinados, le dará tranquilidad y le permitirá desentenderse de mil pequeñeces.

La iniciativa no es ni debe ser jamás un obstáculo para la subordinación y la obediencia; pero esta no debe limitarse a cumplir sencilla, pasiva, maquinalmente, sin interés, la orden recibida; obedecer debe ser proceder, obrar, activamente,

con inteligencia, de modo que todo nuestro afán sea ejecutar del modo más cumplido y perfecto la idea del superior como si él mismo la practicase. Lo que un oficial vale se aquilata por la oportunidad y eficacia de su iniciativa.

Precisamente la iniciativa, por serlo, no puede reglamentarse, pero debe ser el complemento de los reglamentos; no es precepto rígido, pero es aclaración, resolución, conforme a lo legislado no interpretación incongruente con el mandato a que se refiere; la iniciativa debe ser un término medio entre la libertad y pasividad para ejecutar, fundada en una sólida instrucción, elevados ideales, conocimiento de quien ordena, confianza en quien recibe la orden, práctica probada de éste que además debe conocer el objeto perseguido para valerse de medios adecuados.

Resumiendo lo expuesto se puede afirmar que la iniciativa es factor importantísimo del éxito; pero no se puede inventar; improvisar, ni menos imponer; se adquiere, se toma costumbre de ella con su ejercicio, con el hábito, con la instrucción y con el conocimiento recíproco de jefes y subordinados; consiste mucho en las costumbres y organización del ejército y de la sociedad en general; no puede concederse libertad a quien nunca ha hecho uso de ella; y lo mismo que un mando absorbente, absoluto, inutiliza, paraliza las mejores disposiciones, una inconveniente confianza puede conducir al descrédito y al desastre,

CAPÍTULO VI

Estrategia

Su concepto, importancia y relaciones.—Teatro de la guerra y teatro de operaciones.—Objetivos: sus clases.—Bases de operaciones y de concentración.—Líneas estratégicas.—Sus clases, denominaciones y caracteres distintivos.—Nomenclatura de los demás elementos estratégicos.

Su concepto, importancia y relaciones.—Por muchos se ha pretendido, sin lograrlo, fijar el verdadero valor y concepto de la palabra *estrategia*, porque indica *concepción*, *inspiración* del que manda, y siendo estas funciones del pensamiento, no es posible concentrar en palabras lo que es la estrategia. De un modo imperfecto se puede decir que *es la ciencia de la concepción de los medios para hacer la guerra y llevar la fuerza al punto mejor para aplicarla con la menor pérdida*.

La importancia de este estudio estriba en que para el *genio* están demás las reglas para proyectar, porque él las inventa; pero como no surgen los *genios* militares a diario, es necesario reunir y conservar aprendiéndolo, lo que en ideas y actos enseña la historia como bueno, concebido y ejecutado por los grandes Capitanes con buen resultado para aplicarlo cuando sea oportuno. Napoleón decía: *se obtiene tanto por el trabajo como por el genio*, entendiendo que trabajo significa estudio, orden, método, como aclara el mismo caudillo al afirmar que *en la guerra no se puede esperar buen resultado si no se lleva y dirige con orden y método*, que es el verdadero concepto de la estrategia.

Pero el estratega no ha de limitarse a concebir o inventar procedimientos, planes, ardidés y medios de guerra, según

hemos dicho; necesita decisión, energía, dotes de mando, para llevarlos a la práctica; la reunión de condiciones para hermanar aquellas y estas aptitudes en una sola persona es lo que hace tan difícil encontrar un hombre que pueda merecer este calificativo; porque la teoría, la concepción de proyectos la tienen muchos pero de poco sirve si falta el conocimiento de los elementos que han de ejecutarlos, que sólo se consigue con profundo estudio técnico y profesional.

La dirección de la guerra es inspiración de actos y ejecución de ideas, todo a la vez, que dan carácter personal al conjunto, con distinto sello, según quien dirige y de él deben aprender los demás.

La importancia de la estrategia se comprende con sólo recordar que es el pensamiento de la guerra, es el fundamento para realizarla y es los mismos medios en su ejecución; por tanto, es lo principal para preparar y llevar a cabo la guerra *donde* convenga para hacerla con ventaja, *como* sea más fácil para inutilizar al enemigo con el menor daño propio: y *cuan-*do se quiera, para preparar con tiempo cuanto sea necesario y obrar en sazón con el mejor resultado.

La estrategia, por su extensión, se relaciona con toda clase de conocimientos humanos; de todos necesita más o menos directamente; pero hay algunos con los cuales tiene relación muy íntima; tales son: la logística, la táctica y la pronoética, que tienen por objeto ejecutar los ideales de aquélla; de tal modo, que no tendría razón para existir la estrategia sin que estas ramas del arte de la guerra realizasen los ideales estratégicos.

Recíprocamente: la táctica, la logística y la pronoética, por muchos conocimientos que proporcionen para hacer marchar, combatir y subsistir a la perfección, con valor y serenidad a las tropas, de poco servirían si no hubiese una idea directora que las encamine convenientemente hacia el punto debido, en la dirección más apropiada y con los medios necesarios para un fin victorioso, destruyendo o inutilizando al contrario.

También con la política del país tiene estrecha relación, porque ésta decidirá en virtud de consideraciones, casi siempre muy complejas, el bosquejo preliminar del plan de guerra y su carácter ofensivo o defensivo; pero la estrategia, por otras consideraciones, puede aceptar o modificar este carácter con co-

nocimiento exacto de las causas que la obligan a elegir entre la defensiva o la ofensiva.

Para emprender una guerra ofensiva se necesita que el Ejército tenga superioridad numérica o moral sobre el contrario, que cuente con recursos abundantes en hombres y material para vivir, combatir y reponer pérdidas numerosas, e igualmente con una red de comunicaciones fáciles con su país.

La defensiva puede fundamentarse en la inferioridad del Ejército, ya que recursos y comunicaciones no le faltarán por tratarse de sus país propio, y en los combates podrá elegir las posiciones que más fuerza le presten, por lo que experimentará menos fatigas y privaciones que el ofensor.

El mando militar debe estudiar el Ejército y el país, con frialdad pero con decisión para resolver el sistema que ha de adoptar, sabiendo que quien ataca tiene mucho andado del camino de la victoria, aunque la defensiva en repetidas ocasiones ha conducido al éxito si no se ha sostenido sistemáticamente, pues para vencer hay que emplear la ofensiva, siquiera momentánea; defenderse es esperar golpes y esquivarlos, pero si no se devuelven no se causa al contrario el daño necesario para inutilizarle y determinar su derrota.

Teatro de la guerra y teatro de operaciones. La potencia militar de un Estado la constituyen; los hombres, el material y el terreno, que deben estudiarse para combinarlos del modo que produzcan el mayor rendimiento militar.

La organización y la táctica se ocupan de los dos primeros elementos citados; ahora solo vamos estudiar el factor terreno, designando por este nombre el territorio en que tiene o puede tener lugar la guerra.

El territorio tiene influencia grande en la preparación y desarrollo de la lucha según las condiciones que presenta para vivir y moverse las tropas, condiciones que modifican, pero no varían esencialmente, las vías nuevas de comunicación, porque en general, se adaptan a la forma y líneas que trazó la naturaleza.

En el territorio deben estudiarse los elementos de todas clases que ofrezca y las facilidades o dificultades que presente a fin de aumentar unos y otros en provecho propio y para desventaja del enemigo; es decir: que debe hacerse el estudio defensivo del país, no para limitarse a adoptar la defensiva en su

día, sino para disponer el terreno de tal modo que sea auxiliar eficaz de la guerra por la meditada y acertada armonía en que se pongan los recursos naturales y los artificiales.

Se denomina *posición militar* al terreno que una tropa ocupa, habiéndolo elegido con un determinado objeto y por las condiciones favorables que reuna para un cierto fin. Una posición estará constituida, de ordinario, por uno o varios accidentes naturales o artificiales del suelo, tales como montañas, vegas, barrancos, valles, llanuras, desfiladeros, bosques matorrales, etc.

De estas posiciones, unas por su situación, forma, extensión y otras circunstancias, en relación con el resto del terreno en que se encuentran, son favorables, pueden proporcionar fuerza, apoyo, resistencia a una tropa que debe aprovecharlas; en tanto que otras, por motivos opuestos, serán desfavorables y convendrá huir de ellas a la vez que atraer al enemigo allí para aprovechar su situación desventajosa.

Cuando una posición es favorable puede resultar a la vez *fuerte* y además *importante*, aunque podrá tener la una y no la otra ventaja por ser independientes estas condiciones.

Se calificará de importante cuando cubra la base de operaciones, o la línea de retirada, si facilita llegar al objetivo definitivo o a uno principal, si amenaza o corta las líneas de comunicación del enemigo, etc.

Será fuerte si es la dominante entre todas las que la rodean, si cuenta con accidentes que constituyen abrigo seguro para la fuerza que la ocupa, si por su situación hace inútiles los esfuerzos del enemigo, si desde ella se puede tomar fácilmente la ofensiva, etc.

Desde luego las posiciones han de favorecer los planes de quien las ocupa; puede desde ellas lanzarse un Ejército a la ofensiva o tomarlas como apoyo para defenderse; por tanto se denominan *ofensivas* y *defensivas* cuando, por sus condiciones se eligen para uno u otro objeto, aunque siempre necesitan todas reunir propiedades para la defensa, pues una fuerza en cualquier posición se defiende del ataque o fuego del enemigo, aunque adopte la ofensiva; o se aprovecha del apoyo y fortaleza de ella para ser más fuerte en su defensa.

Las posiciones naturales se fortifican, completan y mejoran

con obras artificiales, distintas en cada caso, situadas allí donde mejor llenen su objeto.

Se llama *teatro de la guerra* al conjunto de las regiones marítimas y terrestres en que puede aquella verificarse. *Teatro de operaciones* es la parte del teatro de la guerra en que tienen lugar el choque armado y su preparación estratégica y táctica.

Se llama *campo de batalla* a una extensión de terreno donde los ejércitos adversarios solucionan sus contiendas con las armas en la mano.

En toda campaña se busca como objetivo principal, generalmente, el aniquilamiento del enemigo; uno de los medios, el más importante para conseguirlo, es el choque armado, que recibe el nombre de *batalla*.

Objetivos.— En la guerra no se desorganiza y aniquila al enemigo en un sólo encuentro, por regla general; se necesita una serie de hechos, en cada uno de los cuales se procura obtener alguna ventaja y que el contrario pierda terreno, hombres, moral, o todo a la vez; estos fines perseguidos en cada uno de sus hechos de armas se llaman *objetivos estratégicos*.

En el terreno tienen distinta importancia los accidentes naturales o artificiales; hay algunos, como las grandes poblaciones, los pasos de un río o cadenas de montañas, los nudos o empalmes de ferrocarriles o carreteras, etc., cuya posesión es una fuerza efectiva para una tropa, y por lo mismo hacia ellos se dirigen éstas durante la guerra, por ellos se pelea y reciben el nombre de *puntos estratégicos* para el que los posee y *objetivos* para el que los desea.

Como es lógico, el principal objetivo estratégico de cada batalla es la destrucción de la masa de tropas contrarias que combaten, y por tratarse de tropa se llama *objetivo estratégico activo*.

También es de verdadera importancia la conquista de determinados lugares o puntos del territorio, porque su posesión puede influir en el enemigo tanto o más que la misma batalla; al despojarle de aquéllos se le priva de los medios y recursos que de ellos utilice, su moral decae y se vé precisado aceptar combate aun sin preparación para él, donde acaso no le conviene. Estos puntos pueden ser plazas fuertes, campos atrincherados, poblaciones importantes, como la Capital del Esta-

do o de una provincia, centros fabriles, con importantes vías de comunicación, puentes y pasos obligados de ríos, caminos o montañas y otros muchos. Todos ellos se llaman *objetivos estratégicos geográficos o pasivos*.

También se llaman *objetivos parciales* los que su consecución proporciona ventaja pasajera, del momento; *decisivos* si influyen de modo directo en la terminación de una fase de la guerra; y *principales o definitivos* si su importancia es tal que, conseguidos, son causa del fin de la guerra.

Bases.— Se denomina *base de operaciones* a la zona del territorio nacional en que se acumula cuanto necesita el Ejército para empezar y continuar la guerra.

No debe confundirse la base de operaciones con la *zona de concentración*, que es la porción de territorio en que se reúnen las tropas y elementos que un Ejército o parte de él necesita para emprender la guerra, evitando la diseminación de fuerzas que podría dar por resultado que separadamente fuesen batidas.

De lo dicho resulta que la misma porción de territorio podrá llenar ambos objetos; pero pueden ser distintas estas bases. La de operaciones es el punto de partida para cualquier clase de guerra; es la línea divisoria entre el territorio en paz y el territorio en guerra, y a esta línea se envían desde el interior los hombres, ganado, material y recursos a disposición del general en Jefe, que ordena su utilización en todo el campo de operaciones, donde se necesiten, y en ella se refugian las fuerzas cuando son vencidas o cuando necesitan reposo.

En cambio la zona de concentración es un paraje variable, en cada caso, sin otro objeto que facilitar la formación completa de unidades, dotarlas de elementos y facilitar al mando el empleo de su conjunto donde convenga.

La base de operaciones necesita condiciones de facilidad y de seguridad. Las primeras se consiguen eligiéndola de extensión proporcionada a la importancia de los elementos que han de pasar por ella y que a veces se detendrán, acantonando, si son tropas; o se almacenarán si se trata de material, hasta que sea necesario su empleo; y con abundantes vías en todos sentidos. La seguridad se obtendrá con fortificaciones permanentes y eventuales, ríos o montañas que naturalmente la protejan

y guarnición suficiente para defenderla en el frente y flancos.

Con el empleo de los ferrocarriles y automóviles no es preciso reunir en la base de operaciones, de una vez, todos los recursos necesarios; pueden irse trayendo fácilmente con alguna antelación, como medida previsoras, según van haciendo falta, en tanto que la guerra se sostenga próxima a la frontera. Pero cuando el Ejército se interna en país enemigo, alejándose de su base de operaciones, tarda más en recibir los recursos, el transporte de éstos va haciéndose cada vez más penoso y puede ocurrir hasta que deje de recibirlos; en tal caso disminuye la libertad de acción del Ejército, su seguridad y su facilidad para vivir y operar, y es necesario establecer cerca de él, a su retaguardia, nuevas bases llamadas *secundarias* a variable distancia de la primitiva o *principal*, según los medios y seguridades de transporte con que se cuente. Dicha distancia es generalmente unas diez jornadas, equivalentes a 200 o 250 kilómetros.

Otras bases eventuales se establecen a veces con un fin pasajero y determinado, tal como un período o fase de la guerra, y una vez pasada esta necesidad se levantan o abandonan, apoyándose de nuevo en la principal.

La defensa o guarnición de las bases, cualquiera que sea su importancia, pero siempre en relación con ella, se establece con las fuerzas cansadas en las operaciones de campaña; y cuando son varias las bases constituyen una serie de tropas escalonadas desde la primera línea del ejército hasta la frontera, que componen una reserva disponible en cualquier momento.

Las bases generalmente tienen una dirección perpendicular a las líneas de operaciones; así el ejército que avanza deja cubiertas sus comunicaciones.

Una operación de las más difíciles y de resultados más deprimentes es el traslado de la base de operaciones a retaguardia, esto es, hacia el interior del país; que, como su nombre indica, sirve para adoptar nueva base, abandonando la primera, cuando la desfavorable marcha de la guerra o causas políticas obliguen a esta resolución. El traslado hará forzoso elegir nuevas vías de comunicación y de retirada, destruir cuantos recursos existiesen en aquella si no hay tiempo y medios de conducirlos a la nueva, y aprovechar las defensas naturales

que ofrezca, completándolas rápidamente con otras adecuadas para una enérgica defensa.

Líneas estratégicas. Sus clases, denominaciones y caracteres distintivos.—Los objetivos estratégicos son los puntos importantes de toda campaña; todos los esfuerzos tienden a conseguirlos, llegando a ellos por la utilización de los accidentes y obstáculos naturales y artificiales que presente el terreno, los cuales determinan apoyos y caminos que se llaman líneas estratégicas. Son, pues, éstas, el enlace, la relación entre los objetivos estratégicos; pueden ser una zona extensa, un río, una línea de fuertes, una vía o conjunto de caminos; es decir, que su nombre no supone un trazo matemático.

Pueden ser clasificadas atendiendo a su empleo y así se llaman:

Defensivas cuando prestan apoyo al ejército que adopta la defensiva.

De maniobra si se utilizan para mover y trasladar fuerzas para un fin determinado,

A su vez las defensivas pueden ser: *naturales*, como los ríos caudalosos, canales, lagos, bosques, cadenas de montañas, etc.; *artificiales*, como las fortificaciones permanentes relacionadas entre sí, las plazas fuertes que determinan una línea fronteriza, las obras de defensa eventual que prepara un ejército para sostenerse, avanzar o para apoyar en la retirada, etcétera; y *mixtas* si se combinan éstas con aquéllas para aumentar la resistencia del ejército que se defiende.

Nomenclatura de los elementos estratégicos.—*Línea de operaciones* es la que sigue una fuerza desde la base al objetivo que trata de conseguir. Esta línea puede ser un camino solo, pero en general será un valle, una faja de terreno más o menos amplia con varios valles y caminos aproximadamente paralelos, que ocuparán las diferentes fracciones que constituyen una sola fuerza.

Estas líneas de operaciones deben ser cortas, con buenos caminos y abundantes recursos que ahorren fatigas, para que pueda llegarse al objetivo lo más directa y fácilmente posible y con pocos obstáculos en que el contrario pueda oponer seria resistencia.

También deben estar enlazadas con la base para protegerse y cubrirse recíprocamente.

Las líneas de operaciones pueden ser *principales* si sirven para que el núcleo principal del ejército marche hacia el objetivo más importante; *secundarias* para el traslado de otras partes del ejército, o de su núcleo principal cuando trata de evitar el contacto con el enemigo o persigue una posición de poca importancia, conveniente para despejar su frente y marchar después por la línea principal con mayor desembarazo; y *eventuales* cuando se emplean para operaciones preparatorias de otras y terminadas se abandonan.

También pueden ser *únicas, múltiples, interiores y exteriores*, según que la tropa marche por una sola o por varias relacionadas o no; o que, estando dentro de la zona de operaciones, permitan concentrarse toda la fuerza en un punto anticipándose a que lo haga el contrario o que pueda éste verificarlo antes.

Por su dirección pueden ser las líneas: *paralelas* si siguen este trazado, ya sea partiendo de la misma base o de varias diferentes; *convergentes o concéntricas* si tienden a reunirse; y *divergentes* si, por su dirección, se van separando.

Zona de operaciones, es la porción de terrenos en que se mueve y avanza una fuerza en la ofensiva.

Frente de operaciones o de marcha, es, en la ofensiva, una línea imaginaria que pasa por las cabezas o frentes de todas las fuerzas de un ejército en la guerra; varía con las distintas posiciones y situaciones en que cada fracción se encuentre en cada momento.

En la defensiva esta línea unirá las colas de las fuerzas que se retiran, que es donde puede haber peligro.

Frente estratégico, es la posición que señalan sobre el terreno las posiciones ocupadas o el frente de operaciones de un ejército.

Despliegue estratégico, es el primer frente estratégico que ocupa un ejército cuando parte de la zona de concentración dirigiéndose hacia el enemigo.

Líneas de marcha, son los diferentes caminos que siguen los elementos de un ejército al moverse en la zona de operaciones.

Líneas de comunicación, son todos los caminos que sirven para relacionar y establecer enlace entre los núcleos diferentes de un ejército y con su base de operaciones.

Línea de retirada, es la faja de terreno por donde retrocede el defensor para evitar el contacto con el enemigo o para ocupar una nueva línea defensiva.

Posiciones de espera, son accidentes naturales, artificiales o mixtos, elegidos para presentar defensa ruda oponiéndose al paso del enemigo por ellos hacia su objetivo.

Líneas de defensa, vienen a ser un conjunto de varias posiciones de espera relacionadas, formando línea, con igual objeto que cada posición en particular.

Pueden ser permanentes, eventuales, mixtas, escalonadas, etcétera, según su preparación y objeto.

CAPÍTULO VII

Principios fundamentales de la estrategia

Disposición y explicación de estos principios.—Necesidad del enlace entre las fuerzas en operaciones.—Líneas que más facilitan el enlace estratégico.—Combinaciones estratégicas.—Planes de campaña.—Su clasificación y caracteres.—Plan ofensivo.—Plan defensivo.

Exposición y explicación de estos principios.—El mando tiene a su cargo el empleo de todos los elementos militares en el desarrollo de la guerra, imprimiendo a esta el orden, estudio y método necesarios; o lo que es igual, sujetando la ejecución a los principios fundamentales de la estrategia.

Estos principios o reglas generales, a las que se ceñirán las concepciones y la ejecución, se pueden condensar como sigue:

Amenazar constantemente las comunicaciones del contrario sin que él pueda hacerlo con las nuestras.

Asegurar la superioridad en el punto principal o en los que convenga.

Operar por líneas interiores.

Estos principios sencillos, de sentido común, son de tan difícil ejecución, que raro será el Jefe que pueda, aún a costa de gran trabajo, conocimiento, orden y previsión y aun inspiración, conseguir que las operaciones se desenvuelvan con arreglo a ellos.

Para aclararlos haremos constar algunas reglas admitidas como generales, derivadas de cada uno e indicaremos los medios prácticos de ejecutarlos.

Primer principio.—Previene que se amenace a las comunicaciones del enemigo; indica, pues, hacia dónde, en qué di-

rección han de encaminarse los esfuerzos para que sean más importantes los resultados que se consigan.

Claramente se vislumbra que de lo que se trata es de *que se opere en dirección hacia la línea de retirada del enemigo*; y es natural que ésta sea la tendencia, porque sobre dicha línea tendrá acumulados sus recursos, en ella habrá utilizado o dispuesto obstáculos y medios de resistir y le es de absoluta necesidad conservarla y poderla utilizar libremente en cualquier momento.

En cuanto a las líneas de comunicación propias se quiere decir que debe operarse en sentido y condiciones tales que no hagan preciso guarnecerlas y vigilarlas con fuerzas expresa y constantemente dedicadas a este fin; cuando se amenace con eficacia al enemigo en las suyas, no será probable que él se halle en condiciones para hacer otro tanto con las nuestras, entonces se podrán dejar relativamente desamparadas y utilizar las fuerzas que tendrían casi en pasividad.

Segundo principio.—Se establece que la superioridad asegure el golpe que se intenta contando con más fuerza que el contrario. Para cumplirlo es necesario poder contar en el punto y momento que se desee con las fuerzas de que se disponga; es, pues, cuestión de tiempo y espacio. Respecto a estos extremos, se puede decir que: *el Ejército necesita dispersarse para subsistir y concentrarse para combatir.*

Estas dos reglas antagónicas necesitan detenido estudio si han de llegarse a hermanar, aplicando los medios más conducentes a conseguirlo.

Se necesita hacer tomar parte en la acción desde el primer momento a toda la fuerza evitando la sucesión en la llegada, para conseguir el máximo efecto con todos los medios a la vez y contar con la superioridad necesaria.

Esta superioridad no se refiere precisamente al número de combatientes, aunque ello sea muy importante; se consigue por el valor moral, individual o táctico y por tanto por la preparación del Ejército desde tiempo de paz y por la marcha victoriosa de la campaña.

Para ello es preciso:

Que las fuerzas, con todos sus elementos, se hallen en todo momento dispuestas al combate, pudiéndose concen-

trar en cualquier punto de su frente antes de que a él llegue el contrario.

Que las operaciones se verifiquen llevando el núcleo total de fuerza al punto decisivo, en momento decisivo, evitando que a la vez tengan lugar varias acciones principales que obligan a esfuerzos grandes independientes en perjuicio del único total que importa.

Que no se separen del grueso de la fuerza, destacamentos que resten tropa, aunque con ellos se persigan ganancias importantes. Atiéndase siempre y ante todo al objetivo principal. Nunca se es demasiado fuerte en el momento de una batalla.

Toda unidad de tropa debe acudir donde oiga ruido de combate, siempre que no esté empeñada en otro o que tenga orden expresa en contrario.

Tercer principio.—El operar por líneas interiores tiene por finalidad batir separadamente las fracciones del enemigo si entre ellas no existe la cohesión y tacto debidos; y evitar que él haga esto mismo si se halla unido. Por tanto la finalidad de este principio es indicar la posición o posiciones en que debe apoyarse el ejército al ejecutar su propósito: y su tendencia es conseguir siempre la concentración donde convenga.

Para ello deben calcularse el espacio y el tiempo con la exactitud necesaria, para que esa concentración pueda verificarse sin que el enemigo pueda oponerse a ella; y fuera de su acción de tal modo que no pueda auxiliar a la parte suya que se combate antes de ser deshecha o batida.

Necesidad del enlace entre las fuerzas en operaciones.—Para que la guerra se desenvuelva con arreglo a los principios sentados anteriormente, es preciso que las diferentes unidades y sus fracciones se auxilien, apoyen y secunden entre sí; que sostengan siempre el enlace estratégico para que las acciones parciales y la total combinada propendan, ordenadas, a conseguir el objetivo señalado.

El medio único de obtener la victoria es concentrar todas las fuerzas disponibles sobre el punto principal; si cada fracción opera aislada, si los esfuerzos son sucesivos e independientes, lo probable es que el enemigo vaya desbaratándolos e inutilizándolos también escalonadamente. Este peligro se evitará teniendo en cuenta las siguientes reglas:

1.^a Un Ejército solo debe tener una línea de operaciones para un sólo teatro de operaciones. Este precepto no es tan absoluto que no puedan utilizarse líneas múltiples, siempre que aseguren el enlace estratégico, tengan una dirección común hacia el objetivo estratégico y permitan concentrar el Ejército cuando y donde sea conveniente, lejos del contrario, para que no pueda evitar los movimientos necesarios y atacar a una parte antes de que las otras la auxilien con eficacia.

2.^a Cuando se marcha a invadir o conquistar un país con dos o tres Ejércitos, cada uno de los cuales tiene una línea de operaciones, hasta un punto fijo donde deben reunirse, téngase por máxima invariable que la reunión de estos diversos Ejércitos no debe nunca efectuarse cerca del enemigo, porque éste no solo puede impedirla reconcentrando sus fuerzas, sino que puede también arrollarlos separadamente.

3.^a La concentración ha de operarse de modo que a la vez se envuelva o desborde un ala del enemigo sin disgregar por esto el ejército propio; así se amenazará con ventaja la posición de aquel sin peligro de que se pierda el enlace entre las fracciones, que de otro modo podrían ser batidas una a una.

Estas reglas son de capital importancia para una concentración ordenada de la que resulte superioridad, pues ha de presumirse que el enemigo ha de desplegar la actividad conveniente para impedirlo aprovechando cuantas ocasiones note que falta el enlace necesario, en beneficio suyo.

Líneas que más facilitan el enlace estratégico.—Los grandes teatros de operaciones son muy extensos y se hace preciso dividirlos en otros más pequeños o secundarios, correspondientes cada uno a la parte del ejército que opera en él. Para mantener el enlace y asegurar las concentraciones parciales o la total en el teatro secundario que convenga, se hace necesario ser dueño de las líneas más cortas y directas que son las interiores que ya definimos, para llegar a la concentración antes que el enemigo y dirigirse contra la fracción de este que aislada opere en un teatro secundario suyo, ganando así el tiempo y la acción, si éste ha establecido el enlace a través de un territorio mayor.

El emplear las líneas interiores ha de ser porque las fracciones del ejército enemigo se hallen tan separadas que el nuestro pueda, por su proximidad, batirlas sucesiva y separa-

damente, antes de que consigan auxiliarse. Si por el contrario fuere oportuna esta ayuda al estar cercanas, correría nuestro ejército el riesgo de ser envuelto y arrollado.

Resulta de lo expuesto que las líneas interiores suponen para el bando que las domina, hallarse como en un punto central que le permite dirigirse rápidamente sobre una parte del enemigo y evitar sus golpes retirándose antes que él pueda ofender con fuerza suficiente.

Combinaciones estratégicas: Su clasificación.—Se llaman combinaciones estratégicas al conjunto de movimientos que necesita ejecutar el ejército para conseguir lo que se propone como objetivo en cada fase o período de la guerra. Por tanto son como los sistemas diferentes que han de emplearse para solucionar cada uno de los múltiples problemas que se presentarán al mando en campaña. Y como estos problemas serán muy variados, según el carácter de la guerra y condiciones en que se vaya desarrollando, pueden clasificarse, según el objeto a que responden en cada caso, en la forma siguiente: *Combinaciones ofensivas*, que se distinguen por la libertad e iniciativa del mando en la ofensiva; por tanto puede adoptar resoluciones que ejecutará libremente. *Combinaciones defensivas*, que servirán para oponerse a la ofensiva del enemigo; en este caso para las decisiones se carece de libertad, porque las impondrán las situaciones especiales en cada momento. Y *Combinaciones mixtas* que se adoptan cuando el Ejército se mantiene a la defensiva hasta descubrir los propósitos del contrario y entonces se toma la ofensiva. Estas combinaciones no son más que uno de los aspectos que presentan las ofensivas.

Entre las combinaciones estratégicas ofensivas están las que tienen por objeto atacar la frontera enemiga, vencer la resistencia que en ella se encuentre e invadir el territorio; esta será la primera operación al adoptar la guerra con carácter ofensivo.

Las combinaciones a emplear en este caso son, la *ruptura estratégica*, el *ataque de flanco* y el *movimiento envolvente* que para ejecutarse con ventaja requieren conocimientos adquiridos en tiempo de paz, para fundamentarlas, tales como la organización, sistema de movilización y recursos de todas clases con que cuente el enemigo, vías férreas que lleguen a sus fronteras y el rendimiento que dan, así como la posición



que ocupará. Con estos datos se puede calcular de modo aproximado el número de hombres de que dispondrá en la base, cual será ésta y por tanto, la resistencia del primer obstáculo a vencer, que servirá para preparar la línea de operaciones propia, concentrando en ella los medios de combate en cantidad y forma que se llegue al choque lo más rápidamente posible, sin peligro para el que ataca ni para su línea de comunicaciones.

La *ruptura estratégica* consiste en atacar el frente enemigo, para romperlo por su centro, a fin de separar su fuerza en dos porciones que no puedan auxiliarse.

Esta operación es ventajosa para el que la realiza con éxito, porque dispone de líneas interiores, en tanto que el atacado tiene que utilizar líneas cada vez más divergentes, cuanto más abra la brecha el atacante, y pérdidas por aquél sus líneas de comunicación primitivas, le será difícil volver a sumar sus esfuerzos.

Pero también esta ruptura tiene el inconveniente grave de que, apercebido de ella el defensor, puede, desde el principio, concentrar sus fuerzas en el lugar atacado, y en caso de no poder resistir, retirarse unidas todas, con lo que el ofensor no consigue su propósito; y suponiendo que lo consiga y fraccione en dos partes al contrario, como ya hemos dicho, puede una de éstas rehacerse y atacar al ofensor, arrollándolo por un flanco; o bien las dos fracciones, de acuerdo, atacarlo a la vez por ambos flancos, en cuyos casos será comprometida la situación del ofensor.

Esta combinación será de un buen resultado para el ofensor, cuando el enemigo, por cualquier circunstancia, haya cometido el error de adoptar un frente muy extenso desproporcionado a su fuerza. Pero el poder y alcance del armamento moderno obliga a que la acción táctica sea lenta, y por tanto más difícil el éxito de la ruptura, que sólo se podrá intentar cuando se obligue al contrario a la inmovilidad en sus posiciones, atacándole en todo el frente y en las alas para que no descubra el verdadero propósito ni el punto en que se intenta.

Todo movimiento hacia adelante, ha de tener como base la ocupación efectiva del terreno conquistado. Este es un axioma de la guerra, llamado método de la *mancha de aceite*.

Sólo se gana terreno al frente, cuando ya se ha organizado

el de retaguardia. Sus habitantes que ayer parecía imposible someter, son los que mañana nos ayudarán a someter a otros.

Ataque de flanco.—Otra combinación estratégica que puede emplearse para romper la resistencia que oponga en la frontera el enemigo o en una línea de trincheras resistentes, cuando no dé resultado o no pueda intentarse la anterior, es el ataque a uno de sus flancos.

Generalmente los flancos de un Ejército serán más débiles que su frente, porque es natural que no piense en combatir con aquéllos, y en esto se funda la ventaja del ataque a los flancos, porque se obligará al defensor a llevar fuerzas de otros puntos para reforzarlos, y tendrá que abandonar o modificar sus planes.

Puede dirigirse este ataque a uno solo o a los dos flancos simultáneamente. En este último caso es arriesgada la operación porque quedará el contrario en el centro y podrá aprovechar los caminos interiores que le proporciona su posición central a menos que se sepa que su agotamiento, inferioridad o pasividad se lo impiden.

Lo probable es que el ataque a un flanco sea una operación para amenazar las comunicaciones del enemigo que dará por resultado el encuentro con las fuerzas que opondrá sucesivamente al tener que traerlas de otros puntos para reforzar el de ataque y este escalonamiento será una ventaja para el ofensor que podrá batirlas unas después de otras sin que hayan podido sumarse y resistir a la vez.

Al emprender el ataque de flanco debe haberse procurado distraer al contrario con operaciones en otros sitios que le obliguen a dejarlo poco protegido y constituya para él una sorpresa.

Movimiento envolvente.—Cuando el ataque de flanco tiene lugar y llega a ponerse en peligro de ser cortada la línea de retirada del enemigo, se convierte en *movimiento envolvente* que puede tener lugar por una o por las dos alas, llamándose *simple* o *doble* respectivamente. Rigen para ejecutarlo lo mismos principios que en el ataque de flanco y tiene grandes ventajas para el ofensor: porque trastorna y echa por tierra los planes del adversario al verse amenazado en la retaguardia y obligado a variar su frente y modificar sus cálculos,

Aplicaciones de las combinaciones estratégicas.—Respecto a la

adopción y empleo de estas combinaciones, poco puede decirse; el mando con conocimiento de sus tropas, de su situación y de su moral, así como de las del enemigo, de sus medios defensivos, del terreno, de los obstáculos naturales o artificiales que presente y de las operaciones que tengan lugar, será quien escogerá la ocasión y sitio para aplicar una u otra.

La forma geométrica de las líneas que representan las fronteras o trincheras, con sus salientes y entrantes poco significan para la elección indicada; lo que tiene verdadero interés son los otros datos que acabamos de indicar.

Planes de campaña.—Se llama plan de una campaña al conjunto de operaciones y maniobras que proyecta el General en jefe de un Ejército para vencer al contrario y conseguir el objetivo propuesto.

Es natural que el plan ha de hacerse antes de iniciarse la lucha puesto que en él estarán calculadas las vicisitudes de ésta, el fin a que se dirige y los medios necesarios para conseguirlo; y deben estar previstos con toda pulcritud y detalle sin dejar que la casualidad actúe como consejera o aliada, porque es verdad que a veces resuelve situaciones difíciles lo imprevisto, como demuestra la historia; pero no es menos cierto que la victoria corresponde a la inteligencia, al plan mejor estudiado, al que cuente con datos más copiosos y exactos, descartando lo fortuito y eventual que puede o no presentarse. Un plan de campaña debe haber previsto todo lo que el enemigo puede hacer y encerrar en sí mismo los medios de frustrar sus proyectos.

El plan es el preliminar, el origen del orden, la base del éxito; en él todo debe estar previsto; proyectos de marcha, duración y dirección de ésta, preparativos y disposición para la guerra, aprovisionamientos de víveres, ropas, armamento y municiones se han de determinar con el mayor conocimiento y detalle, así como el objetivo, los medios de ejecución y cuanto pueda ocurrir, si se aspira al triunfo.

Por ello, el General, aparte de ciertas consideraciones políticas, de que después hablaremos, debe tener absoluta libertad en la confección de su proyecto, sin presión ni influencia sobre él de ninguna clase, antes bien, con facultad de recabar, de donde lo juzgue oportuno, cuantos detalles, datos y medios para, no sólo preparar su plan, sino para modificarlo y hasta

variarlo cuando las circunstancias lo aconsejen o impongan; porque en la marcha de la guerra no puede pretenderse que el plan sea intangible, inflexible; por el contrario, convendrá amoldarse a los sucesos y oponerse al interés y medios desconocidos que emplee el enemigo para conseguir que su plan prevalezca y dominar él. Nadie como el autor podrá con pleno conocimiento modificar el plan conservando lo útil y adoptando lo nuevo que conduzca a resultados favorables.

Estas modificaciones obedecerán a las circunstancias del momento, a las inspiraciones del genio del Jefe, a la calidad de las tropas y elementos de combate y subsistencia, o a la topografía del teatro de la guerra, al clima, etc.

Por estas consideraciones no debe pretenderse que el plan tenga carácter de programa minucioso de todos los hechos y detalles que vayan a ocurrir, sino que ha de ver la campaña desde mayor altura, más en general, porque aparte de que no hay cerebro por bien organizado que esté, capaz de descender a todos los detalles de una campaña y de que tendría que detenerse a modificar constantemente, debe ceñirse a señalar el fin de la guerra, el modo de prepararlo y de llegar a él en sus líneas generales que permitan hermanar la concepción con la realidad, formulando cuantos supuestos requieran las situaciones que lógicamente puedan presentarse, teniendo en cuenta que lo práctico en la guerra es que los hechos no tengan lugar tal como se preven porque en ellos entra el factor enemigo que tenderá siempre a variarlos o aprovecharlos en su favor.

Los datos que el alto mando precisa para formular su juicio y convertirlo en plan de campaña son referentes a la *política* del país propio y del enemigo, al *teatro* en que probablemente tendrán lugar las operaciones; y a las *fuerzas* de ambos ejércitos comparando su número, calidad y situación ordinaria.

Sintetizando lo relativo a cada uno de estos grupos de conocimientos se comprende que la política le proporcionará datos de las alianzas ofensivas y defensivas que existan en el país propio y en el enemigo con otros Estados, su duración y condiciones que puedan modificarlas, para deducir el carácter que imprimirá a la guerra, el auxilio con que cada uno contará y el lugar, terreno y hasta el plazo en que empezarán las

operaciones, así como el objetivo capital y los secundarios que le conviene perseguir, los elementos que debe preparar y otros varios puntos de gran interés.

De los mismos datos políticos, deducirá cual puede ser el probable teatro de operaciones y deberá fijarse en sus *caracteres geográficos* para señalar la clase de guerra conveniente, el valor estratégico y táctico de su configuración, accidentes de todas clases, clima y densidad de población, para aprovecharlos en sentido ofensivo y defensivo; en su *historia* para estudiar los hechos que en él se hayan desarrollado en otros tiempos y deducir enseñanzas de ellos y en su *importancia estadística* para conocer los recursos que puede facilitarle y los que necesitará conducir a él a fin de completar cuanto allí necesite, a la vez que el modo de evitar que el enemigo los aproveche, teniendo en cuenta las vías de todas clases, su importancia y dirección, las poblaciones y lugares en que se encuentren, así como el emplazamiento que necesita prever de almacenes, depósitos, hospitales, talleres, etc.

El estudio y comparación de las fuerzas de ambos beligerantes le facilitará datos respecto a la organización, movilización, concentración, número, moral, elementos de combate, fabricación y reposición de éstos, armamento, disciplina, de todo lo que puede deducir las dificultades que se le opondrán y su valor, así como el procedimiento y medios que ha de emplear si quiere conseguir la superioridad inicial tan necesaria para llegar al triunfo, pues la concentración rápida en la base de operaciones es factor importantísimo dependiente de la situación y distribución del Ejército que ha de conducirse a dicha base.

Clasificación y caracteres de los planes de campaña.—Pueden ser los planes *ofensivos* o *defensivos*; cada uno de éstos requiere preparación y confección material diferente, según vamos a exponer.

Plan ofensivo.—En éste lo importante, en primer lugar, es la determinación del objetivo principal de la campaña. Claro es, que siempre se tratará de vencer y anular al ejército enemigo, ya sea en campo abierto, destruyéndolo, o bien aislándolo, cercándolo, en tales circunstancias y con tal superioridad, que se vea obligado a cesar de combatir y a deponer las armas. Pero este resultado, con la importancia que salta a la vista, no

puede satisfacer al vencedor, porque bien podría el vencido reorganizarse en otra parte y continuar la guerra; por eso debe recogerse el fruto de la victoria, no sólo acabando con la resistencia de las armas, sino que ha de tomar, posesionarse, el vencedor, de un objetivo geográfico (capital del Estado enemigo, generalmente) para desorganizar al adversario, privarle de la ayuda que el Gobierno del país le presta, e impedir que éste pueda formar un nuevo ejército que prolongase la defensa o iniciase una ofensiva; en una palabra: la posesión del objetivo principal sirve para obligar a someterse al enemigo.

Otros puntos de capital importancia para el plan, son la determinación de la zona de concentración y de la base de operaciones, que son el punto de reunión y de partida en la guerra para llegar al objetivo; así como la línea de operaciones que será el camino que más fácilmente una a éste con la base. Esta línea es, pues, no la más corta sino la que en mejores condiciones llene su objeto, según sus accidentes, fuerzas propias y contrarias, distancia que suponga, maniobra estratégica que permita y tiempo que sea preciso para llegar al fin propuesto. De aquí que de los tres elementos citados, la línea de operaciones es el más importante y de su fijación dependerá la adopción de los otros dos, zona de concentración y base de operaciones.

Del mismo modo es dato de gran interés determinar en el plan, cuantos ejércitos compondrán el total, cómo y dónde han de organizarse, cuáles serán las zonas de concentración, bases de operaciones y momento en que empezará cada uno su despliegue estratégico, los objetivos secundarios y bases secundarias en que convendrá apoyar éstos como auxiliares de las principales y continuar avanzando.

Plan defensivo.—Este es mucho más difícil de preparar, porque necesita el alto mando conocer lo que intenta el ofensor y como esto no es probable, habrá de proceder por deducciones que no siempre serán exactas; del acierto en ellas depende el éxito.

Desde luego el mando no tiene libertad para proyectar según le convenga; porque sus actos se limitarán a contener al contrario. Pero como éste no ha de proceder caprichosamente, sino que ha de atender a exigencias y principios que tendrán por fundamento los elementos que maneje, no será de gran di-

ficultad señalar algunos datos ciertos o muy próximos a la verdad, tales como la zona de concentración y la base de operaciones que el enemigo adoptará según tenga situadas sus fuerzas antes de la guerra; también el objetivo principal se puede calcular sabiendo cuáles son sus aspiraciones generales y su interés, por lo que se puede preparar la base de operaciones; así como la línea de invasión se puede deducir por su colocación inicial respecto del objetivo principal.

Con todos estos datos se pueden prever los procedimientos y maniobras que adoptará según la clase y dificultades del terreno, vías naturales o artificiales que pueda utilizar y hasta por las simpatías que existan entre los habitantes de ambos países.

Así calculado el plan de defensa es la norma para señalar la base de operaciones, líneas de comunicación y de defensa, aprovisionamientos y cuanto pueda contribuir a la resistencia hasta que pueda aprovechar las circunstancias para tomar la ofensiva, sea porque el invasor no pueda forzar la resistencia inicial por estar niveladas las fuerzas desde el primer momento o porque se le vaya trayendo sucesivamente a varias líneas preparadas, mientras se le van causando bajas hasta conseguir aquella nivelación y entonces adoptar la ofensiva contando con el apoyo y conocimiento del país, con los obstáculos del terreno, la temperatura u otras circunstancias que favorezcan al ejército propio y sean contrarias al invasor.

Es, por tanto, indispensable que el plan defensivo se complete con otro ofensivo que se aplicará en tiempo y sazón oportunos; del mismo modo que el plan ofensivo se completará siempre con uno defensivo en previsión de que la fortuna no acompañe a las tropas que lo desarrollan.

No sólo se necesita un plan estratégico general para realizar una guerra; es necesario, a veces, preparar un *plan táctico* para cada combate de aquélla, si se quiere asegurar el éxito; este plan táctico sirve para determinar sobre el terreno la relativa colocación de las fuerzas con que cuente el mando en cada caso; su empleo en las mejores condiciones para que sufran lo menos que se pueda, causando a la vez el mayor daño al enemigo; los puntos o posiciones que por su importancia conviene ocupar o tomar al contrario y el modo de reunir en ellos mayor número de combatientes que aquél.

CAPÍTULO VIII

Continuación del anterior

Estudios previos que reclama la formación de los planes de campaña.—Espionaje.—Otros datos necesarios para planes determinados: reconocimientos aéreos y en tierra.—Medios para completar el conocimiento del enemigo: Indicios, datos que se recojen de prisioneros, desertores y otros.

Estudios previos que reclama la formación de los planes de campaña.— Ya hemos visto cuáles son los extremos que debe abarcar un plan de campaña, pero estos extremos no se pueden fijar sin contar con ciertos elementos de juicio desde época de paz, recogidos cuidadosamente, con tiempo y con la mayor exactitud, ya que cuando llegue la guerra cuidará el enemigo de impedir su conocimiento.

El Estado Mayor Central, organismo encargado de dirigir y organizar el ejército, es el adecuado para acópiar estos datos también en todos los Estados, procurando tenerlos al día, porque una variación, aunque parezca pequeña, puede dar al traste con el mejor proyecto de guerra. La construcción de una vía por su valor estratégico, la adopción de un nuevo explosivo, la variación del armamento, el aumento del alcance de los cañones, un nuevo color para los uniformes, un motor o dispositivo que haga más rápidos o resistentes los aeroplanos o los automóviles, una nueva coraza para fuertes o un sistema de construcción de trincheras y otros mil inventos y aplicaciones y modificaciones que la industria y la ciencia aportan al ejército, son otros tantos puntos a estudiar con detención por el Gran Estado Mayor Central.

Lo primero, pues, que interesa conocer es el terreno y el país, en todos sus aspectos, en que la guerra pueda tener lugar, así como el propio, y todos los medios con que ambos cuenten aplicables a la campaña

Algunos datos son fáciles de conocer con exactitud, porque se hacen públicos oficialmente en todas las naciones, tales como reglamentos de maniobras y de los servicios, disposiciones respecto a organización, descripciones del material, estudios estadísticos, topográficos, históricos y geográficos, legislación general, instrucción del país, red de comunicaciones de todas clases, marina, unidades navales de combate y su poder, mas otros muchos que los agregados militares, agentes consulares y embajadas, están obligados a enviar, o bien se conocen porque aparecen publicados en revistas profesionales y técnicas y hasta en la prensa diaria. Respecto de esta clase de información, basta constancia para reunirlos y cuidar de completarla o irla variado, según vaya rebuscándose y reuniéndose el arsenal clasificado que se forme por asuntos y fechas.

Otros datos reservados, probablemente, los de más interés para cada país, son más difíciles de adquirir; tales son los relativos a cañones de largo alcance, los gases asfixiantes, los lacrimógenos y las caretas contra ellos; la construcción de modernas trincheras, los automóviles blindados y muchos explosivos que se han empleado en la última contienda europea, sin que antes se sospechase su existencia y aplicación.

Para conseguir éstos se apela a la habilidad de los agregados militares; pero como sus preguntas e interés despertarán sospechas y se tratará de que pase desapercibido para ellos este conocimiento, es preferible valerse de otros agentes particulares, astutos y cautos, que pueden recurrir sin desdoro a procedimientos y medios varios, de eficacia para conseguir sus fines.

No se crea que lo dicho basta para darse por satisfecho el Estado Mayor Central, porque no sólo debe ser constante este servicio de información durante la paz para tenerlo al día, sino que al estallar la guerra necesita ampliarse, ramificarse mucho y abarcar muchos aspectos y detalles que en la paz no eran de precisión y entonces adquieren indiscutible importancia para el alto mando, de tal modo, que entre los beligerantes lleva

mucho adelanto para vencer al que cuente con más completa información acerca de su enemigo; y es evidente; con datos precisos, no se planeará ni ejecutará más que sobre cimientos firmes y siempre se caminará sobre seguro, que es sin duda lo más importante en la guerra; en tanto que el mal informado vivirá haciendo hipótesis, puede decirse que a ciegas; así es difícil acertar, ni siquiera tomar decisiones y ya dijimos que la indecisión es el peor enemigo del mando, que necesita saber cuanto le interesa al minuto, mejor que hora por hora.

Las informaciones se clasifican de muchos modos, cada cual las dispone de la manera que más fácilmente le presten utilidad, pero siempre es preciso que se adopte un método para encontrarlas sin pérdida de tiempo. Pueden dividirse en *directas* cuando son recogidas por lo mismos que las utilizan, e *indirectas* cuando proceden de otras personas. Naturalmente, las primeras merecen más crédito por ser las mismas personas quienes las reúnen y las emplean.

Unas y otras pueden subdividirse agrupando en cada una de aquellas las referentes al ejército enemigo, al país enemigo, al ejército propio, al país propio, a terreno de la guerra de uno y otro, a los recursos, y atendiendo a otros asuntos de interés.

Respecto al ejército enemigo se debe averiguar con todo detalle su organización en la zona de concentración y en las bases principales y secundarias en que se apoye, la importancia de las fuerzas de cada agrupación; quién las manda, cómo, cuándo y hacia dónde se mueven, sus aprovisionamientos, medios de observación, situación de sus parques y repuestos, hospitales, estado moral, sanitario, etc.

El conocimiento del terreno lo facilitarán los mapas, cartas y planos detallados con que se debe contar, y se completará con el estudio de la naturaleza del suelo y de los accidentes todos por insignificantes que parezcan, pues aquella y éstos pueden influir notablemente en una operación.

En cuanto al país enemigo conviene averiguar su actitud, si la guerra le es o no simpática, si están militarizadas sus industrias y el rendimiento que cada una proporciona, si por su vecindad y armonía con otras naciones obtendrá ayuda y de que clase e importancia será ésta; se completarán los datos estadísticos de todas clases para conocer los recursos al día, ya que estos por mil causas varían y es de gran valía su cono-

cimiento exacto y real, del mismo modo que las obras, caminos y elementos que conduzcan a la base de operaciones. Para los habitantes se llenará el país de espías, que en forma discreta averigüen quiénes son o no partidarios de la guerra, o del país propio, que planes y esperanzas los animan, que piensan exigir si el fin les es favorable, que ayuda moral o material presta al Estado cada uno, que contribuciones extraordinarias se imponen, el entusiasmo o resignación con que las pagan, así como detalles referentes a la potencia económica y mercantil de aquella nación que pueden servir de base a la exacción de impuestos de guerra, incautación de elementos de vida que se oculten y otros extremos que aprovechará el mando para el ejército cuando llegue a cada localidad, conociendo al detalle y con seguridad lo que puede dar de sí. Todos estos datos, en cuanto se vislumbre la posibilidad de ir a la guerra, debe facilitarlos bien clasificados el Estado Mayor Central al Estado Mayor de cada Ejército, cuerpo de ejército o fracción independiente, haciéndole notar lo que falta para que prosiga completándolos al día la sección de información que funcionará en cada uno de éstos, entendiéndose con las unidades inferiores hasta el regimiento.

Como lo que se persigue es ampliar, cuanto más, mejor este importante servicio, que sirve para todos, debe cada uno que adquiera una noticia comunicarla a su jefe para que llegue al centro y autoridad que ha de utilizarla; en este sentido todos los individuos del ejército son agentes de información, lo mismo el soldado que el General.

El personal en cada Sección de información debe ser fijo y poco, si puede ser con hábito de este servicio desde tiempo de paz, que conozca el idioma del enemigo y de sus aliados; en los cuarteles generales de división y brigada llevará este cargo su jefe de Estado Mayor, y en los Regimientos un ayudante, pudiéndose agregar a unos y otros un intérprete si es necesario. Todos ellos señalarán a diario con banderitas de los colores de cada nación la situación de ambos contendientes sobre las cartas o planos que tendrán, apuntando en ellos lo que sepan por confidencias sobre obras en puentes, carreteras y ferrocarriles, defensas, etc. en territorio enemigo; todo lo que comprobarán entregando copias a los observadores aéreos o

terrestres para que puntualicen su certeza o rectifiquen lo inexacto.

Para los datos estadísticos se seguirán procedimientos análogos a los empleados para completar los topográficos, aunque requieren mayor astucia en los informadores por la tendencia de las autoridades y habitantes a ocultar las noticias acerca de los recursos que el invasor puede utilizar.

Espionaje. — Se llaman espías ciertas personas que, prescindiendo de todo sentimiento digno y guiados únicamente por un sórdido interés, se envilecen para adquirir secretos que sorprenden y noticias que luego venden a quien los desprecia. Se encuentran entre los consejeros de los príncipes, altos funcionarios del Estado, entre los oficiales del Ejército y hasta entre los religiosos, quienes parece que por su ministerio deberían estar a salvo del bastardo interés con perjuicio de su Rey y de su Patria; pero estos espías casi siempre permanecen ocultos y desconocidos, entendiéndose, por medios que no pueden comprometerlos, con el General en Jefe o con el Gobierno que, con mano pródiga remunera sus servicios.

Otros espías más vulgares y comunes se reclutan entre los vivanderos, acemilleros y conductores paisanos de coches y carros, peatones del correo, mendigos, y otras personas que por razón de su oficio pasan frecuentemente del terreno que ocupa un ejército al en que está el otro. No es difícil encontrar un hombre o mujer que viva en un pueblo y tenga familia u ocupaciones en otro, como sucede con las lavanderas en ciertas comarcas; ofreciéndoles gratificarles y cumpliendo estas promesas puntualmente no es difícil que empiecen por averiguar un detalle, después un asunto más importante, luego otro de más interés, y siempre que se les ofrezca buena recompensa para asegurar su porvenir, terminada la guerra, que se les dé seguridades respecto a sus personas y hacienda, van poco a poco convirtiéndose en espías.

Hay algunos que se presentan para serlo espontáneamente y con ellos hay que proceder con desconfianza porque pueden ser dependientes del enemigo para enterarse de lo que nos interese mantener ignorado.

Desde luego un espía nunca debe inspirar confianza; quien vende a su patria, traicionará más fácilmente a quien le paga

si hay quien le dé más. Lo importante es pagarlos bien y que no descubran jamás para qué sirven sus servicios.

El medio más empleado para la información referente al enemigo es el espionaje. Todas las naciones lo emplean como el más eficaz, debido a que por los medios directos, antes apuntados, se consiguen datos incompletos: mientras que por la astucia, la falsedad, el disimulo y el sigilo que caracterizan a aquél es difícil evitarlo, puesto que suele ser espía quien menos lo parece, a pesar del concepto despreciable que suele merecer; pero es una necesidad, no obstante las relaciones amistosas internacionales, si se quiere penetrar en las intenciones y modo íntimo de pensar de cada nación para proceder en armonía.

Al declararse la guerra el espionaje se multiplica, eligiendo cuidadosamente los agentes de todas las clases sociales, bien especializados, según sus conocimientos y aficiones, sus relaciones en el país a que se destinan, y hasta sus condiciones físicas, de educación, etc. El espía debe ser voluntario, aficionado a esta clase de servicios que están llenos de graves peligros. Pueden ser nacionales, pertenecientes al país enemigo o a otro neutral. Los primeros, atentos más a la ganancia, puesto que estos servicios se remuneran espléndidamente, que a la utilidad de sus investigaciones, no serán mucho de fiar; lo mismo ocurre con los neutrales, agravado porque suelen servir a los dos beligerantes y no les es difícil eludir la responsabilidad y el castigo; los ciudadanos del país enemigo suelen ser los mejores, pues acaso son personas descontentas o perjudicadas por el Gobierno u otras autoridades o entidades, de las cuales desean vengarse, o que por cualquier motivo simpatizan con el enemigo de su patria y son más dignas de crédito sus noticias y más seguros sus servicios, porque una vez que los empuen, les es difícil dejar de prestarlos por temor al castigo y al desprecio de quien sepa sus manejos.

También se suelen enviar, con gran sigilo, naturalmente, al país enemigo, militares y empleados de aptitudes y conocimientos extraordinarios en ciertos ramos de su profesión, limitando su misión delicada e importante a puntos concretos, por lo que no deben incluirse en el concepto general de espías.

Para elegir espías es casi imposible concretar reglas; sólo diremos que la corrupción social, el afán de lucro, la envidia, la fastuosidad y el lujo, la miseria, los vicios y las debilidades

humanas son causas a propósito para proporcionarlos; lo mismo los ministros entre sus compañeros que una mujer galante puesta cerca de un alto funcionario, o un humilde criado, al parecer, en casa de un banquero, un empleado en un escritorio de una sociedad financiera, un industrial que vende materiales o máquinas para establecimientos militares, un amigo presentado en una tertulia, café o centro donde concurren personas que intervengan o dirijan los negocios públicos, las dádivas a quienes tiene numerosa familia y poco sueldo, o al desordenado en sus costumbres, un hombre gastador que fomenta los vicios de otros y de ellos se aprovecha para obtener el conocimiento que desea, y otras mil argucias y sistemas, más o menos reprobables, son los medios más utilizados por el espionaje.

No obstante lo dicho hay algunas reglas de los maestros del arte de la guerra que conviene tener presentes:

Tomar para espías a los habitantes de la frontera del país enemigo.

Sostener relación con personal de las oficinas, parques y almacenes (especialmente de víveres) del enemigo.

Escribir uno, por sí mismo, todo lo que sea reservado.

No confiar en los enviados del enemigo, ni en los habitantes del país ocupado, ni en los que se presentan como voluntarios para engancharse en el ejército o como prófugos del enemigo.

No servirse de los espías luego que se hayan hecho ricos.

No explicar jamás al espía por qué se le manda verificar un acto o información.

Hacer intimar a los prisioneros, prófugos o habitantes del país enemigo con soldados propios vestidos con uniforme de la nación de aquéllos y que se finjan en igual situación.

Hacer que a los parlamentarios acompañen oficiales inteligentes.

Enviar de éstos y soldados despejados al enemigo como desertores.

Procurar cojer a los espías enemigos y halagarlos para conseguir sus informes.

Los espías se prueban encomendándoles misiones que ya están desempeñadas y comprobando los datos que recojan con los ya existentes, sin que ellos lo sepan; y se organizan de modo que no se conozcan entre sí más que los que han de

operar en el mismo asunto complementándose necesariamente; es útil encargar con separación a dos o más de la misma cosa, para compulsar a uno con el otro o descubrir la perfidia del que no sirve bien; que cada cual tenga una clave o modo especial de transmitir sus noticias, que confíen siempre a la memoria sus instrucciones, nunca a un escrito más que si es absolutamente indispensable, que desconozcan la organización e intenciones del ejército propio, que operen en un punto o lugar determinado, si se quiere conseguir un servicio bien montado del que no resulte el enemigo tan bien o mejor informado que los propios interesados.

A los espías se les designa por un mote o nombre que no sea el suyo propio, se procura que se mantengan desconocidos para que vivan seguros y puedan desempeñar su servicio; las entrevistas con ellos serán de noche, en sitios ocultos, yendo disfrazados y tomando cuantas precauciones contribuyan a que ni entre ellos se conozcan, bien para evitar que se confabulen o para que no pueda vender o denunciar a los demás al enemigo.

Si se sospecha o averigua que un espía sirve, a la vez que a nuestro ejército, al enemigo, se procurará que lleve las noticias equivocadas que nos convengan, que por nuestros actos o palabras deduzca datos falsos comunicará al enemigo; y, si éste comprueba que lo engaña, o comete una falta, o le sale mal una operación, fiados en sus informes, es posible que lo ahorque o fusile, evitando a los nuestros tenerlo que hacer para castigar su inicuo proceder.

Para un jefe u oficial sagaz y observador no es difícil descubrir al espía enemigo, por los mil medios que buscan para ponerse en contacto con la tropa, por lo solícitos y serviciales que se muestran, por el cuidado que ponen al oír ciertas conversaciones, por lo frecuente que es encontrarlos escuchando o en sitios raros, o haciendo preguntas desusadas, por el miedo que revelan al detenerlos y por las contradicciones en que incurren cuando se les pregunta.

En campaña se debe encargar a los soldados absoluta reserva en cuanto a las órdenes que reciban y de lo que sepan respecto a organización y medios de su ejército, porque no es raro el caso de un patrón, amigo advenedizo o mujer que con halagos o licores intenta y consigue hacerlos locuaces y decir

lo que se les prohíbe. Debe desconfiarse de los vivanderos que suelen ser pagados y al servicio del enemigo, de las personas a quienes se encuentran en varios sitios, mostrándose solícitas sin motivo justificado, de los contradizos que traban fácil conversación, de los que aparentan dormir cerca o ser indiferentes a lo que se dice cuando en realidad están acechando y sin perder gesto ni palabra; todos ellos han de merecer desconfianza y hay que precaverse contra sus oficiosidades, así como de los que se note que sus modales finos, cuidado de su barba, cabello, manos, andar airoso, posturas correctas, no corresponden a su tosco traje o lenguaje incorrecto estudiado.

— **Otros datos necesarios para planes determinados.**— *Reconocimientos.*— *Con aeroplanos.*— Los reconocimientos, en general, sirven para adquirir datos del enemigo, del país que ocupa o del propio territorio.

Para que el servicio de información sea lo más perfecto posible no debe desdeñarse ninguna clase de detalles, todos son buenos, todos pueden ser útiles, cualquiera que sea su clase, naturaleza y procedencia; pero hay ocasiones en que convienen los de una cierta especie con preferencia a los demás; esto sucede cuando se trata de preparar una determinada operación en el curso de la guerra. Para conseguirlos se emplean hoy varios medios, entre ellos los aeroplanos, que llevando un observador experto, puede hacer croquis del terreno a largas distancias, tomar detalle de las obras, fuerzas de todas clases, su situación, depósitos de material, movimientos de tropas, convoyes y reservas, vías de todas clases, su dirección, número e importancia, bosques, clase de terreno, ríos, puentes, etc., de tal modo, que puede llamárseles los gemelos del mando, y sólo es necesario que quien explique lo que ha visto tenga la habilidad de hacerlo con claridad y tal exactitud que quien escucha se entere como si lo hubiera visto también. Estos reconocimientos, por la velocidad de los aparatos, pueden verificarse repetidamente y comprobarse cuando convenga, hasta en el mismo momento de estar empezando o verificando ya la operación.

Durante la guerra europea se ha aprendido en todos los Ejércitos a verificar reconocimientos, del enemigo y de sus elementos con los aeroplanos; pero al propio tiempo se ha inventado el *camouflage*, esto es: la manera de disimular o enmas-

carar la tropa, los edificios, baterías, carruajes, etc., de modo que el observador de aeroplano los confunda con accidentes naturales del suelo, los desconozca y deje de apreciar la importancia real que tienen, y a la vez resulte engañado creyendo que son tropas y elementos de fuerza que no lo son. Si con el camoufflage se consigue engañar al observador citado, es natural que los elementos de guerra y los trabajos en el terreno no los citará en su parte o no los señalará en el croquis, que haga mientras que probablemente hará constar aquello que le engañó, y el reconocimiento que ha practicado es incompleto o acaso inútil y perjudicial a la tropa de su bando.

Para realizar el camoufflage se evita la colocación simétrica y geométrica de líneas de hombres, cañones, ganado y carros, los intervalos regulares entre ellos, se varía el número habitual o reglamentario, se ocultan o disimulan entre matorrales verdad o artificiales, debajo de árboles copudos o de techados hechos con ramas, hojas, hierba y tierra en las orillas de los bosques, se simulan con maderas y telones pintados los cañones, tropa, automóviles, ganado, en sitios donde no haya fuerzas, se escavan zanjas, se remueven tierras, en la forma que afectan las fortificaciones permanentes, semipermanentes o eventuales, se detienen las fuerzas y ocultan entre la maleza, setos, cercas, etc., en cuanto se oye zumbiar a un avión que se acerca.

Todo lo expuesto dá idea de la costumbre que necesita el observador de apreciar desde la altura la silueta, color y presentación de hombres y material, para aprovechar sus vuelos y no exponer a un desastre a quien puede guiarse por un resultado falso de un reconocimiento aéreo.

Puede completarse la labor de los aeroplanos con oficiales o destacamentos que recorran, hasta donde puedan, los lugares que interesa estudiar y conocer verificando reconocimientos *generales, especiales o confidenciales*. Los primeros son la *exploración* de que en otra parte nos ocupamos; los especiales sirven para un detalle, como ver un puente, desfiladero, vado y su importancia para utilizarlo, o cualquier otro accidente o conocimiento que interesa en el momento. Los confidenciales son delicados; se confían sólo a determinados oficiales de conocimientos o perspicacia probados, para reconocer, por todos los medios que crean oportunos, una región o ex-

tensión determinada del país enemigo, una línea de fuertes, un campo atrincherado, la fuerza de una plaza, etc., y suelen ejecutarse cuando surge la declaración de guerra, antes de empezar las operaciones o bien cuando se proyecta una batalla en el curso de las hostilidades.

Pueden también ser ostensibles, secretos, ofensivos, diarios, estadísticos, grandes, pequeños, etc. según su objeto.

Son *ostensibles* cuando se busca al enemigo, se le hace frente y se le obliga a combatir para que entre tanto el jefe que realiza el reconocimiento, vea, cuente, averigüe aquello que le interesa; y seguidamente abandona el combate y se retira, a menos que el enemigo lo haga antes y encuentre una victoria donde no lo esperaba. Es frecuente que estos reconocimientos sean el principio de una batalla más o menos importante y cuando se efectúan por columnas compuestas con fuerzas de las tres armas se llaman *grandes* reconocimientos. Si la fuerza se reduce a unos cuantos jinetes, se denominan *pequeños* reconocimientos.

Ofensivos son cuando la fuerza ataca para conseguir su fin, ya sean grandes o pequeños.

Diarios o *descubiertas* son los que realizan a primera hora del día las fuerzas avanzadas de un cantón, vivac o campamento para averiguar si el enemigo sigue alejado, o en caso de estar cerca, si ocupa las mismas posiciones que el día anterior o las ha adelantado o variado durante la noche.

Es importantísimo que los reconocimientos den el resultado que se persigue; un dato equivocado, un error creyendo haber visto lo que no hay, la falta de seguridad para apreciar en su justo valor las condiciones buenas o malas del enemigo, el exagerado patriotismo que hace amoldar lo observado a como se quisiera que fuese, la ligereza en los juicios, pueden dar lugar a un desastre. El resultado se resume en un croquis y en un parte, que no requieren primor en el dibujo ni correcta redacción; lo que deben tener ambos es verdad, exactitud, claridad, laconismo.

Un reconocimiento puede hacerse estando el enemigo quieto, en campamento, poblado o vivac, o hallándose en marcha. El que lo realiza puede estar también a pie firme o marchando en dirección paralela a la que lleva la fuerza reconocida.

Medios para completar el conocimiento del enemigo.— En la guerra es indispensable conocer del modo más exacto posible los movimientos del enemigo, su posición, los elementos de todas clases con que cuenta; para ello se emplean medios diferentes, tales como los indicios, el examen de desertores y prisioneros, y los demás que acabamos de citar, casi siempre combinados de modo que con unos se comprueben los datos que otros proporcionan, hasta llegar casi a la seguridad cuando todos sirven de confirmación recíproca.

Indicios.— Se llaman así a algunas variaciones en los actos cotidianos del enemigo, que llevan al ánimo del que le observa la convicción de que algo nuevo proyecta para realizarlo en plazo breve.

Para darse cuenta de estos indicios, para apreciarlos, es necesaria costumbre de observar constantemente al enemigo, la vida diaria, sus actos, el orden en que se suceden, el modo de realizar de ordinario el servicio; sin este conocimiento no podrían distinguirse las alteraciones que se introdujesen ni la intención con que se ejecutan, tanto en reposo como en marcha, o combate.

Señalaremos los indicios más fáciles de apreciar y lo que de ellos se deduce casi siempre:

Supongamos que una fuerza acantonada, o que acampa o vivaquea, refuerza su posición con obras de fortificación de alguna permanencia, que hace barracas sustituyendo a las tiendas, que establece hospitales con elementos abundantes, que crea almacenes de víveres, de municiones, de vestuario, de determinada importancia, que turnan los distintos cuerpos de ella en el servicio de seguridad, etc.; puede afirmarse que piensa ocupar esta posición por cierto tiempo. Si se sigue observando acaso se llegue a averiguar con qué objeto y el tiempo probable o exacto que allí piensa permanecer.

Cuando después de ver las llamas de las hogueras, de un vivac hasta el amanecer, se observa en otras noches que las hay en mayor número pero que lucen menos tiempo y con menos llama, es señal de que el ocupante ha abandonado el vivac dejando sólo algunos soldados que alimenten el fuego para engañar al enemigo.

El número de hogueras, cuando se pueden contar da idea

de la fuerza que vivaquea, recordando que suelen rodear a cada una diez hombres.

El polvo revela a larga distancia, así como el brillo de las armas, la dirección en que marcha la tropa.

La fuerza en marcha deja huellas en el camino, pisadas de hombres y caballos de tiro, silla y carga, rodadas de carruajes; por ellas se deduce la clase de fuerza, el arma o armas que la forman, la clase de carruajes, el orden de marcha; y un observador sagaz deduce la velocidad y el estado físico y moral de las tropas, porque las pisadas rastreras de los hombres suponen cansancio y marcha lenta; una huella de infante con la planta profunda o poco señalada toda ella denota marcha rápida; las huellas de caballo indican para el práctico si la marcha es al paso, trote o galope, según el orden en que están sentadas las pisadas; si se conocen pocos clavos que el caballo está próximo a desherrarse, también se nota si va desherrado y ambas señales indican que se carece de tiempo o de herraduras o de ambas cosas para herrar los caballos.

Cuando se nota que se municiona al soldado por varios días, que se le dan raciones y calzado nuevo, que se limpian las armas, es señal de próxima marcha; puede ser avanzando o en retirada según hacia el lado a que se hagan los reconocimientos del terreno, se arreglan caminos o puentes, se construyan o destruyan.

Si estando los puentes sobre un río bien defendidos, se dedica el enemigo a reunir maderas, balsas o barcas en un punto determinado, seguramente trata de pasar el río cuando encuentre ocasión en breve plazo.

Toda tropa que, perseguida, va dejando a lo largo del camino, monturas, animales muertos, prueba que marcha desordenada; en este caso basta que el perseguidor acelere la marcha para acabar de dispersarla con su presencia.

Otros muchos indicios pudieran citarse, pero sólo apuntaremos que además de variar mucho, cada ejército tiene los suyos propios según la educación, la táctica y hasta las costumbres del país a que pertenece.

Datos que se recogen de desertores y prisioneros.—Los desertores, guías, prisioneros, parlamentarios, campesinos y simpatizadores con el Ejército, pueden coadyuvar en esta tarea informativa. De ellos, con habilidad en el interrogatorio, pue-

den obtenerse datos preciosos por las escoltas que los conduzcan, si se tiene el cuidado de componerlas con soldados conocedores de su idioma y costumbres, que además los traten bien, invitándoles a comer, beber o fumar, dando a sus pesquisas el tono y poca importancia de una conversación baladí; o bien que aparenten no ocuparse de lo que hablan entre sí por no comprender su lenguaje; apelando en cada caso al medio que dicten, como más propio, las circunstancias.

Pero bien podrá suceder que, cautos o avisados, todos estos procuren despistar con sus noticias, dándolas falsas o equivocadas, por lo que deben recibirse con recelo y comprobarse en cuanto haya ocasión.

Frecuentemente los desertores son individuos que han cometido algún delito y para eludir el castigo, cometen otro más grave marchándose al enemigo.

Cuando los desertores que se presentan, son muchos, es indudable que existe un motivo para su deserción; esta causa debe estudiarse y procurar fomentar aquella, porque resta fuerza al contrario y, aumenta la nuestra, aunque a los desertores no se les asignará puesto en filas, porque bien pudieran ser espías o tener el propósito de asesinar a algún Jefe, como en varias ocasiones ha sucedido.

Los prisioneros de guerra deben ser respetados en su desgracia y tratados con toda la consideración debida a quien la fortuna adversa ha colocado en una situación idéntica a la en que puede hallarse su aprehensor en el mismo día; por ningún concepto se les causará el menor daño, hállese sanos o enfermos, ni se les despojará de ropa ni objeto alguno de su propiedad, excepto las armas. Si han dilinuido debe castigarles la ley, pero jamás un militar puede ni debe convertirse en verdugo de un valiente a quien venció.

Los individuos de tropa prisioneros no son los mejores elementos para adquirir noticias, porque los soldados ignoran los planes de sus jefes, sólo saben lo que han hecho pero desconocen la razón de los movimientos que han ejecutado; además, por patriotismo ocultarán sagazmente todo aquello que crean deber suyo callar. El que interroga debe tener práctica, tino inteligente para preguntar, al parecer, cosas sin importancia, de modo que parezca más curiosidad que misión importante.

Más difícil es todavía conseguir datos de los oficiales pri-

sioneros, porque éstos se imponen el deber voluntario, honrado, de callar lo que saben, demostrando así su patriotismo, nobleza y altivez, que sería indigno de un caballero no respetar, abusando de su situación o empleando la violencia, pues seguramente él haría lo mismo en igualdad de circunstancias.

En cambio los desertores, con tal de hacerse simpáticos y hacer olvidar su innoble proceder, procuran exagerar la mala organización de su Ejército, la falta de alimentos y vestuario, por lo que deben recibirse estas noticias con cautela y comprobarlas por otros conductos, antes de tomarlas como base para resolución alguna.

Las noticias que pueden facilitar los soldados prisioneros o desertores son generalmente acerca de su regimiento, brigada, división, cuerpo de ejército, nombres de los jefes de estas unidades, fuerza de que se componen, noticias respecto a los proyectos que tenían, a la última orden general, puntos donde estaban sus cuarteles generales, comunicaciones entre los cuerpos, qué servicios ordinarios y extraordinarios desempeñaban, abundancia o escasez de municiones, vestuario, víveres, enfermos, heridos, hospitales, carruajes, enfermedades; si es un desertor, por qué desertó, cómo se arregló para burlar la vigilancia de los centinelas y guardias de su campo; si es de caballería se le preguntará qué clase y número de caballos había en su regimiento, si había muchos enfermos, si eran potros o viejos, si abundaban los forrajes, si prestaban mucho servicio, hacia donde patrullaban y verificaban reconocimientos, con qué precauciones marchaban, etc. Cuando sea un artillero se le interrogará sobre el número, calibre y alcance de las piezas de cada clase, las municiones con que cuentan y dónde las fabrican, condiciones de los animales de tiro y máquinas que emplean para mover el material. A los de ingenieros se les hablará del número de regimientos que haya de cada especialidad, dónde están situados los hangares y talleres de recomposición y fabricación de aeroplanos y dirigibles, qué clase de útiles de zapador emplean, trincheras que construyen y sus particularidades, sistemas de comunicaciones y locomoción, alumbrado, etc. Los de Intendencia podrán facilitar datos acerca de la clase de alimentación y si es o no abundante, dónde hay situados almacenes y parques de material de hospitales, campamento, pagadurías, si se compran o se requisan

los víveres, carruajes, ganado de tiro, silla y carga, si cuentan con carne abundante. Los de sanidad procurarán informes interesantes respecto al número de enfermerías y hospitales, dónde funcionan, si es grande el número de enfermos y heridos, clases de curaciones que se hacen, efectos de las balas etcétera.

Pero téngase muy en cuenta que bien pudiera el interrogante ser burlado por un individuo que fingiéndose desertor o dejándose cojer prisionero procurase por este medio introducirse en nuestras filas para aclarar un detalle, completar un estudio, hacer un reconocimiento, arriesgando, difícil, es verdad, pero, por lo mismo brillante, y que, empleando la astucia, se escapa a su bando en cuanto encuentre oportunidad, cumplida su empresa.

CAPITULO IX

Logística.

Su concepto y divisiones.—Marchas: su importancia y clases.—Preparación de las marchas.—Bases para la organización de columnas.—Elementos de la columna; su combinación en ella para la marcha.—Destacamentos.

Su concepto y divisiones.—Se denomina logística al arte de mover los ejércitos, atendiendo a su seguridad y sostenimiento y cuidando de que lleguen al combate del modo más conveniente para que se realicen los planes de la estrategia.

Se divide en *estratégica y táctica*; aquí sólo estudiaremos esta última en lo referente a *marchas y reposo*.

Marchas: Su importancia.—Todas las operaciones de guerra se reducen, en último término, a cuatro: *marchas, descanso, combates y sitio o defensa de plazas o campos atrincherados*.

La marcha es el orden metódico con que una tropa se traslada de un punto a otro. Esta operación es la más difícil y frecuente en la guerra, y es tan importante que las marchas se verifiquen con perfección, que sin temor puede afirmarse que un ejército que marche mal estará a merced de otro más móvil y activo. De su perfecta ejecución depende que la tropa llegue al combate en condiciones de rendir un esfuerzo máximo; por tanto son el fundamento de toda operación que tiene por fin el combate.

Sus clases.—En general, se dividen en *estratégicas*, cuando se efectúan para llevar las tropas a la base de operaciones; y *tácticas*, cuando avanzan desde esta base hacia el campo de batalla.

Las marchas tácticas o de maniobra, únicas que vamos a estudiar, se denominan a la vez:

De concentración, cuando realizadas por diversos caminos, sirven para reunir en un terreno determinado cierto número de combatientes o un ejército.

Ordinarias, las que tienen lugar a velocidad normal de 20 a 25 kilómetros diarios.

Forzadas, cuando se recorre doble espacio que en las ordinarias en igual tiempo; tienen lugar en circunstancias apremiantes, para sorprender al enemigo descuidado, para atacar o cubrir un punto débil, y en casos apurados de otra tropa.

Marchas artificiales aceleradas. Para ganar tiempo y salvar grandes distancias, se verifican marchas por ferrocarril y en automóviles pesados o rápidos, consiguiendo la inapreciable ventaja de transportar mucho material y gran número de hombres, que, descansados, sin la menor fatiga, pueden entrar en combate, de refresco, en excelentes condiciones.

También se hacen marchas en aeroplano y dirigible, aunque todavía no reúnen estos elementos condiciones para que puedan considerarse, especialmente los aeroplanos, como medios ordinarios de transporte. Hasta hoy sólo se han empleado éstos para transportar Generales, Jefes y Oficiales, para observación y ataque del contrario. Pero es tan rápido el desarrollo de la aeronáutica y tan importante esta nueva arma, que seguramente se perfeccionarán en breve los aparatos como medios de transporte.

De frente, son las que ejecuta un ejército o fracción para avanzar sobre el frente que tenía antes de emprender el movimiento, con objeto de ocupar una posición delante de la que se tiene, reconcentrar tropas antes de una batalla o perseguir al enemigo batido.

De flanco, tienen lugar cuando la tropa marcha por uno de sus costados con relación al frente que antes tenía; se emplean para envolver una posición contraria o salir de una situación apurada, evitando el contacto con el enemigo que avanza de frente.

En retirada, cuando se abandona una posición para ocupar otra a retaguardia; pueden ser *voluntarias*, para buscar apoyo en otras fuerzas, o si se busca terreno mejor, ventajoso o conocido, o bien se desea hacer que el enemigo avance, de

salojando una fuerte posición que ocupaba; y *forzosas* cuando el país es hostil y faltan medios de dominarlo, o si es estéril hasta el punto de no poderse sostener en él la fuerza que no cuenta con otros recursos, o si el enemigo mucho mayor en número amenaza un flanco, o bien, por último, si se ha perdido una batalla.

Otros muchos nombres caprichosos se dan a las marchas, pero todas se pueden reducir a las enumeradas.

Preparación de las marchas.—En toda marcha hay dos fases: la *preparación* y la *ejecución*.

En la preparación ha de tenerse en cuenta que la guerra supone dos voluntades opuestas: la propia y la del enemigo; por tanto, en todo momento se ha de estar dispuesto a moverse y luchar; pero el hombre, el soldado, necesita descanso para reponer las fuerzas; es preciso en las marchas recorrer el mayor espacio posible con la menor fatiga posible.

Las marchas causan más bajas que el combate cuando no se preparan y dirigen bien, y cuando los caminos o la alimentación son deficientes o contrarias las condiciones meteorológicas.

La preparación de una marcha corresponde al mando, y comprende: la orden para empezarla, el señalamiento de su dirección, jornadas, días de descanso y punto a que conduce, además de disponer cuanto necesite la tropa, para que en todo tiempo y lugar cuente con lo preciso.

El primer cuidado del mando, al preparar una marcha, es la *seguridad* y la *comodidad* de las tropas.

La primera es más importante en la proximidad y en medio del enemigo; la comodidad debe preponderar cuando se esté lejos de aquél; pero siempre toda la tropa cuida de su seguridad y libertad de acción mediante una fracción de ella proporcionada a su fuerza y colocada a vanguardia, y por los flancos, si marcha hacia el enemigo; a retaguardia y los flancos si de él se aleja; por el flanco cuando hacia él se vé amenazada; por el frente, o en todas direcciones, si reposa o se halla aislada.

Además de estos elementos de seguridad, debe toda fuerza marchar por terreno reconocido de antemano por aeroplanos. En campaña *nunca se vé lo bastante*, o mejor dicho, *siempre se quisiera ver más*; la observación del enemigo y su terreno tiene importancia capital para el mando. Los aeroplanos re-

suelven, o por lo menos, facilitan con gran eficacia esta cuestión de seguridad y preparación de las marchas. El observador del aeroplano verá el campo enemigo o el que existe, en una gran extensión, delante de la columna que se prepara a marchar; desde un amplísimo horizonte, apreciará los accidentes, obras de defensa, clase y número del enemigo, hará croquis, tomará fotografías de su situación, y con sus noticias y datos, podrá evitar sorpresas y amenazas del enemigo, dará lugar a órdenes y disposiciones de marcha si sabe ver lo que tenga relación con lo que conviene descubrir, si acierta a deducir lo que no deduzca de lo que vea, si aprovecha sus vuelos descubriendo objetivos interesantes, evaluando elementos de todas clases, confirmando noticias recibidas de confidentes o destruyendo errores y rumores infundados, y por fin si sabe explicar lo que ha visto con tal precisión y claridad, que lo entienda completamente quien le escucha o lee sus informes como si él lo viese también, contando siempre con que el enemigo ha de tratar de engañarle, cubriendo sus obras, carruajes, abrigos y cañones con paja, ramas, tierra o estiércol, deteniendo la marcha de sus columnas, ocultando su fuerza bajo los árboles o en subterráneos, y simulando obras defensivas donde piense hacerlas, como ya dijimos al tratar del camoufflage.

Bases para la organización de columnas.—A *vanguardia*. Si marchando una columna se presentase a su vista el enemigo, es evidente que *se conocería su presencia, mas no su efectivo ni sus intenciones, ni su disposición*. Lo importante en estos momentos de incertidumbre sería aclarar la situación; y para conseguirlo se precisa una *vanguardia* que proporcione protección a distancia, tranquilidad al grueso de la fuerza y tiempo y noticias al Jefe para orientarse, disponer y dirigir su tropa en sentido y condiciones convenientes.

La misión de la *vanguardia* es triple: *atender a la seguridad de la columna*, reconociendo con escrupulosidad el terreno y adquiriendo noticias por la caballería o aeroplanos que le precedan, con los que mantendrá constante relación; *facilitar el avance resuelto y regular de la columna*, ocupando lugares de importancia, como vados, desfiladeros, puentes, destruyendo las dificultades que en ellos existan; y por último, *tantear la fuerza, medios y posición del contrario*, obligarle a combatir para que ponga de manifiesto sus intenciones y dar

tiempo a que el núcleo principal que protege, despliegue y ocupe las posiciones más convenientes.

Para estos fines ha de ser la vanguardia bastante fuerte, independiente y provista de medios suficientes para sostenerse combatiendo el tiempo necesario; debe estar formada por una fuerza variable entre la tercera y la sexta parte del total de combatientes de la columna.

También la seguridad de la vanguardia debe estar provista; para ello y para llenar los tres objetos que le hemos señalado, se dividirá en *extrema vanguardia, cabeza y grueso de la vanguardia*. El primero de estos escalones se formará con caballería, un escuadrón; la cabeza de la vanguardia estará formada por tropas de infantería e ingenieros; y el grueso por infantería, artillería y sanidad con material.

Las grandes columnas (divisiones y cuerpos de ejército) requieren en la vanguardia también columnas de municiones, ambulancias y tren de puentes.

El alejamiento máximo de la vanguardia debe señalarlo, en cada caso, la prudente regla de que dé tiempo a ser socorrida por la columna que protege y en cuanto a la distancia mínima que sea la suficiente para que la columna tome disposiciones de combate. El grueso de la vanguardia marchará equidistante de la extrema vanguardia y del grueso de la columna.

Flanqueo.—Sirve para proteger los costados, o el que ofrezca peligro, de una columna en marcha, contra los ataques del enemigo. La fuerza que forma esta defensa varía en cada caso según las condiciones del camino a recorrer y la proximidad del contrario.

Los flanqueos son muy fatigosos para las tropas que los realizan; se destacan, por regla general, del grueso de la columna, y como recorren más terreno que ella, porque casi siempre van por fuera de camino o por sendas tortuosas y desiguales, y a la vez van registrando de cerca y de lejos, es preciso para realizar bien los reconocimientos y observaciones que se les confían, que emprendan su marcha antes que el grueso de la fuerza, sobre todo si están constituidos sólo por tropas de infantería. En general llevarán también, por lo menos, algunas parejas de caballería para transmitir rápidamente sus observaciones al jefe principal.

Los flanqueos marchan, mientras sea posible, a la altura del

grueso de la columna que protegen o algo adelantados con relación a éste; pero cuando la fuerza atraviere un desfiladero, puente, río o cualquier otro paso difícil, ocuparán aquellos las posiciones laterales más convenientes hasta que acaben de pasar las tropas, sus trenes y convoyes.

Seguridad en la retaguardia.—No sólo ha de extenderse el servicio por el frente y los flancos; debe abarcar también el terreno que se deje a la espalda. Las fuerzas que constituyen este escalón llamado *retaguardia* llenan dos misiones: una *de protección* a la columna, repeliendo las incursiones de cualquier partida enemiga, y la otra *de policía*.

La caballería vigilando y la infantería protegiendo cumplirán el primer fin. Las funciones de policía serán desempeñadas en las columnas importantes (Brigada o mayor) por la guardia civil montada, que detendrá o arrestará a los merodeadores, recogerá los soldados despeados y enfermos, registrará caminos y caseríos, etc.

La protección de retaguardia se asegura por una fuerza relativamente pequeña, situada a tal distancia del grueso de la columna que el enemigo no pueda molestar a ésta con su artillería cuando la columna sea grande o con el tiro del fusil cuando sea débil; esto es: a 3.500 o 4.000 metros y a 500 o 750 respectivamente.

Elementos de la columna. Su combinación en ella para la marcha.—Principios fundamentales: 1.º, *que una columna, para, marchar, debe organizarse de forma que pueda pasar fácilmente del orden de marcha al de combate*; 2.º, *que la columna debe marchar al abrigo de sorpresas, sin separar o fraccionar, a ser posible las unidades tácticas*; y 3.º, *que para ganar en rapidez de despliegue y facilidad de maniobrar sólo debe llevar el soldado los elementos necesarios para combatir*; 4.º, *que la tropa pueda emplear ventajosamente sus armas, sufriendo el menor daño del enemigo*; 5.º, *que siempre pueda obedecer las órdenes de sus jefes*; y 6.º, *que por su disposición aseguren las fracciones el auxilio y protección recíprocos en todo momento*. Por tanto sus elementos constitutivos deben situarse con arreglo a la urgencia y sitio que hayan de llenar en el combate, como sigue:

- | | |
|---------------------------------|--|
| 1.º Las tropas con sus armas. | } Que constituyen la columna de combate. |
| 2.º El tren de combate. | |

3.º Los trenes regimentales,

administrativo de subsistencias.
parque de artillería.
remonta móvil.

4.º Los convoyes...

hospitales móviles de campaña.
parque aeronáutico.
convoy auxiliar de subsistencias y
panadería de campaña con sus
hornos.
carnicería y carros requisados, si son
éstos necesarios.

Las tropas con sus armas y los servicios sanitarios, las reservas de víveres, municiones y equipaje (tren de combate) constituyen la *columna de combate*.

Los trenes regimentales, constituídos por los equipajes y efectos que las tropas precisan para vivaquear o acampar, y los convoyes citados que no son de empleo inmediato marchan formando, por el orden expuesto, varios grupos escalonados a retaguardia de la columna de combate.

Estructura normal de las columnas y lugar correspondiente a cada elemento.—Este es el plan general de colocación y marcha; en detalle se colocan las distintas armas como sigue suponiendo que se trate de una división.

Caballería.—Teniendo en cuenta sus aptitudes, precede a la columna, en su mayor parte, a cierta distancia la *exploración*; otra pequeña parte queda afecta a la columna para el servicio de estafetas, órdenes y otros.

Cuando las condiciones del terreno hagan inaplicable la caballería para estos cometidos, debe situarse a retaguardia de la columna para que no moleste, con el polvo o el barro que remueve, al resto de la fuerza, que marchará con mayor desembarazo, en tanto que la caballería por su mayor velocidad de marcha podrá salir más tarde del acantonamiento o vivac.

Infantería.—Es la masa principal de la columna, yendo un cuarto de su total a vanguardia y el resto intercalada entre las demás fuerzas para protegerlas, por su facilidad para desplegar y ocultarse en el terreno.

Artillería.—Un grupo marchará a la cola de la vanguardia y el resto detrás del primer regimiento de infantería del grueso

de la columna. Así puede incluso proteger a la vanguardia marchando ella protegida.

Esta colocación le permitirá avanzar y situarse en ventajosas posiciones en cuanto se descubra al enemigo cuyas avanzadas puede detener en tanto que la fuerza propia despliega y ella ahuyenta o quebranta al contrario.

Ingenieros.—Una compañía de zapadores con la cabeza de la vanguardia; otra en cabeza del grueso, para, en ambos sitios, facilitar la marcha de todas las tropas. El tren de puentes puede adelantarse hasta la vanguardia si es preciso emplearlo.

Los telegrafistas deben llevar una sección con la compañía de ingenieros de vanguardia y otra en el tren de combate o con el parque de ingenieros.

Sanidad.—La compañía sanitaria destacará una sección con la vanguardia si marcha alejada del grueso y el resto a la cabeza del tren de combate; porque tan pronto como haya tiros habrá heridos, a los que será necesario recoger, curar y alejar de aquellos lugares.

Columna de municiones.—Detrás de la sanidad en el tren de combate, para estar lista a presentarse donde haga falta, porque la necesidad de municiones surgirá en cuanto se entable lucha.

También formarán parte del tren de combate los segundos escalones de los grupos de Artillería, los parques de ingenieros y el material pesado de telegrafistas y pontoneros, así como las acémilas, carruajes y elementos que las tropas no hayan de utilizar en los primeros momentos de la pelea, aunque mientras no haya peligro deben ir con la tropa a que corresponden.

El lugar de este gran grupo de la columna, que se llama tren de combate, es a unos dos mil metros detrás del grueso de ella, si se trata de un cuerpo de ejército, a mil si de una división o a quinientos cuando sea de una brigada.

Cerrará la columna propiamente dicha la retaguardia como ya digimos. Todavía quedan varios importantísimos elementos que forman el *convoy administrativo* y las *grandes impedimentas*.

El *convoy administrativo* marchará a una media jornada de la retaguardia de la columna para que en tres o cuatro horas pueda alcanzar a las fuerzas a que corresponde en el cantón o vivac en que reposen.

Cuando se lleve convoy de material de campamento formará parte del administrativo, pero si ha de emplearse marchará inmediatamente detrás de las fuerzas que lo utilicen.

Las grandes impedimentas, que estropean mucho los caminos, marcharán a retaguardia del convoy administrativo, constituyendo un escalón de éste la parte de aquéllas más indispensables a las tropas de la columna.

Colocación del jefe de la columna y de los cuarteles generales.—El jefe con su cuartel general debe situarse a la cabeza del grueso de la columna para ejercer la debida vigilancia sobre toda ella con facilidad y tener siempre a su disposición el núcleo principal; de este modo las noticias de la vanguardia o flancos, probablemente exageradas, no le coartarán la serenidad que más que nadie necesita para disponer y ordenar con frialdad y acierto.

El jefe de la vanguardia debe ocupar la cabeza del grueso de ésta por iguales motivos; y los jefes de divisiones y brigadas irán con sus cuarteles generales a la cabeza de sus unidades.

Destacamentos.—Se llama destacamento a una fracción cualquiera de tropa que se separa momentáneamente de su núcleo principal. En la guerra se denominan de varias maneras los destacamentos, según su objeto, pero, en general, se llama así a la fuerza que ocupa un punto estratégico de la línea de operaciones o de la base, o un puente, desfiladero, bosque, etc., o bien que estudia y tantea una posición para ocuparla después fuerzas más importantes, si conviene.

Pueden estar formados desde por un cabo y algunos soldados hasta por fuerzas importantes de todas las armas y cuerpos, en armonía con la misión que han de desempeñar. El que mande un destacamento procurará cumplir con la mayor exactitud la orden recibida, a menos de absoluta imposibilidad, en cuyo caso su iniciativa le guiará para realizar su misión, si no tiene tiempo para comunicar la novedad a su jefe y aguardar nuevo mandato.

En algunas ocasiones se confían a los grandes destacamentos misiones más bien políticas que militares; por lo que se hace preciso que el jefe o general comandante sea persona de gran instrucción y clara percepción para resolver los asuntos y

cuestiones que surjan del modo más armónico con los deseos del mando y los intereses militares y generales de su país.

Los jefes y oficiales subalternos, jefes de pequeños destacamentos sin misión importante ni especial, cuidarán de la fiel observancia y cumplimiento de su consigna, sin confiar jamás en que el enemigo esté lejos, porque acaso en ese momento esté preparándole una sorpresa o ataque para destruirlo.

Los destacamentos son precisos para multitud de fines, especialmente para guardar la base y líneas de operaciones y comunicaciones, pero deben reducirse a los indispensables, porque nada contribuye a la debilidad y desorganización de un Ejército como la diseminación de su fuerza. Cuando se establezcan han de estar en constante y fácil comunicación con el grueso del ejército para ser prontamente socorridos o acudir a ellos a engrosar las filas de aquél en caso necesario.

Se llaman *diversiones* a los destacamentos cuyo objeto es llamar la atención del enemigo en lugar distante del teatro de operaciones. Sirven para sublevar el país de un flanco del ejército enemigo obligando a éste a llevar muchas fuerzas para apaciguarlo; así se consigue dividir y por tanto debilitar a éste, para resultar más fuertes en el punto decisivo.

Cuando las diversiones sirven sólo para amenazar al enemigo en puntos importantes de su frente de operaciones, se llaman *demonstraciones*, que pueden llegar a ser un ataque verdad si el contrario no acude a tiempo a evitar la amenaza. Ésta se dirigirá sobre un punto importante a fin de que el enemigo se vea forzado a acudir para impedirlo o de lo contrario pueda sufrir un revés grave.

A la diversión se le llama *expedición* si además del fin militar lleva otro político, aunque así se suele llamar también a la remesa de tropas embarcadas a largas distancias.

Se denomina *desembarco* a la invasión de un país desde el mar, desembarcando en su costa una remesa o cuerpo de tropas. Es una de las operaciones más difíciles de la guerra moderna, porque los buques de vapor la facilitan, pero los cañones, los submarinos, los barcos de guerra, la telegrafía, los ferrocarriles, son sus enemigos. Además se hace muy difícil y costoso el traslado por mar de un Ejército moderno con su material, sobre todo si no se dispone de un buen puerto para el desembarco y de la simpatía del país para llevarlo a cabo.

El hecho del desembarco necesita, en territorio enemigo, ser protegido por una poderosa escuadra, y aun así es difícil porque la operación es larga y penosa, la tropa mareada resiste mal el empuje del enemigo al pisar tierra; por esto conviene desembarcar en un cabo o ensenada por sorpresa, fortificar rápidamente el terreno y atacar al enemigo, en cuanto se presente, en combinación con la escuadra propia; pero debe tenerse siempre un puerto con elementos preparados para el reembarco; de lo contrario podría llegar a ser muy comprometida la situación faltando esta línea de retirada.



CAPÍTULO X

Factores esenciales de las marchas.

Profundidad de las columnas.—Velocidad.—Alargamiento.—Detenciones.—Duración de la marcha.—Guías.—Marchas de noche.—Disciplina en las marchas.—Higiene en marcha, campamento, vivac, etc.—Ordenes, gráficos y cuadro de marcha.

Profundidad de las columnas.—En la ejecución de las marchas influyen un gran número de circunstancias que las modifican y exigen conocimientos especiales, en cada caso, si se han de verificar con el orden y disciplina que son base de su buen resultado. De estas circunstancias o factores pasamos a ocuparnos a continuación,

La profundidad de una columna, esto es, el espacio que ocupa desde la extrema vanguardia hasta su retaguardia, depende de varios datos, unos inmutables y otros variables.

Los inmutables son: el número de hombres, carruajes, caballos y acémilas que la compongan; y las distancias a que aconseja la práctica que deben marchar unas unidades de otras. Las variables son las clases de formación que se adopte según el objeto, el estado, ancho y desigualdades de los caminos, que se haga de día o de noche, con mal o buen tiempo, cerca o lejos del enemigo y otras que trataremos.

Generalmente forman las tropas a pie en columna de a cuatro con un metro de distancia entre filas y medido de pecho de un hombre a la espalda del que le precede.

La caballería en columna de a dos las pequeñas unidades, y de a cuatro las mayores.

La artillería, columnas de municiones, trenes y convoyes en

columnas, por piezas o carros; y en columna de cargas las acémilas de las unidades a lomo.

Con estas formaciones que son las de uso corriente, fácil es averiguar la profundidad de una columna sabiendo la fuerza de que se compone y su clase, así como las distancias a que unos elementos caminan de otros.

En algunas ocasiones conviene disminuir la profundidad para apresurar o preparar rápidamente el despliegue y en tales casos se aumenta el frente en cuanto permita la anchura del camino, poniendo la fuerza a pie en columna de pelotones y los carruajes en columna doble; aún se puede acortar más la profundidad haciendo a la tropa a pie marchar por fuera de camino y aún a la Caballería si el terreno es llano y despejado.

Dentro del camino puede la fuerza marchar ocupando ambos lados, que, por ser blandos, facilitan la marcha, o por un solo lado, dejando el centro, o el otro costado respectivamente, a los Jefes, Oficiales, estafetas, ciclistas, o fuerza que avance o se retrase. Un corneta colocado a retaguardia de cada unidad le avisará para que deje el paso libre a superiores o fuerzas que hayan de pasar a vanguardia.

Para iniciar la marcha debe organizarse la columna en el menor tiempo, sin fatigar inútilmente a la tropa, llevándola de un lado para otro, conociendo cada cual su sitio en formación para concurrir a ella como los afluentes a un río, siempre en el mismo orden.

Para conseguirlo debe señalarse por el mando a cada fracción la hora precisa en que ha de hallarse en un sitio, (puente, casa sobre el camino, cruce de éstos, etc.), que se llama *punto inicial*; o bien señalando a cada unidad la hora exacta en que debe principiar su marcha, señalándole el camino preciso que debe seguir para evitar rodeos y encuentros con otros.

Cuando la unidad sea pequeña puede concentrarse en el punto inicial, sin inconveniente; pero tratándose de una Brigada o mayor impondría a los hombres y al ganado fatigas sin necesidad porque necesita cada grupo aguardar a que desfilen todos los que formen delante de él.

Si el enemigo está lejos y la fuerza acantonada a lo largo del camino, conviene el segundo procedimiento; si el enemigo está próximo y la tropa ocupa los pueblos y caseríos de su frente, el jefe elegirá el medio más apropiado de los dos cita-

dos para ponerla en marcha; y si la fuerza está concentrada en vivac o una población sola, el punto inicial será el de su estancia.

En todos los casos lo importante es guardar orden y ahorrar tiempo y molestias.

Cualquiera que sea la posición que una tropa ocupe debe siempre, de día o de noche, estar dispuesta a ponerse en marcha; pero conviene, para el orden y facilidad, que la cabeza de una columna no la emprenda hasta el amanecer y las tropas montadas una hora después; teniendo en cuenta que el punto de donde cada uno parte no es el *punto inicial* y que en muchas ocasiones habrá que recorrer largo trecho para llegar a él.

Si se acantona a lo largo del camino, facilita el comienzo de la marcha y el orden de colocación, poniéndose las fracciones a un tiempo en movimiento si están bien distribuidas. Al punto de destino, cantón o vivac, es conveniente llegar de día.

Velocidad.—Se llama así al espacio que recorre una fuerza por minuto o por hora,

La velocidad de una columna de las tres armas es la de su infantería, que avanza generalmente un kilómetro cada trece o catorce minutos, y por tanto, cinco kilómetros en sesenta minutos.

Las velocidades se llaman:

Pequeña, si se anda un kilómetro en 14 minutos.

Mediana, id., id., id., en 13 id.

Normal, id., id., id., en 12 id.

Grande, id., id., id., en 11 id.

La velocidad más conveniente, sin fatiga para la tropa, es la comprendida entre la normal y la media, esto es, de 12 a 13 minutos por kilómetro, no contando los altos.

En caballería se cuenta un metro por cada paso; un kilómetro en diez minutos al paso; de cuatro a cinco minutos por kilómetro al trote, y tres minutos al galope. Este tiempo es el que invierte una columna de caballería, y recorre cinco kilómetros en cuarenta minutos si alterna el paso con el trote.

El caballo se fatiga dos veces y cuarto más al trote y tres veces más al galope que al paso.

La artillería a caballo tiene igual velocidad que la caballería; la montada puede seguir a ésta en cortos espacios, alternando trote con paso, para andar un kilómetro en ocho minu-

tos. La artillería de montaña y las acémilas de Intendencia y otros cuerpos, caminan a la velocidad de la infantería o poco más: un kilómetro en nueve o doce minutos.

Los ciclistas andan de 15 a 30 kilómetros por hora, según el perfil y estado de los caminos.

Los carros tirados por mulas avanzan cuatro kilómetros por hora en jornada continua; en las tres primeras horas hasta seis kilómetros, y si hacen alto largo, en el centro del día, unos cinco kilómetros.

Lo expuesto es para fuerzas no muy numerosas con tiempo y caminos buenos; pero hay varias causas que disminuyen la velocidad, tales son: el estado de las tropas cansadas por largas o continuadas marchas o combates; la falta de disciplina que acorta la velocidad por la desigualdad de marcha en las diferentes fracciones; las grandes rampas, los escarpados y fragosidad de las montañas, los malos caminos, los arenales, la lluvia, barro, nieve, viento de frente o costado, calor sofocante, deficiente alimentación o descanso, los flanqueos por los reconocimientos y más largo camino a recorrer, el transporte de heridos o prisioneros, el número de tropas y otros, de tal modo que mediando algunas causas de las citadas se llega a necesitar doble y triple tiempo para igual distancia.

Alargamiento.—La longitud de una columna en marcha no es la que tendría en reposo; siempre es mayor y a esta mayor longitud se le llama alargamiento. En una tropa de cualquier cuerpo, marchando por camino bueno, no es difícil conservar casi la misma longitud que tendría a pie firme; pero en una columna numerosa y no muy instruída, el alargamiento se produce desde el instante de dar la voz de mando para romper la marcha.

Este fenómeno constante obedece a la tendencia de cada soldado a no empezar a andar hasta que ya está andando el que le precede, como si no tuviera sitio donde adelantar la primera vez el pie izquierdo y temiese pisar al que tiene delante; así se pierden muchos pasos de cabeza a cola en cada unidad y ésta es mucho más larga que lo que debiera. Como ya, andando todos, los últimos van quedando distanciados, tratan de cerrar espacios sobre la cabeza, corren o marcha a paso ligero y se fatigan inútilmente.

Las unidades que marchan detrás, al irse retrasando la cola

de la anterior, acortan el paso, van cada una perdiendo más terreno, porque, aparte del retraso general, cada una tiene su alargamiento y resultan un flujo y reflujo por las detenciones y mayor velocidad de los últimos, que se alarga la columna de modo muy visible e inconveniente.

Esto mismo ocurrirá en las unidades constituidas con acémilas o carruajes, aumentando con relación a la tropa a pie, y más si aquellos son requisados, faltos de hábitos militares, debido a las detenciones, desigualdad en la obediencia de los animales, averías, etc., que todo irá pasando de cabeza a cola de la unidad, donde se soportarán todas estas molestias.

El reglamento de campaña admite, sin duda, teniendo presente la escasez de buenos caminos y lo desigual de nuestro suelo, $1/4$ de su longitud total para las columnas de tropa; $1/3$ para las de carruajes militares y la mitad para los requisados o contratados, aunque todos pueden disminuirse mucho en buenos y anchos caminos.

Se atenuará y acaso llegue a evitarse el alargamiento: llevando paso igual la cabeza de la columna teniendo en cuenta los pasos difíciles, las rampas, etc.; fraccionando la columna en grupos independientes y con suficiente distancia entre sí para que a cada uno no llegue la influencia de las variaciones del anterior; con una rigurosa disciplina de marcha que no permita a nadie detenerse, acortar el paso, variar de formación, etc.; haciendo altos cada hora para corregir las distancias que insensiblemente cambian.

Detenciones. — *Altos horarios y grandes altos.* Las detenciones en la marcha se denominan *altos*, que son necesarios para que el soldado arregle algunos detalles de su calzado, vestuario y equipo, para comer, corregir los alargamientos y reponer fuerzas por el descanso.

De estos altos unos son pequeños, de diez minutos cada hora o dos y se llaman *horarios*, sirviendo para el primero de los fines indicados. Otros son de media, una o dos horas y se denominan *grandes altos*, y tienen por objeto satisfacer las necesidades restantes de las ya enumeradas.

En general, debe hacerse un pequeño alto de diez minutos al cuarto de hora de emprendida la marcha, para que el soldado satisfaga algunas necesidades naturales que a poco de andar se sienten, arregle su calzado, el fusil, etc. Otro alto

igual tendrá lugar cada hora o dos, según la fatiga, estado del camino, calor y alargamiento.

La caballería al principio hará lo dicho con el mismo objeto y luego cada dos o tres horas. Si la jornada es de 40 o más kilómetros, o con mal tiempo o camino hará un gran alto en la segunda mitad de la marcha.

En el primer alto examinarán los soldados de caballería las grupas, apretarán las cinchas que irán flojas, porque al ensillar no se dejan oprimir el vientre los caballos.

Durante la marcha no se dejará al soldado abandonar las filas ni su puesto, pero se les permitirá libertad para que caminen con alegría y soltura. Se evitará que queden rezagados y cuando por necesidad se conceda permiso a alguno para separarse de filas es preferible que se adelante, acompañado de algún cabo de confianza y entre luego en su sitio, porque los que quedan atrás, además de dar una mala idea de la disciplina que se observa en un cuerpo, suelen cometer desmanes en las posadas, ventas, tabernas y casas situadas al borde del camino, y obligar a su caballo a fatigarse en inútiles carreras, si son montados.

Si se llegase a sitio de agua abundante y de buenas condiciones conviene aprovechar la oportunidad para abreviar al ganado; para ello, tratándose de un río debe entrar primero un buen nadador montado hasta donde el oficial crea conveniente y aquél vea en condiciones de seguridad, por el color del agua, rapidez de la corriente, o informes que den los naturales del país o guías; seguidamente señala el oficial el turno en que han de beber las secciones y entra la primera, después de quitar bridas y aflojar petrales, formando una fila que llegada a sitio conveniente, gira hasta dar frente oblicuo a la dirección que trae la corriente y aflojando el bridón deja beber al animal.

A los jinetes se advertirá antes de entrar montados en el río que miren al cielo a lo lejos por fuera del agua, porque el movimiento de esta produce con gran frecuencia mareo y la caída de aquéllos que puede ser peligrosa.

En jornadas que duren hasta después del medio día debe, si salió temprano la fuerza, hacer un alto grande de dos o tres horas para preparar un rancho o tomarlo si llevan cocinas rodadas que lo preparen en marcha, dar pienso al ganado y dejar en tanto descansar a los hombres.

La experiencia ha demostrado que, no siendo para estos menesteres, los grandes altos son contraproducentes y que deben evitarse, porque la tropa pierde el impulso de marcha adquirido, la fatiga se nota más por el cansancio que ocasiona un reposo largo si no es para comer o dormir.

Toda fracción que emprenda la marcha después de las diez hará antes su primera comida y la segunda durante aquella o al terminarla. Si sale antes, tomará el primer rancho durante el gran descanso y el segundo al llegar al cantón o vivac, si no ha llegado a hora hábil para hacer en él la primera comida.

La tropa no es una máquina: se cansa, necesita reposo y por esto durante el período de marchas es preciso cada cuatro o cinco días dedicar uno completo al descanso, si no hay peligro próximo; pero en casos extraordinarios, en la persecución del enemigo, al prepararle una sorpresa, en las retiradas cuando se persigue el apoderarse de una posición estratégica, de un punto importante, al preparar una defensa indispensable en punto lejano, etc., se puede prescindir de esta regla y sacar del soldado el máximo rendimiento posible.

Si se verifican marchas de noche, los altos horarios serán cortos, y uno al amanecer será de 20 a 30 minutos porque a esta hora se nota más la vigilia y la debilidad que produce.

Modo de efectuar los altos y sitio apropiado para ellos.— Cuando son pequeños se hacen sobre el mismo camino que lleva la columna sin romper la formación, aunque se permita sentarse en las cunetas o altozanos de los linderos, procurando que haya árboles, tapias o caseríos para aprovechar su sombra, así como se buscará el resguardo del viento si es molesto.

Para preparar los grandes altos deben adelantarse un oficial y un médico que reconozcan y busquen lugar amplio, fuera del camino, con agua abundante potable y corriente o preparada por los habitantes y en último caso llevada por la Intendencia con sus algibes o carros-cubas, con leña para cocer alimentos si no los van preparando en la marcha las cocinas sobre ruedas, y si puede ser con sombra en verano y resguardo del viento en invierno. Las tropas al llegar dejarán las armas y equipo, sin perder el orden de marcha o más bien concentrándose, sin ejecutar más movimientos que los precisos para descansar todo el tiempo posible:

Una fuerza pequeña hace alto toda a un tiempo en cuanto

recibe la orden. En cambio en una columna grande dispondrá el jefe de ella que hagan alto simultáneamente todas las cabezas de unidad cada hora o dos horas; así todas disfrutarán de pequeños descansos de igual duración. La hora en que empieza y termine el gran alto y el sitio se consignarán en la orden de marcha o se comunicarán a todas las fracciones durante ésta; y el gran descanso empezará y terminará sucesivamente, con lo que se consigue igual tiempo para todas, sin que sea necesario espacio para todas, puesto que las primeras al reanudar su marcha dejarán el sitio a las que vayan llegando las últimas y luego se restablecerá la columna pronto.

Duración de la marcha.—Elementos que la determinan.— Generalmente se dedica el día a marchar y la noche al reposo, contándose como tiempo de marcha todo el que se trabaja, o sea desde que se forma una fuerza hasta que rompe filas o acaba de instalarse.

En circunstancias normales se puede distribuir el día entero en:

Marcha.....	trece horas.
Sueño y descanso en varios altos.	ocho idem,
Aseo de personal, ganado y material....	} tres idem.
Preparación y comida de ranchos.....	

El tiempo disponible para la marcha se invierte en:

1.º *Disponerse para ella*, bastan de treinta a cuarenta minutos, si todo se tiene preparado, para la infantería, y una hora para los cuerpos montados.

2.º *Reunirse en el punto inicial o dislocar la columna* para que cada cual llegue a su alojamiento o vivac, se necesitan a razón de diez minutos por kilómetro a recorrer.

3.º *Recorrido del camino* o marcha propiamente dicha.

4.º *Duración del desfile de la columna*, variable con la longitud y velocidad que tenga.

5.º *Altos reglamentarios u obligados.*

Restando de las trece horas disponibles todo el tiempo de preparación, altos y demás, que no es marchar por el camino, lo que resta es el *tiempo invertido en la etapa o jornada*, que disminuye cuanto más numerosa sea la columna y cuanto más dividido y amplio sea el acantonamiento, por el tiempo que absorbe el desfile y la dislocación.

Teniendo en cuenta estos detalles puede calcularse la lon-

gitud de la jornada. Así, un regimiento de Infantería de dos batallones, en marcha ordinaria, en trece horas dividirá este tiempo como sigue:

Preparación para marchar	30 minutos.
Un alto poco después de salir y otros cinco cada dos horas, de diez minutos todos ellos . .	60 id.
Recorrido para reunirse en el punto inicial y desde el de dislocación al alojamiento . . .	30 id.
Duración del desfile al romper la marcha	20 id.
Un gran alto de una hora a mitad de etapa	60 id.

Resultan gastadas tres horas y veinte minutos sin marchar, y quedan nueve horas y cuarenta minutos hábiles, que a cinco kilómetros en marcha normal o a cinco y medio si es grande, puede recorrer de cuarenta y ocho a cincuenta y tres kilómetros.

Esto es factible tratándose de una unidad pequeña como la supuesta, pero la velocidad disminuirá con la magnitud de la columna, de tal modo que lo corriente para una Brigada serán las etapas de 30 a 40 kilómetros; para una División de 32 a 36, y para un Cuerpo de Ejército no pasará de 24 a 30 kilómetros.

Pero esto que ocurrirá tratándose de *marchas ordinarias*, varía notablemente si son de *velocidad*, que tienen lugar cuando precisa recorrer mucho espacio en poco tiempo. Estas, de ser posible, se verificarán durante el día, porque la noche obliga a caminar despacio. Marchando diez u once horas, con altos de diez minutos, se avanza de 46 a 50 kilómetros; y suprimiendo los altos se consiguen hasta 55 o más, pero deben reservarse estas marchas para casos muy obligados, aun con tropas escogidas.

Las de *resistencia* que se realizan obligando a la tropa a un gran rendimiento, hasta donde resista, se hacen marchando día y noche, y para facilitarlas se aumenta la alimentación de hombres y ganado, se distribuye la fuerza en pequeñas colum-

nas, se descarga al soldado de la mochila que se conducirá en acémilas o carros y se aumenta la distancia entre las fracciones para facilitar sus altos. Causan mucha fatiga a la tropa y ganado, y no pueden realizarse más de dos o tres seguidas porque disminuyen notablemente las condiciones de los hombres para combatir. Cada una no debe durar más de día y medio para recorrer hasta 80 kilómetros la fuerza a pie o 100 la caballería.

Cuando las tropas a pie van muy cansadas es de buen efecto, para animarlas y hacerles recobrar sus energías, que se colocan a la cabeza los tambores y vayan tocando marcha.

En verano se empezará la marcha con el día, haciendo un gran alto desde las diez a las tres de la tarde y se continuará caminando hasta las ocho. En invierno se aprovechará todo el día con un gran alto central de dos horas.

A veces convendrá emplear carros o camiones automóviles para transportar tropas que deban llegar descansadas a un punto, o bien, recorrer grandes distancias en estos últimos vehículos. Un carro conduce bien de 10 a 12 hombres; un camión automóvil de 30 a 40.

Si el tiempo es frío se requiere buena alimentación, altos cortos, bebidas calientes (café, aguardiente, etc.) El capote se llevará arrollado para ponérselo en los altos; si hay nieve en el camino, debe adelantarse caballería o ganado que la pise porque el soldado a pie trabaja mucho andando sobre ella; se debe relevar la cabeza de la columna con frecuencia para evitarle este mayor trabajo.

El calor es muy molesto y abrumba a la tropa; debe evitarse con altos largos en el centro del día, buscando para hacerlos parajes altos, con agua y sombra a ser posible; alargar las distancias para que circule el aire y evitar el polvo, rodearse el cuello con un pañuelo, desabrocharse la guerrera, no beber agua sino cuando se siga marchando y después de reconocida por un médico, tomar en su lugar infusión de té, o bien el agua con vinagre, aguardiente, etc. En los altos no beberla hasta haber descansado y pasado el sudor.

Con frío se avanza mucho, con calor se retarda la marcha así como durante la noche.

Otras causas de retraso ocurren con frecuencia, tales son: estrechamiento del camino, que obliga a aumentar la profun-

didad de la columna y disminuir el frente, mientras tanto se detiene toda la columna; el paso de ríos, vados, desfiladeros, puentes militares, poblaciones, cruzamientos con otra fuerza, camino cortado por el enemigo, etc.

En este último caso toda la columna habrá de detenerse hasta que se arregle; si se trata de un obstáculo que obligue a disminuir el frente cada fracción sufrirá un retraso en relación con su distancia a la cabeza, de tal modo que si la primera ha de retrasar cinco minutos para adoptar la nueva formación, la segunda necesitará este tiempo y otro igual para hacerlo ella (suponiéndolas iguales) y así sucesivamente, por lo que convendrá a las últimas hacer un gran alto.

Para igualarlas, deberá avanzar la primera fracción, franqueando el mal paso, una distancia igual al fondo de la columna y hacer también un gran alto, le seguirán las sucesivas hasta alcanzarla y detenerse y así todas descansarán igual tiempo.

El paso de puentes, en general y especialmente de los militares, debe hacerse siguiendo las instrucciones que den, al llegar a ellos, los ingenieros; se dejará el compás de marcha, sólo pasará la fuerza en el número y condiciones que se indiquen, la caballería desmontada, al paso, con los caballos sujetos del diestro y por el centro, los carruajes con sus conductores montados y fuerza a pie por los costados. Los Oficiales de cada unidad cuidarán, colocados a la entrada y salida, de la más puntual observancia de cuanto se prescriba en cada caso para evitar una catástrofe posible.

Guías.—No siempre conocen las tropas el camino ni el país que recorren y para no perder tiempo ni andar tanteando o dudando cual es el verdadero camino a seguir, a la vez que para no llegar tarde donde deban o a caso retroceder por no marchar bien orientadas, se toman en el mismo terreno unos hombres *prácticos o guías*, conocedores de todos los accidentes y vías, que conducen a la tropa con sigilo, seguridad y rapidez, acaso por atajos, pasos y sendas que ahorran fatigas, tiempo y peligros.

Los guías tienen distintas condiciones según se tomen de país propio o amigo, del indiferente o neutral o del enemigo. En el primer caso serán entusiastas del Ejército, porque este defiende su causa y se mostrarán propicios a ayudar con sus datos y servicios en cuanto se les pida. En el segundo caso

deben buscarse entre las personas que simpaticen con los ideales de las tropas y así será fácil hallarlos de buenas condiciones, pero podría suceder que al reclamarlos al Alcalde del pueblo éste se escusase con razones que no convenzan y que, por el contrario, pongan de manifiesto que es enemigo y no quiere ayudar en lo que puede; en tal caso se obliga al mismo Alcalde o a un concejal a servir de guía. En el tercer caso hay que desconfiar de cualquiera que haga este servicio; en país enemigo difícilmente se prestará nadie a desempeñarlo si no es por interés o por fuerza, y de ambas maneras deben ser muy vigilados porque no será extraño que conduzcan mal a la columna, la lleven a paraje donde el enemigo tenga superioridad y en fin, le procuren un desastre.

En país enemigo es imposible dirigirse a los Ayuntamientos para que den guías, bien porque conviene que en los pueblos se desconozcan las marchas y por tanto no deba entrar-se en ellos, o por ser pequeña la fuerza y temerse una emboscada: pero puede el Jefe de ella valerse de un soldado o clase astuto que esté relacionado con algún campesino buen conocedor de caminos y vericuetos, quien, haciéndole algún favor, ofreciéndole algo que desea o necesita, o un premio en metálico que satisfaga a su codicia y que cobrará terminado el servicio, se prestará a ser guía.

También puede haber huido o muerto el que se llevase; entonces se recurre a la primera casa de campo que se llegue, se procede como acabamos de indicar, con el dueño o habitante que se crea de condiciones, se le dá toda clase de seguridades para que esté tranquilo; a su familia, separadamente, se le advierte que si dá cuenta en el pueblo o al enemigo de haber pasado la fuerza por aquél sitio, será fusilado su deudo sin remisión, y que con su vida responde del silencio de ellos y seguidamente se emprende la marcha en cualquier dirección hasta perder de vista la casa; entonces se toma ya el camino conveniente.

En país enemigo, indiferente o neutral, no está bien visto que los naturales presten este servicio, por esto se recurre a los extranjeros que en ellos se dedican al comercio, industrias rurales, de transportes y otras que les obligan a conocer el campo y sus accidentes. Para que parezca que realizan a la fuerza este servicio, aunque sea voluntario, se les trata mal, se

les amenaza a la vista del público aunque después, reservadamente, se les indemnice.

Indudablemente quienes mejor servirán para guías en su país serán los cazadores, leñadores, carboneros, contrabandistas, arrieros, que de día o de noche recorren los caminos, veredas, sendas del llano o del monte con buen o mal tiempo, saben las distancias exactas y la situación de vados, puentes, desfiladeros, fuentes, abrevaderos, bosques, encrucijadas, etcétera, que muchas veces no figuran en las cartas topográficas y mapas que llevan los jefes de las tropas.

Estos deben cerciorarse, antes de emprender la marcha, de la buena fe, inteligencia y condiciones de los guías, (que en país enemigo deben ser varios) examinándolos, tanteándolos, separadamente, para apreciar por sus repuestas si conocen los asuntos porque se les preguntan, si está o no de acuerdo entre sí, si mienten o le tratan de engañar. Comenzada la marcha les hará comprender que les remunerará sus servicios en relación con su comportamiento y por tanto, que hasta llegará a fusilarlos en cuanto se persuada de que proceden mal, intencionalmente. Si duda de alguno lo entregará a un sargento o cabo despejado y enérgico, para que lo vigile, sin quitarle ojo, procurando leer en su expresión y actitudes lo que piensa; cuando se camina por terreno quebrado, fragoso, cubierto de monte, con niebla o de noche, que tanto se presta a que el guía trate de evadirse se le ata una cuerda a la cintura entregando los extremos a dos soldados entre los cuales marcha si es a pie; igualmente se le amenaza con fusilarle en el acto, o ahorcarle, si no lleva a la fuerza por el camino más seguro y corto, o si grita o anuncia, de cualquier forma, al enemigo, la presencia de la tropa; si ésta es montada se lleva a caballo, en uno de requisición, atadas las piernas a las acciones de los estribos o a las cinchas y se entregan las riendas a un soldado que marche delante del animal, en tanto que el sargento con cuchillo armado le sigue dispuesto a ejecutar el castigo prometido.

Cuando se lleven varios guías se coloca el más conocedor del terreno a la cabeza, el más inteligente al lado del jefe y los demás a retaguardia, preguntando acerca del mismo punto a todos, con frecuencia, para comparar las contestaciones.

Cada guía no debe prestar servicio sino dentro del terreno que le es familiar; separado de él, aun con la mejor intención,

podría por ignorancia o equivocadamente ser causa de un desastre; por tanto deben sustituirse con otros de la nueva zona, excepto cuando se entre en país enemigo; entonces se conservan como prisioneros, para utilizarlos al volver por estos lugares y se evita que puedan dar noticias, al contrario, de lo que hayan visto u oído.

Los guías no deben perderse de vista cuando se presente el enemigo; se guardarán, en lo posible, del peligro, pero bien vigilados, porque pueden ser más precisos que nunca para evitar dudas acerca de un camino o dirección nueva que convenga o precise seguir.

Marchas de noche. — Son una necesidad de la guerra no obstante sus muchos inconvenientes, porque fatigan mucho, producen bajas, la dirección se dificulta, requieren grandes precauciones para evitar que se pierda el camino, se debilita el soldado por privarle de sueño y requieren una severa disciplina. En cambio tienen innegables ventajas; tales son: dificultar al enemigo el reconocimiento de la fuerza, su número y dirección, se gana tiempo, se reduce o anula el efecto de los tiros del enemigo y favorecen las sorpresas.

Para realizarlas es preciso tomar guías del país; reconocer el camino con anterioridad, especialmente si es estrecho y con pasos difíciles porque el aspecto de las cosas varía mucho en la obscuridad; acortar las distancias; asegurar el contacto y relación de todas las fracciones por parejas a caballo o a pie que en los cruces de caminos o sendas indiquen la verdadera dirección a seguir; evitar el tránsito por pueblos o caseríos, así como el ruido, choque de armas o utensilios, fumar, hablar, que en los altos se acueste la tropa, ni salga del camino permitiendo solo sentarse a los que vayan a pie y echar pie a tierra los montados sin soltar las riendas de los caballos.

Como el objeto principal es el sigilo, se reconocerán los poblados por la infantería y la caballería cuidará de la exploración. El grueso de ésta y la artillería, ingenieros e intendencia marcharán en cola al avanzar y en cabeza en las retiradas, procurando llevar cargas en vez de carros para víveres y municiones, nadie galopará ni trotará excepto si se trata de llevar una orden urgente.

Es conveniente que el jefe lleve plano del terreno, brújula y

una linterna y de ella se proveerán los prácticos que, adelantándose, harán señales luminosas para dirigir la columna.

Disciplina en las marchas.—La disciplina es la base en las marchas; cuanto más sólida, es más cómoda la marcha para el soldado.

Consiste en el cumplimiento riguroso, estricto de las órdenes recibidas y de lo reglamentado para el caso. Los jefes y oficiales son responsables de la más severa disciplina, impidiendo gritos, disparar armas, el ruido innecesario, detenerse en fuentes, roís, sombras, sin permiso; los desmanes y libertades al pasar por poblados, separarse de la columna sin permiso, desabrocharse, variar la colocación del equipo o de los hombres, usar bagaje los enfermos sin previo reconocimiento y autorización escrita que llevarán ellos o sus conductores, y en fin, todo lo que sea o tenga apariencia de desorden.

Los oficiales deben dar ejemplo constante, marchando en sus puestos, entre su tropa; echando pie a tierra en pasos y trozos fatigosos, dirigirles frases que levanten el espíritu, aumentando el placer que nuestro soldado, enérgico y amante de acometer dificultades, siente cuando se le estimula.

Higiene en marcha, campamento, vivac, etc.—La salud de la tropa es de extraordinario interés que aumenta en tiempo de guerra; por ello es preciso ocuparse de prevenir la enfermedad y de curar a los enfermos, aunque siempre se ha atendido más a curar que a preservar.

Cuando la necesidad se impone se coloca a la tropa donde haga falta, se le exige cuanto las circunstancias reclamen y se le hace soportar cuantas privaciones e inconvenientes surjan; pero los jefes deben preocuparse de aminorar estas situaciones, si es que no pueden evitarlas en total.

Para ello procurarán que la tropa no habite en lugares húmedos, faltos de luz o de ventilación; que use aguas impotables para la bebida, la cocción de alimentos y aun para el aseo o el baño; que se coloque expuesta a fuertes corrientes de viento encallejonado en galerías o claustros de edificios, que sufra cambios bruscos de temperatura, que coma a deshora o ciertos alimentos naturales o industriales.

Por tanto, el oficial encargado de reconocer una población, un cuartel, edificio terreno o sitio, procurará asesorarse por un médico militar o civil, o en último caso por las personas más

ilustradas del país, sobre las circunstancias que reúne, aires dominantes, enfermedades frecuentes, condiciones de las aguas corrientes, estancadas y subterráneas.

Se dará al soldado la ropa para vestir y abrigarse convenientemente en cada estación, clima y hora; se le enseñará la inconveniencia de la inacción y lo útil que para su salud será hacer ejercicio después de la comida, el alimento gradual después de las privaciones, el reposo y la limpieza ordenados, referida ésta tanto a su cuerpo como a su ropa, especialmente la interior o blanca; se deben buscar las horas más convenientes para las marchas, con fresco en verano, con sol alto en invierno, que las ropas y calzados no se mantengan mojadas sobre el cuerpo, que empiece la marcha después de tomar alimento y no se beba agua fría ni sola sin comer o sudando; que no se eche la tropa acalorada o cansada sobre la hierba o tierra húmeda, a la sombra de árboles, tapias o edificios donde haya corrientes de viento frío; que se coman frutas ni hortalizas verdes; se procurarán gafas ahumadas en días de sol y calor seco para evitar oftalmías, y tapabocas que cubran cuello, orejas, boca y nariz en horas y días de baja temperatura; se enseñará a que cada uno sepa usar su paquete individual de curación para otro y para sí, a economizar las raciones de mochila como depósito precioso para días de batalla y ocasiones imprevistas de carencia de víveres y de oportunidad para obtenerlos; se procurará que en terreno quebrado use el soldado un cayado o bordón con regatón de hierro que le ayude a trepar por la aspereza ayudándose también con una cuerda individual de que debería estar dotado cada individuo para incontables usos (hacer puentes, escalas, camillas, atar leña, su ropa, etc.).

Otros muchos cuidados contribuyen a la conservación del Ejército; tales son: procurar que el alojamiento o vivac se hallen lejos de letrinas, estercoleros, cementerios, mataderos, centros industriales o fábricas que empleen materias putrescibles (de embutidos, curtidos, calzado, guarnicionería); regular la temperatura de las habitaciones, renovar la paja, si ésta sirve de cama en poblados o tienda de campaña, evitar el frío en el vivac con fogatas a las que se acercan los pies, especialmente para secar el calzado; cubrir o envolver éstos en mantas durante el reposo; y no marchar ni entrar en combate sin haber comido poco antes; el mayor enemigo de una tropa es el ham-

bre; soldado alimentado es valiente, vale por cuatro sin comer.

Ordenes, gráficos y cuadros de marcha.—Para redactar una orden de marcha debe estudiarse antes el terreno sobre un plano y reconociéndolo e interrogando a prácticos para reunir datos.

Los planos ponen de manifiesto las vías de comunicación, el terreno que atraviesan, los desniveles y accidentes importantes, la longitud y clase de las vías que han de recorrerse en la marcha para llegar desde los acantonamientos al punto inicial o por donde cada fracción puede marchar e incorporarse al grueso. Igualmente pueden, sobre el plano, elegirse los puntos para acantonar cada fracción o grupo de ellas al fin de la jornada, de modo que pueden con el orden y disposición mejores según las necesidades; los caminos más convenientes, y la velocidad se calcularán por sus accidentes y estado de conservación, según los informes que den los habitantes o los prácticos.

También por el plano se puede determinar el sitio para el gran alto, los puentes, desfiladeros, pueblos, bosques, puntos dominantes desde donde puede observarse el enemigo etc. y dictar las ordenes concretas, con las medidas necesarias para atravesar aquellos.

Como generalmente falta el tiempo para redactar las ordenes, se necesita práctica de su confección para pensar y redactar con rapidez y hasta para obviar los inconvenientes de carecer de mesa, tinta, papel y utensilios de escritorio, y téngase presente que son de muy mal efecto las deficiencias en ellas y aún más las contraórdenes.

Los medios de salvar estos graves inconvenientes son: el estudio de casos concretos de historia militar; la resolución de problemas logísticos sobre planos; las maniobras con tropas, todo ejecutado con orden, aprendido con detalle y método, es base para llegar a redactar y a interpretar bien y rápidamente las ordenes, que constan de *fondo* u objeto, y *forma* o redacción, siendo más importante el primero, aunque no carece de interés la segunda.

Respecto al fondo, depende de la ilustración de quien lo trata; en cuanto a la forma en las ordenes de marcha, deben comprender: objeto que se persigue, disposiciones para la ejecución y noticias sobre el enemigo, todo claro, preciso, con palabras pocas y propias. El estado de disciplina e instrucción



de un ejército se conoce por sus órdenes en campaña. Puede servir de ejemplo el siguiente modelo:

ORDEN DE MARCHA PARA LA BRIGADA

Primera brigada mixta

Distribución de las tropas.

Vanguardia.—A las órdenes del Coronel N.

Primer Batallón del regimiento Infantería de Cuenca.

Un escuadrón del regimiento Caballería de Numancia.

Una compañía del tercer Regimiento de Zapadores.

Grueso de la columna y orden de marcha.

Diez jinetes del Regimiento España.

2.º y tercer batallones del Regimiento Infantería de Cuenca.

Dos grupos del 4.º montado de artillería.

Regimiento Infantería de Asia.

Dos secciones de Sanidad de la 3.ª compañía.

Columna de municiones.

Columna de campamento de Intendencia.

Cuartel general de Barco de Avila, 6 de agosto de 1918.

1.º La vanguardia enemiga amenaza a Béjar; de esta población puede apoderarse mañana; se halla a 60 kilómetros según mis informes.

La brigada debe llegar mañana a Béjar y apoderarse de la vía férrea al Norte y Sur.

2.º Punto inicial de marcha: Palacios, sobre la carretera del Barco a Béjar.

3.º La cabeza de la vanguardia pasará por El Losar a las 5 y por Palacios a las 6 h. 40'.

La fuerza acantonada en Casas de la Vega emprenderá la marcha a las 5; la que pernocta en Junciana a las 5 h. 20'; la de San Lorenzo a las 3 h. 50,' y la de Vallehondo a las 4 h. 20'.

4.º La columna de campamento saldrá de Barco a las 7 h. 30' y seguirá a la columna a 6 kilómetros de distancia.

5.º En la carretera frente a El Losar verá pasar las fuerzas; y formada la columna marcharé con el grueso de ella.

El General de Brigada

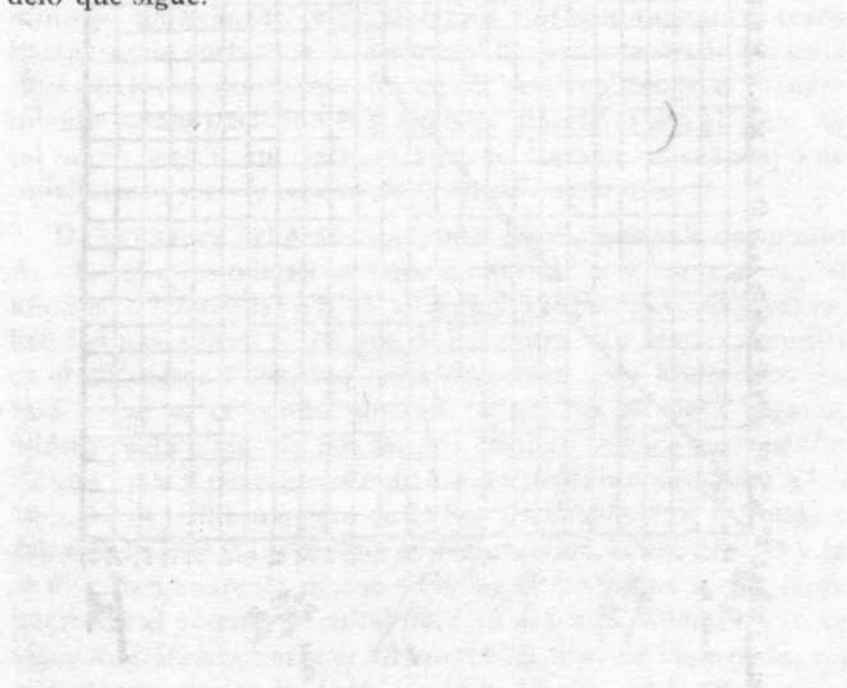
H.

Esta orden se dictará a los ayudantes y clases de orden, quienes la transmitirán a los jefes de sus cuerpos.

Como puede apreciarse por el modelo anterior se necesitan para redactar una orden datos muy precisos, entre ellos las distancias, las horas, las longitudes, las posiciones y el tiempo.

Los *gráficos* facilitan extraordinariamente las órdenes porque representan el movimiento por medio de coordenadas y a simple vista, con toda exactitud, ponen de manifiesto todo lo que se refiere a la marcha.

El sistema más corriente es el del general Lewall. (Figura 1.^a). Consiste en un rectángulo en el que una línea quebrada representa la marcha que ha de efectuarse, sirviéndole de base, dos elementos; el *espacio a recorrer* indicado en kilómetros por líneas o coordenadas horizontales; y *el tiempo que se empleará en recorrerlo* representado en horas, dividida de diez en diez minutos, por coordenadas verticales, véase el modelo que sigue.



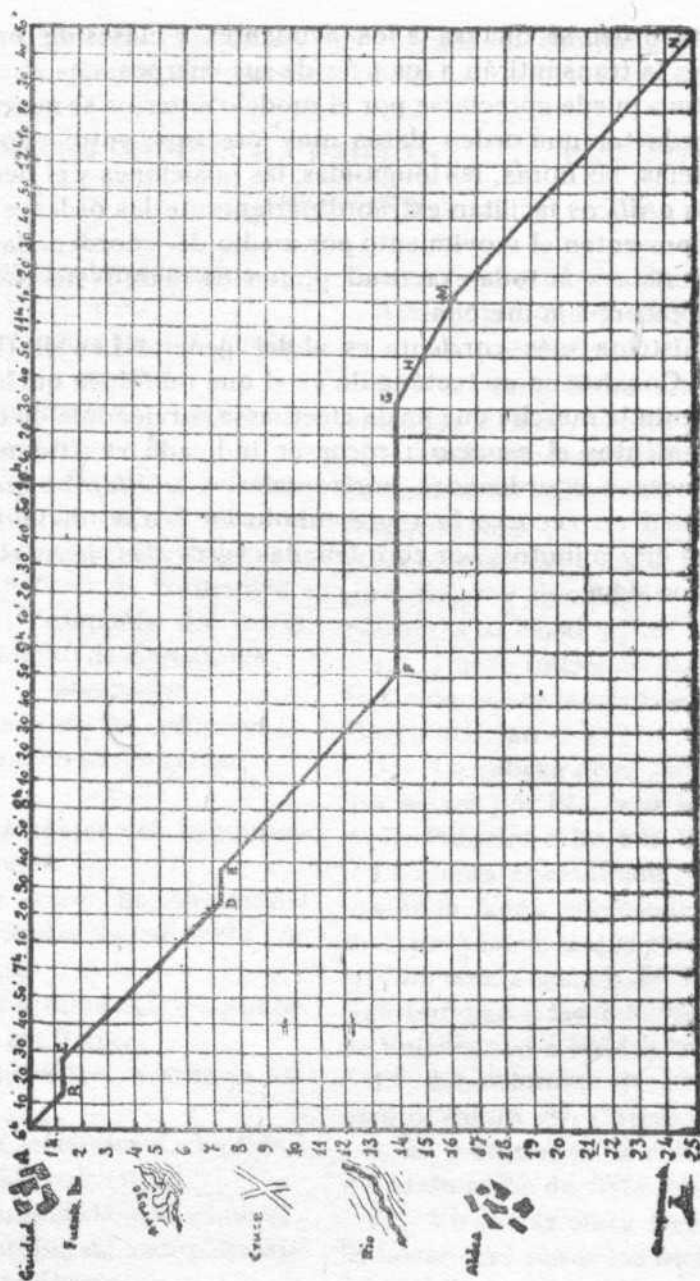


Figura 1.ª

En él se supone que una columna marcha con velocidad de seis kilómetros por hora y que sale del punto A, a las seis de la mañana; que a los quince minutos de marcha hace un pe-

queño alto de diez minutos y habrá recorrido la cuarta parte de cinco kilómetros o sean un kilómetro y 250 metros. Debemos trazar la diagonal de la primera cuadrícula que continuará hasta la cuarta parte de la correspondiente a la segunda en B. Pero aquí la tropa está detenida diez minutos y este tiempo transcurre, luego prolongaremos horizontalmente la línea entre las seis horas quince minutos y las 6 h. 25' a C, esto es: entre la mitad de la segunda y la mitad de la tercera cuadrículas de la segunda fila horizontal. Se reanuda la marcha una hora y al cabo de ella se hace otro alto de diez minutos en D; se habrán recorrido seis kilómetros y por tanto nos hallaremos en el kilómetro 7,250; llevaremos la línea al punto en que se cortarían una horizontal trazada desde los 7 kilómetros y un cuarto de la distancia que media entre los siete y ocho kilómetros, y otra vertical que descendiese de las siete horas veinticinco minutos. Como aquí transcurren otros diez minutos sin avanzar, prolongaremos horizontalmente el trazo hasta donde cortaría a otra vertical descendente desde las siete horas treinta y cinco minutos en E. Así repitiendo el razonamiento, se irá haciendo el gráfico de marcha hasta el final, de tal modo que a su vista se aprecie claramente el tiempo de movimiento y el de reposo de la tropa que lo usa.

De la lectura del gráfico adjunto resulta que sale del punto A, a las 6; a las 6 h. 15' se hace un alto de diez minutos en el kilómetro 1'250; a las 6 h. 25' se reanuda la marcha con igual velocidad hasta las 7 h. 25' que se hace otro alto de diez minutos en el kilómetro 7'250, habiendo recorrido seis kilómetros en esta hora; se continúa andando a las 7 h. 35' para llegar al kilómetro 14 a las 8 h. 50'. En este punto F se hace un gran alto de una hora y cuarenta minutos para el primer rancho y a las 10 h. 30' se continúa; pero en H hay un desfiladero y obliga a retrasar la marcha; por eso en recorrer los kilómetros 15 y 16 se invierten cuarenta minutos en vez de los veinte a que venía haciendo el camino la columna; y ya desde M, kilómetro 16, se sigue marchando hasta el kilómetro 25, final de la jornada, sin alto alguno, tardando desde las 11 h. 10' a las 12 h. 50' en recorrer los 9 últimos kilómetros con velocidad uniforme de un kilómetro cada once minutos.

Con este gráfico se pueden resolver los siguientes proble-

mas: ¿Cuánto tiempo durará en la realidad la jornada de A a N? Seis horas y cincuenta minutos.

¿Cuántos altos pequeños y grandes se harán? Dos y uno respectivamente.

¿Se conservará igual velocidad durante la marcha? No; entre los kilómetros 14 y 16 será la mitad de la ordinaria por obligar un obstáculo a disminuir el frente y aumentar el fondo de la columna.

¿A qué hora terminará la jornada? A las 12 h. 50'.

Y otros varios, que en cada caso se presentarán distintos, y pueden servir de ejercicios.

Como el gráfico descrito sólo proporciona el conocimiento de la marcha y ésta se subordina al terreno, a sus accidentes y condiciones, se completa dicho conocimiento poniendo al margen, en los puntos que indiquen las distancias exactas, un dibujo de esos accidentes, con la orientación que tengan y escala exacta o aproximada, o bien sólo escribiendo el nombre de los detalles de que se trate; con este complemento se aclara más la comprensión del trazado y el por qué de sus variantes.

Otros gráficos prepara el estado mayor de cada columna, en los cuales se hacen los trazados correspondientes a las varias fracciones que la componen, pero no nos ocupamos de ellos porque todos son igualmente sencillos y su estructura es igual a la del descrito.

Todos ellos exigen que la tropa a que se refieren marche con gran precisión, si han de ser útiles. Si se pierden las distancias, la velocidad, se suprime algún alto, o se hace uno, no incluido en aquél, debe retificarse la línea quebrada desde el punto correspondiente o hacer que atrase o adelante la columna total o la parte de ella que no vaya ajustada al itinerario.

Para completar las órdenes de marcha, se usan los *cuadros de marcha*, que son unos impresos donde, con poco que se escriba, se condensan detalles interesantes a quienes los han de cumplir. Para no omitir, por olvido ningún dato, se reparten a cada fracción, indicándole lo que ha de practicar.

El siguiente modelo puede servir para formar idea de su alcance y utilidad.

CAPITULO XI

Del reposo de las tropas

Medios usuales de reposo.—Acantonamiento.—Su clasificación.—Densidad y condiciones del acantonamiento.—Preparación y ocupación de ellos.—Vivaques.—Condiciones a que debe satisfacer un vivac.—Instalación de tropas en vivac.—Precauciones en el vivac.—Campamento: su aplicación.—Particularidades y condiciones de los campamentos.

Medios usuales.—Cuando las tropas realizan marchas de varias jornadas se hace indispensable proporcionales descanso, durante el cual repongan sus fuerzas, duerman y se pongan nuevamente en condiciones de marcha o de combate; de lo contrario se agotarán y cuando hayan de utilizarse se hallarán extenuadas o por lo menos no darán el debido rendimiento.

Pueden reposar las tropas *acantonando, acampando o vivaqueando.*

Acantonamiento.—Se dice que acantona una tropa cuando se aloja en poblado; bien sea en grandes edificios (iglesias, conventos antiguos, etc.), o en casas particulares. Al pueblo o conjunto de edificios así ocupados se llama *cantón.*

El acantonamiento es el modo más higiénico de reposo y el que más se parece al medio ordinario empleado en paz; hombres y animales, por hallarse bajo techado, descansan bien, al abrigo de la lluvia, del frío, de la nieve, etc., aunque su número en cada local sea mayor que el ordinario; en los edificios es probable contar con comodidades, (fuego, camas, ropas, utensilios) para secarse si llueve, preparar los alimentos, dormir, aligerarse o mudarse de ropa y limpiar esta.

Además este medio oculta a la observación del enemigo, mejor que los otros, la importancia de la tropa.

En la guerra no es difícil que el Ejército tenga que acantonar, es decir, establecerse en puntos habitados del teatro de la guerra, por el cansancio que a las tropas han ocasionado unas largas operaciones, o por haberse establecido un armisticio, o por lo crudo que sea un invierno, o por esperar refuerzos para acometer operaciones nuevas.

Todos los acantonamientos deben estar defendidos, naturalmente, por un río importante, situado entre el enemigo y aquellos; de cuyo curso de agua se tomarán y pondrán en estado de defensa todos los pasos practicables.

Los pueblos ocupados no han de formar una sola línea, que, en cuanto sea la fuerza un poco respetable, será extensa y débil por la dificultad que habrá para defenderla en un punto dado donde ocurra un ataque enemigo. Es lo más conveniente que estén como sembrados, a poca distancia entre sí en toda la superficie de un polígono cualquiera o mancha de terreno, cuyo centro aproximado sea el pueblo principal, que sirva de punto de concentración o plaza de armas. Así podrá reunirse en pocas horas todo el Ejército y adoptarse la disposición o resolución que las circunstancias reclamen.

Es de la mayor importancia que este terreno esté provisto de los elementos necesarios para mantener a las tropas acantonadas en él, y que conserve completamente libres sus líneas de operaciones y de comunicaciones con su base.

Para los casos de alarma, tendrá cada cuerpo señalado en su cantón un sitio donde reunirse, o el puesto, trinchera, etcétera, que le corresponde ocupar, a fin de evitar las dudas y confusión del primer momento de un ataque repentino del enemigo, que tanto favorecen a éste.

A fin de evitar estas sorpresas, ordenará el jefe de cada cantón, tan pronto como sea ocupado, que el Estado mayor levante el plano del pueblo y sus alrededores y, después del examen de aquél y de una inspección ocular de éstos, dispondrá la construcción de fortificaciones eventuales que lo pongan a cubierto de un golpe de mano enemigo.

Además de lo que disponen las ordenanzas, observará las disposiciones del jefe de Ejército en lo que afectan a su cantón, completándolas con todas las que crea pertinentes, en

vista de las circunstancias que reúne su posición, teniendo siempre en cuenta el lugar designado para la reunión y el sitio a que debe retirarse en caso necesario.

Dentro del cantón se alojarán las tropas de modo que estén en disposición de adoptar la defensa en el acto; el servicio de avanzadas se establecerá minuciosamente sobre los caminos, puentes, etc. desde larga distancia para evitar sorpresas del enemigo.

Los acantonamientos son perjudiciales para la moral del soldado, porque mientras descansa, en su alojamiento más o menos cómodo, recuerda las fatigas pasadas y le disgustan las que vendrán; para evitar la ociosidad y estas comparaciones es muy conveniente entretener a la tropa el mayor tiempo posible con formaciones, revistas, ejercicios, conferencias de los oficiales y cualesquiera otros actos que aumenten o conserven su instrucción y hábitos militares.

Clasificación de los acantonamientos.—*Pueden ser extensos, concentrados y muy concentrados.* Se denominan extensos cuando en cada edificio sólo se alojan los hombres y animales a que higiénicamente está destinado, gozando de la conveniente holgura, aunque para ello sea necesario ocupar varios pueblos próximos. Se comprende que esta clase de reposo puede adoptarse sólo en país propio, lejos del enemigo y cuando sea por largo tiempo.

Por el contrario, se llama *concentrado* cuando la aglomeración sea grande en cada local. Tal condición hace que se adopte el reposo de esta clase en terreno próximo al enemigo y en país hostil.

Muy concentrado se llama cuando en cada casa se alojan cuantos hombres y animales caben en todos o la mayor parte de sus locales, siempre que puedan echarse para dormir. Este acantonamiento se comprende que es pasajero, por un día o una noche.

Densidad y condiciones del acantonamiento.—Elegido un acantonamiento han de situarse en él las tropas de modo que, sin perjudicar a su descanso, estén dispuestas en todo momento a marchar o combatir, reuniéndose antes, rápidamente y con el mayor orden, en el lugar que, de antemano, se les haya señalado, como ya hemos dicho antes.

Para conseguir estos fines han de aprovecharse los pueblos

situados sobre el camino que se lleve extendiéndose a los costados de este y en el sentido de la profundidad; procurando que la reunión, en caso necesario, esté garantizada, en el tiempo que se prefije y que el soldado no haga marchas inútiles para llegar a su alojamiento o volver de él.

Se admite que el acantonamiento, lejos del enemigo, puede hacerse en los poblados que ocupe la columna en marcha, distribuyendo los hombres y ganado en proporción al número de viviendas con que cuente cada uno de aquellos. Así: una división, con todos sus elementos, se calcula que, en marcha, ocupa un frente de seis kilómetros, y una profundidad de veintidós; por tanto ocupa un rectángulo de 132 kilómetros por hora y en los pueblos comprendidos en él se acantonarán.

Esta regla no es por igual aplicable en territorios de muy diferente densidad de población, pero puede servir de norma general, modificable en relación con este dato.

Cuando la fuerza se halle próxima o a la vista del enemigo, el terreno de acantonamiento no debe ser mayor del que ocupe la misma tropa en orden de combate. Una división ocupará unos tres o cuatro kilómetros de frente por cinco o seis de fondo, o sean 24 kilómetros cuadrados como máximum (sin contar con sus fuerzas auxiliares que quedarán algunos kilómetros a retaguardia).

Su mejor base es la estadística, hecha en tiempo de paz, para conocer la capacidad de las viviendas, cuadras, etc., en cada pueblo del territorio propio; en tiempo de guerra se hará este estudio por la caballería y el cuerpo de Estado Mayor, en territorio enemigo, adelantándose a las fuerzas,

Muy conveniente sería que durante las maniobras anuales se acantonasen las tropas que en ellas tomen parte, a fin de acostumbrarlas a carecer de la comodidad y holgura que ofrece la vida de guarnición; así, llegada una campaña conocerían este medio de reposo, con gran ventaja para la tropa y para todos los que la mandan.

Preparación y ocupación de los acantonamientos.— Dispone el reglamento de campaña que, para preparar y organizar en todos sus detalles el acantonamiento de tropa, se nombre una comisión compuesta de un Jefe de Estado Mayor, director de la instalación, un oficial de plana mayor de Artillería, otro de Ingenieros, un oficial de Estado Mayor por cada división,

o unidad independiente, el aposentador general y los de cada división, un ayudante por cada cuerpo, y los oficiales de Intendencia y de Sanidad que se crean necesarios.

Indudablemente todo este personal es excesivo, dispondrá de poco tiempo cuando el acantonamiento es pasajero y creemos más lógico y sencillo proceder como sigue:

El general jefe, en vista de su plan de marcha y operaciones, dispondrá que el Estado Mayor armonice la comodidad de las tropas con las necesidades técnicas; y con la estadística de que ya se habló, trazará el plan de alojamiento; este se comunicará, por conducto reglamentario, a todos los jefes de cuerpo y unidades de la columna, señalando a cada uno la zona o espacio que ha de ocupar.

Llegada cada unidad a su zona, se distribuirán detalladamente los alojamientos; para ello se habrán adelantado los respectivos ayudantes media jornada a fin de disponer de tiempo suficiente para tratar con las autoridades locales respecto a la capacidad de cada casa, cuadra, cobertizo, etc., y de ir haciendo las boletas correspondientes. Recogidas éstas y reconocido el cantón para conocer sus detalles, orientación, plazas, calles, casas importantes, abrevaderos para ganado y cuanto pueda contribuir a su mejor aprovechamiento, esperará en las afueras la llegada de su cuerpo, dará cuenta al jefe de cuanto haya preparado y guiará a la tropa a un sitio amplio donde entregará a los Jefes y Capitanes las boletas para ellos y su tropa y ganado.

Nombrados por el Jefe de la unidad los servicios de guardia, vigilancia y seguridad, designada la plaza de asamblea o reunión y las posiciones de combate, para caso preciso, cada capitán, acompañado de un concejal o vecino del pueblo, marchará a su zona con su tropa, hará que las clases vayan a los alojamientos con los soldados y ganado que a cada uno de éstos se asigne en las boletas y cuidarán de su instalación, recibiendo después los partes correspondientes que reunirá para transmitirlos al Jefe.

Durante el acantonamiento deben observarse las preven- ciones siguientes para el mejor orden en él:

Los capitanes y oficiales se alojarán entre su tropa para reunirla prontamente, en caso necesario.

Se señalarán las viviendas, con carteles, faroles, yeso, etcétera, indicando cuántos alojados albergan y sus empleos.

Se designará un oficial o clase que conozca pronto la distribución hecha, para transmitir órdenes con la mayor rapidez. La guardia de prevención, los oficiales y clases de vigilancia y las patrullas cuidarán del orden, recogerán las reclamaciones de los patronos y harán cumplir todas las órdenes generales o especiales del Cuerpo en cada caso, así como las prescripciones higiénicas con el mayor rigor.

En verano se tendrán abiertas las habitaciones y sus ventanas para la conveniente aireación; en invierno se proporcionará al soldado y al ganado lechos de paja si no hay otros, no permitiendo encender hogueras ni tener braseros en los dormitorios y cuadras, bajo pretexto alguno.

Cada capitán o jefe de grupo señalará a su tropa un lugar de reunión, bien conocido de todos para que con la mayor rapidez acudan a él, de día o de noche. Los Jefes de Batallón, regimiento, brigada, etc., señalarán también los suyos para que, reunidas las unidades inferiores, se compongan en éstos las unidades de su mando en el menor tiempo posible.

Y por fin, el jefe superior hará conocer a sus inmediatos inferiores y a sus ayudantes la *plaza de asamblea* donde se reunirá toda la fuerza si es preciso. Este Jefe, tan pronto como llegue al cantón, lo reconocerá en su interior y por sus alrededores, señalará en las afueras las *posiciones* que su tropa ocuparía en caso de *ataque* del enemigo y adoptará las disposiciones necesarias para la defensa como si ésta fuese inminente, estableciendo al efecto *fuerzas para el servicio de seguridad* que eviten una sorpresa.

Vivaques.—El vivac tiene grandes ventajas desde el punto de vista táctico: las fuerzas están reunidas y concentradas en poco espacio, vigiladas por todos sus jefes, dispuestas siempre al combate, su seguridad y vigilancia son fáciles; en cambio tiene el vivaquear inconvenientes; tales son la falta de salubridad para hombres y ganado, permitir al enemigo de día observar los movimientos y cuantía de la fuerza, apreciar de noche también el número aproximado por las hogueras encendidas, para calentarse, aunque se le puede engañar haciendo más o menos de las necesarias o haciéndolas en otra parte

también por el servicio de seguridad o fuerza destacada con este objeto, estratagema que desorienta al contrario.

El vivac debe adoptarse para las fuerzas de exploración y seguridad muy próximas al enemigo; las restantes deben acantonar en cuanto sea posible, si aquél no está tan cerca que deban tenerse muy concentradas para emprender un fuego en cualquier momento.

Condiciones a que debe satisfacer un vivac.—Para establecerlo se tendrán en cuenta sus *condiciones higiénicas, militares y administrativas*.

Para que sea higiénico un vivac debe huirse de la humedad y paludismo de los valles, del frío y vientos de las cumbres, y debe situarse próximo a los caminos y corrientes de agua; por tanto su mejor emplazamiento será en las laderas, orientadas al mediodía en invierno, o al noroeste en verano, cerca de manantiales de agua o ríos, y no lejos de poblaciones donde se puedan adquirir elementos de aseo, vestidos, etc.

Condiciones militares.—Las más importantes son las de seguridad, aprovechando terreno dominante o estableciendo este servicio si el terreno es poco elevado. Los bosques próximos pueden ocultar las tropas, cortan el viento, tienen arroyos y otras ventajas, pero son expuestos a incendios en época de calor, por lo que se debe tener gran precaución con las municiones y explosivos dentro de ellos.

Condiciones administrativas.—Es muy conveniente la proximidad de agua abundante, bosques o grandes arboledas que proporcionen leña indispensable en todo vivac, y poblaciones que surtan de medios de alimentación y abrigo, así como vías para los transportes necesarios. También los árboles pueden suministrar ramas y troncos para construir barracas y abrigos improvisados que resguarden de la lluvia, el viento, el sol y el frío y oculten, en parte, la fuerza.

Como la elección de un vivac obedecerá siempre más a sus condiciones tácticas y de proximidad al enemigo que a otras de las expuestas, será difícil establecerlo de modo que responda a otros fines que a la seguridad y rapidez de movimientos de la tropa.

Instalación de tropas en vivac.—El general que las mande debe enviar con anticipación un oficial de Estado Mayor que, protegido por la extrema vanguardia, elija el terreno y levante

un croquis de él; con este dato se distribuirá el lugar en los sectores o trozos que deban ocupar las diferentes unidades, haciendo el plan general del vivac, que se comunicará a los jefes de éstas; llegadas las fuerzas al sitio designado, se formará una comisión de oficiales de Estado Mayor y ayudantes de los cuerpos que jalonarán el terreno y estudiarán rápidamente los detalles de instalación; marchando después a recibir cada ayudante a su unidad para conducirla al trozo que ha de ocupar.

Llegado cada cuerpo a su sitio procurará su jefe que hombres y animales descansen en seguida, despojándose de los equipos y atalajes y evitar esos frecuentes largos ratos que a veces permanecen formados en pie, cansándose inútilmente, cuando más necesitan del descanso.

Seguidamente se confeccionará un rancho caliente, o se tomará de las cocinas montadas sobre ruedas o de las cajas térmicas que lleve la fuerza con él preparado; y se distribuirá una ración de mochila (si no la tiene) para el día siguiente.

Las unidades montadas cuidarán lo primero del ganado, abrevando, dando pienso, herrándolo, curándolo y quitándole por fin la montura.

Se establecerá guardia exterior del vivac y en los abrevaderos, depósitos de leña, pozos, arroyos, etc., para que en todos los servicios impere el mayor orden; y se establecerán puestos avanzados para el servicio de seguridad.

Precauciones en el vivac.—Se evitarán los toques de corneta, trompeta y tambor para no señalar la presencia en aquél lugar ni llamar la atención del enemigo; se tomarán cuantas medidas higiénicas aconsejen las circunstancias, tales como reconocer las aguas de que se haga uso, evitar los lodazales, charcos y lagunas, haciendo zanjas para desecar el suelo, se situarán las letrinas lejos y en dirección contraria al lado de donde venga el viento y se desinfectarán convenientemente, se limpiarán dos o mas veces diarias los sectores ocupados por caballerías, se enterrarán profundamente los despojos del ganado que se sacrifique para la alimentación, etc.

A la tropa a pie se advertirá que a la menor señal de sus jefes ha de reunirse con mochilas, pero sin armas, en el sitio que se designe; las montadas marcharán hacia sus caballos o mulos pero no ensillarán ni atalajarán sin previa orden.

Campamentos.—*Su aplicación.*—Nuestra legislación dispo-

ne que cada cuerpo de Ejército esté dotado de material de campamento para una brigada y aunque hoy se tiende a suprimir este servicio en los grandes Ejércitos sustituyéndolo por el cantón o vivac, nos interesa conservarlo, especialmente en África, donde los poblados escasos, pequeños y sin condiciones apropiadas obligan a nuestras tropas a acampar, muchas veces por largo tiempo.

Cierto es que el material de tiendas es pesado y exige muchos elementos de transporte que aumentan la impedimenta del Ejército, pero no es menos verdad que las tiendas resguardan a la tropa y su material eficazmente y son un excelente recurso siempre que no es de absoluta necesidad vivaquear.

No nos detenemos a describir y enumerar los diferentes modelos de tiendas reglamentarias por R. O. C. de 29 de enero de 1905 (C. L. núm. 5), las cuales nos son conocidas por estudios anteriores. Sólo indicaremos su aplicación en los campamentos, como sigue:

Las tiendas cónicas reformadas, las prismáticas y dobles cañoneras de un árbol, se usarán sólo para tropa, ocupando las montadas las de mayor capacidad y alojándose de 20 a 30, de 6 a 8 y 16 de Infantería o 10 de Caballería, respectivamente, en ellas.

Las marquesinas octógonas, exagonales y cuadradas sólo alojarán un general o asimilado, de la clase de jefe del Ejército o un Teniente General, General de división, o de brigada, respectivamente.

Las cónicas n.º 1 y las dobles cañoneras de dos árboles sirven para jefes y oficiales, a razón de una para jefe de Cuerpo, o dos jefes, o para el capitán y los oficiales de compañía, escuadrón o batería, o para cinco o seis jefes u oficiales aislados.

Para instalar y ocupar un campamento deben tenerse en cuenta el procedimiento y reglas expuestos para un vivac, con la diferencia de que el campamento ocupará mucho más terreno por las calles y espacios que quedan entre las tiendas.

Cuando el estacionamiento sea largo es preferible sustituir las tiendas por barracas o barracones de madera, desmontables a ser posible, que sobre aquellas tienen la ventaja de la solidez, mejor utilización de su capacidad y mejor abrigo contra los agentes atmosféricos, aunque sean mucho más costosos su construcción y el acarreo de sus componentes.

El campamento de barracas o barracones es un alojamiento de condiciones intermedias entre el de tiendas y acantonamiento, y debe emplazarse en el lugar mismo que el ya hecho con tiendas cuando se haya de permanecer mucho tiempo allí; se deben levantar barracones donde había tiendas hasta reemplazarlas en totalidad si es posible, y formando calles como con éstas.

Los barracones serán higiénicos si reúnen las condiciones que siguen:

Hombres que se alojan	Longitud interior.	Ancho interior.	Altura de la cumbre.
hasta 10	6'50	2'50	3'00
» 15	5'00	4'75	3'50
» 20	6'50	4'75	4'00

Particularidades y condiciones de los campamentos.— Para elegir terreno y distribuirlos en sectores se empleará una comisión, como dijimos, tratando de los vivaques. Pero como el campamento supone más estabilidad, sus condiciones han de proporcionar mayor comodidad que aquéllos.

Expondremos algunas reglas:

Las condiciones higiénicas han de exigirse con la mayor escrupulosidad.

Cada hombre necesita por día de 3 a 4 litros de agua y cada caballo o mulo 25.

Debe tomarse el agua de los ríos, para beber, en punto más arriba de donde se lave ropa; un médico cuidará de que estos preceptos se cumplan.

Las tiendas serán armadas y abatidas por individuos de la unidad que las use, dejando tres metros como distancia mínima entre ellas. Cuando se mojen se aflojarán los vientos y se mantendrán abiertas para facilitar su desecación.

En caso de lluvia, además de la zanja que se hará alrededor de cada tienda para que corran las aguas, se abrirán otras más profundas a lo largo de las calles donde aquéllas desagüen y éstas la conduzcan fuera del recinto.

Se prohibirá colgar efectos en los lienzos de tienda, para evitar su deterioro.

Se prohibirá encender hogueras dentro de ellas o mantener otras luces que las reglamentarias, bien cerradas, para evitar incendios. Como medida de precaución se tendrán en el campamento los algibes y carros-cuba llenos de agua siempre.

Se barrerán a diario, manteniéndolas abiertas para su perfecta ventilación.

Los oficiales de servicio vigilarán que estas prevenciones y todas las que se dicten, sean cumplidas con el mayor rigor.

Los fuegos de las cocinas deben apagarse por la tarde tan pronto como termine la confección de ranchos,

El alumbrado de calles se encenderá antes de cerrar la noche y se mantendrá hasta que haya amanecido.

El más caracterizado entre los que ocupen cada tienda será responsable del orden en ella a todas horas y del empleo que se haga de cuanto en ella exista.



CAPITULO XII

Continuación del anterior

Servicios de seguridad y exploración durante el reposo de las tropas.—Del reposo y servicio de seguridad en las guerras irregulares.—Reconocimientos.—Convoyes.—Reglas para su marcha y conducción.—Escortas de convoyes.—Descansos.—Defensa de un convoy.—Ataque.

Servicio de seguridad y exploración.—Si el acantonamiento, el vivac y el campamento sirven para que las tropas reposen y sólo se ocupen de descansar, comer y dormir en ellos, se comprende que en esta situación, más que en otra, es necesario establecer el servicio de seguridad para evitar sorpresas que no den tiempo a prepararse para el combate.

El servicio indicado se establece con *avanzadas*, esto es, fuerzas vigilantes a vanguardia y en los puntos que el mando estime oportunos.

La fuerza de una avanzada presta un servicio muy penoso, física y moralmente, de constante atención y peligro, por lo que debe dedicarse a él sólo el número de individuos indispensables, según las circunstancias y las condiciones del terreno a vigilar. Nuestro reglamento de campaña prescribe que «*no se emplee más del tercio o el cuarto de la vanguardia de cada columna*».

Las fuerzas avanzadas tienen la misión de rechazar con presteza y energía los ataques del enemigo en cualquier punto de su frente; para ello deben dividirse en grupos pequeños y una reserva importante, constituyendo *centinelas sencillos o dobles, puestos pequeños, grandes guardias y grandes reservas*.

Los centinelas *deben ver sin ser vistos*, próximos a los caminos, pero no en ellos, para observar cuanto en éstos ocurra; utilizarán los árboles como observatorios; si el centinela es doble, uno será vigía desde lo alto y el otro desde el pie comunicará las observaciones a los próximos o a los puestos inmediatos. Si no hay árboles se ocultarán con las piedras, zanjas, pliegues, barrancos, setos, paredes, hoyos hechos a propósito, terraplenes, etc., procurando que no sea descubierta su presencia.

Los centinelas avanzados se procurará colocarlos de día en los sitios culminantes, mejor sencillos que dobles porque dos pueden distraerse hablando, en tanto que uno sólo vigila el camino y observa a los otros, siendo esta vigilancia recíproca muy conveniente. En cambio, de noche es mejor la centinela doble, porque puede uno observar fijo en un punto en tanto que el otro recorre y observa los alrededores; dos hombres no son fácilmente sorprendidos, ni se duermen a un tiempo; podrían distraerse conversando pero los cabos y sargentos cuidarán de evitarlo; conviene que en estas parejas uno por lo menos de los soldados sea veterano y experimentado en este servicio, porque la alarma infundada de un bisoño puede originar un tiroteo y una alarma general, o al contrario, por su falta de práctica puede ser burlado por el enemigo. De todos modos es necesario explicar a estos centinelas, sencillos o dobles, la importancia grandísima que tiene su servicio y sus más insignificantes detalles para la seguridad y tranquilidad del Ejército, por lo que deben participar a su superior cualquier movimiento o hecho anormal que observen; no han de responder a los tiros del enemigo, sino cubrirse para evitar el peligro, y cuando noten síntomas de ataque enemigo avisarán a su jefe y se replegarán con su fuerza.

Si de día se deben poner los centinelas en lugar dominante, para que vean de arriba a abajo, de noche se colocarán al contrario, en lo hondo, porque se vé mejor de abajo hacia arriba y además el enemigo ignora la situación de éstos. En tiempo frío y durante la noche no se les consentirá taparse con mantas ni capotes la cabeza ni los oídos; nunca dispararán porque los fogonazos indicarán al enemigo su situación; se prohibirá dar el «quién vive», pero en cambio exigirán a quien se acerque la contraseña particular.

Otro servicio importantísimo y más peligroso que el de centinelas es el de *escuchas* durante la noche, que, sencillos o dobles, se adelantan y colocan a vanguardia de los centinelas con su contraseña para que éstos los conozcan. Este servicio que se realiza tendido y con el oído junto al suelo se debe ejecutar por soldados serenos, habituados, que sepan cuando oigan pisadas si son de uno o más hombres o caballos; el aire a que marchan y la distancia a que se hallan. Igualmente el ruido de una piedra que se mueve o rueda, el de una mata o el ramaje, la hierba seca, el monte bajo, etc., le indicarán que cerca hay gente extraña; si es gran número se replegarán los escuchas y centinelas a dar cuenta y unirse a su fuerza; pero si se trata de uno o dos individuos, se ocultarán aquéllos para arrojarse sobre éstos al pasar y hacerlos prisioneros.

La distancia entre centinelas, sencillos o dobles, no debe exceder de 200 metros, para que de noche esté bien vigilada esta primera línea que forman.

Los pequeños puestos distarán de la línea de centinelas de 200 a 300 metros; sirven para poner, relevar, vigilar y sostener a éstos, tomando las armas en caso de atacar o sorprender a un centinela el enemigo.

Entre la gran guardia y los pequeños puestos habrá una distancia de 500 a 600 metros, lo que dá tiempo a que aquélla tome sus disposiciones y defienda a éstos en caso preciso.

De la reserva a las grandes guardias que de ella dependan pueden mediar 1.500 metros, situándose la reserva equidistante de las guardias para socorrer pronta y eficazmente a la que lo necesite.

Por último la distancia desde la reserva al acantonamiento debe ser la suficiente para evitar la eficacia del tiro de la artillería enemiga.

Los centinelas señalan y avisan la aparición del enemigo; los pequeños puestos, al conocerla, sostienen a los centinelas y oponen una primera resistencia al enemigo que desde entonces marchará con precauciones por desconocer la situación y fuerza que le recibe; si sigue avanzando se repliegan los centinelas y pequeños puestos, reuniéndose con las grandes guardias que por el número de hombres que las componen pueden resistir más seriamente, haciéndole detenerse o atacar por determinados puntos que serán defendidos por las reservas.

Entre tanto puede haberse preparado para el combate el grueso de la fuerza acantonada y tomar las disposiciones convenientes, según el caso.

Si la fuerza destinada al servicio de seguridad y vigilancia durante el reposo es de caballería, distribuirá los escalones y procederá según las reglas citadas para infantería variando sólo las distancias que, en razón a la mayor movilidad de la caballería, podrán ser: unos 600 a 800 metros entre cada dos parejas de centinelas; 400 desde la línea de estas a los pequeños puestos; de 1.000 a 1.200 entre puestos y grandes guardias; 2.000 desde las grandes guardias a las reservas; y 4.000 desde éstas al núcleo acantonado.

Cuando se trate de proteger brigadas, o unidades superiores a ellas, se combinará la infantería con la caballería para este servicio, dedicándose aquella a la seguridad propiamente dicha como queda bosquejado; y la caballería se distanciará más con objeto de adquirir noticias y datos sobre el enemigo en terreno despejado; combinando, en terreno difícil o quebrado, su servicio con la infantería.

Como ya hemos indicado, este servicio es muy penoso y conviene proporcionar a las fuerzas que a él se dedican las comodidades compatibles con su misión, tales como agua próxima abrigo corporal y en el terreno, leña para calentarse, obstáculos defensivos y a las reservas algún edificio alto desde donde, guarecidos los hombres, puedan a la vez observar.

Los elementos de seguridad de que nos venimos ocupando pueden ser auxiliados y hasta sustituidos, especialmente de día, por los aeroplanos, globos cautivos y dirigibles; los primeros son el medio más eficaz de vigilancia y observación, constituyendo los mejores gemelos de los generales.

Aunque los hangares y aerodromos se hallen muy a retaguardia, pueden con su gran rapidez, llegar a la altura de las tropas que auxilien y adelantarlas; hacer incursiones profundas hacia su frente, levantar croquis, obtener fotografías del terreno, de los lugares que ocupe el enemigo, conocer su situación, número aproximado, elementos de combate, posiciones, etcétera; y todos estos datos son precioso conocimiento para el mando, que, tranquilo, puede ahorrar molestias, privaciones y vigilancia a su tropa, si el enemigo está lejos o es poco nume-

roso y no es absolutamente necesario un intenso servicio de seguridad.

Del reposo y servicio de seguridad en las guerras irregulares.— En estas pocas veces se debe acantonar: se debe vivaquear mucho y acampar casi de ordinario, porque la tropa así está libre de sorpresas, medio casi único de que se vale el enemigo astuto que en ellas fia la eficacia de su acción débil contra la organización y poder del Ejército regular. Por estas condiciones del enemigo que no dá la cara, que dá el golpe de mano y escapa, que no hace frente sino cuando cuenta con ventaja numérica o de posición, es precisa una vigilancia extremada.

Los campamentos afectarán la forma de un gran cuadrilongo defendido por la infantería de día y de noche con trincheras y alambradas, estarán provistos de medios de iluminar de noche el campo próximo y explorarlo escrupulosamente.

En caso de sorpresa o de acercarse el enemigo, sólo hará fuego por descargas la infantería de la cara del cuadro por donde ocurra, a la orden de su jefe y a la voz de sus oficiales, La artillería y ametralladoras no dispararán si no pueden rectificar el tiro, auxiliándose de la iluminación artificial del campo enemigo. La caballería no maniobrará ni tomará parte en la defensa de noche.

Cada cara del cuadro se defenderá por sí, con independencia de las demás, y destacará puestos avanzados a su frente, más numerosos que en las guerras regulares, para establecer los puestos y centinelas como allí digimos, aunque los centinelas conviene sustituirlos con patrullas o avanzadas de cuatro o más soldados, que deben atrincherarse aunque sea a la ligera.

Al estacionar para el descanso en el campo, es preciso tomar gran número de precauciones defensivas, para estar siempre en condiciones de rechazar un ataque o un asalto del enemigo.

Lo mismo de día que durante la noche no faltarán *pacos* que bien parapetados e invisibles, tirarán a la fuerza concentrada, haciendo bajas sensibles y manteniendo la zozobra y la alarma constantes que impiden el descanso reparador a la tropa.

Ya se ha adoptado para los campamentos en Africa, la forma citada de un cuadrilongo situado en el fondo de un va-

lle u hondonada, en cuyo centro se ponen las cargas, ambulancias, acémilas y fuerzas montadas; en las crestas y alturas próximas se establecen las líneas de defensa con fuerzas atrincheradas o parapetadas que, especialmente durante la noche, deben permanecer vigilantes, para prevenir, contra la habilidad que los indígenas poseen para acercarse, a los centinelas y puestos avanzados, arrastrándose sin producir el menor ruido, y cuando están ya muy próximos, se lanzan al asalto como un huracán aprovechando la confusión del momento para huir, llevándose caballos, mulos, fusiles, lo que pueden.

Además de la defensa exterior, que conviene confiar a fuerzas indígenas, debe rodearse el cuadrilongo con trincheras, a las que se trasladan, desde las tiendas, las fuerzas que ocupan la periferia tan pronto como se produzca la menor alarma.

Reconocimientos. — Son, como ya expusimos en el capítulo 8.º, operaciones verificadas desde tierra o desde el aire, con objeto de tomar datos relativos a los movimientos, situación, fuerza y elementos del enemigo; o bien referentes al terreno, su topografía, medios de vida y recursos de todas clases; y en ocasiones, para todo esto, al mismo tiempo; por tanto, se denominan, *reconocimientos del enemigo, del terreno, o mixtos*, pudiendo ser todos ellos, *ordinarios y especiales*, y generalmente estos últimos, desempeñados por personal especial también, designado en cada caso.

Los reconocimientos ordinarios del enemigo y del terreno son realizados por las tropas exploradoras y de seguridad, y por los aeroplanos cuando requieren datos muy concretos y de larga distancia, siendo hoy este el mejor medio de explorar y reconocer el terreno y al enemigo cuando el servicio de aviación cuenta con observadores diestros en su cometido.

Entre los reconocimientos especiales merecen preferente mención los siguientes, además de los citados en el capítulo 8.º:

Ofensivos, cuando para tantear la fuerza, o fortificaciones o resistencia del enemigo se le ataca por el sitio cuyo conocimiento se desea. Debe procederse con cuidado porque esta operación puede convertirse en batalla.

Reconocimientos especiales del terreno que pueden consistir en reconocer una carretera, tomando datos acerca de su trazado, anchura, calidad y conservación de su firme, pendientes y rampas, puntos que enlaza, caminos que la cruzan o par-

ten de ella, vías de aguas y poblados próximos, su densidad, puentes, vados, ventas, etc.

Idem caminos ordinarios para estudiar su ancho, dureza de su suelo, y otros detalles como en las carreteras.

Idem ferrocarriles para ver el ancho de la vía, longitud de carriles, puentes, túneles, terraplenes, desmontes, puntos en que sería conveniente su destrucción, medios de reconstituirlos si están destruídos, material fijo y móvil, para embarque y desembarque con que cuenta, extensión, puntos que enlaza, distancia entre estaciones, curvas, pendientes, pasos a nivel y otros muchos.

Reconocimientos de ríos. Son los más interesantes datos los referentes a su ancho, longitud, profundidad en cada sitio vados utilizables, velocidad de la corriente, descripción general de su cuenca, principales afluentes y puntos de conjunción, calidad del lecho, medios de paso, remolinos, cascadas, calidad de sus riberas y orillas, cultivos y pueblos próximos, canales, brazos, molinos, fábricas, navegación, clase y número de barcos, etc.

Reconocimiento de poblados.— Situación, distancia a otros importantes, vías que los unen, edificios, su clase, capacidad y construcción, edificios importantes, su número y detalles, plazas, calles, iglesias, bodegas, pajares; subterráneos, campos, próximos, dotación de agua, etc.

Reconocimiento de bosques y arboledas.— Su situación y proximidad a poblado, número de árboles, grueso, altura y clase de éstos, manantiales de agua potable, desigualdades del terreno, quién es su propietario, calidad y cantidad de sus pastos.

Reconocimiento de la capacidad de una población para avituallar.— Conviene estudiar el número de comercios y clases de cada uno, almacenes de víveres, telas, paja, trigo, cebada, carbón, gasolina, grasas lubricantes y para alimentos, tabaco, fábricas de aguardientes, legía, pastas para sopa, aceñas y molinos harineros, fábricas de pan y hornos de pan cocer mataderos, salazones, curtidos, cuerdas, cadenas, carruajes de todas clases, caballerías, motores y tractores camineros y otros muchos.

Convoyes.— Se llama convoy al conjunto de carruajes o cargas con material de guerra o efectos varios que, escoltados

generalmente, se llevan al Ejército para abastecer a las tropas de cuanto necesitan, o vuelven del ejército a su país para desembarazar a aquél de cuanto le estorba. Los convoyes pueden ser de víveres, municiones, armamento, vestuario, ganado para la alimentación, prisioneros, enfermos, heridos, etc.

Cuando un convoy se mueve lejos del enemigo basta para su marcha el orden; pero en las proximidades de aquél necesita ser defendido y acompañado por una escolta. El Jefe de ella, que lo es también del convoy, debe tener presente que la conducción de un convoy es un servicio difícil, arriesgado y penoso; y que ha de procurar por todos los medios que llegue intacto y a tiempo a su destino.

Reglas para la marcha y conducción.—El primer deber del citado jefe es planear la marcha antes de emprenderla, para evitar confusiones que se traducen en falta de orden y pérdida de tiempo.

Si el convoy es de carruajes ordinarios se forman con ellos grupos de ciento en ciento y cada grupo en cinco secciones de veinte que, si el ancho del camino lo permite, deben marchar en columna doble para disminuir el frente y acortar el convoy. Entre cada dos grupos se dejará un espacio de cincuenta metros; y desde la cola de una sección a la cabeza de la siguiente unos veinte o veinticinco para poder separar del camino un carro averiado sin detener el avance de los demás.

Cuando se componga sólo de acémilas se observarán iguales reglas.

Si es mixto de carros y acémilas se colocan éstas a la cabeza porque, manejándose con más facilidad que los carros, puede acelerarse su paso y, en caso de ataque y retirada forzosa, salvar las cargas. A las acémilas seguirán los carros que conduzcan el material de más valor o que más se necesite al fin de la marcha.

Los carros vacíos se situarán a la cola del convoy; a ellos se trasladan las cargas de los carros o acémilas que se inutilicen y conducirán además piezas de repuesto (ruedas, ejes, zapatas de frenos, gatos, cuerdas) y herramientas para las recomposiciones ligeras sobre la marcha y herraje para el ganado de tiro, carga y silla.

Cuando un carro sufra averías que le impidan marchar se traslada su carga a uno vacío; si de éstos no hay, se reparte

entre todos los demás; cuando pueda recomponerse pronto, se separa del camino, dejando una pequeña escolta mientras dura la reparación; pero si el carro es requisado, el país fuese hostil y hubiese peligro, se vacía, se quitan todas las mulas menos una, y se apercibe el carretero de que, si no lo arregla en breve y se incorpora al convoy, perderá las mulas quitadas, que se emplearán en sustituir o suplir a otras.

Si el convoy está formado por camiones automóviles deben marchar de a uno, por el centro del firme de la carretera, a cincuenta metros uno de otro, conservando constante esta distancia para ver bien la vía y evitar el polvo, agua y lodo que levantan los anteriores. Las reglas que anteceden son también aplicables a éstos.

Cuando se conduzcan municiones todo cuidado es poco para evitar una explosión y sus desastrosas consecuencias. No se permitirá fumar ni encender fuego cerca de los carruajes o cargas; se evitará la marcha por terreno empedrado para que las herraduras no produzcan chispas; se debe eludir el paso por poblados y, si es preciso hacerlo, se enviará con anticipación alguna patrulla que avise a las autoridades del peligro para que ordenen a los vecinos que apaguen las fraguas, hornos y hogares de las calles del tránsito, que se cierren puertas y ventanas y se despeje de gente la vía a seguir.

Si el convoy es de prisioneros, marchan a pie formando columna de a dos sin armas ni elementos defensivos de ninguna clase. No se les permitirá conversar con paisanos; se les guardarán todas las consideraciones compatibles con la vigilancia de que han de ser objeto y se les anunciará, antes de emprender la marcha que si tratan de amotinarse o evadirse serán pasados por las armas en cuanto se note el primer movimiento para ello. Si alguno fuese herido, enfermo o achacoso, o si se tratase de mujeres con niños se les facilitarán bagajes pedidos en el primer pueblo de tránsito y relevados después reglamentariamente.

Escolta de convoy.— Debe estar constituida para convoyes por vía ordinaria por fuerza de Infantería o Caballería; rara vez por Artillería, a menos que la gran importancia del convoy y la proximidad a fuertes núcleos enemigos obligue a emplear en este servicio fuerza de las tres armas.

La total escolta debe dividirse en tres partes: una, de caba-

llería si la hay, que a distancia cubre el frente, los flancos y retaguardia; otra que se fracciona en tantos grupos como haya de carros o acémilas y se dedica a proteger a éstos en sus flancos, colocándose un grupo a la derecha y otro a la izquierda, alternados, para vigilar y defender aquéllos; y la tercera fracción que, reunida, marchará hacia el centro o parte del convoy que el jefe considere más débil o expuesta al ataque del contrario; y siempre pronta para acudir donde sea preciso su concurso.

Cuando el convoy se lleva por un río o canal, van embarcados algunos hombres de la escolta en los mismos barcos que conducen el convoy; este va protegido por fuerzas que marchan por ambas orillas, más otros barcos con tropa que van delante y detrás. Estas fuerzas y barcos de protección, se dedican constantemente a reconocer el terreno, presas, diques, esclusas, puentes y cuantos accidentes puedan servir para ocultar o hacer fuerte al enemigo o para interrumpir la navegación. Algunas lanchas servidas por remeros fuertes e inteligentes se dedicarán al servicio de comunicaciones entre ambas orillas y los barcos.

En caso de ataque se repliegan los barcos de carga en la orilla opuesta y los de defensa en la que ocupa el ofensor para que su fuerza ayudada por la que camina por tierra, aleje al enemigo en tanto que el convoy sigue su marcha.

Si el convoy tiene lugar por grandes lagos o por el mar, es protegido por la marina de guerra si se teme que la del país contrario pueda atacarle.

En la guerra moderna se hacen en gran escala los convoyes utilizando la vía férrea, sea de ancho normal, con tracción a vapor o eléctrica, o provisional, estrecha, con dicha tracción o animal. Cualquiera de estas formas que se emplee requiere que se custodien y protejan eficazmente las estaciones, depósitos de locomotoras, de vagones y de material de todas clases, las obras de fábrica y pasos a nivel; que delante de cada tren marche a corta distancia de él una máquina exploradora con una pequeña escolta y algún material para recomponer la vía en caso preciso; sin olvidar, cuando se trate de país enemigo, de conducir también en ella algunas personas importantes, del territorio en concepto de rehenes.

Descansos.—Cada hora se hará un alto de diez minutos; du-

rante él se arreglarán las cargas, se cerrarán distancias y los hombres y ganado descansarán. En el centro del día se hará un alto de duración suficiente para hacer (si no se llevan carros-cocinas) y tomar un rancho y dar agua y pienso al ganado. En todos los descansos se procurará que el sitio elegido reúna ciertas condiciones, tales como abrigo del viento y lluvia en el invierno, del sol en verano, que haya agua abundante y corriente, leña para hacer el rancho y calentarse y apoyar la defensa y facilitar la vigilancia; son a propósito las orillas de los ríos, los valles que siguen a los desfiladeros pasados y los pueblos, si no se conducen municiones o explosivos.

En los largos altos del día o para descansar durante la noche en vivac se aparcan los carros por secciones en columna, con distancias suficientes para transitar entre ellos y cuidar del ganado; pero si el enemigo está próximo se forma un cuadro con ellos, juntando rueda con rueda, con las zagas hacia fuera; y dentro del cuadro se coloca el ganado, los conductores y la reserva o tercer grupo de la escolta. La segunda fracción de ésta se colocará por fuera del cuadro guardando todos sus lados; y la fracción de descubierta se distribuirá en patrullas o puestos avanzados a distancia por todas partes.

Defensa de un convoy.—En este servicio hay que aceptar combate casi siempre donde le conviene al enemigo, que espera o ataca en sitio y circunstancias que le favorecen, como en pasos de vados, caminos cortados, encharcados o inundados, paso de desfiladeros y otros; la escolta debe, en primer término, guardar lo que conduce, por lo que disminuye su poder ofensivo; y aunque resulte vencedora se ve imposibilitada de perseguir al enemigo, porque su deber, ante todo, es la seguridad del convoy que por nada abandonará.

El jefe estudiará rápidamente el terreno, en caso de ser atacado, para sacar el mayor partido de la escolta, para que el contrario no se apodere de los carros o cargas y para que si llega a coger alguno no se marche con él. Procurará detener al enemigo a distancia con la caballería o avanzadas de infantería, en tanto que, acelerando la marcha del convoy, trata de ganar un pueblo o un accidente del terreno donde guardado el retén de la infantería o atrincherado se haga fuerte, mientras se avisa a fuerzas próximas que vengan a prestar ayuda.

Si el ataque fuese por el frente de la vía que sigue el convoy

y la escolta débil para afrontarlo, será lo más prudente y acertado dar media vuelta y emprender la retirada con el mayor orden. Nada puede ser más perjudicial en este caso que la falta de energía del que manda. Su valor, sangre fría y serenidad deben evitar el barullo facilísimo en tales ocasiones, que tiene como consecuencia la caída del convoy en poder del contrario. Una mula que se espanta, un carro que se atraviesa o cae en el camino, las voces de los conductores pueden ser causa bastante para perderlo todo.

Cuando el ataque sea por un flanco se observarán las mismas reglas que acabamos de exponer; y en caso de llegar a ser cortado el convoy por sorpresa o por la fuerza del número, debe la infantería hacer un supremo esfuerzo atrincherándose con los carros y acémilas, mientras la caballería trata de envolver los flancos del enemigo para recobrar lo perdido o salvar lo que resta, por lo menos.

Y si el enemigo se presenta por la espalda y llegase a ser inútil el esfuerzo de la escolta se acelera la marcha cuanto se pueda sin perder el orden, se le deja de cuando en cuando algún carro o carga, mejor si es de aguardiente o vino; y en último caso se forma rápidamente el cuadro de carruajes, con las cargas y conductores en el interior y se defiende el convoy como una fortaleza, prendiéndole fuego, y matando los animales de carga y tiro, cuando no haya medio de salvarle, para que nada de él pueda ser utilizado,

Si el convoy es de camiones automóviles para conducir tropa a las líneas de combate o procedente de ellas, estas tropas serán su escolta y procederá como queda indicado.

Por último en los ataques a convoyes de prisioneros se separan éstos del lugar del combate con una escolta que les obligará, con las armas preparadas, a permanecer echados en tierra, para que no sufran el efecto del fuego en que no toman parte y a fin de evitar su fuga, aprovechando las circunstancias.

Ataque a un convoy.— Tanto como tiene de difícil su conducción y defensa, resulta de fácil su ataque, para lo cual es condición esencial conocer su itinerario, composición, fuerza que lo escolta y su clase y accidentes naturales o artificiales que presenta el camino que lleva.

Los momentos más oportunos para atacar un convoy son:

cuando se está verificando la carga o descarga de los animales o carruajes, cuando los hombres y ganado descansan, descargando éste en los grandes altos, cuando un desfiladero, puente, paso angosto o vado obliga a caminar despacio y con mucho fondo en la columna, por ir de a uno, cuando el que ataca puede hacerlo desde un bosque o terreno sembrado de piedras grandes, lindantes con el camino, cuando el convoy marcha por un arenal, terreno cenagoso o inundado, etc. En todos estos casos es muy fácil producir gran alarma y desorden con unas descargas próximas de fusil o ametralladoras o disparando algunos cañonazos, especialmente si los conductores y ganado son requisados, haciendo el fuego poco intenso por vanguardia para entretenerla y por el flanco con gran energía, especialmente sobre los animales de carga o tiro para inmovilizar el convoy y llegar a coher lo que conduce.

Los convoyes por vías fluviales se atacan aprovechando los recodos, arboledas de las márgenes, las presas y esclusas que obligan a detenerlos y a transbordar los bultos; y los molinos, fábricas, batanes y otros edificios que, situados sobre la corriente o en su orilla, sirven de protección eficaz al ofensor.

Los ataques a vías férreas tienen lugar sorprendiendo a las patrullas que las recorren y haciéndolas prisioneras; volando con explosivos apropiados los puentes, alcantarillas, túneles y estaciones, cortando el telégrafo y el teléfono con que cuentan para el servicio, levantando, estrechando o ensanchando los railes, colocando petardos que los tuerzan al explotar mediante chispas eléctricas producidas desde lejos o mechas o espoletas de tiempo; que dejen pasar la máquina exploradora o las patrullas vigilantes y produzcan su efecto al llegar el convoy. También suele hacerse señal de parar el tren por un soldado disfrazado convenientemente como defensor o empleado de la vía y una vez conseguida la detención se coje al maquinista, se rodean y asaltan los vagones y se lleva el tren donde convenga o se descarga lo que conduce para transportarlo a donde se desee.



CAPÍTULO XIII

Táctica.

Definiciones y divisiones.—Ideas generales relativas a los combates.—Formaciones concentradas.—Escalones.—El combate: sus nombres y reglas generales respecto a ellos.—La ofensiva.—La defensiva.

Definiciones y divisiones—En el combate, como en toda obra humana, hay concepción y ejecución. Estos dos actos son origen de dos ramas de la ciencia militar, llamadas *Estrategia*, que estudia y prepara las operaciones de campaña y sus resultados; y *Táctica* que establece reglas para ejecutar estas operaciones en lugar y tiempo determinados, como ya dijimos.

Por tanto la táctica regula la ejecución de las concepciones estratégicas.

Se divide en *táctica pura* y *gran táctica*.

La *táctica pura* se refiere a la fuerza de un sólo cuerpo o arma, sin tener para nada en cuenta al enemigo ni al terreno. Y como con esta fuerza pequeña se pueden hacer pocas combinaciones, sus elementos son homogéneos y todos proceden de igual manera en idéntica situación, se pueden sentar reglas fijas y señalar fórmulas generales o especiales para cada situación de las que se prevean.

La *gran táctica* aplica los principios y reglas de la *táctica pura* en casos determinados, teniendo presente la naturaleza del terreno y la situación del enemigo. Los problemas de que se ocupa se refieren a la marcha, función preparatoria del combate o consecuencia suya; el reposo, necesario para reponer energías que consume la actividad; y el combate que es el fin esencial del Ejército.

La gran táctica utiliza los elementos de todos los cuerpos y armas y los combina para emplearlos en el combate.

El empleo táctico de las fuerzas en el combate moderno tiene sus características especiales para cada arma, que reuniremos según se deduce de las campañas últimas.

La infantería, nervio de la guerra para la ofensiva y la defensiva, tiene las siguientes buenas condiciones:

Es la principal fuerza en todos los Ejércitos; su instrucción corta; su reemplazo fácil; es la tropa menos costosa; guerrea en cualquier hora y lugar; se basta a sí misma; atrincherada o dentro de una plaza puede detener largo tiempo a fuerzas muy superiores y de todas las armas; combate en cualquier terreno se pliega a él hasta hacerse invisible, prestándole fuerza el más abrupto e impracticable a las otras armas; es muy resistente a la fatiga; y se traslada sin auxilio de nadie siempre que la distancia no sea excesiva; puede conducir cada soldado los víveres y municiones que necesita para varios días; con ametralladoras y serenidad puede hacer frente a su peor enemiga, la caballería; se bate bien de cerca al arma blanca y de lejos con fusil, ametralladora, bombas de mano, etc., y por tales buenas condiciones goza de la superioridad, preponderancia e independencia que en todos los Ejércitos se le atribuyen.

La táctica de la Infantería, impuesta por el alcance, seguridad y efecto útil del armamento, es marchar y atacar de día o de noche. Sólo la ofensiva puede asegurar la victoria y cada soldado necesita conducir un útil de zapador.

La caballería, antiquísima arma de los hechos heroicos y extraordinarios tiene por base el caballo, del que aprovecha el empuje y la velocidad, que son sus cualidades distintivas. Así sorprende al enemigo trasladándose con rapidez increíble donde menos es esperada; decide con su carga (1) el final dudoso de una batalla; y completa la victoria con la persecución del vencido al que desorganiza con su ataque arrollador, con el valor indomable de los jinetes que fían a la inspiración rápida y a la velocidad de sus movimientos la gloria, la seguridad del Ejército entero.

(1) Se llama *carga* a una marcha corta, viva, directa, progresiva e impetuosa que verifica una unidad de caballería hacia el punto que ocupa el enemigo, para desalojarlo, desorganizarlo y aniquilarlo.

Su misión ordinaria es compleja y difícil; se le encomiendan los reconocimientos, toda clase de observaciones y datos sobre el enemigo y sus movimientos, que le molesten entorpeciendo sus operaciones, destruyendo sus almacenes, patrullando por los campos, a vanguardia y los flancos de las columnas, que transmita noticias, que cubra una retirada desgraciada y proteja a las formaciones que procuran rehacerse, etc.

Pero parte de esta importancia disminuye actualmente, porque para trasladar no sólo armamento, sino personal con tanta o más velocidad, se emplean los automóviles con ventaja, así como para destruir al enemigo y sus obras de fortificación pasajera se utilizan los automóviles blindados y armados de cañones (tanques); para explorar y descubrir al enemigo, bombardear sus posiciones, campamentos, depósitos y hasta el interior de su país la aventajan los aeroplanos y otros elementos que emplea la aerostación.

La artillería de todas clases ha tomado preponderancia en las últimas guerras, debido a la eficacia, rapidez y alcance de los tiros, que se emplean para despejar terrenos, derribar obras y obstáculos de todas clases, inutilizar aeroplanos, dirigibles y globos observadores cautivos, de tal modo que aún a distancias larguísimas de la línea de combate nada puede considerarse seguro. A estas condiciones de la artillería se debe la importancia que han tomado las obras para ocultarse, protectoras del ataque y de la defensa para precaverse contra el poder destructor de las piezas en campo descubierto; que las marchas y maniobras se verifiquen casi siempre de noche; y que se hayan modificado los métodos de combate de todas las armas, por la concentración del fuego de muchas y poderosas baterías sobre un sólo objetivo que viene a ser una de las principales características de la guerra moderna.

Los servicios de los Ingenieros han adquirido verdadera importancia y extensión; los ferrocarriles estratégicos para acercar las inmensas cantidades de hombres y material a las bases de operaciones, la construcción de vías de todas clases en las mismas líneas de fuego o a la proximidad de ellas, para el movimiento de trenes sobre vía ancha o estrecha, transporte de artillería gruesa, automovilismo, aerostación y aviación, trincheras y abrigos de gran resistencia, verdaderas fortificaciones y alojamientos subterráneos, en que intervienen la madera, el

hierro, el acero y el cemento; las cinturas de fuertes blindados con poderosa artillería que defienden las plazas de guerra, las comunicaciones telegráficas con y sin hilos y telefónicas permanentes y eventuales que en las líneas de fuego y en toda la zona de operaciones se extienden por doquier, las alambradas y parapetos defensivos, las minas de comunicación entre trincheras y las explosivas, los puentes, las palomas mensajeras, los talleres de recomposición de su variadísimo material, han hecho de la ingeniería militar un elemento de valor inestimable en la guerra de estos tiempos.

La Intendencia ha ensanchado hasta lo infinito su radio de acción; basta tener presente los millones de hombres y hasta de mujeres que intervienen en la guerra para darse cuenta de la dificultad e importancia que alcanza su sostenimiento, su vestido, su transporte, su abrigo, para todo lo que suele resultar insuficiente la producción nacional y hay que recurrir al mundo entero en busca de víveres, algodón, lana, tintes, madera, hierro, carbón, máquinas, dinero; el servicio de convoyes inmensos verificado con automóviles, carros de tracción animal, acémilas y hasta por hombres, la fabricación de tejidos, la confección de ropas para vestir, de material de campamento y de ropas, material y utensilios de hospitales, la creación y administración de los inmensos parques y almacenes que todo ello requiere, la requisición de cuanto facilite el país en que se opera, la administración, exacción, custodia y distribución de contribuciones de guerra y otros muchos cometidos que se le encomiendan.

La Sanidad es hoy un elemento de inestimable valía; los progresos de la cirugía, los preparados farmacológicos más modernos, la cura antiséptica, la radiografía, la ortopedia, toda la ciencia de curar y de higienizar se aplica hoy por el cuerpo sanitario militar para reducir al mínimo las bajas por enfermedad y por heridas, y se llegan a realizar verdaderas maravillas de quirúrgica y ortopedia para hacer hombres útiles de muchos que, sin estos recursos, sólo hubieran servido para dedicarse a la mendicidad.

Ideas generales relativas a los combates.—Se llama *formación* a cada uno de los distintos modos de disponer una fuerza para su más adecuado empleo táctico.

Toda formación ha de servir, por tanto, para marchar, des-

cansar o combatir, que, como queda dicho, son los fines de la táctica.

Las *condiciones de toda formación* son: *fuerza* para hacer uso de sus componentes en cualquier terreno y con el máximo resultado; *flexibilidad* para amoldarse al terreno en que se encuentra, o a que se lleve; *seguridad* para proteger con eficacia al total o a cualquier parte; *movilidad* para desplazarse en cualquier terreno y sentido; *poca vulnerabilidad* para evitar bajas, y *mutuo apoyo* para sumar o continuar los esfuerzos.

La *vulnerabilidad* es la probabilidad que existe de ser herido un hombre o una formación por cada cien disparos que se le dirijan.

De las experiencias hechas respecto a este extremo resulta que:

1.º A menos de 200 metros la posición más vulnerable es la de pie.

2.º La posición menos vulnerable para el tirador es la de tendido.

3.º La posición de rodillas es más vulnerable siempre que la de tendido.

4.º A más de 500 metros es muy difícil herir a un hombre aislado, en cualquier posición que se encuentre.

El coeficiente de penetración del fusil o ametralladora modernos, esto es, el número de hombres que un proyectil pueda herir, colocados en hilera, resulta ser: tres hombres atravesados y herido el cuarto, a 500 metros; dos hombres atravesados, sin herir al tercero, a más de 1.000 metros; y dos hombres heridos, hasta 2.000 metros.

Guerrilla.—Esta formación es muy flexible, favorece el empleo de la iniciativa individual para el aprovechamiento de su arma y del terreno; es poco vulnerable, tan poco que a 500 o más metros puede considerarse como invulnerable si los hombres marchan a distancia de cinco o más metros; pero tiene poca fuerza, movilidad y cohesión.

La *hilera* es fácil de manejar, tiene mucha movilidad, y es poco vulnerable si no excede de 12 a 15 hombres.

La *fila* hasta 1.000 o más metros es casi tan invulnerable como la guerrilla y la hilera, siendo su fuerza y cohesión mayor que las de estas formaciones.

La *línea* tiene mucha dificultad de movimiento, si se trata

de compañía y más si es un batallón; es más vulnerable que las formaciones anteriores por la penetración de los proyectiles, y se halle desplegada o bien con intervalos entre las hileras. Se emplea cuando a la proximidad del enemigo se necesite hacer fuego de gran intensidad.

La *columna* puede ser: *de marcha*, con frente de cuatro, dos o un hombre que son apropiadas para caminar por vías de distinto ancho, con filas abiertas las dos primeras o por un sólo costado todas y a distancia del enemigo. Si éste se halla inmediato no conviene esta formación porque la fuerza ocupa mucho espacio en el sentido de su fondo y se dificultan la vigilancia, el mando y el despliegue.

También la *columna* es *de maniobra* cuando se emplea para trasladar fuerza de un punto a otro en el campo de batalla. Entre las fracciones debe dejarse espacio bastante para que no se confundan y mezclen, y para adoptar fácilmente otras formaciones.

La vulnerabilidad de la columna de a cuatro es grande a corta distancia, resultando siempre tres veces mayor que para la línea.

La *línea de columnas*, denominada por nuestro reglamento táctico *línea de a cuatro*, tiene gran flexibilidad y movilidad, se reúnen y separan sus elementos como los hombres en guerrilla, sin perder la cohesión. Esta formación es la más adecuada para la columna de maniobra con intervalos de seguridad bajo el fuego enemigo.

Son intervalos de seguridad entre fracciones los espacios mayores que cuatro veces el desvío probable.

Formaciones concentradas.—Son las que se adoptan para reunir grandes efectivos en poco espacio. Sólo deben emplearse antes del combate para disponer fácilmente de las tropas o reorganizarlas en terreno oculto a la vista del enemigo y fuera del alcance eficaz de sus fuegos. Estas formaciones son la *columna doble*, la *columna por líneas de a cuatro* y otras.

En éstas, como en todas las demás formaciones tácticas, las diferentes armas deben sostenerse sin estorbarse; cada una ha de actuar en el terreno en que su aprovechamiento sea mayor; la protección recíproca es fuerza que aumenta el valor de cada una; el papel de la Artillería y aeroplanos es preparar la acción y defender; para la Infantería llevar el peso de la pe-

lea; para la Caballería atacar, romper, decidir, perseguir o detener al enemigo, según avance o se retire.

Escalones.— Se llaman a las unidades situadas a retaguardia unas de otras, desbordándose o no, con mayores intervalos que los corrientes. Estos intervalos que serán de 300 metros o mayores, permiten sucesión de esfuerzo, movilidad, seguridad, ahorro de hombres y por tales ventajas se emplea esta formación como preparatoria del combate,

Expuestas someramente las más importantes formaciones preparatorias del combate, aunque ninguna de estas reúne por sí sola todas las condiciones necesarias para efectuarlo, por lo que hay necesidad de combinarlas, señalaremos *algunos principios generales aplicables al combate* en la mayor parte de los casos, que pueden reunirse bajo los títulos de:

1.º Disposición para prepararlo.

2.º Formación para acercarse al enemigo bajo su fuego eficaz.

3.º Formación para combatir al enemigo por la superioridad del fuego.

4.º Disposición para el asalto.

La disposición preparatoria del combate debe tender a que los movimientos resulten fáciles en todos sentidos, que sea rápido el paso a la formación de combate y que asegure el aprovechamiento de los accidentes del terreno. La base para estos preparativos será el fuego del enemigo, y variará la formación según se trate de causarle el mayor estrago y desalojarlo de sus posiciones o si solo se desea acercarse a él.

Cuando su fuego sea eficaz se pasará a la formación de combate; los batallones de primera línea formarán los siguientes escalones: una *guerrilla* con intervalos entre los hombres de cuatro a cinco pasos, que será la línea de fuego, capaz de resistir al fuego enemigo y de contestar al él; los *sostenes* detrás, a 200 o 300 metros, en formación abierta y frente a los intervalos de la guerrilla; a igual distancia a retaguardia las *tropas de refuerzo* o reservas de batallón que, adoptando la formación menos vulnerable, serán el tercer escalón para reforzar las guerrillas y sostenes, contener su retroceso y atender a los ataques de flanco.

Los batallones de retaguardia marcharán concentrados o en la disposición que exija el terreno y se prepararán para el

combate, como ya queda indicado, en cuanto penetren en la zona batida por los cañones enemigos.

Si se llega a combatir por la superioridad del fuego, debe adoptarse una formación apropiada, reuniendo la primera línea hasta en cuatro filas, para conseguir la máxima potencia de fuego, con arreglo al frente que se ocupa.

Las fuerzas de la segunda línea ayundarán a las de la primera, tirando por entre sus intervalos u ocupando posiciones dominantes que les permitan tirar por encima de ésta, desplegadas en el mayor frente posible para también aumentar la potencia y eficacia de su fuego.

Las fuerzas de la tercera línea, a la mínima distancia, que es 400 metros, se concentrarán en posiciones que faciliten el auxilio a las anteriores.

Para el asalto se formarán cuantos escalones se pueda, que se auxilién material y moralmente, de tal modo que rechazado o deshecho uno, avance otro a sostenerlo o reemplazarlo inmediatamente a manera de *olas* sucesivas de hombres, hasta alcanzar el objetivo.

Para defenderse la Infantería contra la Caballería no deben adoptarse formaciones especiales; ésta tiene gran movilidad y la Infantería poca, por lo que perderá tiempo en variar de posición. Por tanto la Infantería recibirá a la Caballería en la forma en que se encuentre, atendiendo a dos cosas: romper rápidamente el fuego y sostenerlo con serenidad. Si el jinete llega al choque con el infante, éste está perdido; es necesario evitar este momento convenciendo al infante de que, tirando con sangre fría y apuntando bien vencerá. Del mismo modo debe inculcarse al jinete la idea de que cargando en invencible.

El combate.—Es el acto o conjunto de actos de dos agrupaciones armadas e instruidas, llamadas ejércitos, que chocan para alcanzar la victoria procurando cada uno su conservación a la vez que la destrucción de su enemigo.

Los combates, con arreglo a la importancia de la fuerza que los sostiene, a su objeto y a otras consideraciones, reciben los nombres particulares de:

Sitios. cuando las fuerzas rodean a una plaza que tratan de tomar y se defiende.

Defensa de plaza, cuando las fuerzas de su guarnición, se

oponen con las armas a la acción de las tropas sitiadoras, para conservarla.

Escaramuzas, cuando sólo luchan pequeñas fuerzas destacadas de núcleos mayores enemigos.

De guerrillas, si son sostenidos por tiradores o fuerzas de protección de uno y otro bando.

Reconocimientos, cuando sólo se entablan para que el enemigo ponga de manifiesto sus posiciones, fuerza, recursos. Estos y los dos anteriores son casi siempre precursores de combates más importantes y cuando se verifican se dice que se *tantea al enemigo*.

Antes de iniciarse un combate formal o en el mismo momento de iniciarse, se debe verificar un reconocimiento, si de antemano no se conoce bien la verdadera situación y fuerza del contrario, para evitar el ridículo que podría hacerse al plegarse sin combatir, creyendo que había mucha fuerza enemiga cuando no era así, o bien realizando una temeridad que pueda costar cara en caso contrario.

Acción, es un combate de alguna importancia.

Batalla, cuando toman parte fuerzas de las tres armas con grandes contingentes y sirven para disputar al enemigo una posición u objetivo secundario o principal de la campaña.

El que manda una fuerza en campaña debe ir pensando siempre *qué disposición tomaría si se le presentase el enemigo*. Si no sabe resolver en el acto el problema, con arreglo a los principios del arte militar, debe abandonar su puesto antes de exponerse a un desastre, porque ignora su oficio. Quien ha de encontrarse en estos trances, tarde o temprano, ha de saber decidir con gran rapidez, en vista de los elementos con que cuenta y de la preparación que en la paz habrá hecho con un estudio constante.

Del modo de lanzar las tropas al combate al principio de una campaña depende mucho el éxito de ella. Si en los primeros encuentros vencen, su moral crece, su espíritu se eleva y fortalece, dan poco valor al enemigo y a sus medios de guerrear, entran en lucha con gran confianza cada uno en todos y todos en cada uno, y con tropas así preparadas pueden acometerse las más difíciles empresas. Cuando, por el contrario, una tropa ve rotas sus filas y dispersas sus unidades por el enemigo desde el principio, atribuye a éste un valor que acaso

no tiene, teme su contacto, pierde el espíritu, y sólo con nuevos jefes enérgicos, temerarios, despreciadores de la vida, podrá volverse el valor y el ímpetu guerrero a estos soldados.

Para conseguir la educación e instrucción precisas a fin de evitar esto último, deben ir guerreando las tropas por un procedimiento intensivo; es decir que a soldados nuevos no ha de confiarse una operación dudosa o de gran resistencia; deben ejercitarse, adquirir hábito, en escaramuzas y combates parciales, pelear mezclados y apoyados con tropas veteranas que alcancen el triunfo.

Cuando dos columnas o fuerzas enemigas se encuentren sin esperarlo, hay un primer momento en que ambas quedan paralizadas ante lo imprevisto. La que primero se rehaga, forme su plan, ordene una distribución pronta de su tropa y se resuelva a ejecutar este plan, tiene mucho adelantado para vencer a la otra aunque sea mayor, bien yendo de frente a ella para arrollarla y desorganizarla antes de que se haya preparado, o bien separándose hasta una posición conocida y difícil que le preste la fuerza que le falta.

Lo peor en este caso y en todos los imprevistos en la guerra es la perplejidad, la ignorancia, la duda, la inacción que son los peores enemigos del Ejército. El oficial debe en estos momentos resolver en el acto; de lo contrario pierde las ocasiones de cubrirse de gloria, de conquistar honores, y lo que es peor: pierde el prestigio para con su tropa que siempre juzga correlativos la energía y la resolución, de la instrucción, capacidad y mérito de quien la manda.

Reglas generales respecto a las batallas.—Respecto de las batallas se pueden sentar las siguientes reglas:

1.^a Para dar una batalla se debe contar tanto o más que con la fuerza numérica con la moral, especialmente en los Oficiales y clases. No se debe presentar sino cuando y donde convenga con entera libertad, evitando que el enemigo obligue a aceptarla.

2.^a Antes de preparar una batalla ha de contarse con el mayor número posible de probabilidades de éxito; de lo contrario se desistirá de ella, mejor que llegar a un desastre.

3.^a Las fuerzas de reserva no se emplearán en la batalla hasta el último momento; la victoria es generalmente de quien más tarde las emplea.

4.º Para el día de la batalla se reunirá el mayor número de fuerzas, preparando sus movimientos de modo que todas las unidades concurren al sitio prefijado en el momento oportuno sin olvidar ninguna por insignificante que parezca, y sin que el retraso de una perjudique a las demás o la derrota de alguna lleve consigo la de todos.

5.ª Una pronta retirada, dando por perdida una batalla, revela pánico, desorganización y exagerado temor al contrario; se debe combatir mientras se pueda.

6.ª Las tropas de reserva deben mantenerse descansadas y a cubierto del fuego enemigo, hasta que éste use las suyas. Entonces se emplearán las propias para contrarrestar su efecto o perseguir al contrario derrotado.

7.ª La caballería no se empleará hasta que el enemigo se halle desorganizado o en estado de inferioridad para acabar de desbaratarlo.

8.ª La Artillería debe preocuparse de preparar la acción de la Infantería y de la Caballería, destruyendo las masas y obstáculos que existan dentro de la zona de su fuego eficaz.

9.ª A toda costa, antes de la batalla y durante ella, se emplearán unos aeroplanos para el bombardeo y el combate contra el enemigo, mientras otros, con globos cautivos y cometas se dedicarán a observar sus movimientos y dar cuenta al mando para auxiliarle en sus planes, así como a observar el efecto del tiro de la Artillería para conseguir su corrección y eficacia.

10.ª A veces un error es motivo de una victoria si quien lo comete sabe apoderarse friamente de la situación y sacar partido de ella, lo que casi siempre podrá hacer.

En toda batalla pueden considerarse, en general, *tres fases* bien distintas: en la primera, al iniciarse, cada ejército trata de reconocer al otro, toma disposiciones, en relación con el terreno que ocupa, para desarrollar su plan táctico, anima a su tropa y la dota de elementos para pelear; en la segunda, se acercan los dos ejércitos, hacen resistencia, cada cual busca el lado débil del otro, el cañón barre hombres y obstáculos; el combate se hace general; y en la tercera, se inicia la superioridad de uno de los bandos, la pérdida de terreno por el otro que empieza a ceder y retirarse con el mayor orden y lentitud que le es dable, en tanto que el vencedor lo acosa, le hace prisioneros,



le persigue y rompe sus formaciones impidiendo que puedan rehacerse.

La ofensiva.—En la guerra es el sistema único que puede ser decisivo, pues aumenta la moral de Jefes y tropa, se priva de libertad de acción al enemigo, se combate donde hay mejores condiciones y se consigue multiplicar el esfuerzo individual por la fe que el soldado llega a tener en la victoria al marchar hacia adelante.

La ofensiva varía según se trate de *combate de encuentro* que tiene lugar cuando chocan columnas enemigas en movimiento; o del *ataque a una fortificación* que se verifica por una fuerza en movimiento contra otra defendida por obras pasajeras o permanentes.

En el primer caso el que adopta la ofensiva estudia las condiciones del contrario, se informa cuanto puede de él y explora su frente para orientarse y formar su plan, valiéndose de espías, de aeroplanos, dirigibles, globos cautivos, y de su vanguardia exploradora. Seguidamente concentra sus fuerzas y las envía al lugar del combate, cerrando las distintas unidades sobre sus cabezas, a lo que se llama *despliegue*.

Llegadas a la zona batida por la artillería se preparan para combatir protegidas por patrullas de combate que avanzan a quinientos o seiscientos metros delante por saltos sucesivos, en pequeños grupos y hasta hombre a hombre, en terreno abierto, reconociendo éste, estudiando los accidentes favorables para ocultarse o entrar en fuego su fracción.

Estas patrullas o guerrillas, de cuatro a ocho hombres, mandadas por un oficial, se embeberán en la línea de fuego en cuanto éste empiece. Entonces se colocará la fuerza en orden abierto, y cada unidad avanza resueltamente hacia el objetivo y con gran decisión hacia el enemigo.

El fuego será continuo y si el fuego enemigo obliga a ello, se cubrirá el ofensor con ligeras obras, utilizando el útil de zapador, para salir de ellas a la voz de mando sin vacilar.

Así llegará a la posición principal del fuego, donde se detendrá, llevando a ella todos los refuerzos con que cuenta para que el fuego adquiera su máxima intensidad; si se consigue superioridad se avanzará con vigor y decisión luchando las ametralladoras propias contra las del enemigo; los altos y detenciones serán cortos, el fuego violento y en caso necesario se

echará la segunda línea para que empuje a la primera. Si el enemigo opone gran resistencia, volverá la primera línea a la posición principal de fuegos para rehacerse y repetir con más ahínco su avance.

Llegados a la última posición de fuegos se desarrolla el fuego con la mayor intensidad para debilitar al enemigo; entonces se arma el cuchillo en el fusil y se procede en relación con la resistencia de aquél, lanzándose al asalto por oleadas, por impulsiones sucesivas y vigorosas de las tropas de retaguardia, reunidas en sitio apropiado y se continúa el avance por saltos y altos cortos protegidos por el fuego. El momento de iniciar el asalto lo señalará el jefe o los oficiales más avanzados si encuentran circunstancias favorables que no deben perderse.

Las líneas segunda y tercera avanzarán con ancho frente y cuchillo armado sobre el enemigo por los intervalos de primera línea y empujando cada una a la que lleve delante.

La reserva general en estos momentos se dispondrá para empezar la persecución del enemigo o proteger la retirada de los suyos.

La defensiva.—En el combate de encuentro, de que nos venimos ocupando, puede ocurrir que el enemigo se anticipe en el despliegue a adoptar la ofensiva. En tal caso la posición más avanzada a ocupar será la que tiene la vanguardia o detrás de ella y faltará tiempo para reconocerla en todos sus detalles; pero la utilización hábil del terreno completada con obras de fortificación pasajera le prestará apoyo y evitará pérdidas.

Pocas posiciones así ocupadas llenarán cumplidamente su objeto, que es: que el enemigo no pueda evitarla sin combatir y que permita al ocupante tomar la ofensiva si le conviene.

Si es muy fuerte se ocupará su frente con el mínimum de tropas; formando una reserva general con las restantes que sirvan para reforzar cualquier punto débil o seriamente comprometido de aquella y para tomar la ofensiva o efectuar un ataque decisivo.

Cuando se trate de una defensiva absoluta se deben conservar las posiciones, aunque el enemigo sea muy superior, hasta recibir orden en contrario. Téngase en cuenta que el defensor sereno puede hacer frente a fuerzas muy superiores en número.

La infantería sólo hará fuego a largas distancias cuando el contrario se descubra mucho y se halle marchando, ocultándose cuando haga alto para tirar. Procurará que su fuego produzca desde el principio el mayor efecto.

Si se trata de un combate ofensivo-defensivo, se realizarán vigorosos *contra-ataques* para impedir o retrasar el avance del enemigo, y *reacciones ofensivas* para expulsarlo de las posiciones que haya conquistado, aprovechando sus descuidos o reposo.

En todos los casos de defensa deben enviarse por delante de la posición destacamentos reducidos que ocupen puntos de paso obligado del enemigo; patrullas de caballería estorbarán la exploración enemiga facilitando la fortificación de la posición propia. Esta se dividirá en sectores de protección recíproca guarnecidos en proporción a su frente; los jefes de ellos formarán reservas con su fuerza y cuidarán de despejar el frente, conocer la distancia a los puntos salientes de él para referir a ellos el tiro y de construir obras que dificulten o impidan el avance del enemigo.

CAPÍTULO XIV

Combates especiales

En puentes, vados, edificios, paso de ríos y desfiladeros.—Atrincheramientos.—Persecuciones y retiradas.

Combates especiales.—Puentes.—La defensa de un puente casi nunca se establece sobre él o antes de él; lo corriente es situarla después de pasado; si tiene bosque o terreno cubierto próximo, hacia el lado del enemigo, se defenderá con dificultad. Lo más acertado para la defensa será disponer de dos posiciones, una muy próxima al puente que domine la entrada opuesta y la evite, y la otra mucho más a retaguardia para batir la salida.

La infantería y artillerías ligeras ocuparán la primera de las citadas posiciones en tanto que la caballería, en pequeños grupos, vigila los puntos sospechosos, con lo que se obtiene el dominio de la orilla que ocupan estas fuerzas.

La segunda posición, formando un amplio arco cóncavo, la ocupará la artillería, teniendo por misión la del centro cañonear a la fuerza que intente pasar el puente o se halle sobre él; y la de los flancos disparar sobre la que haya pasado; la infantería, próxima a las piezas cargará a la bayoneta a las tropas que consigan pasar, como la caballería.

Cuando el enemigo es resuelto y dispone de artillería emplazada en las proximidades del puente, capaz de hacer frente a la nuestra y de obligarnos a colocarnos fuera de su alcance, nos resultará la defensa difícil por la debilidad con que, por la distancia, habrá de sostenerse.

Desde luego es un desacierto dejar el destacamento en la margen opuesta del río para la defensa del puente, porque en

primer lugar se debilita el total núcleo disponible para hacer aquella más enérgica, además es posible que el enemigo le corte la retirada, puede ser causa de que se tengan que paralizar los fuegos propios contra el contrario, si éste, con habilidad se sitúa de modo que aquélla resulte interpuesta entre ambos; y por último, ni aún en el caso de haberse quedado con el fin de incendiar y volar el puente al pasarlo suele conseguirlo, por que el enemigo pondrá en juego toda su astucia para pasarlo al propio tiempo.

En cambio son de gran utilidad para la defensa los islotes próximos al puente, sobre todo si pueden ponerse fácilmente en comunicación con la orilla dominada.

Lo dicho es aplicable al caso de ser numerosas las fuerzas defensoras y ofensoras, y para cuando convenga conservar el puente por cualquier motivo; pero si son en poco número se defiende desde la salida por la infantería y si ésta no puede sostenerse debe destruirlo.

El ataque es fácil; por el lado que se inicie debe colocarse suficiente y próxima artillería desplegada para apagar los fuegos del defensor; entre tanto la infantería, con ligera resistencia, fuerza el paso con rapidez seguida de la caballería y artillería ligera, que toman posiciones en el acto al otro lado y van conservando el terreno que adelantan y toman.

No debe olvidarse que si próximo al puente hay un vado, pasarán por él las fuerzas y por tanto pierde su importancia la defensa y el ataque de aquél.

Vados.—La defensa y el ataque de un vado son bastante parecidos a los de un puente, pero en este caso la ventaja está del lado del defensor, porque sabe exactamente donde está, su profundidad, velocidad de la corriente y desperfectos que habrán causado en él para dificultar su paso, en tanto que el ofensor ignora su situación precisa, ha de pasarlo despacio y con peligro por la velocidad de la corriente, tendrá la resistencia de los animales a entrar en el agua y todo esto es mayor tiempo que estará bajo la acción del fuego certero del defensor.

Para vadear un río se precisa la protección de la artillería que debe alejar o desmontar la contraria, en tanto que pasa la caballería a la orilla opuesta; si en ésta puede sostenerse con la defensa de la artillería de montaña que con ella habrá pasado, vadeará el río la infantería y seguidamente desplegará sus

guerrillas y adelantará cuanto pueda desalojando al defensor de sus posiciones, para que últimamente pase el vado la artillería montada y se continúe por toda la fuerza el combate ordinario, si es preciso.

Los vados que no puedan o no deban defenderse se inutilizarán, haciendo en ellos cortaduras profundas con explosivos, atravesando árboles cortados en las orillas, y grandes piedras, destruyendo las rampas de entrada y salida etc., y cuando sean útiles no dejará en su orilla fuerzas ni señales muy visibles para que el enemigo ignore su existencia.

Combates de edificios en general.—Suponiendo que se trata de un edificio susceptible de larga y eficaz defensa, se divide la fuerza alojada en él en dos partes; una para el fuego y otra de reserva. Cada dos hombres del primer grupo ocupan la espillera que se les designe, sin cumplir más misión que disparar por ella contra el enemigo, con atención, serenidad y apuntando bien, para economizar municiones, con preferencia a los grupos enemigos para causarles el mayor número de bajas, sin proferir gritos, atentos a la voz del jefe que se hará obedecer con la mayor severidad.

Los heridos se colocarán en el lugar más seguro del edificio, como las municiones; a aquéllos se prodigarán los mayores cuidados y socorros en relación con su estado.

Los tiradores serán relevados con frecuencia, al mandato del jefe, porque la tropa fresca tira y apunta mejor, en tanto que aquéllos limpian sus armas y descansan.

Si hubiera caballería se ocultará cerca del edificio para cargar contra el enemigo, desorganizarlo y destruirlo en cuanto tenga ocasión.

La artillería se emplea poco porque tendría que situarse cerca y exponerse a caer en manos del contrario; preferible es que se aleje y que de lejos, si acaso, ametralle a éste.

Las casas de campo aisladas requieren iguales reglas para su defensa; los corrales sirven bien a la infantería para hacer aspilleras en sus paredes; el jefe distribuirá su fuerza después de reconocer y reforzar los puntos débiles de la casa.

Ataque.—Los ataques a casas, corrales o lugares cercados de piedra cuestan muchas víctimas; por tanto antes de intentarlos debe verse si es preciso o no tomarlos.

En caso afirmativo, si hay artillería, es lo más práctico y

rápido hacer a la vez varios disparos sobre el mismo punto, prefiriendo los ángulos salientes; cuando se abra brecha así o sobre un lienzo de pared, se lanza la infantería al asalto por ella, mientras una parte de la fuerza rodea el edificio a fin de evitar que se escape el sitiado o de conseguir entrar por otra parte.

Otro medio práctico es la sorpresa, cuando el ocupante vive descuidado y sabiendo cuál es el punto débil para que los zapadores abran brecha en él.

Por último, cuando se cuenta con personal decidido para acercarse, se prende fuego al edificio a la vez que se ataca y rodea, dirigiendo los golpes por todos los puntos débiles.

Paso de ríos.—Puede tener el triple objeto de pasarlo forzándolo hacia el enemigo, pasarlo en retirada o tratar de defender o impedir que lo pase el enemigo.

Cuando se trata de forzar el paso de un río, es indispensable ocultar esta intención al enemigo, haciéndole ver que se prepara el atravesar aquél por varios puntos, para que su atención se divida, y pasar por donde más convenga; o bien reunir en un sitio gran aparato de fuerza para hacerle creer que por allí se decide hacer la operación, y luego, durante la noche, se pasa por otro lugar ya elegido y reconocido.

El punto que se elija debe ser estrecho, para que se necesite poco material al construir el puente y se gaste poco tiempo en hacerlo y pasarlo; y debe formar un ángulo entrante hacia el enemigo, con lo que consigue que la orilla de nuestro lado domine a la otra (siempre es así en la práctica), y por tanto que nuestros fuegos dominen al del enemigo.

Esta operación se realiza siempre al amanecer o al caer la noche, procurando el mayor silencio y orden, así como el secreto antes de hacerla; se aprovecharán las islas para que la infantería y aun la artillería de montaña defiendan el paso, y los vados que se aprovechen, si los hay.

Mientras se construya un puente se encargará la artillería de mayor alcance que se lleve de batir a la del contrario, para que no impida aquella obra. Construído lo pasarán fuerzas ligeras de infantería, unos cuantos batallones bien disciplinados que a toda costa se apoderarán de los obstáculos, pliegues del terreno o monte que haya al otro lado para hostilizar y contener a distancia al enemigo, en tanto que pasa toda la fuerza.

También es conveniente que dichas fuerzas ligeras atraviesen el río en barcas o almadías, mientras se construye el puente para proteger este trabajo.

Paso en retirada.—Cuando se construye una cabeza de puente, al pasarlo, el repasarlo será fácil, porque se podrá tomar aquella como apoyo; si no existe tal defensa se debe procurar engañar al enemigo, ya sea respecto al punto o en cuanto a los medios que se aprovechan para ejecutarlo.

En cuanto al lugar elegido para pasar el río se reconoce y emplean los mismos medios que para cuando nos ocupamos de su paso avanzando. Al efecto se establece el campamento o vivac como para varios días, se organiza el servicio de protección como de ordinario, y durante la noche, con el mayor orden y sigilo se verifica la retirada en el siguiente orden: artillería de largo alcance para emplazarla en cuanto pase y que funcione si es preciso, los carros, cargas e impedimenta de todas clases y lo último una fuerte retaguardia formada por las mejores tropas que acaso tendrán que batirse con gran serenidad y arrojo en tanto pasan el puente los demás.

Impedir el paso al enemigo.—Como éste procurará ocultar el lugar elegido para verificarlo y los medios con que cuenta para ello sería difícil impedirselo. Por tanto importa mucho adquirir este conocimiento por medio de destacamentos pequeños de observación al mando de Oficiales prácticos para distinguir los ataques verdaderos de los falsos que el enemigo presentará para desorientar en cuanto al punto que tenga elegido para el paso. Conocido éste avisarán dichos Oficiales al grueso de su fuerza que con la mayor rapidez acudirá a oponerse al paso del enemigo colocando a vanguardia sus mejores tropas antes que las enemigas empiecen la operación, porque si algunas pasan, como no pueden retirarse, se defenderán desesperadamente en tan extrema situación.

Combates en desfiladeros.—Se llama desfiladero a un paso profundo y estrecho en relación con la fuerza que ha de atravesarlo. Su defensa puede hacerse delante, dentro o detrás del desfiladero; el primero de éstos medios es el más usado en cuanto lo permite el terreno por resultar el más ventajoso, Si presenta una entrada estrecha, escarpada, seguida de una revuelta donde pueda ocultarse nuestra tropa, la posición es segura y fuerte; si además tiene delante una llanura se podrá co-

locar en ella la artillería que impedirá al enemigo acercarse; y podrán maniobrar las otras armas.

Si desde la entrada ya es estrecho no se podrán emplear las tres armas, y será conveniente penetrar en él y pasar al lado opuesto, si a la entrada quedasen los flancos descubiertos.

La defensa en el interior del desfiladero es inconveniente, si dentro de él no existe un ensanche donde puedan adoptarse las formaciones necesarias. Sólo en caso de que el enemigo se vea precisado a pasar por él y se contase con excelentes posiciones que no hubiera el temor de que aquél pudiera envolver, se podría acometer la defensa, pero rara vez estas operaciones han resultado bien al defensor.

Si se ha de establecer la defensa, pasado el desfiladero, esto es, detrás de él y dándole frente, se hará con numerosa artillería que enfile la salida y los flancos; detrás de ésta y en sus costados y huecos se colocarán batallones de infantería en columna; y la caballería cubrirá los extremos de los flancos, sostenida por la artillería, mientras parte de aquélla vigila y escudriña el interior del desfiladero para avisar cuando llega el enemigo.

En cuanto al ataque tampoco pueden sentarse reglas fijas que dependerán de las circunstancias; con fuerza superior en número, es como únicamente debe intentarse el ataque para rodear al enemigo, forzarle a que entre en aquél y luego perseguirlo, pero teniendo en cuenta que esta operación siempre es muy sangrienta y cuesta pérdidas enormes, por lo que, antes de empezarla, conviene contrastar si corresponderá la importancia de estas pérdidas a su utilidad.

Desde luego es condición fundamental de estos ataques, la mayor energía desde el principio al fin del combate, porque son fatales las consecuencias de la irresolución en estos casos,

Atrincheramientos.— Tienen por objeto los atrincheramientos fortificar una posición, aumentar la resistencia de un puesto o de una tropa y afirmar el aplomo y serenidad de ésta.

Para que la fortificación de una posición sea eficaz, es preciso saberla elegir y utilizar.

Los medios de fortificar son varios: uno muy eficaz es la inundación del terreno, desbordando algún río mediante diques o presas, aunque no sea muy caudaloso. Una tala abundante

de árboles es un excelente medio para contener la marcha de las fuerzas y desorganizarlas.

Las aldeas, casas aisladas, se pueden poner en estado de defensa; los pueblos pueden defenderse desde el exterior, desde las casas, aspillerando las paredes de corrales, jardines, viviendas y especialmente de las iglesias que por su fuerte construcción y situación dominante y aislada pueden servir de reductos de seguridad.

Los ríos se fortifican con defensas y obras de tierra delante de sus pasos y puentes, llamadas *cabezas* de puente, que cumplen condiciones especiales, y lo mismo pueden servir para proteger el paso y despliegue de fuerzas que para asegurar y cubrir su retirada.

La condición más importante es que disten del puente un espacio de 2.000 o más metros, suficiente para que la artillería enemiga no pueda destruirlo o causar un desastre en las tropas al pasarlo, bien avanzando o en retirada.

Inmediato al puente, en su retaguardia, se construye uno o más reductos con artillería gruesa que proteja la cabeza de puente y el paso de éste.

Persecuciones y retiradas.—De poco sirve conseguir ver vencido al ejército enemigo al final de una batalla; los dos partidos habrán experimentado sensibles pérdidas y el campo conquistado lleno de heridos, moribundos, cadáveres, arreos y material destrozado, puede ser muy glorioso pero nada resuelve. Es necesario *perseguir* al vencido para obtener la victoria completa, la utilidad, dispersándolo, desmoralizándolo, aniquilándolo, de tal modo que este resultado pueda ocasionar el triunfo definitivo o prepararlo, sin dejar tiempo de rehacerse al contrario, que podría reforzarse y presentar nuevos combates que le fuesen favorables.

Debe el jefe vencedor a toda costa levantar el espíritu de su tropa y animarla, obligarla a la persecución, porque es probable que al verse victoriosa, como a la vez estará cansada y fatigada por la lucha, se conforme con la retirada del vencido.

Es preciso para coronar el éxito que éste sea completo, que la infantería ocupe y fortifique el campo en cuanto termine la lucha y que haga fuego intenso con amplio frente sobre el enemigo.

La *persecución*, para que rinda todo su efecto, ha de ser

dirigida por un general de tanto valer en todos sentidos como el que ampare una retirada, y ha de ejecutarse por las tropas de reserva, descansadas o por las que menos hayan sufrido en el combate, para que acosen con vigor y sin tregua a las fuerzas que se retiran. Se formará un núcleo principal o vanguardia que cumpla esta misión; y además es indispensable una o más columnas de tropas ligeras que amenacen al enemigo por los costados cuando se detiene y vuelve a defenderse; estas columnas también destacarán guerrillas o patrullas a caballo que le molesten y hostilicen constantemente; los aeroplanos intervendrán en la operación dejando caer bombas sobre sus masas de tropa, sus convoyes y sobre los puentes, desfiladeros, etcétera, que se vea obligado a pasar para destruirlos y retrasar su marcha, con lo que aumentará su desmoralización.

También los aeroplanos observarán la dirección que sigue el grueso del vencido fugitivo y en vista de los datos que proporcionen al general sobre el particular lanzará éste a la caballería ligera primero y después al ejército entero para que aquél no pueda ejecutar una ofensiva vigorosa contra la vanguardia que más de cerca le sigue. Esta procurará estar en disposición de resistir siempre que la retaguardia enemiga haga frente, pero será prudente en la persecución si tiene que penetrar en un desfiladero o dividirse, por si el contrario ha podido recibir refuerzos que pudieran causarle un revés.

Por último si se cuenta con fuerzas situadas en la dirección en que se retira el enemigo debe tratarse de cortarle la retirada, lo que aumentará su desorganización.

La *retirada* puede ser parcial o total. En el primer caso suele tener por objeto separar a retaguardia de la línea de combate, una o más unidades cansadas para reemplazarlas por otras; a veces es una estratagema del mando para atraer al contrario a lugar que le conviene más o para prepararle una emboscada.

La verdadera retirada, el abandono del campo a continuación de una batalla formal y decisiva, deprime el ánimo del vencido de tal modo que será necesaria toda la autoridad, la energía y hasta la astucia de los jefes para contrarrestar la desmoralización y la desbandada de sus tropas.

El no hacer entrar en combate las reservas hasta el último

momento es uno de los preceptos que debe tenerse más presentes en los combates.

Cuando se ve que van desapareciendo las probabilidades de conseguir una victoria, si el combate no se puede restablecer y los esfuerzos para ello necesarios sólo servirían para contener momentáneamente la avalancha que más tarde y más fuerte no se podrá resistir, es hora de preparar la retirada.

Contando con esta posible eventualidad *debe el que manda la tropa, haber pensado, desde antes de empeñar combate, en cuál podrá ser el camino libre, de salvación, que seguirá en caso de derrota, como en el que tomará si consigue la victoria.* La excesiva confianza en las propias fuerzas, el desprecio de las contrarias y la despreocupación o ignorancia de los generales han sido causas de innumerables desastres de que están llenas las páginas de la historia.

Una vez decidida la retirada, se ordena con tiempo y método la marcha de los prisioneros, heridos, parques de material, depósitos de víveres, ambulancias y todo lo que pueda entorpecer a las tropas más castigadas que serán las que sigan a estos convoyes, en tanto que las reservas ocuparán la línea de fuego desplegando la más tenaz resistencia al empuje del enemigo, para dar tiempo a que se alejen los anteriores.

No pueden darse reglas fijas respecto a esta difícil operación; el talento, la fama, la sangre fría del general elegido para dirigir una retirada a la vez que las condiciones aprovechables del terreno, serán la base para determinar la proporción en que ha de colocar las fuerzas de las tres armas. Estas tropas irán poco a poco cediendo terreno por escalones, prolongando cada día el combate hasta la noche, a fin de que en la primera jornada hayan podido reorganizarse a quince o veinte kilómetros las tropas, cuerpos y servicios a quienes protegen. Conseguido este orden, se ocuparán los cuerpos rehechos de cubrir y defender los pasos difíciles (vados, puentes, desfiladeros, etc.) que haya de atravesar su retaguardia al retirarse y que el enemigo podría aprovechar.

Si las tropas han perdido su moral, si la retirada se hace sin orden, si la dirección de ella no la tiene un general muy prestigioso, en quien todos, oficiales y tropa confíen, se convierte aquélla en una huida vergonzosa imposible de contener.

Pueden las retiradas ejecutarse en una sola dirección, per-

pendicular u oblicua al frente de operaciones; o en varias direcciones divergentes; éstas suelen tener lugar en país propio donde encuentran fácil protección los pequeños núcleos en que se fracciona la fuerza, si no se trata de una guerra civil; en tanto que las primeras se llevan a cabo en territorio extraño.

Durante la noche el vencido ha de aprovechar la obscuridad para dedicarse al reposo y preparar nuevas marchas que despisten al contrario.



CAPÍTULO XV

Guerras irregulares

Su concepto y características estratégicas.—Tropas indígenas.—Vestuario y armamento.—Operaciones y comunicaciones.—Marcha por terreno montañoso.—Marcha por los bosques.—Marcha por los desiertos.—Camminos por terrenos pantanosos.—Nuestras guerras irregulares probables.—Modo de combatir a los marroquíes.—Efectivos y organización de las tropas a emplear en las guerras irregulares.

Guerras irregulares. *Su concepto y características estratégicas.*—La guerra regular se funda en lo organización de grandes contingentes de hombres con arreglo a una dirección única e inteligente; a los principios del derecho internacional; a las reglas del arte de la guerra y contra un enemigo preparado de análoga manera.

La guerra irregular, como indica su nombre, tiene como base muchos pequeños grupos de hombres mandados por muchos jefes, organizados según la necesidad del momento, conducidos con las reglas del arte de la guerra pero aplicadas en cada caso como la ocasión y circunstancias consientan; la tropa, y aun los jefes a veces, serán valientes, entusiastas, con iniciativas que suplirán a su falta de instrucción militar y práctica guerrera; tan pronto las pequeñas unidades se conglomerarán para formar una colectividad numerosa en ocasión favorable a sus planes, como se dislocarán y camparán disgregadas para obtener fines secundarios y parciales; su armamento, impedimenta y medios de vida y de combate serán deficientes, llegando a veces a faltar alguno.

Las fuerzas irregulares por esta falta de impedimenta y de material, gozan de gran movilidad, aptitud para el combate y

para aparecer o desaparecer por donde suele ser imposible maniobrar ni moverse al enemigo de modo regular; viven sobre el país; sus heridos y enfermos se albergan y cuidan en el pueblo más próximo; muchas veces serán guerrilleros que quedarán en sus propias casas.

La guerra irregular obedece a que contra los ejércitos regulares de las naciones poderosas, que cuentan con gran número de soldados y elementos de todas clases, sólo pueden oponerse los pequeños y pobremente dotados de las naciones de secundaria potencia militar o las fuerzas de estados inciviles de Africa, Oceanía y Asia, o las coloniales de naciones europeas, apoyándose en la fuerza que el terreno, la fiereza, la astucia o la idea de independencia les presten. Es, pues, la guerra del débil contra el fuerte, del salvaje contra el civilizado, del oprimido contra el opresor; es la lucha de encrucijada, de acecho, para destruir con paciencia al enemigo fuerte cuando no se puede de otro modo; la venganza, la resistencia para el ataque súbito y ocultarse después de causar pocas o muchas bajas en un instante, la frugalidad, la persistencia en la idea, la temeridad son los caracteres de esta guerra terrible.

El débil apela a todos los medios a su alcance para salvar su honra y su libertad con la independencia de su país, así como el fuerte pone en acción dos o diez soldados contra uno, muchos medios contra pocos o ninguno, hasta el bloqueo lícito, legal, para evitar que a aquél le lleguen auxilios, víveres, armas, etc., mientras él, valido de su fuerza y apoyado en el derecho internacional, los adquiere para sí.

El ejército guerrillero o irregular ha de ser muy distinto del regular. Este, formado por hombres de todas las clases sociales que la ley lleva obligatoriamente al cuartel, no es homogéneo, es decir; que el labrador, el pintor, el estudiante, el hijo de la aldea y el almibarado propietario de la Corte, no pueden pensar, sentir ni resistir igualmente; por tanto las unidades armadas que con ellos se forman son capaces de un rendimiento determinado, del cual no se podrá pasar; porque el elemento armado no es su ideal; para él el servicio militar es una situación transitoria a la que, en general, no se aficionan.

En cambio el guerrillero es hombre rudo, habituado a las faenas del campo, a las inclemencias del tiempo, a la vida de privaciones; se presenta voluntario en filas, atraído por el nom-

bre prestigioso del jefe o de la unidad, o bien por el afán de gloria y prosperidad que no hallaba pegado al terruño; y muchas veces empujado a la venganza de un ultraje recibido en sí mismo o por alguien de su familia; en estas condiciones el guerrillero o soldado irregular es atrevido, fanático, realiza proezas de que no se creería a sí mismo capaz, es patriota y doblemente valiente porque sabe que debe matar o morir, pues la guerra suele ser de odio, sin cuartel, como él mismo la practica.

El soldado de guerra irregular vive escurriéndose de entre el enemigo, filtrándose por entre las fuerzas de éste, en continua movilidad, mediante marchas rápidas, constantes; huyendo de las grandes urbes para albergarse durante corto tiempo en las casas de campo con gran sigilo, vivirá mal vestido, peor calzado y aún peor comido, le pagarán o no, tendrá, por excepción, quien le cure y con frecuencia sufrirá agazapado en observación, tras la grieta de una peña, en un ribazo o acantilado, horas y horas de calor que lo derrita o de agua que lo cale hasta los huesos.

Combatiendo sólo debe esperar el éxito de su valor, de su iniciativa, del aprovechamiento de cada cartucho, de su serenidad en el ahorro de éstos, porque carece del auxilio de otros combatientes en quienes pueda fiar; si resulta herido o permanecerá abandonado o tendrá que llegar a pie, sólo por excepción en camilla o acémila, hasta el próximo caserío, donde probablemente carecerá de cama, medicinas y medios de todas clases.

El terreno para el combate será frecuentemente insano, propenso al paludismo, con temperaturas muy diferentes, cubierto de maleza y de insectos que tendrá que limpiar si quiere armar su tienda para pasar en él la fiebre que siente iniciarse.

A propósito de la guerra irregular o nacional dice Villamartín: «tiene que ser a muerte; es muy triste sentar esto como principio teórico, pero si no se hace al conquistador todo el daño que quepa dentro de los límites de la justicia humana el espíritu decae... todo el país se levanta contra el odioso conquistador, todos coadyuvan con sus riquezas, su valor, su talento, siendo declarado traidor, perseguido y muerto el que se opone a esta terrible sacudida, he aquí las guerras nacionales. En ellas hom-

bres, mujeres, niños, ancianos, todos se revuelven contra el enemigo; los niños matan, los viejos espían, los jóvenes se baten, las mujeres hacen cartuchos y curan heridos; si no hay Ejército se levantan por partidas; si no hay cañones se hacen de troncos; si no hay fusiles se usan hierros aguzados; si no hay baluartes, barricadas, cada cerca, cada barranco es una plaza de guerra; si no hay pan se comen carnes inmundas y luego se muere de hambre con la mano huesosa aferrada al arma. ¿Quién puede vencer a un pueblo que así expresa el solemne sentimiento de su odio? El enemigo gana batallas, toma escombros de ciudades, fusila, incendia, todo lo ocupa; pero nada domina; mata pero no vence, y sin espionaje, sin líneas de comunicación, sin recursos, sin base, a la ventura es cortado y fatigado; sorprendido todos los días, siempre envuelto, las patrullas que destaca a cien pasos no vuelven jamás a él, pierde los convoyes, y desesperado, acosado como el jabalí por las jaúrias, halla en una desastrosa retirada la ignominia y la muerte».

El General, jefe y oficial, cada cual dentro de su mando, necesitan también cualidades especiales. En la guerra irregular, especialmente los oficiales tendrán un campo de acción, una iniciativa y una independencia que en la guerra regular, no pueden alcanzar. Necesitan un valor personal, un vigor físico y un valor moral que en la guerra regular, entre otros, no precisan porque el servicio de unos y otros se funde; en tanto que en la irregular, procediendo sólo, aislado, tendrá cada cual repetidas ocasiones para poner de manifiesto su talento, ilustración y facultades.

Los servicios de parques, almacenes, convoyes, etc., varían también notablemente en guerra, porque tienen lugar en teatros montañosos, en bosques intrincados, donde no existen los anchos, firmes y llanos caminos necesarios para que aquellos se muevan.

En cuanto a municiones no será cosa fácil para la tropa irregular adquirirlas, ni en caso afirmativo transportarlas al teatro de la lucha; por lo que las ahorrarán los soldados cuanto puedan teniendo no sólo en cuenta la escasez y difícil reposición, sino que emboscados entre malezas, rocas, en lugares estrechos o cubiertos de bosque más o menos espeso y virgen, será frecuente que la trayectoria y eficacia de las balas se dis-

minuya por el choque con las piedras, troncos y desigualdades que se oponen a su libre camino.

Cuando se trata de la defensa, serán factores que la apoyen, la pólvora sin humo y las débiles detonaciones de los fusiles modernos, porque contribuirán a que sea desconocida la posición del defensor, de tal modo que unos cuantos guerrilleros serenos, que tiren con calma bien parapetados entre peñascos, pueden destrozar una numerosa columna de fuerzas regulares sin que ésta llegue a enterarse del sitio ni de la distancia a que se halla quien la ataca, ni de la importancia de su enemigo.

Las grandes unidades tácticas que con el Ejército se organizan para la guerra regular, no son convenientes para la irregular, en la que son más útiles las pequeñas fracciones para las operaciones rápidas, aisladas y múltiples. La *división* será sustituida por la columna de fuerza y composición muy variable según su objeto, el terreno y el enemigo. La unidad superior en infantería conviene que sea el batallón de a cuatro o seis compañías formada cada una con 200 hombres. Cuando hayan de recorrerse grandes distancias, parte de la infantería constituirá guerrillas montadas para hacer frente al enemigo donde sea necesario, con tanta velocidad como él se traslada, pero no para combatir, que se hará a pie, dejando los caballos emboscados en sitio próximo y seguro.

La caballería podrá utilizarse o no en la guerra irregular según los procedimientos de combate que emplee el enemigo y la estructura del terreno en que se haya de operar. Lo probable es que el contrario se refugie en zona montañosa, y entonces el papel de esta arma es muy limitado. Sin embargo, y prescindiendo de las grandes unidades, será práctico y útil emplear escuadrones sueltos de 125 caballos, divididos en cuatro secciones, al mando de oficiales, procurando que los caballos sean del país, porque estarán en condiciones de resistir el clima, alimentación, dureza de las operaciones, etc., mejor que los que pudieran llevarse de la nación, que además de ser más costosos, son delicados para la travesía, y luego en su aclimatación.

Respecto a la artillería, sólo habrá que pensar en la de montaña, y poca veces en la de a caballo; la de grueso calibre será inútil mientras no se cuente con buenos caminos y medios

apropiados para su aplicación, que rara vez tendrá lugar, porque el enemigo irregular no suele contar con fortificaciones ni grandes núcleos de fuerza para destruirle.

La artillería de montaña es susceptible de ser conducida a lomo por casi todos los sitios por donde transite la tropa; pero antes de llevarla debe estudiarse y aquilatarse si será útil en relación con el gasto, dificultades y peligro de tenerla que abandonar por las muchas bajas que sufre el ganado debidas a enfermedades y heridas. En caso de llevarla debe organizarse en baterías de cuatro a seis piezas con gran número de disparos y el ganado (mulos, caballos, camellos, elefantes, bueyes, etcétera), conviene obtenerlo en el país, como sus conductores.

También es medida de buen gobierno, que con toda clase de fuerzas, en todas las columnas vayan guías o espías del país que lo conozcan bien, procurando tenerlos bien pagados y a devoción de las tropas que acompañan por los utilísimos servicios que constantemente les prestan.

Si importantes son los servicios de las armas en general, no son menos necesarios los de los cuerpos auxiliares, porque en la guerra irregular es siempre mucho mayor el número de bajas por enfermedad, diferente alimentación o poco adecuado albergue, que las causadas por las balas.

Los servicios de los ingenieros son de extraordinaria valía; tan pronto tendrán que desmontar el terreno o talar una selva para abrir camino, como abrir un pozo o construir una presa en un arroyo o río para conseguir agua potable; levantar con tablas barracas que sean origen de un pueblo o drenar un terreno a fin de sanearlo para instalar un vivac o un sistema de trincheras; tender una línea telefónica o telegráfica, como transmitir con el heliógrafo las noticias que los aeroplanos, dirigibles o globos faciliten, relativas a sus observaciones sobre el país y el enemigo, construir muelles, desembarcaderos, almacenes, hospitales y vías férreas, todo con los materiales que el terreno facilite, que no siempre serán los más útiles ni apropiados; establecer fuertes defensivos a lo largo del camino que las tropas y convoyes tengan que recorrer; desecar pantanos y ciénagas, chapear manigua y exuberante vegetación para conservar las vías de todas clases, tender puentes y pasadizos sobre ríos y torrentes, etc.

Para tantos y tan variados trabajos deben estar formadas

las tropas de ingenieros con naturales del país, guiados por un núcleo de soldados llevados de la metrópoli; éstos les darán ejemplo y explicación de las labores que hayan de realizar y aquéllos las ejecutarán resistiendo bien el calor, el frío y otras influencias nocivas, propias de aquellos climas y lugares. Las fuerzas de ingenieros se dividirán en compañías independientes con 180 a 200 hombres formando cuatro secciones mandadas por Oficiales.

Los servicios de Intendencia no son de menor importancia que los anotados de ingenieros, porque gran parte de la perjudicial influencia del clima y de la mortífera acción del país se contrarresta con una alimentación sana, abundante, adecuada, un vestuario en relación con el clima, un material de campamento y alojamiento, de hospitales, de transportes, de almacenamiento, etc., bien estudiado y todo complementado con un trabajo incesante, honrado, en beneficio de la tropa. Como consecuencia de lo expuesto debe la Intendencia buscar, dentro y fuera del teatro de operaciones y de sus país, los víveres, primeras materias y artículos para todos los servicios que le son peculiares, el ganado, los carruajes, organizar y ejecutar los transportes terrestres y marítimos, cuidar de la conservación en las mejores condiciones de cuanto aporte a sus almacenes para evitar averías y pérdidas irremediables, y atender a que la distribución de artículos y materiales a los cuerpos sea oportuna y cabal. Los animales de carga (mulos, caballos, asnos, elefantes, camellos, etc.) son, en general, más útiles que los carruajes en estos países donde no existan caminos o los recién hechos no tengan aún el afirmado necesario para el tránsito. La carga que normalmente pueden conducir estas bestias es, sin incluir el peso del baste o albarda, en jornadas seguidas hasta de 30 kilómetros como máximo: para un mulo de 100 kilogramos; para un caballo 90; un asno 65; un camello 185; un elefante 500; teniendo buena alimentación y camino fácil: si hay viento o lluvia de frente, piso de arena o barro, o charcos, vía tortuosa, cortada, con fuertes desniveles, calor, frío, nieve, etcétera, la jornada y el peso se disminuyen en una tercera parte y a veces más.

En algunas campañas se han empleado los *coolíes* (hombres o mujeres indistintamente) con buen resultado.

En la guerra irregular no debe pensarse en la explotación

del país: es preciso conducir todo cuanto el Ejército necesita, constituyendo grandes e interminables convoyes que son la dificultad mayor que el mando ha de tener en cuenta para planear las operaciones, tanto que *uno de los caracteres distintivos de las guerras irregulares es la subordinación de las operaciones militares a la posible realización de las de Intendencia.*

Las tropas de este Cuerpo se formarán, como las de Ingenieros, con personal muy apto para la carga y descarga y manejo de bultos, carros y acémilas, dependiendo de su habilidad el ahorro de muchos contratiempos durante las marchas, de lesiones y muerte del ganado y de desperfectos de los carruajes. Deben formar compañías independientes divididas en secciones al mando de Oficiales.

El servicio sanitario es el de mayor interés ya que en la guerra irregular el enemigo menos terrible es el hombre; otros hay que acechan al militar incesantemente y producen bajas en las filas en horrible proporción si los servicios de sanidad no están debidamente atendidos; las marchas por país insalubre, las heridas mucho tiempo sin curar, la falta de cura antiséptica, los campamentos y vivaques en terreno húmedo o cenagoso propio para el paludismo, el clima abrasador o helado, la alimentación del país, muy diferente de la usual, la miseria y enfermedades endémicas y epidémicas de los prisioneros y naturales que por contagio se transmiten, la falta de locales higiénicos para instalar enfermerías y hospitales, la carencia de elementos para aseo por no usarse en el país, etc. originan el cólera, disentería, las fiebres tifoideas, las palúdicas y otras dolencias a que el médico militar con incansable caridad, constancia, previsión y abnegación ha de hacer frente, sobreponiéndose casi siempre a las innumerables dificultades que la naturaleza, el enemigo y la falta de medios, originan.

El personal sanitario se dividirá en numerosas secciones con camillas, carros-ambulancias y material sanitario abundante afecto a las columnas que operen aisladas.

Tropas indígenas.—Un modo de formar el Ejército colonial o irregular sin gran dispendio y de buenas condiciones es recorriendo a las tropas sacadas de entre los naturales del país que serán preferibles a los soldados de la metrópoli, porque su naturaleza está habituada al clima y sus variaciones, su ali-

mentación, vestido, enfermedades, conocimiento del terreno las hace aptas para todas las empresas que se emprendan en cualquier tiempo, se restan adeptos al contrario y las bajas no son tan sentidas, a la vez que en el país propio no se quitan inteligencia y brazos jóvenes del laboratorio, la cátedra, el taller y la campiña, ni se gastan las cuantiosas sumas que su transporte origina.

Por otra parte al dividir la fuerza indígena del país, se enconan los odios y pasiones entre los dos bandos que se forman, y si se atiende a los leales desplegando una política de atracción y protección fundada en pagarles sus haberes con puntualidad y largueza, proteger su familia y propiedad, conceder honores y premios a los que mejor se porten, acoger con afecto a los desertores del bando hostil, respetar y hasta admirar sus costumbres, religión y ritos, distribuir los destinos entre los naturales más aptos, etc., es evidente que se habrá adelantado mucho en favor de la causa nuestra, porque además se prestarán a facilitar noticias, guías útiles y hasta a llevar entre las filas del contrario la desconfianza en los jefes haciendo correr las ideas de traición a su causa y otras que se considere oportuno circular para su desprestigio y pérdida de eficacia.

Vestuario y armamento.—El vestido ha de estar en relación con el clima del territorio; debe ser sencillo, uniforme para todas las armas, cuerpos, tropa y oficiales; sólo habrá para éstos y las clases algún pequeño distintivo apreciable de cerca; será holgado, de color lo más semejante posible al de la tierra; el cubrecabezas será el salacof para países cálidos; el calzado de cuero, cerrado, con polainas de paño en terreno fangoso o frío; y alpargata en país seco o montañoso; para abrigo es conveniente la manta de lana.

También el armamento ha de reunir determinadas condiciones en relación con el terreno; ha de ser corto, de repetición y de carga sin humo. Todas las tropas deben usar un machete de hoja ancha y pesada que sirva para cortar leña, hacer estacas para alambradas, chapear la maleza, abrirse camino y otros usos además del principal de defenderse u ofender en caso necesario.

Operaciones y comunicaciones.—El país enemigo puede estar separado del propio por una frontera terrestre o por el mar. En

el primer caso puede considerarse todo el país propio, y especialmente dicha frontera, como base de operaciones que deberá ponerse en estado de defensa y prepararla para que desde ella se inicien las vías de comunicación y líneas de operaciones. También puede ser nuestra una plaza o porción de territorio en la costa del país contrario y en tal caso se preparará como hemos dicho para la base, pues tal será y de ella arrancará cuanto se envíe a las líneas de combate.

Por último, puede suceder que no se posea ni domine parte alguna del territorio enemigo; entonces habrá de hacerse un desembarco a viva fuerza. En estos dos últimos casos se fortificará la base adoptada en la medida precisa para que preste seguridad a los parques, hospitales, almacenes y tropas que se instalen en ella y sirva de refugio al Ejército o parte de él en caso desgraciado. También se sanearán el suelo, las viviendas y los alrededores y se dotará de muelles adecuados en el puerto, si es plaza marítima.

A partir de esta base, según el Ejército vaya adelantando hacia el interior del país, asegurará sus comunicaciones, construyendo los fuertes o trincheras que sean precisos dotados con los defensores que requieran: igualmente se asegurará la posesión de las poblaciones colocando en ellas guarnición proporcionada, porque ha de tenerse en cuenta que si bien en la guerra regular basta vencer en una batalla para dominar en parte o en todo el país, en la irregular sólo se domina por lo general, (sólo se domina) el terreno que se pisa y se guarnece. Por lo mismo no deben ser objetivos las posiciones, fortificaciones ni poblaciones que el contrario abandonará a veces hasta sin combatir; lo que importa, el objetivo casi único, deberá ser la destrucción del enemigo.

Sólo con las medidas indicadas podrán enviarse por los caminos existentes, o que se abran, refuerzos y convoyes para la vida del Ejército. Las fuerzas que guarnecen aquellos fuertes o defensas vigilarán, harán correrías, prepararán y estudiarán emboscadas y estratagemas que despierten y sostengan su energía y su moral a la par que su salud.

También son de gran conveniencia defensiva los campamentos atrincherados que vienen a sustituir en esta clase de guerras a las plazas fuertes, campos atrincherados y bases secundarias. Pueden hacerse alrededor de un pueblo o mejor en

campo raso, y sirven para alojar tropas cansadas o de reserva, contener hospitales, parques y almacenes, más o menos importantes según su situación. No necesitan grandes defensas porque el enemigo no contará con medios adecuados para destruirlas, ni han de considerarse como permanentes, porque además de tener el fin indicado, sirven para guardar un cruce-ro de caminos importantes, un nacimiento o curso de agua, un punto dominante, etc., que, una vez pasada su utilidad, cesa también la del campamento que lo defiende.

Deben reunir excelentes condiciones higiénicas y estar en comunicación telegráfica o telefónica con otros próximos desde el primer momento; luego que se domine el territorio se harán llegar a él buenos caminos y alguno de hierro, aunque sea estrecho para facilitar todos los servicios, siempre que se asegure su eficaz defensa.

Otras defensas están constituídas por las trochas o líneas de fuertes próximos y trincheras cuyos extremos se apoyan en accidentes inaccesibles, como el mar, grandes ríos, etc. Se emplean para limitar la acción del enemigo impidiéndole el paso a través de esta línea y necesitan una fuerte y vigilante guarnición que no siempre consigue su objeto.

Marcha por terreno montañoso—El teatro de operaciones en la guerra irregular será, en general, pobre, sin caminos, con mucha vegetación, especialmente bosque intrincado, terreno pantanoso o desierto, sin agua ni apenas población, donde los rigores del clima llevarán a las tropas muchos más padecimientos que las armas; las montañas sin otras vías que las estrechas sendas hechas por las fieras, los ganados y algún cazador, serán difícilísimas de recorrer a las tropas y sus acémilas, se prestarán a la más tenaz defensa, porque cada piedra es un fuerte, cada quebrada una inaccesible trinchera dominante, imposible de batir por ser poco eficaz para ello la única artillería, la de montaña, que acaso se pueda conducir por tales vericuentos. Cuando se siga la dirección misma que la cadena de montañas conviene buscar su divisoria que a veces presenta continuadas mesetas que con facilidad recorren las fuerzas de todas las armas; otras veces aquellas alturas son rocosas, abruptas y cubiertas de nieves; en este caso hay que marchar por las sendas a media ladera, resultando muy peligroso el avance, no sólo porque puede ser dominado por arriba y por

abajo desde excelentes parapetos, donde pocos tiradores buenos y serenos pueden causar mucho daño, sino porque los buzones de las faldas y laderas obligan a recorrer mucho camino para adelantar poco y a pasar torrentes, barrancos y precipicios que son mataderos de hombres y animales de carga en cuanto resbalan, cosa que se repite con penosa frecuencia.

Si la dirección es perpendicular a la del espinazo de la sierra y se pretende por tanto, atravesarla o ganar su cumbre, un puerto o collado, es conveniente subir por lo más alto de sus estribos o mejor buscar los caminos que a aquellos puntos conducen, únicas vías que la necesidad obliga a que existan en las montañas.

Marchas por los bosques.—En países cálidos son frecuentes los bosques vírgenes, poblados de árboles seculares que crecen espesos y entrelazados por abundantes plantas trepadoras que cierran los espacios y hasta el paso al aire y a la luz en ocasiones. El piso es una espesa alfombra de hojas secas, matorrales, plantas caídas, ramas desgajadas, hierbas variadas y abundantes, que todo ello oculta la tierra, piedras y desigualdades. Entre los poblados que hay enclavados en estos bosques existen caminos, aunque malos, señalados por el tránsito frecuente; algunas sendas hechas por los cazadores, los ganados y las fieras conducen a plazuelas o claros entre la espesura; el piso es húmedo, encharcado por aguas estancadas y cenagosas; las desigualdades del terreno grandes y frecuentes, así como los despeñaderos, pasos estrechos, cascadas y obstáculos de todas clases que dificultan mucho y aún llegan a imposibilitar la marcha a una fuerza si no lleva un guía, del país, experto y leal.

Se debe huir de atravesar bosques de esta clase si se puede seguir uno o varios caminos anchos, paralelos y próximos que alejen la eventualidad de las emboscadas y golpes de mano de los naturales que bien colocados, pueden causar grandes daños a las columnas.

Marchas por desierto.—El desierto es un camino amplísimo en todas direcciones; no hay que hacerlo; pero se necesita saberse orientar bien en él porque, si no se puede evitar el caminar por él, debe tratarse de hacerlo en el menor número de jornadas posible, porque el sol abrasa, el viento quema y reseca los cuerpos a la vez que ciega con la arena que transporta a

larguísimas distancias, la luz fuerte, excesiva, produce oftalmías peligrosas, la refracción desorienta y engaña, la falta de agua causa los horrores de la sed y ocasiona una muerte espantosa, la monotonía del paisaje, el resbalar de los pies, las lentas y penosas marchas que se hacen interminables, sobrecojen el ánimo, abaten el espíritu y todo tiende a desmoralizar a la tropa, en tanto que favorece a los guerrilleros indígenas.

Caminos por terrenos pantanosos.—Malos son los países montañosos, los desiertos, los cubiertos de maleza, para la marcha de las tropas; pero, entre todos, los peores son los movedizos y fangosos, esos terrenos que engañan porque, al parecer, son semisecos, pero que en realidad son más blandos cuanto más hondos, que están constituidos por profundas ciénagas en las que en cuanto entran, empiezan a hundirse hombres, caballos y carros y cuantos más esfuerzos realizan para escapar más se hunden hasta desaparecer y quedar allí atollados para siempre.

Otros no son tan temibles porque la capa blanda no es tan profunda, pero cuesta trabajos inauditos a veces atravesarlos, tanto a la tropa a pie como a la montada y a los carruajes y dan por lo menos lugar a retrasos y penosas marchas para el ganado que se estropea mucho, si no muere allí. Para marchar por estos terrenos deben buscarse y seguirse las sendas y caminos firmes que los atraviesen, aunque se tarde más tiempo; pero en cuanto sea posible, no se vivaqueará ni acampará en tales lugares porque las emanaciones mefíticas perjudican mucho y causan abundantes bajas.

Por ningún concepto se permitirá beber agua de estos parajes al personal ni al ganado sin haberla filtrado y mejor hervido antes, porque con frecuencia se crían en ella sanguijuelas que se agarran a la garganta o al estómago y producen abundantes sangrias; o aunque no existan estos anélidos, contienen bacilos y gérmenes que originan, fiebres, disenterías e infecciones varias.

Nuestras guerras irregulares probables.—Lo probable es que nosotros sólo sostengamos guerras de esta índole en el Norte de Africa y a las condiciones de este país y de sus habitantes nos referiremos en lo que de ellas digamos, ya que los procedimientos empleados por cada enemigo son diferentes en cada parte del globo y requiere emplear también los principios de la táctica de distinta manera.

En general, puede afirmarse que el enemigo será siempre bravo, fuerte, robusto, excelente tirador con fusil, falto de artillería o provisto de alguna anticuada e imperfecta, tenaz, amigo de la caza de hombres más que del combate formal que sólo aceptará a la fuerza o contando con superioridad numérica y desde buenas posiciones, se amparará siempre en la maleza y accidentes del terreno y dispondrá de gran movilidad a pie y a caballo por carecer de impedimenta, de organización seria y a veces hasta de jefe, huirá sin avergonzarse ni darse por vencido para reaparecer en otro sitio y continuar disparando; es, en fin, un enemigo que se escapa de entre las manos y siempre aprovecha el momento de causar una víctima, que es su mayor satisfacción.

Las guerrillas, más bien hordas, formadas con hombres de esta clase, desconocedores del arte militar o poseyendo sólo de él las reglas que les proporciona su instinto o su barbarie, han derrotado y hasta humillado, en muchas ocasiones, aguerridos ejércitos en guerras sin cuartel, larguísimas, que los han destrozado. De poco valen la organización ni la táctica aplicables en guerras regulares, pues la victoria es siempre problemática o por lo menos muy costosa.

Las guerras irregulares contra enemigos ignorantes del arte militar, o que sólo poseen de él algún conocimiento rudimentario, tienen cada una un carácter especial, propio, que obliga, no a prescindir de las reglas de aquel arte, sino a darles valores y aplicaciones diferentes, de tal modo, que unas adquieren preponderancia en tanto otras se relegan a secundario lugar. Pero jamás deben abandonarse tales principios ni menos ignorarlos, porque así nos colocaremos, descendiendo, a la altura del enemigo incivilizado.

Estas guerras no constituyen la verdadera escuela del alto mando, pero son las más apropiadas para desarrollar la iniciativa y todas las facultades bélicas de Jefes, capitanes y subalternos, que habituados a ellas, acaban por especializarse en la facilidad de aplicar las reglas del arte militar con la mayor economía de hombres, municiones, tiempo y métodos que su práctica enseña.

Modo de combatir a los marroquíes.—Para el marroquí, que es guerrero generalmente, la lucha es un acto sin más ni menos importancia que otros muchos de la vida; peleando puede

llegar a adquirir el nombre de valiente, y esto, que satisface a su orgullo, le basta en muchas ocasiones para no desear más de la guerra. Otras veces busca el botín como recompensa, y si no vé fácil alcanzarlo, se apaga su entusiasmo y se retira del campo de acción en cuanto se da cuenta de que hay dificultades que vencer. Por estos motivos, esos moros arrogantes, ostentosos, vehementes, que se presentan con un ardor indomable, ofrecen en general una resistencia que suele convertirse en huida, de que no se avergüenzan.

No se crea por lo expuesto que supone cobardía su retirada; es que todo marroquí aspira a realizar la prueba de su valor, y cuando comprende que no tiene condiciones para formar entre los escogidos, renuncia voluntaria y definitivamente a este deseo. En cambio el consagrado es temible, porque sólo anhela ocasiones de distinguirse por su arrojo, sea o no necesario, que más o menos pronto paga con la vida.

En general, maniobran mal, pero saben aprovechar muy bien el terreno.

Las agrupaciones llamadas *harkas*, se forman por un jefe prestigioso que establece un campamento y manda a sus adeptos a propagar la guerra por los zocos y poblados donde aquellos muestran el botín cogido a las kábilas ya sometidas o en el territorio conquistado por los cristianos, exagerando la importancia de las presas, la facilidad de obtenerlas, lo numerosa que es ya la *harka* y la calidad de los guerreros que la forman llegan a entusiasmar a los kabileños y van afluyendo nuevos refuerzos al campamento; al propio tiempo acuden las *idalas* o grupos de individuos que da cada poblado aprovisionados por unos cuantos días, que son los que dura su obligación de pertenecer a la *harka* y empiezan a planearse las operaciones, a nombrarse jefes, a reunirse datos y noticias acerca de donde será más fácil y abundante el botín; algunas mujeres preparan el té y abundante comida con los productos que los ladrones de profesión traen de sus correrías nocturnas, después de mostrarlo en los zocos donde la envidia crea nuevos adeptos y entusiasmo hasta a los más rehacios que gastan cuanto tienen en armas y cartuchos esperanzados de resarcirse con creces, como consecuencia de los futuros combates en los que huirán si va mal la cosa, pero se disputarán como fieras el llegar primero y apoderarse de un fusil, una acémila, un puñado de car-

tuchos del enemigo que se retira por ser uno contra ciento o porque se hace de noche.

La harka no es numerosa generalmente; muchos de los que la forman viven en sus poblados y sólo acuden al campamento para la hora de marchar a la pelea o cuando hay junta, que suele ser durante la noche, pasada entre tazas de té y sendos discursos, en los que se trata de variadísimos asuntos, comentarios de hazañas, prestigios de algún jefe, etc., hasta que el sueño y el cansancio rinde a todos ya de madrugada y se quedan dormidos.

El armamento es de lo más variado; espingardas, escopetas, fusiles de todas clases y construcciones, todo lo aprovechan cuando otros ejércitos los consideran anticuados. Sólo una tercera parte de los harkeños van armados y los fusiles modernos que el contrabando les proporciona no suelen estar bien conservados, tanto por su mucho uso como por ser de mala calidad la cartuchería que emplean.

La cartuchería la compra cada uno; por tanto es natural que se escatime el gasto y procure apuntar bien para no malgastarla; en cambio nuestro soldado repara poco en el consumo de cartuchos que muchas veces deja en el suelo o los pierde al sacarlos de las cartucheras o al tratar de rellenar el fusil si aun contiene alguno del cargador anterior; por esto es frecuente que las mujeres recorran el campo después de una acción buscando cartuchos llenos y vacíos que luego rellenan algunos moros.

En el combate cada cual procede como cree mejor; no hay órdenes; ni se obedecen aunque se den algunas; la movilidad es grande; si va bien la acción, todos adelantan; si va mal, se repliegan en tropel, o como cada cual puede, hacia donde se eleva y zarandea un jaique blanco que indica la retirada y su dirección.

Su modo de combatir se reduce a atacar al frente y un flanco o bien a simular una retirada para atraer al enemigo a sitio escogido y allí por una reacción brusca atacarle por el frente y envolverle por los flancos.

También las emboscadas y sorpresas son frecuentes para conseguir algún botín.

Las estratagemas contra ellos dan a veces buenos resultados, pero es difícil enseñar cuáles han de usarse, porque son

casuísticas y no deben repetirse; usada una es luego ineficaz para otra vez.

La estratagema es un ardid de guerra, una inspiración hija de mil circunstancias del momento que difícilmente se presentan reunidas de nuevo; el inventarlas es propio del ingenio ayudado por el conocimiento profundo del enemigo, de sus costumbres, de sus preferencias, de sus ideales y hasta de su religión.

Una estratagema suele ser encender hogueras de noche simulando un vivac o campamento y emboscarse en lugar próximo de modo que se impida la retirada al enemigo, que si, engañado, ataca al falso campamento, puede ser cogido o aniquilado fácilmente. Otra, hacerle ver que una pequeña fracción de tropa se extravía a la caída de la tarde; poco después enciende unas hogueras y alejándose, en unión de otra fuerza más importante, acecha las sendas o cañadas por donde el enemigo casi seguramente, al acercarse, puede ser copado.

En una retirada, a su vista, puede simularse que un carro se descompone y hay que abandonarlo. Dejando oculta una fuerte fracción, es fácil que no tarde en cojer prisioneros a los que acudan a repartirse el carro y su carga como botín.

Se puede simular una retirada para atraerlos a sitio preparado o conveniente y hacerles pagar cara su persecución.

Bastan estos ejemplos entre los infinitos que una imaginación viva puede inventar para sustituir a la falta de preceptos tácticos aplicables a estas guerras.

Efectivos y organización de las tropas a emplear en las guerras irregulares.— Sin embargo, algo podemos establecer como normas fijas y eficaces; es a saber:

La infantería debe evitar los combates cuerpo a cuerpo y al arma blanca; el soldado nuestro es menos fuerte y diestro en su manejo que los salvajes que toda su vida la dedican a esgrimirlas; con ellos no debe ponerse a prueba el valor personal sino como excepción y último recurso, o bien cuando el enemigo huya quebrantado, deshecho, por la acción del fuego.

Debe, en cambio la infantería emplear el fuego por descargas que causará varias bajas simultáneamente y el de ametralladoras que llevará a su ánimo la idea de superioridad, disciplina y poder del que lo usa. No romperá el fuego a gran distancia si las armas del contrario son inferiores en calidad,

para que la eficacia del tiro, especialmente el de ametralladora, le sirva de dura lección; pero si el armamento es igual o parecido, no debe dejársele acercar a más de 400 o 500 metros, porque su destreza en el tiro, a la que dedica gran parte de su vida, lo hará superior, y, si se le deja avanzar, difícil es detener o contener la marcha de esas fuerzas impulsadas por el fanatismo y despreciadoras de la vida.

La formación para atacarle y combatir será en orden cerrado, en una, dos y hasta cuatro filas, para que el fuego por descargas sea intenso, sin olvidar el escalonamiento para constituir sostenes y reservas que puedan guardar los flancos si es preciso. Se aprovecharán las desigualdades del terreno, piedras, cercas y demás accidentes naturales, sin descubrir más que lo preciso para apuntar bien, porque siendo tirador experto el contrario, aprovechará todas las oportunidades para hacer tiros certeros.

El fuego simultáneo es muy eficaz, cuando quiere sembrarse el terror en las filas enemigas, sorprendiéndolas, bien sea en una emboscada, o al salir de las trincheras, para lanzarse al arma blanca, porque una descarga cerrada, a boca de jarro, eleva la moral de la fuerza que la ejecuta y deprime y desorganiza a la que la recibe al ver el gran número de bajas que le causa y queda sorprendida, paralizada, mientras el contrario aprovecha el momento para dar fin al arma blanca a la obra comenzada con un fuego inesperado.

La caballería es conveniente formarla con individuos indígenas de iguales condiciones físicas y psicológicas que el enemigo al que no será fácil cargar por procurarse casi siempre un abrigo que lo cubra; más ocasiones habrá de que la carga y persecución sea individual.

En cuanto sea posible la caballería combatirá a pie teniendo presente las reglas expuestas para la infantería. Es táctica de la caballería árabe fingir que huye en masa cuando carga contra ella la caballería de un ejército regular y a poca distancia se divide a los flancos, envuelve a su perseguidora y la destroza por la espalda. Para evitar esta maniobra sólo debe cargar una parte, quedando el jefe superior de ella con una fuerte reserva vigilando el resultado y dispuesto a caer rápidamente sobre el adversario y hacer fracasar su plan.

La artillería, si no la posee el enemigo o la tiene de malas

condiciones y escasa, nada tiene que temer de él; puede escoger posiciones descubiertas, usar del tiro directo, apuntar con calma y corregir el tiro, siempre que no esté al alcance de los fusiles y tenga en cuenta la seguridad de las piezas, de las que tratará de apoderarse a toda costa; para evitarlo, deben protegerse con infantería en número suficiente, según su emplazamiento y disposición del enemigo.

El efecto moral y material de la artillería, que destruye hombres, ganado, poblados y cosechas, es enorme sobre el contrario, por lo que no deben escatimarse municiones.

También los globos cautivos y cometas para observación y los aeroplanos dedicados a incursiones, reconocimientos y bombardeos de masas de hombres, ganados y poblados causan gran depresión en estas gentes y abaten sus arrogancias, afirmando en cambio y agrandando en ellos la idea de superioridad y respetabilidad del ejército regular.

De igual modo los haces de luz de los proyectores que en la noche permiten escudriñar el campo, los telégrafos y teléfonos, los automóviles, son elementos que contribuyen al mismo resultado.

Los movimientos envolventes son de gran eficacia para apoderarse de una posición de la que huyen despavoridos ante el temor de que se corte su retirada o de caer prisioneros.

También la ofensiva es conveniente, si no se cometen imprudencias que suelen costar caras al caer en una de las muchas estratagemas que la astucia del enemigo preparará a cada paso. Debe atacársele, pero contando con una reserva siempre vigilante y dispuesta al auxilio sereno e inmediato.

Cuando se adopte la ofensiva, por cualquier motivo, buscará y ocupará el jefe rápidamente una posición de fácil defensa; y mientras parte de su tropa contiene al enemigo con su fuego, el resto de ella cavará trincheras aunque de poca profundidad, donde todos se resguardarán haciéndoles notar el jefe que deben permanecer serenos, sordos a los gritos, alaridos, saltos y ademanes grotescos con que acostumbran a atacar los enemigos, a cuyas demostraciones debe la tropa oponer un profundo silencio y un orden absoluto para evitar el combate al arma blanca y el pánico que será su perdición.

CAPÍTULO XVI

Guerras de trincheras y de sitios

Guerras de trincheras.—Métodos defensivos; trincheras.—Sus diversas clases.—Alambradas; su importancia y condiciones.—Barreras de árboles.—Pozos de lobo.—Empalizadas.—Electrización de las alambradas.—Su destrucción.—Procedimientos para cortarlas.—Guantes, polainas y otros medios contra su efecto.—El humo empleado contra los gases asfixiantes.—Tubos incendiarios.—Proyectiles incendiarios.—Bombas con gases deletéreos.—Granadas de mano.—Aparatos lanza-bombas.—Granadas de fusil.—Lanza-llamas.—Minas y embudos de mina.—Contra-minas.—Tanques.—Elementos para observación.—Periscopios para trincheras.—Artificios para iluminación.—Iluminación de los campos desde el aeroplano.—Proyectores eléctricos.—Pistolas luminosas.—Proyectiles luminosos.—Nuevos usos del sismógrafo.—Elementos varios.—Armas y herramientas que usa la tropa en las trincheras.—Modo de hacer la guerra de trincheras.—Guerras de sitio.—Definición y generalidades.—Organización de las fuerzas y elementos precisos para el ataque.—Preparación y exigencias peculiares de la defensa de plazas.

Guerra de trincheras.—Antes de empezar la guerra europea de 1914-1919, estaban convencidos cuantos en cuestiones militares buceaban, de que esta lucha iba a desarrollarse con vertiginosa rapidez, que todo en ella se haría con la velocidad del automóvil y del aeroplano. Y sin embargo, la realidad vino a enseñarnos que los formidables armamentos modernos y los bien meditados medios para destruir a los hombres y a sus obras, exigieron, en cuanto las fuerzas opuestas se fueron ni-



velando, que los soldados buscasen la defensa en las entrañas de la tierra y que en las trincheras abiertas por la necesidad y perfeccionadas hasta convertirlas en fortalezas y viviendas subterráneas, con medios para atender a todas las necesidades militares, llegasen a establecerse las fuerzas combatientes permanentemente, casi hasta echar raíces en ellas.

Como este nuevo sistema de combatir hizo de los campos contrarios verdaderas fortalezas fijas y dió lugar a que se inventaran infinidad de modelos de trincheras y detalles de ellas, a la vez que gran número de artificios para hacerles perder su eficacia, estudiaremos ligeramente estos modernos elementos de combate, aunque muchos de ellos más bien se han consagrado y perfeccionado en esta guerra, pues ya en la ruso-japonesa y en la de los balkanes de 1904-1905 y de 1912-1913, respectivamente, se usaron varios de estos abrigos y medios de defensa y destrucción.

Tales medios se pueden reunir en tres grupos generales, según que su objeto sea *defensivo*, *ofensivo* o para *observación*. Y, sin pretender detallar todos ellos, mencionaremos los más importantes a continuación.

Medios defensivos.—Trincheras.—Su objeto es defender a las tropas que en ellas se albergan contra los medios de ataque del contrario, a la vez que facilitar a aquellas la manera de perjudicar a éste. Sirven, pues, para hacer la guerra defensiva-agresiva por los dos bandos; son dos fortalezas fijas que se atacan defendiéndose.

Las trincheras se hacen empezando en sitio desenfilado de los fuegos enemigos y por la noche, una excavación o zanja que inician unos cuantos soldados, valiéndose de los útiles de zapador de que van dotados (zapapicos, azadones, palas, barrenas y otros). Cuando tiene la zanja alguna profundidad y longitud suficiente para que otros ayuden y se resguarden en la obra, se aumenta el número de trabajadores que ahondan, ensanchan y perfeccionan los taludes, el fondo, el parapeto, etcétera, o hacen excavaciones laterales, comunicaciones de unas trincheras con otras, pozos de tirador, techos y aspilleras y cuanto la imaginación humana ha discurrido para herir al contrario con el menor peligro posible.

Trinchera ordinaria.—Es sencillamente para un soldado



Figura 2.ª



Figura 3.ª

la figura 4.ª para tirar de rodillas y

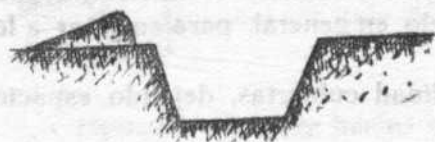


Figura 4.ª

tendido el modelo corriente. Las figuras 2.ª y 3.ª indican su sección vertical transversal.

Generalmente esta trinchera se ha seguido profundizando hasta convertirla en la que representa casi siempre se la ha dado profundidad suficiente para que el soldado dispare de pie, apoyando los brazos en la banqueta como cuando está de rodillas.

Estas trincheras son las ocupadas por la línea de tiradores; a su retaguardia se hacen otras, que alcanzan tres, cuatro o más metros de profundidad. En estas ha sido corriente establecer vías estrechas por las que circulaban vagonetas con cargas, a veces hasta de 10 toneladas de tierra, piedras, madera, explosivos, municiones, víveres, heridos, etc., movidas por los hombres o por animales de tiro. Estas trincheras ponían en comunicación las antes citadas, con la retaguardia y por tanto con las reservas de hombres y materiales de toda clase, siendo verdaderos caminos cubiertos de campaña,

Por ambos bandos beligerantes se han empleado ferrocarriles de vía estrecha desde retaguardia hasta las trincheras, siempre que el terreno presentase desigualdades que lo ocultasen. Dentro de aquéllas también se han empleado. Los primeros eran arrastrados por locomotoras, la vía tenía 0'60 m. de ancho y cada vagón soportaba hasta 10 toneladas de peso, presentando las enormes ventajas de la rapidez y de no estropear las carreteras que quedaban para el servicio de automóviles, infantería, etc. Por dentro de las trincheras la vía de los ferrocarriles tenía 0'40 m. de ancho y en general eran tirados los vagones por mulos o caballos y en último caso por los hombres, haciendo cada uno de estos, el trabajo de treinta que careciesen de este medio y con mayor rapidez.

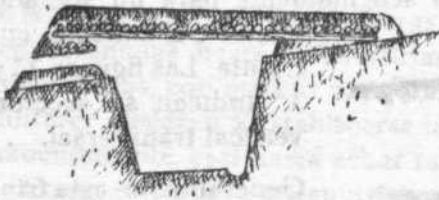


Figura 5.ª

Otras trincheras más perfeccionadas son completamente cubiertas y presentan aspilleras para sacar el fusil o ametralladora por el lado del enemigo, siendo más o menos profundas (figura 5.ª), según se haya de utilizar por hombres de pie o arrodillados. La techumbre se hace con troncos cubiertos de tierra, o bien con chapas espesas de hierro, tapadas también con tierra y césped o telas pintadas como el suelo, en general, para engañar a los observadores de aeronaves.

Otras no son en su totalidad cubiertas, dejando espacios como los de la figura 4.ª

Cuando se construyen a distancia del enemigo, a cubierto de sus observaciones y del alcance probable de sus proyectiles, se usan máquinas de vapor o eléctricas de gran potencia que cavan, profundizan y sacan la tierra por medio de cangilones, resultando esta labor algo parecida a la de las dragadoras que se emplean en los puertos y ríos navegables. Así se hacen largas y profundas trincheras en poco tiempo y se preparan refugios al Ejército y sus elementos para el caso de que sea necesario o conveniente retroceder.

La figura 6.ª representa la sección de una trinchera cubierta

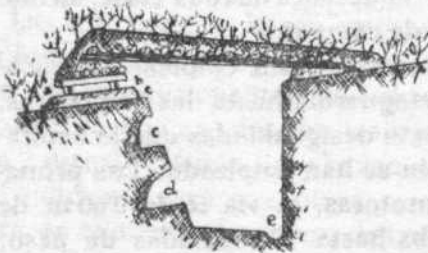


Figura 6.ª

con madera y tierra disimulada con hierbas y ramaje; presenta la aspillera *ab*, la meseta *c* para colocar municiones, el hueco *d* para conservar víveres y la reguera *e* para desagüe, en caso de lluvia.

Los ingleses han empleado, y también los franceses, unas trincheras que tienen en el talud que queda hacia el enemigo unos huecos semicirculares (figura 7.ª), donde quedan los tiradores metidos, aislados y sin exposición en caso de sorprender el fuego enemigo de flanco a su trinchera.

También han hecho todos los combatientes trincheras como

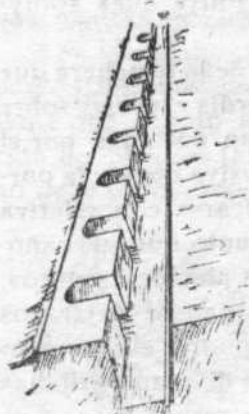


Figura 7.ª

indica la figura 8.ª con huecos, verdaderas habitaciones para descanso, con techos de resistencia suficiente para no ser destruidos por las granadas ordinarias.

Y en las trincheras de retaguardia se



Figura 8.ª

han hecho excavaciones amplias, verdaderos salones, a seis o más metros de profundidad, revestidos, escaleras, techo, paredes y piso con buen entarimado de madera, dotadas con alumbrado eléctrico y material apropiado, según se dedicasen a almacenes, enfermerías, dormitorios de tropa, habitaciones para oficiales y en condiciones de absoluta seguridad, con teléfonos, camas y muebles confortables.

Las alambradas.—Constituyen acaso el obstáculo más formidable que se ha inventado para detener el avance de las tropas. Es también el que más favorece a la defensiva y por lo mismo el más perjudicial para el que toma la ofensiva. Es la mejor defensa del débil contra el fuerte, la solución más económica del citado importantísimo problema; unos sencillos alambres erizados de púas y aún lisos, entrecruzados, enmarañados con cierto método, constituyen una alambrada capaz de contener el avance de la más fuerte e impetuosa columna y son una trampa donde, enredados los hombres, dejan la vida que siegan los fusiles o ametralladoras desde una trinchera próxima.

Esta es la causa de haberse hecho tanto uso de ellas en todos los frentes y por todos los beligerantes. Estas obras accesorias, protectoras de las trincheras, delante de las cuales se ponen siempre a fin de detener al contrario y destrozarlo, deben estar a una prudente distancia y reunir determinadas condiciones que ha enseñado la experiencia, en cuya explica-

ción nos detendremos aunque brevemente. Entre ellas sobresalen las siguientes;

1.^a La distancia a que han de colocarse de la trinchera que defienden. Si están muy lejos, necesitan guardia especial, sobre todo durante la noche, para evitar que sean cortadas por el adversario; también es inconveniente la excesiva distancia porque al llegar a ellas el enemigo puede dedicarse con relativa tranquilidad a cortarlas o abrirse paso, en tanto que sus cañones pueden hacer fuego sobre las trincheras alejadas seguros, de no ocasionar daño a los suyos y de causar destrozos en ellas. Si la distancia es muy pequeña podrá el enemigo llegar a ellas y desde allí batir con granadas de mano a dichas trincheras. Resultan pues, poco eficaces en ambos casos y se ha fijado la distancia más conveniente en 35 a 50 metros.

2.^a Situación. No conviene que la alambrada se construya sobre el suelo ordinario, pues con proyectiles de todas clases, tratará el enemigo de inutilizarlas porque las vé. Es lo más

acertado practicar una escavación o aprovechar las desigualdades del terreno para construirlas en hondo o entre monte bajo o maleza, a fin de ocultarlas a la vista del enemigo y que los proyectiles suyos y los propios no las inutilicen. Las figuras 9, 10 y 11 dan idea de como puede aprovecharse o disponerse el terreno para situarlas.



Figura 9.ª



Figura 10.ª



Figura 11.ª

3.^a Espesor. Se ha demostrado que el más conveniente es de 25 a 30 m., y que aún mejor es hacer dos alambradas (figura 12) de 12 a 15



Figura 12.ª

metros de espesor, separadas por una faja de terreno de cinco a ocho me-

tros. Este sistema es el más conveniente para defenderlo y vigilarlo y el más difícil de destruir.

Además de situarlas en zanjas o hendiduras del terreno,

conviene que entre ellas queden matas grandes, arbustos, hierbas, piedras, que les quiten visualidad sin disminuir su eficacia.

4.^a Modo de construirlas. Es muy importante aunque se preconizan muchos sistemas como buenos. Debe tenerse presente que cuanto más irregular y enmarañada sea la colocación de los hilos tanto más difícil es su destrucción. Por tanto no debe procurarse la simetría ni la igualdad en la construc-

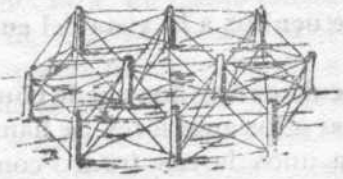


Figura 13.

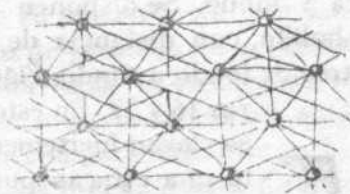


Figura 14.

ción. Las figuras 13 y 14 dan idea suficiente de cómo se construye en general una alambrada. Para ello se preparan y se clavan en tierra estacas al tresbolillo de modo, (y es conveniente aprovechar los tocones de árboles cortados o destruidos por la artillería,) que resulten bien sujetas; luego se unen sus pies y sus cabezas entre sí y los pies con las cabezas de las más próximas, de modo que se forme una red tupida con un espesor igual a la altura de las estacas. Otras se hacen con rollos de alambre ya

preparados que basta extender y enmarañar sobre las estacas o entre otros dos alambres que sirven de guías para colocar el que forma la red defensiva.

5.^a Eficacia contra el fuego. Los proyectiles disparados por obús y cañón o a mano estropean y cortan los alambres, pero no tan completamente ni en tan gran número que faciliten la abertura de pasos a través de las alambradas. Siempre quedan alambres sin cortar en mayor o menor número que siguen constituyendo barrera eficaz.

Los proyectiles de fusil y de ametralladora causan poco daño; algunos alambres cortan, pero en cambio el choque produce amortiguamiento en su efecto y desvío de su trayectoria.

Barreras de árboles.— A falta de alambre en terreno donde abunde el arbolado se pueden sustituir las alambradas con barreras de árboles como sigue: se cortan a unos ochenta centímetros de su altura y del tronco caído se cortan las ramas del modo más desigual posible, dejándolas en corte de pluma

o en punta, mejor cuanto más afilada; lo mismo se hace con las ramillas; se practica una excavación a 30 o 40 metros de la trinchera; en ella se clavan los troncos y ramas de modo que hacia arriba queden muy desiguales y puntiagudos a la vez que ocultos a la vista del enemigo como indica la figura 15.



Figura 15.

Pozos de lobo.—Un buen obstáculo es éste que puede completar a los anteriores. Se llama así a unos hoyos tronco-cónicos de 1'50 de profundidad por 2'00 y 0'80 de diámetro en la boca y fondo. Se disponen al tresbolillo, con distancia de 3 metros de fondo a fondo. Figuras 16 y 17. En éstos se clavan fuertemente una estacas puntiagudas.

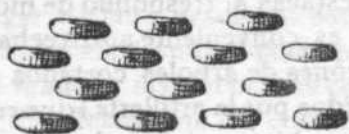


Figura 16.

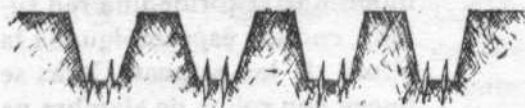


Figura 17.

Empalizadas.— Se usan poco, pero pueden constituir un obstáculo útil para cerrar una calle o boquete en una pared, impedir el paso hasta una trinchera, o barricada, etc. Se hacen con palos, ramas, estacas, tablas y troncos clavados entre sí, procurando que no tengan gran altura (1'50 a 2'50 m) sin que constituyan un resguardo para el enemigo si los materiales con que se construyen son muy fuertes o de gran espesor, figura 18.

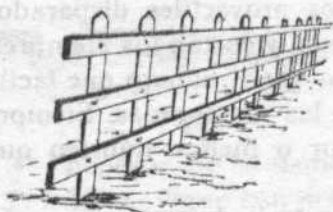


Figura 18

Electrización de las alambradas.—Para evitar que el enemigo se atreva a cortar a mano las alambradas o a prepararlas para salvarlas, colocando tablones u otros medios, se han electrizado los alambres que las forman, con una corriente elec-

trica de 500 voltios por lo menos. Y no sólo se ha hecho uso de este medio defensivo en los campos de operaciones, sino en las fronteras de naciones neutrales y para circunvalar los campos de concentración de prisioneros de guerra. En éstos, la corriente procedía de alguna fábrica de fluido sin otra aplicación durante las operaciones.

Destrucción de las alambradas.—Mucho se ha estudiado para encontrar un medio eficaz y rápido de destrucción o anulación de este obstáculo en el momento que convenga a la fuerza que en su marcha llega a él. Se ha recurrido al fuego de la artillería, pero es difícil, que aunque los proyectiles estallen en el espesor de la alambrada, rompan o corten con sus cascos todos los alambres, por lo que se necesita para conseguirlo en total, un consumo enorme de municiones, un bombardeo prolongado, que es el procedimiento casi exclusivamente empleado en la guerra europea. Los franceses tenían estudiado el empleo de petardos de melinita unidos en forma de rosario, que a favor de la obscuridad se encargaban los soldados de colocar sobre la alambrada atados a un listón de madera y con una mecha para darles fuego. El efecto era, aunque no siempre, abrir una brecha o calle de cuatro a ocho metros de ancho y si se hacía en varios puntos a la vez, se podía facilitar el paso al ofensor.

Los ingleses modificaron el procedimiento colocando el rosario de petardos dentro de un tubo de hojalata que dejaban atravesado sobre los alambres, separado de las estacas que los sustentan y entonces prendían la mecha. Ni este procedimiento ni el anterior ha sido práctico, porque el enemigo vigilante, disparaba las ametralladoras sobre los soldados encargados de colocarlos.

Las tijeras sólo han dado resultado tratándose de alambres finos y blandos, pero no en los gruesos y acerados que usaban los alemanes.

Los garfios arrojados con un cable desde lejos han llenado su objeto cuando el que los manejaba era ducho y la distancia corta. Consiste este medio en arrojar un ancla con cuatro garfios o ganchos en cruz, atada a un cable, el cual, por el otro extremo, está sujeto a un cabrestante, tambor o aparato cualquiera que tira de él. Lo probable es que el ancla, si cae dentro de la alambrada, coja algunos alambres con sus garfios y

al tirar del otro extremo los traerá, arrancará los pilotes que los sostienen y estropeará la alambrada, si los fusiles, ametralladoras, torpedos de trinchera y cañones del adversario no dan rápida cuenta de los que ejecutan la operación.

Procedimientos para cortar las alambradas.— Se ha ideado una pieza que sujeta al cuchillo-bayoneta presenta un orificio frente al del cañón del fusil; delante de este orificio hay una abertura angular donde entran dos, tres o más alambres; apoyando en ellos el fusil y disparando, los corta la bala.

También se ha intentado enviar por un cable una corriente eléctrica de tal intensidad que sea capaz de fundir los alambres; pero es muy peligroso para la tropa el manejo de los aparatos necesarios y difícil situar éstos donde convenga.

Lo dicho demuestra la importancia que tienen las alambradas y lo difícil y costosa que es su destrucción.

Guantes, polainas y otros medios contra los efectos de las alambradas.— Se ha empleado una tela de bastante espesor y construcción especial para hacer polainas y guantes en los que no se clavan los pinchos de las alambradas. En vista de los sorprendentes resultados obtenidos se han aplicado esas telas también para confeccionar sacos-colchonetas que puestos sobre las alambradas sirven de puente que facilitan el paso por encima de ellas. También se asegura que del mismo material se han hecho unos chalecos protectores contra balas y cascos de granada, a larga distancia.

Para anular el efecto de las alambradas se ha procedido con regular resultado, en algunas ocasiones, en la forma que sigue:

Al emprender el ataque, sale de las trincheras enemigas una primera oleada de hombres armados, que por saltos sucesivos, aprovechando todas las desigualdades y defensas naturales se van aproximando a la alambrada que el bombardeo preliminar no ha podido destruir, hasta dejar paso franco a esta fuerza que ataca. Con ella marchan varios soldados desarmados que conducen unos tablones y que se adelantan con gran sangre fría a los tiradores, hasta la alambrada sobre la cual los colocan y hasta los sujetan, para que sus compañeros salven el obstáculo pasando sobre esta especie de puente con gran velocidad.

El humo empleado contra los gases asfixiantes.— Además

de aplicarse el humo, tanto en tierra como en el mar, para producir cortinas que impidan al enemigo observar los movimientos y trabajos de las tropas propias, se ha usado el humo como protector contra los gases de todas clases lanzados por el enemigo, tomando como fundamento la diferente densidad de aquél y de éstos.

El humo es más pesado que todos los gases asfixiantes, lacrimógenos, etc. y por tal motivo basta para preservarse de éstos, cuando avancen, producir aquél en las trincheras o en campo raso; entonces el humo ocupará los lugares y capas más bajos, que es donde se colocarán los hombres, en tanto que los gases se elevarán y las corrientes superiores atmosféricas se encargarán de devanecerlos, diluirlos y trasladarlos, sin acción eficaz, a otros lugares.

Camouflaje. — Así han llamado los franceses a las pinturas y artificios empleados para engañar a los observadores de las aeronaves, a fin de que resultasen equivocados sus estudios y por tanto inútiles o perjudiciales los datos que recogían.

No nos detenemos en el estudio de este ardid moderno de guerra porque ya tratamos de él en otro lugar.

Elementos ofensivos. — Gases asfixiantes. — Se han empleado de diferentes clases que pueden reducirse a dos; *asfixiantes* y *sofocantes*. Se componen de mezclas variables de cloro, óxido de carbono, formol, anhídrido sulfuroso, bromo y otras sustancias. El cloro paraliza el aparato respiratorio y produce la muerte entre horribles sufrimientos.

Tales gases se conducen, fuertemente comprimidos en botellas metálicas, a las trincheras donde, aprovechando las corrientes de aire hacia el campo enemigo, se abren las llaves de aquéllas y los gases forman en el aire una nube del color dorado propio del cloro. Si a estos gases se les adicionan las emanaciones de otra sustancia fumígena se convierte la nube en una cortina opaca tras de la cual se puede marchar hacia el enemigo para atacar sus trincheras u obras de campaña.

Los gases sofocantes producen este efecto, así como fuerte escozor y lágrimas en los ojos, inflamación en las fosas nasales y en la garganta que dura algunas horas, pero no mata, aunque es muy molesto.

Contra los gases venenosos y asfixiantes, se han usado ca-

retas y mascarillas para la cara, y cubiertas para la cabeza y hasta para el cuerpo entero, de tal modo dispuestas que no impedían la respiración y a veces contaban con dispositivos especiales donde iban colocados elementos preservativos contra la acción de aquellos, tales como algodón, impregnado de ciertas soluciones para taponar las narices; filtros de algodón entre dos gasas, puestos ante las narices y la boca, atados por la nuca con cintas; otros han usado gafas como las de automovilista o aviador para resguardar los ojos contra los gases lacrimógenos, y varios medios más.

Los alemanes han inventado unas cajas para guardar las palomas mientras no se utilizan. Estas cajas son de chapa de hierro, con ventanas encristaladas para que entre la luz. El aire purificado penetra por unos pequeños orificios en los que se colocan unos filtros, iguales a los que tienen las caretas para hombres, perros, caballos, etc.

Los tubos incendiarios, que son unos cilindros de palastro llenos de termita a gran presión, han servido para producir llamas de dos o tres metros de longitud de elevadísima temperatura, y quemar cuanto existía en las trincheras y abrigos enemigos.

Proyectiles incendiarios.—Son unos parecidos a shrapnells, llenos de fósforo blanco con balines dentados u oradados, que al estallar se pega el fósforo fuertemente a los objetos, al terreno, a los hombres, a la vez que dichos balines en sus incisiones o agujeros llevaban también fósforo pegado que quemaba a los heridos y hacía muy difícil su curación.

Bombas con gases deletéreos.—Estos elementos se disparaban con cañones *ad hoc* desde pequeña distancia (100 o menos metros) y aunque no asfixiaban, era tan desagradable su olor que resultaba insoportable y acababan los ocupantes de las trincheras en que caían, por desocuparlas,

Granadas de mano.—Estos proyectiles han venido a resolver un problema en la guerra moderna para el que no eran eficaces el cañón, la ametralladora ni el fusil. En efecto, cuando los adversarios están muy próximos, es preciso que calle el cañón propio después de haber destrozado el terreno inmediato al contrario llenándole de hoyos y desigualdades. Entonces, si se ha de vencer, es indispensable que nuestra tropa salga de sus trincheras y por saltos cortos y rápidos vaya acercándose

a las del contrario, buscando refugio en dichos hoyos y desigualdades del suelo; pero de nada le servirán el fusil ni la ametralladora a uno ni a otro, porque ocultos, agazapados, enterrados, el fuego será ineficaz. Sólo la bomba de mano lanzada desde el escondite, por elevación, por el que ataca y por el atacado, caerá dentro de los hoyos y trincheras; este es el único medio de defensa a corta distancia. Figuras 19, 20 y 21.



Figura 19.

El lanzamiento de ellas, sean con mango o sin él, requiere gran cuidado y un aprendizaje detenido, para evitar accidentes desgraciados a la tropa propia y conseguir el mayor efecto destructor entre la enemiga, una puntería atinada, alcance máximo y por consecuencia ahorro de bombas, que causan, cuando son bien aprovechadas, tan grande efecto moral como material.

El modelo Baker, que se ha empleado mucho en la guerra europea, es un cilindro de fundición con ranuras longitudinales y transversales en su superficie exterior para facilitar su división en balines cuando explote, como en las figuras 21 y 22.

En una de sus bases tiene un botón, retenido por un muelle; este botón cuando se arroja la bomba golpea sobre la materia detonante que se inflama y hace arder a la carga de la



Figura 21.

Granada de fusil con coque para meterse en el cañón del arma.

granada, con más o menos rapidez, pues se puede graduar el tiempo que ha de transcurrir entre la inflamación del cebo y la explosión.

Aparatos lanza-bombas.—Han sido variados, empezando por algunos tan rudimentarios que consistían sólo en un muelle oprimido que, al quedar libre, empujaba y lanzaba la bomba; otros parecidos a las catapultas y ballestas, llenaban el mismo objeto; más tarde los obuses disparaban por elevación las bombas más o menos grandes, bien sean con carga explosiva para destruir las trincheras, obras

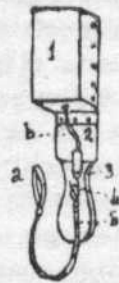


Figura 20.

1, Caja explosiva.—2, pala.—3, mango.—4, gancho del fulminante.—5, tirafrietas.—b, mecha.—a, lazada para tirar.

resguardos y alambradas del enemigo, o para enviarle otras con gases asfixiantes o de otras clases de las ya citadas.

También se han usado cañones especiales para este objeto, que disparan bombas desde 4'500 kgs. hasta de 95 kgs. de peso con carga de explosivo igual a una mitad de su peso aproximadamente. Hasta de madera han empleado morteros para estos usos los alemanes.

En general se reducen estos aparatos a un tubo donde se coloca el proyectil y mediante una fuerza aplicada en la recámara de aquel, es lanzado éste a distancias variables entre 100 y 300 metros.

Al principio de esta última guerra se usaron unos obuses que lanzaban, con carga de pólvora, granadas esféricas de fundición a 100 o 150 metros.

Otros tubos de acero, de mayor longitud y más perfectos, montados sobre un trípode, admiten el proyectil en su recámara provista de cierre de cuña o tornillo. Paralelo al cañón y unido a él hay un tubo que contiene la carga explosiva, consistente en un cartucho de caza; al quemarse éste, pasan sus gases a la recámara del tubo mayor, actúan sobre el culote del proyectil y éste es lanzado al exterior.

Todos los tubos de esta clase tienen el inconveniente de que la explosión y el humo, aunque no muy intensos, son, sin embargo, bastante perceptibles para denunciar el emplazamiento del aparato al enemigo, que toma represalias prontamente.

Para evitar sus inconvenientes se inventaron numerosos artefactos, entre ellos obuses pneumáticos, catapultas, hondas, morteros de acetileno, etc.

Los obuses pneumáticos se reducen a un largo tubo sostenido por un trípode, que se carga, bien por la boca o por la recámara; ésta se halla en comunicación con otro tubo unido al anterior y más pequeño que recibe el aire a gran presión de un depósito.

Abriendo unas válvulas reglables a voluntad, llega a la citada recámara el aire comprimido en determinada cantidad, que al expansionarse empuja al proyectil a distancia variable entre 100 y 300 metros con gran precisión, según la compresión del aire, la inclinación del cañón y el peso y forma del proyectil, que puede ser esférico u ojival.

Los obuses para acetileno son parecidos a los anteriores en su forma y análogos en sus efectos. El gas acetileno se comprime en un depósito prolongación de la cámara del obús, y en ésta se mezcla aquél con aire, en proporción tal, que resulta detonante.

Las catapultas y hondas mecánicas son accionadas por muelles y aparatos que les hacen arrojar los proyectiles con gran violencia, de tal modo que, con pesos de 5 a 18 kilogramos, alcanzan distancias entre 100 y 400 metros.



Figura 22.

Granadas de fusil.—Se han empleado de diversos tipos por las varias naciones en guerra; la alemana era ojival con percutor en su extremo anterior y cola que entra en el fusil y sirve para hacer el disparo. (Figura 22)

Lanza-llamas.—Su fundamento consiste en regar con petróleo la trinchera enemiga que se desea sea desalojada por sus defensores. Para ello se sitúa en un foso un depósito de petróleo en el cual se inyecta aire y se le hace que llegue a ejercer gran presión sobre la superficie del líquido. Si entonces se hace salir al petróleo por una manga que parte del fondo del depósito, saldrá por ella formando un chorro que alcanzará a mayor o menor distancia, según la presión del aire y el ángulo con que aquella se dirija, regando así una extensión de terreno más o menos grande y dejando rociado, empapado de petróleo, cuanto en él exista.

A veces el petróleo no se envía puro, sino que se mezcla con sustancias que producen, al arder, gases asfixiantes, humo u olores insoportables.

Hecho el riego, falta prender fuego el líquido arrojado. Para ello un hombre lleva a la espalda un cilindro, también con petróleo a gran presión, que sale por una manga que él maneja. Cuando es oportuno enciende el chorro que deja escapar y lo dirige inflamado al lugar rociado o al extremo del chorro grande que lanza a 40 o más metros el aparato antes citado; entonces arde el extremo de este chorro, el suelo y cuanto en él exista, pudiendo dejar de funcionar el aparato que el soldado conduce a la espalda.

Minas y embudos de mina.—Teniendo en cuenta el sin

número de elementos para destrucción de hombres y obras que se han usado en esta guerra, su inmenso poder y la gran precisión de que estaban dotados, nada es de extrañar la grandísima dificultad que las fuerzas colocadas en una trinchera tenían para avanzar su posición o desalojar de las suyas al contrario. Salir a campo descubierto era marchar a la muerte segura, lo mismo de día que de noche; asomar solo la cabeza un centinela para observar, era prepararse a que desde la trinchera próxima le alojasen una bala en ella inmediatamente. Se ha hecho, pues, indispensable recurrir a otros medios para



Figura 25.

fundidad, llegan o no hasta la trinchera enemiga. (Fig. 24). Al final se cargan con una determinada cantidad de explosivos después de taponarlas y se produce la explosión con una mecha adecuada. El efecto es un embudo u hoyo tronco-cónico (fig. 25) que inmediatamente ocupa el ofensor tomando la misma mina como vía para llegar a él. Ya en el embudo, si está muy cerca de la trinchera enemiga, se pelea con granadas de mano, desde él se empieza una nueva trinchera paralela a la que antes se ocupaba y más adelantada.



Figura 24.



Figura 25.

explosión con una mecha adecuada. El efecto es un embudo u hoyo tronco-cónico (fig. 25) que inmediatamente ocupa el ofensor tomando la misma mina como vía para llegar a él. Ya en el embudo, si está muy cerca de

la trinchera enemiga, se pelea con granadas de mano, desde él se empieza una nueva trinchera paralela a la que antes se ocupaba y más adelantada.

No está exenta tampoco de peligros la construcción de las

avanzar, ofender y a la vez vivir más en seguridad. Estos han sido excavar nuevas trincheras oblicuas (fig. 23) que se acercasen a las enemigas; o hacer verdadera guerra de topes construyendo galerías subterráneas, llamadas minas, en dirección hacia el contrario que, según su pro-

minas. En primer lugar deben prevenirse los hundimientos por falta de cohesión y dureza del terreno en que se excavan; a remediar este peligro, causa de la muerte de los que allí trabajan, tiende el revestimiento que se hace del suelo, paredes laterales y techo del subterráneo, con tablones preparados al efecto.

Otro peligro es que el enemigo practique una *contra-mina* para hacer explotar la propia o para que lleguen a encontrarse



Figura 26.

los minadores y se destrocen en horrible lucha cuerpo a cuerpo.

Estos resultados no son difíciles porque el ruido de los trabajos, del movimiento de tierras, etc. se propaga con gran claridad a través del terreno y bien puede el enemigo práctico deducir la profundidad y la dirección en que trabaja el contrario para hacerlo él en la forma que le convenga, según trate de encontrarlo o de hacer volar su obra, (figuras 26 y 27) con un hornillo que coloca a mayor profundidad.



Figura 27.

Tanques.— Son unos nuevos elementos de combate, de origen inglés, empleados por todos los beligerantes del frente occidental con tal eficiencia que puede afirmarse que ellos han terminado la guerra.

En síntesis un tanque no es sino un coche automóvil con motor de esencia muy poderoso, que no apoya sus ruedas sobre el terreno sino que en ambos costados de un fuerte bastidor lleva dos bandas, *caterpillards*, sobre las que se apoyan las ruedas del mismo lado dándole el aspecto de dos orugas.

Sobre dicho bastidor se sienta la torrecilla que encierra a la tripulación y armamento (4 o 6 ametralladoras y 1 o 2 cañones.) Su velocidad alcanza a 20 kilómetros por hora, anda por terreno quebrado o cubierto de monte bajo, salva trincheras, rompe alambradas y es muy adecuado para perseguir y desorganizar fuerzas enemigas, especialmente tropas a pie. Al exterior van recubiertos de una coraza de 3 a 7 centímetros de espesor en las planchas frontales y de 1 a 4 en las laterales y

posteriores. Su verdadera misión es preparar la ofensiva desde vanguardia y abrir el camino a la infantería propia.

Elementos para observación.—*Periscopios para trinchera.*— Son todos los modelos tan parecidos, que casi puede asegurarse que constituyen uno único; se reducen a un cilindro o prisma de madera o latón (figura 28), cerrado por sus dos bases, que dentro y próximos a ellas tiene dos espejos inclinados 45° frente a dos ventanas sobre generatrices opuestas. Puesto vertical, algo fuera de la trinchera el extremo superior, se puede ver por el inferior, sin peligro, cuando las trincheras están próximas.

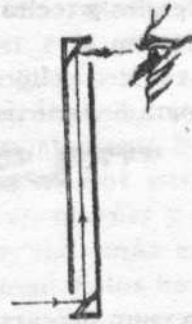


Figura 28.

Fundándose en este mismo principio y para conseguir la seguridad de los tiradores, se han adaptado estos periscopios a los fusiles, con una culata especial y un dispositivo también apropiado para hacer los disparos, sin asomar la cabeza por encima de la trinchera el tirador.

Artificios de iluminación.—Para corregir el tiro de la Artillería durante la noche, observar al enemigo y sus obras, a la vez que para evitar sus sorpresas, y para hacer señales de antemano conocidas, a falta de telégrafo o teléfono para ello, se emplean artificios de iluminación que a bastante distancia prestan un buen servicio.

En general, consisten en un cartucho que dentro lleva otro, siendo el primero el *impulsor*, mediante una carga de pólvora que tiene en su culata; y el segundo el *iluminador* propiamente dicho que es empujado al espacio por aquél, del modo siguiente: en una pistola o fusil especial se coloca el cartucho, se hace el disparo, y al inflamarse la pólvora del impulsor lanza al iluminador; éste lleva también una carga de pólvora que se ha prendido al hacer el disparo, y ella enciende una especie de tacos de materia luminosa de varios colores, que semejan estrellas y se mantienen proyectando su luz uno a más minutos en el aire.

Los cohetes luminosos también suelen dispararse con fusil o pistola especial y se hallan provistos de un paracaídas que se abre en cuanto inician su descenso en el aire, por lo que se hace lenta la caída y duradera la iluminación,

Muy semejante en su manejo y efectos es la granada luminosa, que los alemanes han empleado además para transmitir mensajes, colocando estos escritos en el hueco que debiera ocupar la sustancia luminosa.

Iluminación del campo desde los aeroplanos de bombardeo y observación.—Se han empleado unos artificios especiales conducidos en los aeroplanos de noche; basta que el aviador suelte uno para que al caer lo encienda una espoleta muy sensible de que va provisto, produciendo una vivísima luz de 400.000 o más bujías que ilumina una gran extensión de terreno, pero especialmente y con gran intensidad el que queda debajo del artificio. Este posee un gran paracaídas de seda que lo mantiene largo rato en suspensión, mientras el aviador toma los datos que interesan o arroja sus proyectiles sobre el objetivo que le conviene.

Los proyectores eléctricos son de gran eficacia para evitar que el enemigo se aproxime y prepare una sorpresa o destruya defensas accesorias que quedan delante de las trincheras. Pero como no siempre se pueden llevar estos aparatos a todas partes, especialmente a los puntos recién tomados y fortificados, si no son de gran importancia, se han usado otros elementos que vamos a citar.

Las pistolas luminosas disparan unos proyectiles que van señalando una línea iluminada que alumbrá unos 200 a 250 metros del frente y dura unos 20 a 30 segundos. Su luz es bastante clara y bien manejadas responden a su objeto.

Otros *proyectiles luminosos* son lanzados casi verticalmente por morteros neumáticos apropiados, duran en el aire algunos minutos y desde la altura proyectan una luz vivísima que ilumina gran extensión de terreno. Los más perfeccionados están provistos de un paracaídas que retarda su descenso por algún tiempo haciendo más largo su efecto útil. Por último otros proyectiles explotan cuando llegan a 200 o 300 metros de altura y entra entonces en ignición la sustancia luminosa que queda flotando en el aire por varios minutos.

Nuevos usos del sismógrafo.—Sabido es que este aparato tiene por objeto registrar la distancia, intensidad y duración de los temblores de tierra. Durante la guerra Europea descubrió el profesor Belar que registraban también los choques que en la superficie terrestre producen tanto las descargas de los ca-

ñones como los impactos de los grandes proyectiles y sus explosiones; y como es muy distinta la impresión gráfica de unos y otros, se puede distinguir no sólo si se trata de disparo, impacto o explosión, sino hasta la dirección del origen de las ondas, el calibre de la pieza, o si se trata de vehículos; caballería o baterías que marchan a grandes distancias.

Elementos varios.—*Armas y herramientas que usa la tropa en las trincheras.*—Es tan grande la diversidad de elementos que el soldado emplea en las trincheras para atacar, defenderse, protegerse, observar y trabajar que bien puede asegurarse que necesita una vasta y variada instrucción si ha de saber utilizar tantas máquinas y herramientas diferentes. Para formar idea diremos que un soldado maneja un fusil, un periscopio de trinchera, un depósito de cartuchos, otro de víveres, un zapapico, una tijera corta-alambres, un alicate, un hacha, varios rollos de alambre de distintos espesores y metales, una escala de cuerda, una linterna y una campana para señales, un lanza-bombas, una pistola iluminadora, varios artefactos para producir gases, humo y llamas, un cesto con bombas, cohetes para diferentes fines, y muchas cosas más como maderas, herramientas de carpintero y herrero, railes, vagonetas, cadenas, azadones, etc.

Modo de hacer la guerra de trincheras.—Después de lo expuesto fácil es colegir como se desarrolla la guerra de trincheras. Cada bando procura aproximarse al contrario y, sobre todo, destruir sus obras y defensas principales y accesorias por todos los medios: desde el aire disparando los aviones de bombardeo granadas de gran poder destructor que pulverizan las trincheras, vuelan sus refugios y destruyen las formaciones, los carruajes, las armas y sus emplazamientos. Desde el suelo los cañones de condiciones variadísimas envían granadas que llenan de hoyos el terreno, cortan alambradas, talan arboledas, demuelen edificaciones de todas clases y destruyen a los hombres y al ganado con los cascos, proyectiles y gases que todo lo llenan. Desde el subsuelo, los minadores cavan subterráneos profundos, largos, enfilados hacia el enemigo y sus obras importantes, se llenan de explosivos en grandes cantidades los hornillos en que terminan, vuelan con estrépito las tierras y piedras con los restos de hombres y trozos de materiales, de

tal modo que ni en el aire, ni en el suelo, ni bajo tierra hay seguridad para nadie ni para nada.

Generalmente quien pretende iniciar la ofensiva bombardea furiosamente el frente enemigo durante el tiempo que juzga preciso para destruir todas sus defensas y elementos en aquella parte y preparar así el asalto de sus fuerzas a la posición contraria. Entre tanto los defensores se ocultan en sus obras subterráneas con sus elementos de combate hasta que callado el cañón se apercibe el ofensor al ataque y el defensor emplaza en lugares útiles sus ametralladoras y todos sus medios para anular en cuanto pueda la acción de aquel.

Los hoyos y embudos que los proyectiles y las minas producen en el suelo son ocupados inmediatamente por los soldados que se los disputan, y convertidos por los vencedores en nuevas fortalezas dotadas de fusiles, ametralladoras, cañones y todos los elementos de destrucción para asegurar su eficacia a menor distancia, a la vez que nuevas trincheras y minas arrancan de ellas siempre para aproximarse al contrario. El final es que este desaloja su escondite amparándose en otro más fuerte a su retaguardia, o bien, si recibe refuerzos o cuenta con elementos bastantes, avanza hacia su enemigo que suele encontrar su sepultura donde creyó hallar defensa y el camino de su victoria.

Lo expuesto hace comprender la gran importancia que tiene la ocupación de un embudo u hoyo, la explosión oportuna de un hornillo, y lo lenta que así resulta la guerra moderna, en la que contribuye más a la victoria el *desgaste*, el aniquilamiento metódico del enemigo en hombres, materiales y medios de subsistir de todas clases, que las batallas campales de otros tiempos.

Si una fuerza sale de su trinchera y avanza rápida hacia la posición enemiga, por poco que tarde y por numerosa que sea, es diezmada, segada, destruída por la cortina de incontables proyectiles que envían a detenerla las ametralladoras y fusiles ametralladores enemigos; y si las olas de hombres se suceden, las alambradas espinosas se encargan, como los pozos de lobo, de detener su carrera y mantenerlos, casi quietos, a pequeña distancia del contrario que, por mal tirador que sea y por nervioso que esté, difícilmente errará un tiro de los infinitos que vomitan rápidas sus bocas de fuego.

Esta es una acción o una batalla moderna; un gasto inverosímil de hombres, proyectiles y elementos de todas clases, para adelantar unos pocos metros o quedar en las posiciones iniciales al cabo de varios días de combate.

Guerras de sitio.—*Definición y generalidades.*—Se llama guerra de sitio a las operaciones de ataque y defensa que se llevan a cabo para dominar una plaza fuerte.

Desde tiempo inmemorial existen dos tendencias respecto de la fortificación permanente; una que proclama su inutilidad fundándose en que, al igual que con los barcos de guerra, sucede que el progreso es incesante, su robustez y resistencia responde a las necesidades de cada época; pero la artillería, su enemiga, progresa más ligera porque es menos costosa; por tanto la fortificación debe desaparecer.

Otros afirman que si un objeto no responde a su fin no debe destruirse, sino estudiarse para ponerlo en condiciones de que responda a él; por tanto, la fortificación permanente debe mantenerse y ser dotada de los requisitos que le falten para ser eficaz.

Indudablemente, la fortificación es una ciencia en perfecta evolución que en cada época responde a especiales condiciones de ella; así los castillos antiguos que hoy admiramos todavía estaban hechos para dominar desde su elevado emplazamiento; por eso sus muros, torres, fosos, etc. tenían por objeto ver de lejos y resistir a la guerra que no contaba con armas de fuego. Más tarde, cuando apareció el cañón, bajó la altura de todos los elementos de las fortalezas para presentar menos blanco, los baluartes sustituyeron a las torres almenadas y los revestimientos de tierra ocultaron los muros y los cañones dentro de ellos emplazados. Luego las fortalezas poligonales de varias formas que manifiestan claramente el año en que se construyeron y a la vez los cañones cada vez de mayor alcance, los explosivos más poderosos, las granadas de las más variadas formas, todo ello ha establecido un pugilato entre la fortificación fija y la batería movable que en vez de servir para resolver este importante problema sólo ha tenido por objeto enconar la discusión.

Lo cierto es que las torres blindadas de los fuertes que cubrían los más grandes y perfectos cañones en los recintos de Lieja y Namur se portaron valientemente al principio de la

guerra mundial de 1914-1919, pero sus cúpulas no fueron bastante fuertes, a pesar de su heroica resistencia, contra los proyectiles alemanes cargados de explosivos novísimos y hasta entonces desconocidos.

Sin embargo, no debe creerse que la falta de resistencia de los fuertes, es por falta de robustez, pues su valor depende de los elementos de armamento y de aprovisionamiento con que cuenten y del papel que cada uno desempeñará en el plan de operaciones. Si la artillería de un fuerte y su provisión de municiones es igual a la del que ataca, es indudablemente más fuerte aquélla porque su emplazamiento es mejor, más sólido, más favorable, mejor construido que el de la batería movable que ataca.

Según el General Berthaut la fortificación no ha sido vencida; por tanto no debe ser abolida, aunque sí transformada y desenvuelta, a compás de la evolución progresiva de la artillería, su rival.

La defensa y el ataque son actos relacionados y que dependen uno de otro recíprocamente.

Para la defensa son necesarios medios apropiados y organizados, tanto en tiempo de paz como en el de guerra, y cuando la plaza sea atacada o puesta en estado de sitio.

En tiempo de paz se debe, en primer lugar, tener preparado un plan total de defensa capaz de oponerlo al ataque. En este plan se estudiarán las fuerzas de cada arma y cuerpo precisas para formar la guarnición en pie de guerra; la división de la plaza y su campo en sectores defensivos, cada uno con un fin táctico especial y determinado, con un jefe y tropas designadas y misión escrupulosamente detallada, según se dediquen a la guarnición y defensa de fuertes, de obras situadas entre ellos, para reserva parcial de cada sector o a reserva general. De estas fuerzas las que guarnezcan cada fuerte sólo atenderán a su defensa; las reservas de sector ejecutarán obras y operaciones activas en el suyo; y las de reserva general atenderán al auxilio donde la necesidad lo reclame, procurando emplear el mayor número en las operaciones activas.

Para prolongar la resistencia se ha de estudiar la población civil, a fin de utilizar de ella los elementos que puedan coadyuvar eficazmente a la acción militar y hacer la evacuación de personas inútiles o perjudiciales, que consumen y sólo sirven

para producir alarma y empeorar la situación con su falta de serenidad; se debe disponer el modo de aumentar y, si es posible, completar los aprovisionamientos, tanto de boca como de guerra para largo plazo y la creación de grandes almacenes en lugares con buenas condiciones de seguridad y conservación, lo mismo en la plaza que en los sectores y fuertes; asegurar el aprovisionamiento de agua y elementos de alumbrado y la distribución metódica y ordenada de víveres y municiones para evitar abusos y obtener su máxima duración; se organizará el servicio de incendios con personal civil especialmente, el de comunicaciones con telégrafos, teléfonos, heliógrafos, aeroplanos, globos de todas clases y palomas mensajeras; el de espionaje; el de trenes y sus horarios para evacuar gente inútil y traer medios de vida y defensa; el de incautación de cuanto el comercio de la plaza tenga para evitar ocultaciones, precios exagerados, deficiencias que aumentan los males de los sitios y la preocupación del mando.

En las guerras actuales los sitios de plaza, no suelen ser operaciones principales; pero en algunas ocasiones tienen gran importancia por constituir una aspiración nacional. Ejemplo de ello es el sitio de Puerto-Arturo, en la guerra ruso-japonesa, que los japoneses lo hicieron cuestión de honor por haber sido despojados de esta plaza por el tratado de Simoseky para arrendársela a los rusos después de habérsela tomado a los chinos en la guerra a que puso fin dicho tratado. Otro ejemplo en la guerra franco-prusiana en el sitio de Metz que sirvió para dividir al ejército francés y vencer al Emperador Napoleón III en Sedán con el resto de sus tropas, dando por resultado la destrucción del Imperio. Por último en la guerra europea actual, el sitio de Verdún por los alemanes ha llegado a ser una empeñada cuestión de honra de franceses y alemanes.

Por tanto no ha pasado a la historia como algunos tratadistas afirman, la guerra de sitio; a ella se hallan expuestas muchas plazas comerciales y fabriles, especialmente si son marítimas y pueden ser bases de desembarco o navales para el enemigo.

Organización de las fuerzas y elementos precisos para el ataque. — El ataque a una plaza fuerte puede tener lugar de dos modos: irregularmente, por procedimientos que la obliguen a caer

pronto; o por un ataque regular, que conduce a la rendición más lentamente, por medios ordenados y metódicos.

En el sitio irregular se emplean el *ataque por sorpresa*, el *ataque a viva fuerza*, el *bloqueo* y el *bombardeo*.

El ataque a viva fuerza consiste en valerse de la traición o la astucia, engañando con el título de amigo a la plaza, en acercarse a ella y apoderarse súbitamente, sin dar tiempo a la defensa, de la totalidad, o de algún fuerte o reducto importante que domine el conjunto, que cuente con la mejor artillería, que tenga los registros y llaves de la conducción de aguas, etcétera. Este ataque debe estar fundado en el conocimiento exacto, mediante espías de dentro de la plaza, del mal estado de defensa, de la falta de víveres o municiones, de una epidemia en la guarnición, de obras importantes no terminadas en las fortificaciones, etc., y debe realizarse a favor de la noche, de la niebla o de accidentes del terreno, con mucha rapidez, y a ser posible por varios puntos a la vez, lanzando destacamentos que con la mayor resolución avancen hasta sorprender y destruir los centinelas y franqueen el paso al grueso de la fuerza que marchará muy próxima para completar el asalto aprovechándose del efecto moral que la confusión del momento habrá causado.

El ataque a viva fuerza se realiza marchando, sin ocultarse, hacia la fortificación con el propósito firme de tomarla sin reparar en las pérdidas que cueste. Desde luego este sistema presentará grandes dificultades y costará muchas bajas, siendo el recomendado por muchos tratadistas, especialmente si se cuenta con fuertes contingentes de elevada moral, contra plazas mal fortificadas o de escasa guarnición; sin embargo, cuando esta sea disciplinada, y adecuada a las defensas bien dispuestas, contando con artillería y medios modernos, es dudoso el éxito de un asalto en tal forma, que debe prepararse con un nutrido cañoneo sobre pocos puntos, mejor sobre uno débil bien conocido para que los defensores sean destruidos allí o por lo menos obligados a mantenerse cubiertos del fuego, mientras a favor de éste se lanzarán rápidos los asaltantes después que sus avanzadas hayan colocado escalas u ocupado la brecha abierta, protegidas y reforzadas por el grueso de la fuerza que los seguirá de cerca.

El bloqueo tiene por objeto impedir la comunicación de una

plaza con el resto del país, evitando la salida de la guarnición y la llegada de fuerzas de socorro, víveres, municiones y medios de vivir y defenderse, para rendirla por hambre, sed, epidemias o imposición de los sitiados a su guarnición, cuando las penalidades llegan a ser insoportables y no se ve factible el mejorar la situación. Este medio no suele usarse sólo, sino en unión de cualquiera de los anteriores o del bombardeo.

El bombardeo sirve para disminuir la moral de los sitiados y obligarles a la más pronta rendición en vista de los daños que causa en las personas, edificios, almacenes, etc., y del estado especial de ánimo que produce en aquellas. Puede dirigirse el bombardeo contra las fortificaciones, o contra la población; en el primer caso tendrá además del fin moral ya dicho, el de destruir su artillado y medios defensivos para ponerlas fuera de combate, tomando una, atacando después desde ésta a las limítrofes y por último a la plaza. Esto sucederá si se trata de una plaza fuerte moderna; y para realizarlo se presentará ante ella de modo súbito el ejército sitiador que la intimará a rendirse en un corto plazo, bajo la amenaza de comenzar el bombardeo, transcurrido este lapso de tiempo. Si la plaza es antigua, desprovista de cintura de fuertes exteriores, el bombardeo y aún su sólo anuncio, será de más efecto por la presión que el elemento civil ejercerá sobre la autoridad militar para evitar o aminorar sus destructores efectos.

Una vez iniciado, debe ser furioso, rápido, hecho por muchas bocas de fuego a la vez, procurando que produzca incendios en almacenes de víveres y municiones, en edificios y comercios importantes y cuando estén incendiados concentrar cuanto se pueda los tiros sobre estos lugares para impedir la extinción y socorro; de cuando en vez deben dejarse intervalos de descanso para que saliendo de sus abrigos los pobladores de la plaza aprecien los desperfectos y estado de ruina causados, se lo comuniquen entre sí y acudan a la autoridad militar en demanda de la rendición, ayudando así al sitiador en su objeto.

Ataque regular.—Se emplea contra plazas que reúnan buenas condiciones de defensa, siendo un hecho el aforismo de «plaza sitiada plaza tomada», porque con un sitio en regla se establece a la vez el bloqueo, y, en tal caso, los medios de vida y defensa, por grande que haya sido la previsión para reu-

nirlos a tiempo, se van consumiendo con más o menos lentitud, pero seguramente, sin que sea posible su reposición, por lo que fatalmente ha de llegar el momento de agotarlos y rendirse, si no viene a tiempo un ejército de socorro capaz de levantar el cerco.

En las operaciones para realizar un ataque de esta clase, se avanza poco a poco, se le estrecha disminuyendo la distancia y destruyendo al propio tiempo las defensas exteriores, hasta dejar éstas fuera de servicio y tener que recorrer un corto trecho para asaltar la plaza. El procedimiento a seguir es: establecer a distancia el cerco, cañonear las fortificaciones, mejor una importante que varias a la vez, con piezas de largo alcance para dominar y apagar sus fuegos; ocupar una y desde ella atacar a las inmediatas hasta ponerlas fuera de combate; dirigir un fuego intenso desde éstas contra la plaza, en tanto que los zapadores, protegiéndose así, irán haciendo trincheras cada vez más próximas a la población y comunicadas entre sí por otras trincheras en zig-zag; la infantería irá ocupando aquellas a la vista y tiro de la plaza; al hallarse a corta distancia ya de ésta, se harán minas que lleguen hasta la fortificación y faciliten el asalto por numerosas fuerzas en un momento dado, mejor de noche, para aumentar la confusión y asegurar el triunfo.

El efectivo del ejército sitiador se admite que debe componerse de dos o tres hombres por cada metro del perímetro que ocupa al establecer el cerco; en tanto que el sitiado sólo necesita un hombre por metro de la línea que une los fuertes exteriores.

En esta desproporción entre las tropas de uno y otro bando se funda más que en otra cosa la gran importancia que conservan las plazas fuertes, porque mientras el defensor con una fuerza bien organizada y no muy numerosa puede resistir largo tiempo si está bien aprovisionado y tiene prevista la defensa, el ofensor necesita un ejército numeroso y mucho material importante que permanecerá distraído en esta operación mientras dure, con el cual no podrá contar el mando supremo cuando quizá le fuese necesario para otros empeños.

Para sitiar una plaza se empieza por bloquearla, es decir: se rodea a distancia con destacamentos de caballería e infantería que ocupen las vías de comunicación y que impidan la de la

plaza con el exterior; las grandes unidades van completando después el cerco según van llegando y protegiéndose hasta cerrar el circuito; cada cuerpo se situará en la zona que le sea señalada y procurarán arrojar a los defensores de sus posiciones avanzadas que irán siendo ocupadas y fortificadas por los ofensores para que les sirvan de apoyo.

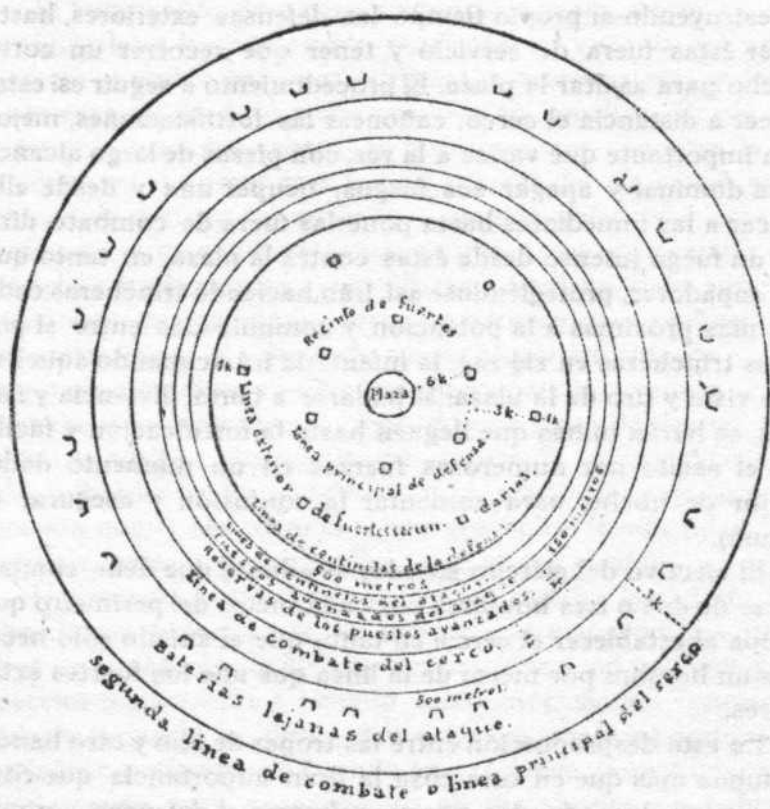


Figura 29.

El adjunto esquema (Figura 29) representa una plaza fuerte sitiada en la que el sitiador ocupa un recinto de unos 15 kilómetros de radio que representa una longitud de cerca de 50 kilómetros y por tanto, según lo que hemos dicho, necesita unos 125.000 hombres para sostenerlo. Ahora bien, estos hombres no necesitan ni deben estar formando un cordón interminable, sino que pueden y deben repartirse en los varios sectores en que

el cerco se divida, colocando en cada uno más o menos tropa, según la importancia que tenga.

Cerrado el cerco sería necesario mucho material, de Artillería especialmente, para asegurar la superioridad del ofensor por todas partes, y como es muy difícil distraer tanto material, lo que se hace es establecer el llamado frente de ataque por un sector en el que se acumula todo el material posible y las fuerzas más aguerridas que han de arrojar de la línea exterior a los defensores hasta hacerles replegarse a la de fuertes o principal que estará defendida con artillería gruesa. Sobre este recinto dirigirá su fuego el ofensor desde sus baterías lejanas con piezas de largo alcance que entablarán duelo con las de los fuertes hasta hacer callar éstas; entre tanto, y ya conseguido, avanzará la infantería por zapas en zig-zag tratando siempre de impedir las salidas que intentarán los sitiados, y protegidos por la infantería se avanzarán las piezas de largo alcance hasta que dominen la plaza; éstas empezarán entonces su obra de arrasar obstáculos, talar arboledas y preparar la marcha de las fuerzas a nuevas trincheras que acordonen la plaza formando líneas paralelas cada vez más próximas a ella hasta continuar acercándose por minas que los ingenieros abrirán para llegar al asalto, que debe darse por gran número de hombres, con la mayor resolución e intrepidez, después de nutrido bombardeo.

Preparación y exigencias peculiares para la defensa de plazas.— Ya hemos indicado la preparación que en tiempo de paz exigen las plazas fuertes; pero esta preparación de precaución hay que completarla cuando se vislumbra el peligro para la plaza al declararse la guerra. En tal caso se pone en estado de defensa, organizando para ello los pueblos, puentes, desfiladeros etcétera, situados delante de la línea defensiva exterior de la plaza, con obras ligeras que tiendan a retrasar o impedir el avance del enemigo, y el establecimiento del cerco; creando fuertes, reductos y trincheras que los unan y que formen varias líneas paralelas que entre sí se comuniquen, a distancia de la plaza; talando los bosques y plantaciones que existan delante de estas obras para despejar hasta donde sea conveniente el campo de tiro de estas defensas; montar artillería del mayor alcance posible en las líneas principal y secundaria de fuertes preparando el modo de trasladarla fácilmente a la plaza si llega la necesidad de hacerlo; disponer líneas múltiples de apoyo,

donde resistir en cuanto se conozca el frente de ataque enemigo; en la población se habilitarán sótanos y bodegas para guardar municiones, víveres, ganado, explosivos y personal civil, así como para refugio de la guarnición; se mejorará y dispondrá el servicio contra incendios y de comunicaciones, etc.

Si llega a establecerse el sitio, la labor de los defensores será siempre oponerse a la de los ofensores. Si se trata de un ataque a viva fuerza se situarán destacamentos, vigilantes avanzados que con su fuego avisarán, aunque sea destruido o hecho prisionero alguno, por donde se aproxima el enemigo; toda la plaza se aprestará a la defensa tan pronto como se vea al ofensor acercarse, vigilando muy atentamente por donde ejerce su máxima presión para oponerle la mayor resistencia pero cuidando de evitar las estratagemas tan fáciles en estos casos. Si llegase a penetrar en la plaza se le opondrá una enérgica resistencia desde el primer momento disputándole cada pie de terreno hasta llegar los defensores al reducto de seguridad donde se extremará aquella, aunque al fin se imponga la rendición.

Si la invasión es por sorpresa, se emplearán los mismos medios que en el caso anterior, oponiéndose el fuego de artillería de la plaza al emplazamiento de la del sitiador; hacer fuego de cañón, de fusil y ametralladora con la mayor intensidad y de flanco cuando sea posible, vigilar con globos cautivos o aeroplanos su fuerza y movimientos, comunicando a la plaza cuantos datos y croquis se recojan por estos medios, no dejarse engañar por ataques falsos mientras otros más importantes y decisivos prepara; y si, por fin, el ofensor ocupa el frente defendido o penetra en la plaza se procede como en el caso anterior.

El bloqueo se hace más llevadero, si se limpia la plaza de bocas inútiles, si se acumulan víveres, ganado, municiones y elementos, con tiempo, de todos los puntos y almaneces próximos; todo esto en caso de no poder escapar la guarnición fraccionada, antes de cerrar el bloqueo, para reunirse luego en puntos de antemano designados.

Contra un bombardeo es lo más práctico ocultarse en bodegas, sótanos y abrigos blindados y se acudirá a sofocar los incendios derribando las casas más combustibles; todo esto debe encomendarse al elemento civil en tanto que la guarni-

ción procurará hacer salidas rápidas, intentando destruir la artillería enemiga.

Por último tratándose de un sitio regular, la guarnición sitiada desarrollará la mayor actividad para oponerse al establecimiento del cerco, saldrá en fuertes columnas para destruir a la fuerza enemiga y sus obras de aproche y comunicación, así como todo lo que pueda utilizar ésta.

Durante los sitios de plazas es frecuente organizar convoyes para reforzar con hombres y elementos de resistencia la guarnición. En este caso se observarán durante la marcha las precauciones generales expuestas al tratar de convoyes. Pero cuando se aviste al contrario después de recorrer caminos varios, desconocidos de éste con buenos guías, para sorprenderle donde no lo espere, debe procurarse a toda costa aprovechar su sorpresa para atravesar su campo rápidamente y entrar en la plaza, mientras la guarnición sitiada hace salidas por otro u otros puntos a la vez, con objeto de que el sitiador se vea obligado a dividir sus fuerzas y acaso a dejar indefenso el lugar por donde llega y penetra el convoy hasta entrar en la plaza.

Acaso lleguen ocasiones en que se consiga el objeto sin combatir; pero lo probable será alcanzarlo después de una refriega más o menos sangrienta y rápida durante la cual pueda aligerar y penetrar en la población una parte, la principal, de los socorros que llegan sin detenerse a ayudar a cualquier pequeña fracción que pueda caer en manos del sitiador; esto puede ser el precio de la entrada de elementos en hombres, víveres, municiones, etc., que eleven la moral caída de los sitiados, reanimen su espíritu, prolonguen su resistencia y ocasionen la salvación de la plaza y hasta el éxito de la campaña o de una fase de ella.

Establecido el cerco, se fortificará el defensor en las líneas exteriores, protegido por los fuertes; éstos tratarán de destruir preferentemente la artillería enemiga sin dejarle aproximar a ellos ni a la plaza a la vez que protegen a las fuerzas atrincheradas que con fusil y ametralladora impedirán o retrasarán cuanto puedan las obras y avance del sitiador, especialmente durante la noche.

Si la resistencia tiene que concentrarse retirándose a la línea principal de fuertes, su papel es análogo al del período anterior; procurará la destrucción de la artillería enemiga antes

de llegar a su nuevo emplazamiento, más próximo a la plaza, aprovechando que no podrá todavía funcionar o su superioridad, cuando haya todavía pocas piezas emplazadas.

Lo mismo repetirá hasta que el sitiador alcance con su fuego a la plaza o reducto principal, al que seguramente bombardeará procurando abrir brechas y producir incendios; aquí la resistencia será más enérgica que nunca y si el enemigo pone el pie dentro de la población, sin haber podido impedir su asalto, se lucha en barricadas y fosos abiertos en las calles, desde los edificios y fuertes que tengan resistencia, hasta el último extremo, para dejar a salvo el honor y conseguir una capitulación en que conste la dignidad del defensor y le sea favorable.

ÍNDICE

	Páginas
PRÓLOGO.....	7
CAPITULO I. <i>Principios fundamentales.</i> —Arte militar; su concepto. —Razón de la existencia de los Ejércitos.—Bases del Arte militar.— Sus fuentes de conocimiento.—La guerra; su definición y clasifica- ciones.—División del arte militar.—Arte militar propiamente dicho; su concepto.—Su importancia.—Partes que comprende el Arte mili- tar.—Intervención de la política en la guerra.—Alianzas.—Estrate- gia; su objeto.—Táctica; su fin.—Logística; su definición.—Elemen- tos que constituyen la potencialidad militar de un país.—Organiza- ción militar; su base.—El Ejército; su definición y constitución.....	15
CAPITULO II. <i>Organización del Ejército.</i> —Principios generales or- gánicos.—Elementos constitutivos del Ejército; Ejército nacional y profesional.—El Ejército permanente; su necesidad y modo de for- marlo.—Cualidades que debe reunir el buen soldado.—Homoge- neidad en el Ejército.—Contingente anual y fuerza del Ejército.— Mando y dirección del Ejército en tiempo de paz.—Importancia de la unidad de mando.—Cualidades que debe reunir el Ejército en sus diversas jerarquías.—Compenetración del mando con la tropa por la instrucción y disciplina.—Organización táctica de los Ejércitos..	31
CAPITULO III. <i>Moral militar.</i> —Derecho de gentes.—Del deber en ge- neral.—Responsabilidad militar.—Poder y autoridad.—Deferencia y obediencia.—Del mando.—Valor.—Honor.—Honradez.—De la dis- ciplina.—Espíritu militar.—Espíritu de Cuerpo.—Compañerismo.— Castigos.—Instrucción de la tropa.....	43
CAPITULO IV. <i>Pase del pie de paz al de guerra.</i> —Ejército reducido en tiempo de paz.—Movilización.—Medidas previas que requiere y condiciones que ha de reunir.—Concentración.—Su importancia y medios para efectuarla.—Condiciones que debe reunir la zona de concentración.—Disposición general a adoptar por el Ejército con- centrado.—Vías utilizables para la concentración; ventajas e incon- venientes de cada una.....	65
CAPITULO V. <i>Ejércitos de operaciones.</i> —Su preparación desde tiempo de paz, necesaria para su práctica organización.—Conve- niencia de dividir la masa total en otras parciales.—Proporción en	

que deben entrar en la composición de las unidades superiores sus diferentes elementos integrantes.—Composición de las grandes unidades.—Mando supremo y sus auxiliares; cuarteles generales.—Iniciativa.....	77
CAPITULO VI. <i>Estrategia</i> .—Su concepto, importancia y relaciones.—Teatro de la guerra y teatro de operaciones.—Objetivos; sus clases.—Bases de operaciones y de concentración.—Líneas estratégicas.—Sus clases, denominaciones y caracteres distintivos.—Nomenclatura de los demás elementos estratégicos.....	87
CAPITULO VII. <i>Principios fundamentales de la estrategia</i> .—Exposición y explicación de estos principios.—Necesidad del enlace entre las fuerzas en operaciones.—Líneas que más facilitan el enlace estratégico.—Combinaciones estratégicas.—Planes de campaña.—Su clasificación y caracteres.—Plan ofensivo.—Plan defensivo.....	97
CAPITULO VIII. (Continuación del anterior).—Estudios previos que reclama la formación de los planes de campaña.—Otros datos necesarios para planes determinados; reconocimientos aéreos y en tierra.—Medios para completar el conocimiento del enemigo.—Indicios.—Datos que se recogen de prisioneros, desertores y otros....	109
CAPITULO IX. <i>Logística</i> .—Su concepto y divisiones.—Marchas; su importancia y clases.—Preparación de las marchas.—Bases para la organización de columnas.—Elementos de la columna; su combinación en ella para la marcha.—Destacamentos.....	125
CAPITULO X. <i>Factores esenciales de las marchas</i> .—Profundidad de las columnas.—Velocidad.—Alargamiento.—Defenciones.—Duración de la marcha.—Guías.—Marchas de noche.—Disciplina en las marchas.—Higiene en marcha, campamento, vivac, etc.—Ordenes, gráficos y cuadros de marcha.....	137
CAPITULO XI. <i>Del reposo de las tropas</i> .—Medios usuales de reposo.—Acantonamiento.—Su clasificación.—Densidad y condiciones del acantonamiento.—Preparación y ocupación de ellos.—Vivacques.—Condiciones a que debe satisfacer un vivac.—Precauciones en el vivac.—Campamento; su aplicación.—Particularidades y condiciones de los campamentos.....	161
CAPITULO XII. (Continuación del anterior).—Servicio de seguridad y exploración durante el reposo de las tropas.—Del reposo y servicio de seguridad en las guerras irregulares.—Reconocimientos.—Convoyes.—Reglas para su marcha y conducción.—Escolta de convoyes.—Descanso.—Defensa de un convoy. Ataque.....	173
CAPITULO XIII. <i>Táctica</i> .—Definiciones y divisiones.—Ideas generales relativas a los combates.—Formaciones concentradas.—Escalones.—El combate: sus nombres y reglas generales respecto a ellos.—La ofensiva.—La defensiva.....	187
CAPITULO XIV. <i>Combates especiales</i> .—En puentes, vados, edificios, paso de ríos y desfiladeros.—Atrinchamientos.—Persecuciones y retiradas.....	201

CAPITULO XV. <i>Guerras irregulares.</i> —Su concepto y características estratégicas.—Tropas indígenas.—Vestuario y armamento.—Operaciones y comunicaciones.—Marcha por terreno montañoso.—Idem por los bosques.—Idem por los desiertos.—Caminos por terrenos pantanosos.—Nuestras guerras irregulares probables.—Modo de combatir de los marroquíes.—Efectivos y organización de las tropas a emplear en las guerras irregulares.....	211
CAPITULO XVI. <i>Guerras de trincheras y de sitios.</i> —Guerras de trincheras.—Métodos defensivos: trincheras. Sus diversas clases.—Alambradas; su importancia y condiciones.—Barreras de árboles.—Pozos de lobo.—Empalizadas.—Electrización de las alambradas.—Su destrucción.—Procedimientos para cortarlas.—Guantes, polainas y otros medios contra su efecto.—El humo empleado contra los gases asfixiantes.—Camouflaje.—Elementos ofensivos: Gases asfixiantes.—Tubos incendiarios.—Proyectiles incendiarios.—Bombas con gases deletéreos.—Granadas de mano.—Aparatos lanzabombas.—Granadas de fusil.—Lanza-llamas.—Minas y embudos de mina.—Contraminas.—Tanques.—Elementos para observación.—Periscopios para trinchera.—Artificios para iluminación.—Iluminación de los campos desde el aeroplano.—Proyectores eléctricos.—Pistolas luminosas, proyectiles luminosos.—Nuevos usos del sismógrafo.—Elementos varios.—Armas y herramientas que usa la tropa en las trincheras.—Modo de hacer la guerra de trincheras.—Guerras de sitio.—Definición y generalidades.—Organización de las fuerzas y elementos precisos para el ataque.—Preparación y exigencias peculiares de la defensa de plazas.....	251



ADVERTENCIA

Las pequeñas erratas que existan en este libro puede salvarlas fácilmente el buen juicio del lector.

La leyenda que hay al pie de la figura 21 corresponde a la 22; y la figura 28 está invertida.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Enfermos y hospitales militares, obra declarada de utilidad por R. O. de Guerra para todos los Cuerpos del Ejército y especialmente los de Intendencia, Intervención y Sanidad (2 tomos grandes).—12 pesetas.

Diccionario de los verbos irregulares y defectivos españoles, declarado para texto en la primera y segunda enseñanza por R. O. del Ministerio de Instrucción Pública.—En rústica, 1'50 pesetas. En pasta, 2'50.

Guía para el uso de la cartera militar de identidad, indispensable a todo militar.—1'25 pesetas.

Apuntes de Arte militar, (agotada).

Tratado de Pronoética en campaña, (servicios de Intendencia en la guerra), declarada de texto para la Academia de Intendencia Militar por R. O. de Guerra, un tomo de 40 capítulos que tratan lo más nuevo sobre la materia, según la guerra de 1914-19.—15 pesetas.

En preparación

Tratado práctico del servicio de transportes militares, (dos grandes tomos).

COSAS DE AVILA—Girones de su historia.

Arbol genealógico de Santa Teresa de Jesús, Patrona de la Intendencia Española, con la historia abreviada de la Santa y de su familia.

LOS PEDIDOS AL AUTOR EN LA

Intendencia General Militar - Madrid

acompañando en Giro postal el importe más una peseta,

PARA GASTOS DE ENVÍO Y CERTIFICADO



Dacarrete



Notiones

: de Arte :

: Militar :



G 32789